Una DAMA REBELDE *para un* HIGHLANDER

ANNA CAMPBELL

Serie *Highlanders* 1

coralia press

SÍGUENOS EN

@coraliapress

@CoraliaPress

@coraliapress

Una dama rebelde para un Highlander

Serie *Highlanders*
Vol. 1

Anna Campbell

Prólogo

Highlands occidentales de Escocia, abril de 1802

—Creo que nos hemos perdido —dijo Diarmid, avanzando por el estrecho sendero unos metros detrás de Hamish.

Este pudo oír cómo su primo de once años luchaba por evitar que su voz temblase de miedo. Él también estaba asustado, y solo tenía diez años, pero, como era su costumbre, ocultaba su inquietud bajo una capa de buen humor.

—No podemos perdernos —dijo Hamish—. Mi madre me matará si no estoy en casa para el desayuno.

El débil intento de bromear no sirvió de mucho para aliviar la inquietud de Diarmid.

—Dijiste que podías guiarte por las estrellas.

—Podía hasta que salió la luna —replicó Hamish, rodeándose el pecho con los brazos para contener un escalofrío. El día había sido cálido para el mes de abril, pero la noche se había vuelto amargamente fría.

—Ya ni siquiera puedo ver la luna —se lamentó Diarmid.

—No, diablos, yo tampoco puedo verla por culpa de esta maldita niebla», pensó Hamish, recordando en el acto que a su madre no le gustaría que dijera palabrotas, aunque solo fuera en su cabeza.

Él y su primo habían salido a observar las estrellas aprovechando que era una noche clara y luminosa. Se habían escapado de la habitación de la torre de la aislada cabaña de caza que sus padres habían alquilado durante unas semanas. La ocasión era una oportunidad para que las dos familias se reunieran, para que las hermanas Macgrath se pusieran al día de los cotilleos y para que los niños jugaran.

En cuanto se enteró del plan de pasar una temporada en las colinas de las afueras de Plockton, Hamish se había quedado extasiado. Su primo Diarmid siempre le había parecido el mejor tipo del mundo. Y cualquier compañía masculina suponía un cambio agradable respecto a una casa estridente con tres hermanas mayores, más la pequeña que acababa de venir al mundo.

Cuando se había descolgado de la alta ventana para descender por el viejo roble, una excursión al aire libre le había parecido todo un acontecimiento. Ahora se levantaba una espesa niebla a su alrededor, la temperatura había bajado hasta el punto de congelación, y las laderas eran tan empinadas y rocosas que si él o Diarmid tropezaban,

seguramente tendrían una caída mortal.

—Deberíamos esperar aquí —dijo Hamish—. Es demasiado peligroso seguir. He traído un yesquero para hacer fuego.

—Dudo que encontremos leña seca —dijo Diarmid. A Hamish empezaba a resultarle irritante la costumbre de su primo de buscar el lado negativo de las cosas.

—Igual es mejor que nos detengamos. —Hamish se volvió hacia Diarmid, cuya silueta no era más que una incierta sombra que se alzaba sobre la pared de roca—. Está demasiado oscuro para ver por dónde pisamos, y la niebla está empeorando.

—Si nos quedamos aquí, moriremos congelados. —Diarmid se detuvo a unos metros, y Hamish sintió que le devolvía la mirada a través de la oscuridad.

—Y si seguimos, caeremos por un precipicio.

—¿Eso sería mejor?

Diarmid tenía razón. Pero Hamish estaba cansado de andar a tientas en la negrura, sobre todo porque tenía la horrible sospecha de que, al menos durante la última hora, habían estado dando vueltas en círculos.

Se hizo un silencio lúgubre. Hamish volvió a temblar y movió los dedos de los pies dentro de sus botas para intentar restablecer la circulación. Cuando salió de la cabaña de caza, estaba bien abrigado con su grueso abrigo, sus calcetines de lana y sus robustas botas. Ahora tenía más frío que nunca en su vida. La costa de Glen Lyon, donde estaba su hogar, era un lugar mucho más apacible que el norte y su salvaje clima.

—¡Holaaa!

Al principio, el sonido parecía una ilusión creada por el viento racheado.

—¡Holaaa!

—¿Eso es...? —preguntó Hamish girando la cabeza, aunque la niebla y la oscuridad le impedían ver nada.

Diarmid se enderezó en su montura para responder con un grito.

—¡Estamos aquí arriba!

—¡¿Se encuentran en apuros?! —Esta vez no había duda de que se trataba de una voz humana, aunque era difícil saber de qué dirección provenía.

—¡Sí! ¡Nos hemos perdido!

—¡Entonces no se muevan!

—¡¿Deberíamos seguir gritando para que pueda localizarnos?! —preguntó Hamish.

—¡Sí! —Fue la fantasmal respuesta.

—¡¿Qué podemos gritar?! —quiso saber Hamish.

Durante la última hora, el estatus de héroe de Diarmid había

perdido parte de su brillo, pero Hamish nunca había admirado tanto a su primo como cuando entonaba una conmovedora melodía.

—Escoceses, quienes habéis sangrado con Wallace,
Escoceses, a quienes Bruce ha dirigido a menudo,
Bienvenidos a vuestra muerte,
O a la victoria.[1]

Hamish se rio con una vergonzosa pizca de alivio y se unió a la canción. Ahora que el rescate estaba en camino, su problemática situación volvió a convertirse en una gran aventura.

Estaban cantando por segunda vez cuando dos figuras emergieron de la niebla por el sendero que había ante ellos. Una era la de un gran perro negro de raza indeterminada. La otra...

—Pero si tú también eres solo un niño… —dijo Hamish, desvaneciéndose su breve esperanza mientras el miedo lo aplastaba de nuevo en una oleada asfixiante.

—Tengo catorce años —dijo el muchacho recién llegado con mal humor, a la vez que levantaba un farol para poder ver a Hamish y Diarmid, que temblaban en la cornisa. Bajo un largo abrigo de cuero, el rescatador llevaba una sencilla camisa de lino y un *kilt* [2]de color rojo y negro. De su ancho cinturón, a juego con el abrigo, colgaba un par de liebres muertas—. Debéis saber que soy capaz de llevar a un par de descerebrados *sassenach* [3]por una cañada. Tenéis suerte de que estuviera cazando y oyera vuestras voces en el viento.

—Mi primo no quiso decir... —repuso Diarmid.

—No soy un *sassenach* —intervino Hamish—. Soy tan escocés como tú. Algún día seré el *laird* de Glen Lyon.

—*Och*[4], ¿de verdad? —dijo el chico con escepticismo después de observar a Hamish a través de la luz parpadeante y no haber encontrado nada digno de mención—. Sin embargo, aquí estás, hablando como si vivieras en Mayfair y tomaras el té con el rey Jorge todas las tardes.

Esta vez, Hamish agradeció que la luz fuera escasa para ocultar su rubor. Su padre había heredado el señorío del hermoso Glen Lyon, pero había trabajado durante años en la Oficina de Guerra de Londres, y Hamish había pasado los dos últimos años en Eton.

—Quizá no hable como un escocés, pero lo que cuenta es lo que se lleva en el corazón —murmuró Hamish.

El desconocido, alto, delgado y con el pelo rojo oscuro, lo miró con atención y sonrió con un encanto repentino y sorprendente.

—Bien dicho, muchachito. Mis disculpas. Me llamo Fergus Mackinnon y soy el *laird* de esta cañada. Supongo que os alojáis en la cabaña junto al lago.

—Sí —respondió Diarmid, y Hamish notó que su primo también se

esforzaba por sonar escocés, aunque él había ido a Harrow y su escuela era un bastión de la clase dirigente inglesa, como lo era Eton —. Soy Diarmid Mactavish, y este es mi primo, Hamish Douglas. Nos alegramos mucho de verle, señor Mackinnon.

Fergus arqueó una ceja y apoyó la mano libre en la cabeza peluda del perro, que estaba sentado a su lado siguiendo la conversación con sus inteligentes ojos amarillos. Hamish pensó que Mackinnon se comportaba con superioridad y no estaba seguro de que le cayera bien, pero estaba muy agradecido de que alguien hubiera venido a guiarlos montaña abajo.

—¿Y tú también eres un pequeño *laird*? —le preguntó a Diarmid.

Este se irguió hasta alcanzar una estatura impresionante para un niño de once años, aunque no igual a la de Mackinnon.

—Todavía no —contestó—, pero lo seré. Mi padre es el *laird* de Invertavey, al sur de Ullapool.

—Entonces, tenemos aquí una distinguida reunión —declaró Fergus con ironía—. Lo que quiero saber es por qué dos muchachos están fuera tan tarde, vagando por las laderas de Achnasheen en una noche lúgubre que prometía niebla.

Hamish reprimió una protesta por que le llamaran niño. Por mucho que no aprobara a Mackinnon, no era tan estúpido como para ofenderle. Si su salvador los abandonaba, él y Diarmid se quedarían varados en aquel lugar el resto de la noche. Sin embargo, no pudo evitar señalar un hecho destacado.

—Usted también está vagando por las laderas.

—Sí, bueno, para mí es diferente. Aunque fuera ciego, encontraría el camino en cada centímetro de esta cañada. Un poco del clima de las Tierras Altas no cambia eso.

Una punzada de envidia agudizó la hostilidad de Hamish. Aunque amaba Glen Lyon, su familia solo pasaba allí unas semanas al año. Él era un extraño respecto a su herencia, al contrario que Fergus Mackinnon.

—Salimos a mirar las estrellas —dijo Diarmid.

—¿Sí? —La única palabra de Mackinnon reflejó un asombro infinito ante la estupidez de los *sassenach*, a pesar de que estos en particular decían ser escoceses—. Yo no puedo ver las estrellas con la niebla, pero quizá solo sea un highlander estúpido.

Hamish apostaría la paga de un año a que el chico mayor no era ningún tonto.

—Brillaban como diamantes antes de que saliera la luna. Nunca había visto Arcturus[5] con tanta claridad.

—Hamish conoce todas las constelaciones —dijo Diarmid con entusiasmo. Era muy propio de su primo tratar de suavizar cualquier polémica—. Va a ser Astrónomo Real algún día.

—Ah, ¿sí? —Mackinnon no pareció más impresionado al escuchar el relato sobre las aptitudes de Hamish—. ¿Y el próximo Galileo no fue lo bastante listo como para saber que una vez que sale la luna llena, las estrellas se desvanecen hasta hacerse invisibles?

—Por supuesto que sí —se defendió Hamish—. Pero nos dirigíamos a casa antes de que eso ocurriera, y creí que podríamos encontrar el camino de vuelta a la luz de la luna. Pero todas las colinas parecían iguales, la niebla comenzó a rodearnos y nos perdimos —explicó incómodo, consciente de que la debacle de esta noche era en gran parte (bueno, en su totalidad) culpa suya—. Entonces, ¿nos guiará hasta el valle? —preguntó al fin.

Mackinnon negó con la cabeza.

—No, no lo haré, muchacho.

—Eso es un poco maleducado —dijo Hamish acaloradamente—. Solo porque yo no suene como si viviera en la cima de Ben Nevis, y desayunara haggis[6] todas las mañanas...

Fergus interrumpió la perorata de Hamish.

—La bruma lo hace demasiado peligroso. No arriesgaré mi cuello, y mucho menos el vuestro.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Diarmid—. Cada vez hace más frío.

—Hay una cueva cerca que nos resguardará del viento, por no hablar del aguanieve que está punto de caernos encima. Podemos esperar allí hasta que se despeje la niebla.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Hamish, irritado.

—Hamish —dijo Diarmid en tono de reproche—. El señor Mackinnon tiene la amabilidad de ayudarnos. Merece nuestra cortesía.

«Al mismo tiempo que se ríe de nosotros en nuestra cara», quiso añadir Hamish, pero no lo hizo.

—Lo siento, señor Mackinnon —dijo en su lugar a regañadientes, más por el bien de Diarmid que por el suyo propio.

—Está bien. Venid conmigo y me aseguraré de que regreséis con vuestros padres de una pieza. —Mackinnon chasqueó los dedos hacia el perro, que miraba a Hamish y Diarmid con una expresión solo un poco más desdeñosa que la de su amo—. Vamos, Bailey.

Mackinnon se adelantó con el perro trotando a su lado, mientras Hamish y Diarmid hacían todo lo posible por seguirle el ritmo. Hamish tuvo que admitir que el joven *laird* de Achnasheen pisaba estas montañas como si le pertenecieran. Su familiaridad con este paisaje escarpado hizo que Hamish se sintiera deprimentemente débil e... *inglés*.

Aunque a Hamish no le gustara mucho su brusco salvador, sí le gustaba lo que este había conseguido. Al cabo de una hora, los tres

muchachos estaban en torno a un fuego crepitante en la boca de una cueva que los protegía del viento aullante. Todos habían disfrutado de una excelente cena a base de liebre de montaña asada. Mackinnon había encontrado incluso un poco de helecho seco para hacer una cama. Espinoso, pero mejor que la roca desnuda.

Hamish luchó por mantenerse despierto con los chicos mayores para demostrar que no era un inútil *sassenach*, pero el calor, la comida caliente y la seguridad, conspiraron para hacerle caer en un profundo sueño.

No sabía qué hora era cuando se despertó. El fuego estaba muy bajo. Era deliciosamente acogedor, y tardó un minuto en darse cuenta de que el desaliñado perro negro estaba acurrucado contra su pecho, exhalando suaves ronquidos.

La luz oscilante proyectaba extraños reflejos sobre los rostros de los dos muchachos sentados que hablaban en voz baja. El débil fulgor resaltaba los rasgos oscuros y agitanados de Diarmid, sus ojos negros, la nariz recta y las mejillas delgadas. Aunque Hamish y Diarmid eran primos, nadie lo diría al observarlos. Hamish era tan rubio como un vikingo, con una mata de pelo dorada como el trigo y los ojos del mismo azul brillante que los de su madre.

Las llamas convertían a Mackinnon en un joven guerrero escocés. A Hamish le disgustó admitirlo, pero su rescatador parecía mucho más a gusto en aquel escenario austero y magnífico que él o Diarmid. El abundante cabello pelirrojo, las facciones bien definidas y un innegable aire de autoridad, distinguían al joven *laird* como príncipe de estos dominios.

Aún medio dormido, Hamish yacía oculto en las sombras. Enterró los dedos en el suave pelaje del perro, complacido por el penetrante olor del animal y por el hecho de que una criatura viva descansaba a su lado. Había suplicado a sus padres que le regalasen un perro, pero sus tontas hermanas les tenían miedo a los canes.

> Tumbado en su cómoda postura, no se dio cuenta de inmediato de lo que hablaban los otros muchachos. Para su sorpresa, no se trataba de caza o deporte, sino de sus ideas sobre las chicas con las que algún día podrían casarse. A Hamish esto le pareció ridículamente prematuro, pero la curiosidad le hizo callar mientras las suaves voces, una con la cadencia musical de las Highlands, y la otra con el preciso y cortante acento inglés, murmuraban junto al mortecino fuego.

—*Aye*[7]. ¿Quién quiere ver una cara amargada en la mesa? —Mackinnon se inclinó hacia delante para avivar el fuego con un palo, y el resplandor de la luz reveló el rostro de un muchacho no muy lejos de la madurez—. A mí me quitaría las ganas de comer.

—De acuerdo —convino Diarmid—, supongo que me gustaría que

fuera guapa. Pero hay cosas más importantes que el aspecto de una chica.

La agradable nota en la voz del primo de Hamish indicaba que estaba disfrutando de la compañía. Este sintió un indigno pinchazo de celos, solo mitigado en parte por saber que, después de esta noche, no tendría que volver a ver al maleducado Fergus Mackinnon.

—Sí, por ejemplo —dijo Fergus—, como estar dispuesta a reconocer a su amo y señor y hacer lo que se le diga. Si hay algo que no puedo soportar, es una jovencita que no sabe cuál es su lugar en el mundo.

—Espero que tengas esa suerte. —Esta vez, la risa de Diarmid fue afilada. Hamish podía imaginar por qué. Las madres de ambos, las famosas y bellas hermanas Macgrath, daban lo mejor de sí mismas cuando se trataba de tomar decisiones familiares—. Aunque me refería a cualidades como la honestidad y la lealtad, y tal vez un poco de espíritu para mantener las cosas interesantes.

—*Aye*, si es eso lo que deseas. Pero recuerda, una chica quiere un hombre que la proteja y le allane el camino en la vida, mientras que un hombre quiere una mujer que vea a un héroe cuando lo mira. Y por Dios, digas lo que digas, te aseguro que mi esposa será bonita.

—No siempre es fácil amar a una mujer hermosa —dijo Diarmid sombríamente, y algo en su tono le hizo sonar mayor que sus once años.

Hamish frunció el ceño. Prefería ignorar la política familiar, si así lo dejaban libre para dedicarse a su afición a la astronomía. Pero en las últimas semanas, incluso él había percibido la creciente tensión entre los padres de Diarmid.

—La mantendré a raya —declaró Fergus.

—Tienes mucha confianza —dijo Diarmid, más como una pregunta que como un cumplido.

Mackinnon se encogió de hombros.

—Me hice cargo de todo hace cinco años, tras la muerte de mi padre —dijo—. Mi madre estaba postrada por el dolor, y mis dos hermanas solo tenían seis y siete años. Todas apreciaron una mano fuerte al timón.

Hamish se maravilló —y también admiró de forma involuntaria a Mackinnon—, si este se había erigido señor de su hacienda siendo tan niño. Tal vez hubiera alguna justificación detrás de aquella insufrible seguridad en sí mismo.

—¿Y ejercías esa influencia con solo nueve años? —preguntó Diarmid con un deje de incredulidad.

—Desde luego. Era lo bastante mayor para saber que una mujer es como un caballo. Un hombre necesita mantener un agarre firme de las riendas y mostrarle quién tiene el control, y ella es más feliz por ello.

—Lo que yo quiero es una buena escocesa que se asegure de que nadie vuelva a llamar *sassenachs* a mis hijos —intervino Hamish en un impulso.

—¿Y crees que una buena escocesa se casará contigo, mi pequeño *laird* en ciernes? —preguntó Mackinnon mirando en dirección a Hamish, y este volvió a odiarle. ¿Cómo podía un bruto tan repugnante tener un perro tan bonito, cuando algunos chicos tan buenos no podían tener ninguno?

—¿Por qué no? —preguntó Hamish—. Glen Lyon es una gran finca, y trataría bien a mi esposa.

—Siempre que no estés mirando el cielo, querrás decir —declaró Diarmid.

Hamish se incorporó, molestando a Bailey. Se disponía a dar un puñetazo a su primo por su falta de lealtad, cuando miró desde la boca de la cueva al exterior.

—¿No hay ahora más visibilidad?

Los demás se volvieron hacia la abertura.

—Por Dios, creo que la niebla se está despejando —dijo Diarmid.

Los tres muchachos se pusieron en pie y Mackinnon empezó a echar tierra sobre el fuego.

—Por fin. Os llevaré a los dos a la cabaña de caza antes del desayuno.

—Podemos encontrar nuestro propio camino —le espetó Hamish, queriendo que aquel extraño se fuera y que Diarmid volviera a ser él mismo. El perro se levantó con un gemido, se sacudió y luego se estiró.

—Quizá sí. Pero ya que os he librado de un buen aprieto, no quiero que caigáis por la próxima brecha, una vez que os deje a vuestro aire.

Diarmid ignoró a Hamish, que echaba humo a su lado, y extendió una mano hacia Fergus.

—Señor Mackinnon, me gustaría darle las gracias por salvarnos la vida. No quiero ni pensar lo que habría pasado de no haber venido a nuestro encuentro. Habríamos muerto congelados, si no hubiéramos caído antes por un precipicio. Esta aventura nos unirá para siempre.

Que el diablo se llevara a Diarmid. Hamish esperaba que no.

Mackinnon esbozó una sonrisa.

—Dado que acabo de salvar vuestros delgados pellejos sureños, deberíais llamarme Fergus.

—Estoy de acuerdo, si me llamas Diarmid.

Mientras el joven escocés le estrechaba la mano, Diarmid lanzó a su primo pequeño una mirada de desaprobación.

—¿Hamish?

—Oh, sí —dijo este en tono hosco y le tendió a Fergus una mano mugrienta—. Gracias por salvarnos.

Mackinnon se la estrechó y, para sorpresa de Hamish, se echó a reír, aunque sin maldad.

—No tan elocuente como tu primo, pero, sí, acepto el agradecimiento.

Hamish vio con disgusto cómo Bailey movió la cola y corrió hacia su amo.

—Me gusta tu perro.

—Sí, Bailey es una criatura valiente, aunque no la más bonita. Acaba de ser padre de una camada de cachorros. ¿Quieres uno?

—¿En serio? —preguntó Hamish con un arrebato de entusiasmo, hasta que recuperó su cautela inicial—. ¿Por qué demonios me regalarías un perro?

La expresión de Fergus se tornó burlona, como si leyera la épica batalla entre el orgullo y el anhelo en el corazón de Hamish.

—Cualquier highlander necesita un buen sabueso escocés a su lado.

Diarmid le dio con disimulo una patada a Hamish.

—No te saques un ojo por verle ciego, primo —le susurró al oído.

Hamish miró a Bailey con evidente ansiedad.

—No me permiten tener perros —murmuró—. A mis hermanas no les gustan.

Fergus le dio una palmada en el hombro y recogió el farol. Como ya había salido el sol, no volvió a encenderlo.

—Imagino que una vez que devuelva al redil a los dos corderos perdidos, una pequeña petición como un hogar para un cachorro no deseado no será rechazada.

—¿No deseado? —preguntó Hamish. Intentó no mirar hacia la ladera de la montaña. La luz resplandeciente dejaba claro que si él o Diarmid se hubieran caído mientras recorrían el sendero, se habrían roto el cuello.

—Bueno, tú sí lo quieres —dijo Mackinnon, alejándose a grandes zancadas con el perro negro trotando tras sus talones—. Bajemos ya. Estoy listo para comer algo más que liebre, incluso si vosotros dos preferís quedaros aquí arriba a disfrutar del aire fresco.

El aire fresco era más bien aire helado. El sol aún no calentaba lo suficiente. Hamish se dio cuenta de que también tenía hambre y estaba muy cansado, a pesar de haber dormido. Cuando Diarmid se puso en marcha tras Fergus, no dudó en seguirle.

La promesa de tener un perro propio era tan emocionante que a Hamish casi no le importó la admiración que había en los ojos de Diarmid cuando miraba a Fergus. Y no pudo evitar notar, con cierta mortificación, que era la misma clase de mirada que él solía dirigir a su primo mayor.

Los tres chicos y el perro salieron de la cueva y emprendieron el

descenso.

Capítulo 1

Achnasheen, Tierras Altas Occidentales de Escocia, septiembre de 1817

El elegante carruaje amarillo avanzaba a toda velocidad por el empinado camino lleno de baches que serpenteaba hacia la cañada. Fergus detuvo a Banshee, su yegua, en un recodo del sendero. El horror le revolvió las tripas al ver cómo el coche se dirigía directo hacia el arroyo, crecido hasta alcanzar el tamaño de un río tras el lluvioso verano.

—Maldita sea… —murmuró, clavando los talones en los costados de Banshee. La yegua de Fergus salió al galope en la penumbra, mientras sus perros, Macushla y Brecon, corrían ladrando tras sus talones.

Los caballos de tiro galopaban desbocados y presos de un pánico ciego. A medida que el carruaje se acercaba, Fergus se dio cuenta de que el cochero había perdido el control de las riendas. No había forma de que el hombre tomase la curva en la base de la montaña para mantener el carruaje sobre el puente y fuera del agua.

Fergus acababa de llegar al puente de piedra cuando ocurrió lo inevitable. Los caballos se desviaron de repente, se oyó un crujido al romperse un eje y luego otro más fuerte, seguido del tintineo de cristales rotos cuando el carruaje chocó contra el robusto pilar que había en el extremo del puente.

El cochero gritó al volar por los aires y aterrizar en el borde herboso de la carretera. Por un momento, Fergus estuvo seguro no solo de que el individuo había muerto, sino también de que el carruaje volcaría en el río. El corazón se le subió a la garganta mientras el coche se tambaleaba junto al muro destruido, por encima de las turbulentas y oscuras aguas.

Fergus saltó de su montura y corrió hacia el hombre postrado. Banshee se removió inquieta, agitada por los aterrorizados relinchos de los otros caballos, pero, bendita fuera, se quedó quieta. Por si las cosas no estuvieran ya lo bastante mal, empezó a llover.

—¿Estás bien, muchacho?

Alabado fuera el cielo, el cochero ya empezaba a revolverse. Cuando Fergus llegó hasta él, el chico estaba sentado y se frotaba el cráneo. Su sombrero de copa alta yacía bocabajo sobre la hierba húmeda.

—Mi cabeza, mi cabeza…

Incluso a través del estruendo de los relinchos de los caballos y de

la lluvia, Fergus notó el acento de Glasgow.

—¿Puedes moverte?

La mirada resentida del cochero le dijo a Fergus que las heridas que había sufrido no eran demasiado graves. Un verdadero milagro.

—Sí, si es necesario.

—Entonces, ocúpate de los caballos. —Ambos se habían soltado y huían por el puente, arrastrando los arreos por el suelo y mostrando el blanco de los ojos—. Antes de que se maten ellos mismos o a alguien.

Fergus ayudó al hombre a levantarse, se cercioró de que estaba ileso y luego centró su atención en el carruaje destrozado. A cada segundo, parecía más inestable, Fergus supuso que a causa de los pasajeros que se movían en su interior.

—¡Por el amor de Dios, quédense quietos! —gritó mientras se lanzaba hacia el carruaje. Por el rabillo del ojo, vio al cochero que se dirigía con paso incierto a alcanzar a los nerviosos caballos.

Cuando Fergus estiró la mano para tirar de la puerta, una mujer con una rica capa carmesí asomó la cabeza por la ventanilla rota.

—Haga algo enseguida.

Fergus se envaró ante el tono imperioso de ella, pero su sentido común le dijo que no tenía tiempo para discutir, si quería salvar a esos viajeros de un buen chapuzón.

—¿Está herida? —preguntó.

La desconocida levantó una mano delgada y enguantada y se echó hacia atrás la capucha de su elegante capa. Fergus se encontró bajo la mirada de unos ojos tranquilos y oscuros en un rostro que llamaba la atención por su altivez.

No era para nada su tipo de mujer, ya lo sabía. Demasiado prepotente. Sin embargo, a pesar de la urgencia de las circunstancias, Fergus no pudo evitar dedicar una fracción de segundo a admirarla. Aunque la chica no fuera de su gusto, sin duda era un artículo de primera.

Y por Dios, tenía coraje. La mayoría de las mujeres que él conocía estarían histéricas después de este accidente.

—No. Solo un poco agitada —respondió ella con firmeza—. Pero me temo que papá se ha roto la pierna.

Para confirmarlo, un gemido y una retahíla de maldiciones en italiano salieron del sombrío interior del carruaje.

—Caerá al río si no lo sacamos. Y usted también. ¿Hay alguien más en el carruaje?

—No, solo nosotros dos.

Por un breve instante, Fergus se preguntó por qué ella no viajaba con una criada. El carruaje era caro, y también lo era aquella capa. Discretas joyas brillaban en sus orejas y garganta. Fuera quien fuera la dama, alguien había gastado dinero en su aspecto y en su comodidad.

Tras meses de lluvia, el terreno estaba lleno de barro y no era el cimiento más fiable. Para ayudar a anclar el carruaje, Fergus se subió al estribo.

—¿Puede salir sola o tengo que sacarla?

Cuando ella empujó inútilmente la manilla de la puerta, el carruaje emitió un crujido amenazante y se inclinó hacia el agua.

—Creo que...

—Por el amor de Dios… —Fergus manipuló la puerta atascada y liberó a la mujer con no poco esfuerzo.

Él tuvo una breve impresión de la fragancia de lirios y de un cuerpo alto y bien contorneado, antes de ponerla en pie en el camino. Ella aferraba una gastada cartera de cuero que parecía demasiado grande para una dama.

—Bueno, eso fue decisivo. —Bajo la lluvia, parecía tan alborotada como una gallina mojada, pero él no tenía tiempo para cortesías.

—Quédese ahí y no se mueva.

Fergus se volvió para llamar al cochero, que arrastraba los caballos por la orilla, lejos del puente.

—¿Están heridos los caballos?

—No, milord, solo asustados. —El muchacho se apartó de Macushla y Brecon, que se acercaron a él, como Fergus sabía, más por curiosidad canina que por agresividad.

—Entonces, baja aquí y ayúdame —dijo, parpadeando para apartar la lluvia de sus ojos.

—Pero los caballos, milord...

—No irán muy lejos, si es que van a alguna parte.

Fergus se giró de nuevo hacia el carruaje y asomó la cabeza al interior. El padre de la dama resultó ser un caballero corpulento, que estaba acurrucado en la esquina más alejada, justo donde era más probable que se inclinara el coche. La luz del cubículo era tenue, pero no tanto como para ocultar el ángulo antinatural de la pierna izquierda del viajero, que colgaba en el hueco entre los asientos.

—*Maledizione*[8]. Le dije a Marina que este *viaggio*[9] estaba maldito, pero ¿alguna vez escucha a su padre? —dijo el hombre con un marcado acento italiano—. No, claro que no. Siempre sabe más que yo.

—Papá, deja de quejarte y acércate para que podamos sujetarte —dijo ella junto al hombro de Fergus. Este se dio cuenta de que no era una ingenua debutante, ya que rondaba la veintena.

Fergus reprimió un gruñido de fastidio. No era de extrañar que aquella mujer no se opusiera a sus órdenes. Simplemente, había decidido ignorarlas. Al menos, cuando ella sumó su peso al de él en el estribo del carruaje, ayudó a contrarrestar el desnivel. Sin embargo, mientras ambos compartían la estrecha plataforma metálica, la

situación era un poco incómoda para dos extraños.

—Me duele la pierna —gimió el herido, alejándose aún más.

Fergus contuvo una maldición. Si el coche resbalaba ahora, los tres acabarían en el agua.

—No será lo único que te duela si caes al río —dijo ella muy cerca de Fergus. El aroma de los lirios se mezclaba con el olor fresco de la lluvia. Cuando la dama trató de alcanzar a su padre, el carruaje emitió otro chirrido alarmante.

—Apártese, *lassie*[10]. Este no es lugar para una mujer —le espetó Fergus, cogiéndola de nuevo por la cintura. Ya la había rescatado una vez. No debería tener que hacerlo dos veces—. Y cuidado con los cristales rotos. —Los asientos y el suelo estaban llenos de fragmentos.

—Uf… —jadeó ella cuando, con poca ceremonia, él la apartó del estribo.

—Y quédese ahí, muchacha —añadió Fergus, dejándola de nuevo en la carretera sin esperar que ella le hiciera caso. Aún no lo había hecho. Si tuviera tiempo, podría llamarla poco femenina. Si tuviera tiempo, la apreciación de sus bonitos ojos podría convencerlo de que, después de todo, era una mujer—. Está estorbando.

—Mi padre no es un hombre pequeño —dijo ella sin aliento, mientras se tambaleaba para mantener el equilibrio. Fergus observó que, a diferencia de su padre, hablaba inglés con el acento entrecortado de las clases altas. Quizá, una vez que salieran de este maldito lío, él averiguaría por qué—. Necesitará ayuda.

—Estoy seguro de que puedo arreglármelas, señora. —Fergus no se demoró en asegurarse de que ella estaba bien. Usando su manga para cepillar los fragmentos de vidrio del asiento, se inclinó para evaluar lo que tenía que hacer—. ¿Puede deslizarse hasta la puerta, *signore*[11]? Así será más fácil para su pierna.

—No puedo moverme —gimió el hombre, apretándose contra la puerta del fondo. Cuando el cambio de peso hizo que el carruaje se balanceara, a Fergus se le encogió el estómago de miedo.

—*Sí*, puedes —dijo la dama, que volvía a mirar por encima del hombro de Fergus. Este se quejó de su suerte al tener que lidiar con una mujer incapaz de reconocer la voz de la autoridad, por no hablar del sentido común—. Sé que duele, papá —añadió ella—, pero si usas la pierna buena, lo conseguirás.

La mirada aterrorizada del hombre buscó a su hija, y Fergus reconoció un horror paralizante. Hasta el momento, el hombre mayor mostraba considerablemente menos entereza que su vástago.

—Eres *una ragazza crudele*[12]y sin compasión.

—No tenemos tiempo para esto —dijo Fergus entre dientes.

—Papá, si no sales, entraré a buscarte. Entonces será culpa tuya si nos ahogamos los dos.

—*Per pietà*[13], esto no funcionará.

—Inténtalo, papá. *Per favore*[14]. ¿No querrás que te entierren en Escocia?

—*¡Certo*[15]*,* no! Incluso para un muerto, este país es demasiado frío.

—En ese caso, tienes que moverte. Ahora.

Fergus estaba a punto de decirle a la mujer que fuera un poco más suave con los temores de su padre, cuando, para su sorpresa, vio que la determinación se filtraba en las facciones regordetas de aquel.

—En ese caso, lo haré por ti, *figlia mia*[16].

—Cójame la mano —dijo Fergus en un arrebato de esperanza, extendiendo el brazo mientras seguía intentando utilizar su peso para mantener el carruaje nivelado.

—Tú, Coker, ven y sujeta el eje roto para mantener el firme el coche —dijo la mujer bruscamente detrás de Fergus. Coker debía de ser el cochero más estúpido del mundo.

Gruñendo de dolor, el italiano empezó a moverse con cuidado en dirección a Fergus. A medio camino del asiento de cuero, avanzó una mano temblorosa. Fergus se precipitó hacia delante para agarrar la muñeca del hombre cuando sintió que el carruaje se hundía aún más en el barro. Coker debía de haber decidido por fin prestar su ayuda.

Los segundos siguientes se convirtieron en una angustiosa pesadilla de suspense. El hombre mayor tardó una hora en colocarse en posición. A su lado, Fergus oía la respiración agitada de la mujer y lo que le pareció una o dos oraciones susurradas.

Fergus advirtió que ella no era tan impasible ante la difícil situación de su padre como pretendía mostrar, y a él le gustó más por ese atisbo de vulnerabilidad y por su valentía al guardárselo para sí.

Esta vez, Fergus no perdió el tiempo en decirle que se apartara, aunque, si el carruaje tocaba la orilla del río, un alud de fango se llevaría por delante a la dama.

—Eso es, papá. *Bravo*.

—Hágame sitio, señora —dijo Fergus con sequedad.

—Por supuesto. —Antes de que él tuviera un instante para asimilar su repentina cooperación, ella agregó—: Le sujetaré a usted mientras saca a mi padre.

Fergus no tenía aliento suficiente para enviarla al Hades, aunque deseaba hacerlo. Cuando se bajó, el carruaje dio otro pavoroso bandazo. Coker maldijo en un incomprensible dialecto de Glasgow mientras luchaba por mantenerse agarrado al eje.

—*Coraggio*[17]*,* papá. —Fergus oyó cómo ella se esforzaba por conservar su tono animado—. No estarás ahí mucho más tiempo.

—Intente maniobrar para salir —le dijo Fergus al hombre—. Si tiro de usted, podría dañarle la pierna. —Ojalá hubiera podido permitirse

el lujo de entablillarle antes la fractura, pero el carruaje estaba demasiado cerca de volcar.

—No me suelte, *per favore* —dijo el italiano sin dejar de temblar, a la vez que trataba de apoyarse sobre un solo pie. El movimiento hizo que el carruaje se estremeciera de nuevo.

—¡Coker, espera! —gritó la mujer.

Fergus extendió con cuidado su brazo hacia el interior del coche, y entonces sintió unas manos sorprendentemente fuertes que le agarraban desde atrás por la cintura. El italiano lanzó un grito roto de agonía, mientras daba un torpe salto hacia Fergus. No había tiempo para sutilezas. A cada segundo, el carruaje se inclinaba más y más.

—No le dejaré caer, señor —dijo Fergus.

—Papá, escucha a este hombre —dijo la mujer.

—Suélteme, *lassie* —dijo Fergus—. Tengo que retroceder si quiere que libere a su padre.

—Muy bien —contestó la dama. A pesar de las tensas circunstancias, Fergus observó que, por primera vez, ella hacía lo que le decían.

Rezando para que el carruaje no volcara cuando dejara de pisar el estribo, Fergus dio unos pasos hacia el camino embarrado a sus espaldas mientras arrastraba al italiano hacia el exterior. Pulgada a pulgada, el anciano avanzó a trompicones dentro del coche, hasta que al fin se precipitó por la puerta.

Fergus se abalanzó sobre él para atraparlo antes de que cargara peso sobre su pierna rota. Cuando el hombre salió disparado de la cabina, el carruaje amarillo se inclinó hacia un lado y se deslizó hacia el río, llevándose consigo una gran parte de la orilla.

—Uf… —gruñó Fergus mientras tomaba entre sus brazos al herido.

—Campanas del infierno —jadeó Coker, saltando hacia atrás. Había evitado por los pelos que el carruaje lo tirase al agua.

Este se balanceó como un corcho sobre el agitado cauce y, luego, con un fuerte crujido, se hundió hasta las ventanas rotas y fue arrastrado por la tumultuosa corriente. Macushla y Brecon ladraron y se lanzaron en su persecución por la orilla, como si todo aquello fuera una gran aventura.

Fergus apoyó sus botas en el suelo resbaladizo y cambió de postura al gimiente italiano. El herido era tan alto como él y el doble de ancho. Su corpulencia hacía difícil mantenerlo erguido. Esforzándose por guardar el equilibrio bajo su carga, Fergus apenas levantó la vista cuando, con un estruendo, el carruaje destrozado se atascó en un islote rocoso a unos quinientos metros río abajo.

La mujer deslizó su hombro por debajo del brazo de su padre, quitándole a Fergus algo de peso.

—Papá, ¿estás bien?

Con un resuello, Fergus se puso del otro lado para sostener al anciano. Incluso sujetándolo los dos a la vez, el peso del hombre era aplastante.

—*Porca miseria*[18], me duele la pierna. —Bajo una espesa cabellera gris, el rostro del italiano estaba tan blanco como la nieve recién caída de las montañas. Fergus vio entonces que, al igual que la mujer, iba vestido a la última moda.

Tras muchos quejidos y algunos juramentos salvajes que Fergus no necesitó traducir, consiguieron llevar al anciano hasta el arcén de hierba.

—¿Puede sostenerlo? —le preguntó Fergus a la dama.

—Papá, apóyate en mí y mantente sobre tu pierna buena —dijo ella con calma. Por Dios, Fergus tenía que reconocérselo, sabía conservar la tranquilidad en una crisis.

Fergus se quitó el abrigo de los hombros, lo tendió sobre la hierba y luego ayudó a la mujer a sentar a su padre sobre la gruesa lana. Así, al menos, el herido estaría protegido de la humedad.

La dama se desabrochó la capa roja y se la puso por encima a su padre. Fergus reprimió una protesta por que se expusiera a sí misma a la intemperie. No había ninguna razón en particular para que ella le hiciera caso, aparte del hecho de que él era un hombre y estaba en su derecho a ser obedecido. Pero cada átomo de su alma masculina se rebelaba por dejar a una dama tiritando en una ladera que le pertenecía.

Ella se sentó junto a su padre y acunó la cabeza de él en su regazo.

—¿Cómo estás, papá?

—Mejor. —Los labios del hombre se torcieron al intentar sonreír—. Si reduzco los espaguetis, será más fácil levantarme como un saco de trigo.

Ella le devolvió la sonrisa, la cual no fue muy convincente. Los tres sabían que permanecer sobre la hierba húmeda y áspera era solo una solución temporal.

Ahora que el peligro inminente había desaparecido, Fergus se dio cuenta del frío que tenía. No llevaba sombrero; esperaba estar sentado junto a su chimenea al anochecer, con un vaso de bebida local en la mano. Tenía el pelo empapado y la lluvia helada le resbalaba por la nuca.

La mujer también debía de estar congelada. Debajo de la capa llevaba un vestido de viaje azul que se ceñía lo suficiente como para revelar un pecho bonito, aunque no demasiado voluminoso, y un atisbo de caderas curvadas y piernas largas. Llevaba el pelo negro recogido alrededor de la cabeza. O al menos, ese debía de ser el plan. La lluvia persistente caía sobre su peinado y formaba bucles de cabello azabache que serpenteaban alrededor de aquel rostro fascinante.

—Tú, cochero —dijo Fergus—. Trae tu huesudo culo aquí y dale tu abrigo a la señora antes de que te eche al río.

Huraño, el chico se acercó y se desabrochó el abrigo. Con la lluvia, Fergus no podía estar seguro, pero no percibió olor a alcohol. El accidente debió de haber ocurrido más por culpa de su ineptitud que por su embriaguez.

Con visible reticencia, la mujer aceptó el abrigo y se cubrió los hombros con él.

—Gracias, Coker.

—Un placer, señorita. —No podía sonar menos sincero, y Fergus luchó contra el impulso de lanzarlo al agua de todos modos.

El cochero se dirigió hacia los caballos. A estas alturas, las pobres bestias estaban tan acobardadas que habían renunciado a su instinto de huida. Ni siquiera levantaron la cabeza cuando Macushla y Brecon corretearon alrededor de sus patas en un juego canino.

—Es mi criado, no el suyo —declaró de pronto la mujer.

—Es un completo inútil, eso es lo que es —murmuró Fergus, ajustando la prenda para protegerla mejor de la lluvia—. Me temo que su abrigo no está demasiado limpio, y puede que tenga pulgas, pero se congelará si no lleva nada más que ese vestido tan favorecedor.

—Me alegro de que admire mi estilo —dijo ella con sorna.

Fergus se agachó y se sacó una navaja plegable del bolsillo. Con un par de movimientos certeros, cortó la pernera del pantalón del hombre mayor. Este murmuró más maldiciones en italiano, pero que carecían de la acidez anterior. El dolor y el agotamiento estaban haciendo mella en el anciano.

—¿Está rota? —preguntó la mujer a Fergus, con más de esa compostura poco femenina.

A él le pareció casi antinatural. Estas circunstancias dejarían a las damas de su entorno, incluidas su madre y sus hermanas, completamente abatidas. No estaba seguro de cómo tratar a una mujer que se tomaba las calamidades con la misma calma que un hombre.

—*Aye*. —La rodilla del hombre estaba deformada e hinchada, aunque gracias a Dios, la piel permanecía intacta—. Al menos, parece una fractura limpia.

—Ya es algo. —La áspera prenda que cubría a la dama debería atenuar ese aire de frío control, pero seguía pareciendo una duquesa.

—Hay una arboleda de serbales al otro lado del puente. Iré a cortar una rama para hacer una tablilla y luego buscaré ayuda. —Fergus cerró la navaja y volvió a guardarla en el bolsillo. Después le pasó a la mujer su cantimplora—. Puede que necesiten un poco de esto mientras estoy fuera.

Aquellos chispeantes ojos negros se posaron en él con una expresión ilegible. Fergus se sorprendió cuando ella dijo:

—Gracias. Ha sido muy amable.

Algo en aquella mirada evaluadora le hacía sentirse tan incómodo como un muchacho en su primer baile. Una sensación ridícula, en realidad, puesto que él era el amo de todo lo que los rodeaba. Como no supo qué decir, Fergus asintió, se levantó y se fue en busca de un trozo de madera adecuado.

A su regreso, descubrió que la mujer había rasgado en tiras sus enaguas para sujetar la tablilla. Él le reconoció el mérito de la iniciativa, aunque un demonio en su interior lamentó no haberle visto los tobillos.

Achnasheen estaba bastante alejado del mundo civilizado, y la llegada de una mujer hermosa era una agradable sorpresa. Aunque esta en concreto era un poco demasiado voluntariosa para su gusto, le resultaba intrigante y atractiva. Puede que él no quisiera tener tratos con ella a largo plazo, pero a corto plazo era lo bastante hombre como para disfrutar de la vista.

Incluso en esta deplorable situación.

—Deme la tablilla —dijo ella—. Puedo ocuparme yo misma mientras usted consigue ayuda. Hace demasiado frío para dejar a papá aquí mucho tiempo. Es mejor que se vaya enseguida.

Fergus se esforzó por ignorar su tono autoritario.

—¿No va a venir al castillo conmigo?

—Alguien tiene que quedarse con papá.

El hombre tenía los ojos cerrados y sus labios empezaban a ponerse azules. Fergus esperaba que estuviera bien.

—No tiene por qué ser usted. Deje que sea el cochero el que se congele aquí.

Ella lanzó una mirada desdeñosa al tipo que estaba a unos metros, acurrucado miserablemente en sus empapadas mangas de camisa y sujetando los dos caballos del carruaje.

—No le confiaría ni a mi peor enemigo —declaró la dama.

«Entonces, ¿por qué demonios lo contrataste?». Fergus tuvo que morderse la lengua para no hacerle esa pregunta. Una parte de él ansiaba poner en su sitio a aquella mujer tan directa, pero no cuando el tiempo apremiaba y tenían que cuidar de un herido.

—No dejaré a una dama bajo la lluvia.

Ella apretó los labios. Dadas las circunstancias, Fergus se recriminó por pensar que eran del color de las cerezas e igual de deliciosos.

—No estoy hecha de azúcar glaseada. Un poco de agua no me matará.

Fergus ya había decidido que ella tenía más pimienta que azúcar.

—Muy bien, entonces, si insiste.

—Gracias.

Fergus se volvió hacia el cochero.

—Lleva los caballos por ese camino hasta los portones. Yo me adelantaré y daré instrucciones sobre lo que se debe hacer cuando llegues.

—Sí, milord —murmuró el muchacho.

Fergus esperó a que la mujer se quejara de que él había vuelto a apropiarse de su autoridad, pero ella estaba ocupada envolviendo a su padre con más seguridad en su capa y ayudándole a incorporarse. El hombre emitió un gemido de aturdimiento y sus ojos ya no parecían enfocar cuando apoyó la cabeza en el hombro de su hija.

—Volveré tan rápido como pueda —dijo Fergus—. No tenga miedo. —

En cuanto lo dijo, se dio cuenta de su error. ¿Miedo? Esta muchacha no parecía alterarse ante la fatalidad—. No tardaré. Fergus cogió la brida de Banshee. La yegua relinchó y se agitó, pero se tranquilizó con una palabra calmada de Fergus. A lo lejos, el cochero ya conducía a los caballos hacia Achnasheen.

—De acuerdo —respondió la mujer—. Toma, papá. Necesitarás beber un poco de esto primero.

Cuando ella la petaca a los labios de su padre, este enroscó su mano temblorosa alrededor de la de ella y la apartó con un tirón.

—*¡Basta*! Es un vil brebaje.

Fergus ocultó una sonrisa.

—Es lo mejor de Bruce Mackenzie.

—¿No es brandy?

—No. Es *uisge-beatha*[19]. Lo llamamos «agua de vida. ——Un recaudador de impuestos *sassenach* no lo consideraría del todo legal, pero sí el mejor whisky producido a lo largo de diez cañadas de las Highlands.

—*Dio*[20], preferiría estar muerto.

El hombre tenía más valor del que Fergus le había atribuido. Tal vez él y su hija eran más parecidos de lo que había pensado.

—Sí, lo hará —murmuró Fergus.

Acto seguido, silbó a sus perros y montó en Banshee. Hizo girar a la yegua en dirección al castillo y partió al galope bajo la lluvia.

Capítulo 2

Para cuando el prepotente escocés de alta estatura e impresionantes hombros regresó, Marina ya estaba empapada y casi congelada, a pesar del grueso abrigo con olor acre de su cochero. Su padre se había sumido en un sueño inquieto, alimentado por cualquier espíritu inmundo que contuviera la petaca de plata de la que había bebido. Había oscurecido y la lluvia se había convertido en una llovizna constante.

—¿Está usted bien? —preguntó el hombre a lomos de la yegua. Aquella voz conservaba su cualidad de mando, incluso cuando expresaba preocupación—. ¿Cómo está su padre?

—Se ha desmayado. —Marina se sintió aliviada al ver al escocés, aunque sabía que él volvería a por ellos. Los hombres con mandíbulas cinceladas como la suya tendían a ser fieles a su palabra.

Detrás del caballo gris que asomaba entre las tinieblas, vio faroles balanceándose a lo largo del camino. Su salvador, quienquiera que fuese, había convocado un ejército en su ayuda. Se sentía tan temblorosa y alterada que la visión de las luces que se aproximaban la puso ridículamente sensible.

Los dos grandes perros negros se acercaron trotando y se sentaron a ambos lados de ella como centinelas. Conteniendo el aliento ante el tufo a perro mojado, Marina extendió la mano y acarició a ambos.

El hombre desmontó. Los ojos de Marina se habían adaptado a la oscuridad lo suficiente como para apreciar la gracia fluida y poderosa del movimiento. Su rescatador era molesto, pero guapo y fuerte. Su fuerza, aunque no su atractivo, era bienvenida. Por mucho que le irritaran sus modales autoritarios, apreciaba su eficacia. Y su rapidez. Solo le había llevado media hora hacer el doble trayecto.

—Tengo un carro en camino. Así podrá ir tumbado, lo que será más fácil para él que sentarse en un carruaje. Aunque el viaje a casa estará lleno de baches, me temo.

Marina se levantó dando tumbos con unas piernas que parecían hechas de cuerda mojada. Mojadas y congeladas.

—En ese caso, es bueno que esté casi inconsciente —dijo, luchando por mantener un tono firme.

Marina supo que no lo había conseguido, porque el escocés le lanzó una mirada pensativa, visible incluso a través de la penumbra. Los faroles se acercaron, y cuando Marina se secó la lluvia de los ojos, vio un carro con techo de lona y tirado por dos caballos. A su lado caminaban media docena de fornidos highlanders, que no tendrían

problemas para soportar el peso de su padre cuando lo levantaran.

El pelirrojo sacó algo de la silla y se lo pasó.

—Esto quizá sea más digno que el abrigo que lleva. Y está seco.

Marina tuvo que admitir que él era considerado. Su propio aire independiente disuadía a la mayoría de los hombres de su propósito de intentar cuidarla, tal y como a ella le gustaba. Se dijo a sí misma que era capaz de valerse sola, aunque estuviera tambaleándose, pero cuando se deshizo del abrigo del cochero y se envolvió en la suave capa de lana, casi lloró de gratitud.

—Es muy amable por parte de su esposa prestarme su ropa.

El gruñido de diversión del hombre fue breve.

—Lo sería si tuviera una esposa, pero la capa pertenece a mi hermana Clarissa. Se la dejó la última vez que estuvo en el castillo al volver a Edimburgo.

No estaba casado. No es que eso tuviera importancia. Entonces, Marina se dio cuenta de lo que él había dicho.

—¿Un castillo?

—Sí —contestó Fergus—. Le dije que ahí es donde iba.

Marina supuso que era cierto. A causa de lo asustada que estaba por su padre y por la necesidad de ocultar lo mucho que odiaba quedarse en la ladera desnuda, no le había prestado mucha atención.

La posibilidad de una charla privada llegó a su fin. Todo se convirtió en acción bajo la autoridad del hombre alto con el pelo rojo como las llamas y los ojos como el hielo gris. Quizá a ella no le gustara que él le diera órdenes, pero ahora mismo apreciaba la forma en que se las daba a los demás. Órdenes que dieron como resultado que su padre fuera levantado con suavidad y colocado en la plataforma de un carro forrada con pieles y mantas.

Marina sintió de pronto una oleada de alivio al dejar el cuidado de su padre en manos tan capaces. Hasta ese momento, su abrumadora preocupación había mantenido a raya el pánico y el dolor. No había resultado herida en el accidente, pero sí magullada y zarandeada. Ahora, sus piernas se habían vuelto gelatinosas, y luchó por no derrumbarse y echarse a llorar.

Entonces captó la mirada de su salvador. Aunque Marina no tenía ni idea de por qué ella se negaba a revelarle cualquier clase de debilidad, enderezó la columna y levantó la barbilla.

—¿Quiere montar conmigo en Banshee, o prefiere viajar en el carro con su padre? —le preguntó Fergus cuando la comitiva se puso en marcha.

Una parte temeraria de ella, la parte que había pasado casi toda su vida luchando por reprimir, quería cabalgar como una princesa rescatada detrás de aquel hombre tan apuesto montado en aquel caballo tan brioso. Pero ya era lo bastante mayor como para saber

que, al final, solo una persona podía rescatarla, y esa persona era ella misma. Y su padre la necesitaba.

—Gracias por la oferta, pero debo ir con papá.

—No estará muy cómoda, *lassie*, y es un transporte inadecuado para una dama.

—Estoy segura de que todo irá bien. —No era la primera vez que él intentaba tratarla como si fuera demasiado delicada para este mundo. El montañés debía de creer, erróneamente, que las mujeres estaban hechas de alas de mariposa.

—Sí, bueno, si es lo que quiere… —Por suerte, él no pareció muy decepcionado con su negativa—. Es un corto camino, una milla o así.

Primero, Marina tenía que subir al carro. Su traje de viaje, con sus elegantes alamares[21] militares, estaba *à la mode*[22], pero su estrecha falda no estaba diseñada para subir y bajar de los vehículos agrícolas. Consternada, observó el espacio entre el suelo y la base del carro. Entonces, unas duras manos se cerraron en torno a su cintura, la alzó en volandas y quedó sentada en la parte trasera de la carreta con los pies calzados colgando.

El corazón le dio un vuelco. En parte, por el susto. Y también por el insensato placer femenino que le produjo ser levantada en el aire por un hombre fuerte como ella si no pesara más que una pluma.

Esa sensación de temblor era una tontería, pero el hecho de saber que su arrogante salvador podía izarla sin esfuerzo le aceleraba el pulso. Le gustaba agarrarla y ponerla donde él quería. Tenía que dejar de comportarse como una tonta y decirle que era capaz de moverse por voluntad propia.

—Necesito mi cartera —dijo ella con una vergonzosa falta de aliento mientras señalaba la cartera de cuero tirada en el borde del camino.

Sin mediar palabra, el hombre la recogió y se la pasó. Uno de los fornidos montañeses que lo acompañaba trajo también la costosa capa roja que Marina había comprado en Venecia. Cuando se la había puesto por encima a su padre, ni siquiera lo pensó, pero ahora sintió una punzada de pesar porque probablemente la prenda nunca se recuperaría del duro trato recibido.

Sus ojos siguieron al escocés mientras este cruzaba hacia el gran caballo gris que permanecía en su sitio, esperando a su amo. Marina estaba segura de que él apreciaba la perfecta obediencia de la bestia.

A una velocidad prudente, el carro empezó a rodar por el sendero. Incluso con todo el acolchado debajo, Marina sentía cada bache del terreno. Esperaba que su padre no estuviera demasiado incómodo. Antes de levantarlo, le habían dado más de esa bebida de nombre estrafalario. Para su sorpresa, él no había protestado en absoluto.

Al menos había dejado de llover. Apartó la mirada del oscuro

paisaje para descubrir que su padre había recobrado el conocimiento. Él la observaba desde donde yacía tendido sobre un montón de almohadas y mantas. Ya parecía más sereno y, a la luz del farol, Marina vio que la expresión de dolor había desaparecido de sus labios.

—Papá, ¿cómo te encuentras? —le preguntó en inglés.

—Preferiría estar en casa, tomando el aire en la Piazza della Signoria —respondió él en la misma lengua. En privado, solían hablar en una mezcla particular de ese idioma y el italiano.

Marina sonrió al comprobar que sonaba más como él mismo.

—Estoy segura de eso. ¿Todavía te duele?

—Me alegraré cuando lleguemos a donde sea que vamos.

Y ella también. Tenía frío, a pesar de la lujosa capa, y cada socavón del camino le recordaba que había dado vueltas dentro del carruaje desbocado como un dado en un cubilete.

Durante unos minutos viajaron en silencio, hasta que su padre lo rompió con un tono pensativo.

—Es un diablo guapo.

—¿Quién? —preguntó Marina, aunque sabía exactamente a quién se refería su padre.

—Nuestro rescatador. El galante escocés con el lamentable gusto por el licor y sus maneras expeditivas en una emergencia.

—¿Lo es? No me había fijado. —A través de los laterales abiertos del carro, Marina miró al hombre que iba a la vanguardia de la marcha.

—Entonces, deberías hacerlo.

Ella le dirigió una mirada arisca.

—Creí que tenías otras cosas en la cabeza.

Los labios del anciano se torcieron en algo parecido a una sonrisa. Marina pensó que realmente debía de sentirse mejor.

—Algunas cosas son imposibles de ignorar —declaró él.

Marina supuso que debería alegrarse por que su padre tuviera la energía suficiente para burlarse de ella. Mientras había esperado con él en la carretera, se había puesto enferma de preocupación por la forma en que él perdía y recuperaba la coherencia.

—Sabes que no me gustan los hombres prepotentes, y este actúa como si fuera el amo del mundo.

El montañés que caminaba junto al carro, un individuo rechoncho con una magnífica barba negra, se rio entre dientes.

—Sí, así es. Pero en este rincón de las Tierras Altas, *el* Mackinnon[23] es el amo del mundo, muchacha.

—No quería... —Marina se sonrojó tras su falta de discreción. Debería haberse limitado a hablar en italiano.

Por muy déspota que fuera el pelirrojo, ella tenía una deuda de gratitud con él. No le había pasado desapercibido que, aparte de él y

de la gente que había convocado, no se había encontrado con ni un alma por el solitario camino. Sin su ayuda, ella y su padre estarían en serios problemas.

El hombre que marchaba junto al carro volvió a reírse con un sonido grave mientras daba grandes zancadas con sus grandes piernas peludas bajo el *kilt*.

—*Aye*, sí que quería —dijo—. El *laird* tiene una tendencia a dar órdenes y a esperar que sean obedecidas. Estamos acostumbrados a eso.

En tal caso, sus criados deberían ser sombras abatidas. Pero Marina no vio señales de ello en la impresionante multitud de hombres que los escoltaban de vuelta al castillo.

—Ya se acostumbrará —añadió el montañés, con el mismo acento local que a ella le resultaba tan atractivo en la profunda voz de su salvador—. Ayuda que él siempre tenga razón.

Marina se erizó ante el comentario.

—Dudo que vaya a estar aquí tanto tiempo como para tener que acostumbrarme, señor....

—Todos me llaman Jock. Usted también puede hacerlo.

—Entonces, me gustaría darle las gracias por su ayuda, Jock, al igual que a sus amigos.

A la sonrisa del hombre le faltaban un par de dientes delanteros. *El* Mackinnon —un título extraño, pensó Marina— tenía una dentadura excelente. Dientes fuertes, rectos y blancos. Ella se preguntó qué aspecto tendría cuando sonreía. A pesar de su desconcertante sospecha de que él la encontraba divertida, no había sonreído por completo ni una sola vez.

—Basta, Marina».

Jock le había llamado «el *laird*. —Ella no estaba familiarizada con la palabra, pero debía de significar algo así como señor. Y era dueño de un castillo.

—*Madonna mia*, debe de ostentar un gran poder en este desierto», se dijo a sí misma. Tal vez su arrogancia tenía algún fundamento. A ella no le extrañaba que no le gustara que se dirigiera a él como a un subordinado cuando llegó para ayudarles. Supuso que debería haber sido un poco más educada. Pero los años de viaje le habían enseñado que una actitud autoritaria era la mejor manera de obtener los resultados deseados.

Una parte de ella no lamentaba haber aguijoneado el orgullo de él. Intuía que aquel hombre recibía demasiada admiración y obediencia incondicional.

—No te preocupes. —Marina cogió la mano enguantada de su padre. Su transporte se estaba realizando con todo el cuidado posible, pero se dio cuenta de que incluso los movimientos suaves le hacían

daño, haciendo que su breve estallido de vitalidad se desvaneciera con rapidez—. Mackinnon dijo que era solo una milla. Llegaremos pronto.

Marina esperaba que aquel castillo no fuera una ruina, como tantos que había visto por el camino desde la frontera hacia el norte. Esperaba que hubiera un buen fuego, comida caliente y ropa seca para cambiarse. Todos sus hermosos vestidos habían ido a parar al río —el arroyo, como lo llamaba Mackinnon— junto con el carruaje. Estaba agradecida de que ella y su padre estuvieran vivos y de haber recuperado lo único que era realmente irremplazable, pero eso no la reconciliaba con la pérdida.

Maldito tonto su cochero.

—Lo que daría por un plato de *ossobuco* y un buen chianti —dijo su padre con voz soñadora.

Ella sonrió.

—Más bien nos darán cordero medio crudo y algo más de esa bebida de nombre impronunciable. —La cocina durante su semana en Escocia no la había impresionado.

—Ahora mismo, incluso eso sería bienvenido.

De forma inevitable, sus ojos encontraron al hombre alto del caballo gris. *El* Mackinnon. Un título inusual para un hombre inusual. Un hombre molesto. Pero sin duda, un hombre capaz. E impresionantemente guapo.

Pensara lo que ella pensara de su forma de comportarse, ninguna mujer sobre la tierra discutiría la conclusión de que era muy atractivo.

Capítulo 3

Durante un tiempo que a Marina se le hizo una eternidad, aunque sabía que era solo su percepción, avanzaron penosamente en la oscuridad. Su padre se volvía más silencioso a cada minuto, lo que era una señal preocupante, ya que, por lo general, era el más locuaz de los hombres.

Contempló las oscuras colinas que se dibujaban en torno a la frágil luminosidad de los faroles. Entonces se perfiló una enorme figura contra el cielo sin estrellas. Almenas y torreones, y una maravillosa luz que se filtraba a través de las puertas.

«*Dio*, es un castillo de verdad».

El carro traqueteó sobre los adoquines y bajo el rastrillo que había sido elevado. Su padre gimió por el repentino golpe y ella le agarró la mano con más fuerza.

—Ya casi estamos, papá.

Cuando entraron en un patio iluminado con antorchas, Marina tuvo la extraña sensación de retroceder varios siglos a una época anterior, menos civilizada. Una época en la que los rudos highlanders se apoderaban de las mujeres que deseaban y se las llevaban a una fortaleza en la montaña para dar hijos fuertes al clan.

Algo primitivo y poderoso se agitó en su interior. Algo que parecía casi excitación. Estaba claro que había leído demasiada poesía de sir Walter Scott durante este viaje al norte.

—Le prometí un castillo —dijo a su lado una voz suave y ligeramente burlona. Mackinnon cabalgaba ahora junto al carro. La visión del que iba a ser su alojamiento esa noche era tan sobrecogedora que había desviado la atención de Marina de su anfitrión.

—Y usted es un hombre de palabra —dijo ella, maldiciendo el traidor murmullo de su respuesta.

—Le enseñaré el lugar por la mañana, si quiere.

—Gracias, pero en cuanto papá esté entablillado y pueda viajar, nos pondremos en camino.

Él se rio, aún con esa nota burlona.

—¿De verdad?

—Aunque le agradezco que viniera en nuestra ayuda y nos haya ofrecido alojamiento. —Marina hizo una pausa y frunció el ceño—. Si es que es esa su intención…

—No, *lassie*, la he traído aquí solo para que pueda sentarse fuera bajo la lluvia, temblando y preguntándose qué está pasando dentro

junto al fuego.

Ella estudió su rostro según su costumbre de descomponer las imágenes en patrones de planos y colores. Su estructura ósea era extraordinariamente perfecta. Durante un intervalo de aturdimiento, se perdió en aquella simetría gloriosa. Luego parpadeó al darse cuenta de lo que él había dicho.

—Perdón, ¿cómo dice?

—Si me siento generoso, quizá le envíe un tazón de gachas frías. Pero puede que no lo haga.

Sus notables facciones eran inexpresivas. Marina parpadeó de nuevo.

—Está de broma.

Él crispó los labios.

—Sí, en efecto. Llevemos a su padre dentro y metámoslo en una cama. Necesitará descansar en algún lugar cómodo.

—Sí, sí, lo necesito —dijo débilmente el anciano.

En segundos, Marina fue testigo de más eficiencia impresionante y gente que corría en todas direcciones para cumplir las órdenes de Mackinnon. Marina vio cómo su padre era instalado en una acogedora recámara y observó cómo una anciana con mayores habilidades que las suyas sustituía la tablilla improvisada por un soporte más sustancial. Una ingeniosa jaula de mimbre elevaba las mantas sobre la pierna rota y evitaba que el peso recayera en el miembro lastimado.

—Sí, es un mal golpe, pero podría ser peor —dijo la mujer con voz cantarina—. Sí, podría, podría. El descanso y la tranquilidad lo arreglarán.

Con la cara de un preocupante tono blanco, el herido se desplomó contra las almohadas amontonadas. Cambiar la férula había sido un proceso doloroso.

—¿Deberíamos llamar a un médico? —preguntó Marina.

—El médico más cercano está a treinta millas, *lassie* —respondió la mujer—. No se preocupe. He curado todos los golpes y rasguños de Achnasheen durante los últimos cincuenta años. No le irá mejor con el curandero de Strathcarron.

—Lo siento si la he ofendido.

La anciana sacudió la cabeza.

—No hay razón para que conozca nuestras costumbres. *El* Mackinnon me ha confiado a su padre. No le dejaré ni a él ni a usted.

Más homenajes al omnipotente Mackinnon. *Santo cielo*. A Marina no le sorprendía que el hombre fuera insufrible.

—Ahora la acompañaré a su alcoba y podrá quitarse ese traje y prepararse para cenar con el *laird*. No quiero otro paciente a mi cargo, y no hace una noche como para estar de pie con la ropa mojada.

Marina había permanecido junto al fuego para no tiritar. Cuando

llegaron al castillo, el prepotente pelirrojo le había ordenado que fuera a su habitación para cambiarse, pero ella insistió en que primero vería a su padre. A su anfitrión no le había gustado su desafío, ni siquiera en un asunto tan insignificante.

—En cuanto me haya puesto ropa seca, volveré y me sentaré junto a mi padre —dijo Marina con rapidez.

—*Och*, dispondré que cene algo y luego le daré un poco de somnífero. No tiene nada que hacer aquí, *lassie*.

Marina accedió a regañadientes, entre otras cosas, porque la anciana era casi tan autoritaria como su amo. Y los buenos modales requerían que Marina ofreciera alguna compensación cortés por la hospitalidad del *laird,* y porque este hubiera puesto sus criados al cuidado de dos extraños en apuros.

Parecía que la cena con Mackinnon era ineludible. Si tan solo el *laird* no hiciera que ella perdiera su compostura... Se sentía mucho más capaz y segura de sí misma cuando los brillantes ojos grises no observaban cada uno de sus movimientos.

Su habitación era contigua a la de su padre y estaba igual de bien equipada, con una chimenea encendida y una tímida muchacha de unos dieciséis años que le preparó un baño caliente. Cuando Marina percibió el aroma a lavanda que desprendía el agua humeante, estuvo a punto de gemir de placer. El duro día de viaje, los efectos de ser zarandeada por el carruaje y la espera en el frío la habían dejado cansada, rígida y dolorida.

¿Otro gesto considerado por parte del *laird*? Si él también quería darle una buena comida, ella casi podía perdonarle que fuera un demonio tan imperioso.

Cuando Marina bajó las escaleras una hora más tarde, se sentía mucho más humana. Y también había recuperado su cinismo natural. El highlander la había impresionado, por mucho que se hubiera resistido a su atractivo. Pero ella estaba lejos de su mejor momento tras el accidente, y también estaba desesperada por su padre. Ahora que iba a encontrarse con el *laird* en circunstancias más mundanas —si es que este ambiente gótico podía calificarse así—, estaba segura de que él se reduciría a proporciones igual de mundanas.

La criada le había indicado cómo llegar al salón. Marina se había alojado en varias grandes casas de campo al sur de la frontera y estaba acostumbrada a tener lacayos a mano que guiasen a los huéspedes despistados, pero esta casa no contaba con unos sirvientes tan usuales. Por lo que ella había visto hasta entonces, Mackinnon tenía criados más que personal de servicio.

Descendió por la amplia escalera de piedra, adornada con bestias heráldicas —en el escudo de la familia Mackinnon parecía figurar un grifo—, y cruzó una cavernosa sala iluminada con más antorchas

ardientes. Las paredes estaban decoradas con armas dispuestas en círculos concéntricos, y figuras fantasmales asomaban de antiguos tapices que colgaban desde el techo artesonado hasta el suelo de lajas. Marina se estremeció, no a causa del frío esta vez, sino con el retorno de aquella sensación de haberse aventurado en un pasado lejano.

Si al entrar en el elegante salón la hubiera recibido un hombre con túnica medieval y calzas, o incluso una armadura, no se habría sorprendido. En cambio, el caballero que se apartó a su llegada del crepitante fuego, no desentonaría en una de esas elegantes mansiones inglesas que ella había visitado en las últimas semanas.

Marina casi se apenó al ver que el *laird* vestía una chaqueta y unos pantalones negros maravillosamente confeccionados, un níveo pañuelo de cuello y un elegante chaleco de seda plateada. Aquel rostro austero pertenecía a una época anterior, de caballerosidad, fe y peligro, no al mundo moderno con todas sus comodidades y convenciones.

Él le dedicó una cortés reverencia. Cuando inclinó la cabeza hacia ella, la luz del fuego iluminó su espeso cabello. Era de un rojo intenso y llameante. El extraordinario color la dejó paralizada, y sus dedos se curvaron como si sostuviera un pincel.

Cuando ella no le devolvió el saludo de inmediato, una irónica y familiar diversión iluminó los ojos grises de él. En cierto modo, eran de una tonalidad tan extraordinaria como su pelo. Oh, por Dios, cualquier esperanza de que circunstancias menos dramáticas pudieran desterrar su soberbia apostura se desvaneció con rapidez.

—Buenas noches, *signorina*[24]. ¿Tuvo alguna dificultad en encontrarme?

—Lo siento. —Marina hizo una reverencia tambaleante—. Creerá que soy una completa maleducada.

Él torció los labios.

—Lo que creo es que mantuvo sus nervios con un valor incondicional durante algunas horas difíciles, y ahora está cansada.

Todo eso era cierto, pero ella tenía la horrible sospecha de que el cansancio no era la causa de que se le acelerara el pulso y respirase con un aliento entrecortado.

Por otro lado, él la observaba con una inconfundible admiración. Peggy, la doncella que había atendido a Marina en su alcoba, había arreglado de la mejor forma el vestido de otra talla y también había hecho un buen trabajo al peinar la mata de resbaladizo pelo negro, trenzándolo en un elegante moño que adornó después con unos alfileres de perlas.

Cuando Marina se levantó de su reverencia, él le cogió la mano. El calor subió por el brazo de ella y su corazón saltó y se aceleró como el de un cordero en primavera. Podía estar agotada y dolorida a resultas

de su terrible experiencia, pero en ese instante el mundo parecía más brillante y vívido que esa tarde. La vida parecía más... animada en presencia de Mackinnon.

Maledizione, esto realmente no era nada bueno.

A sus veintiocho años, era lo bastante mayor como para adivinar lo que había detrás de aquel cúmulo de reacciones físicas incontrolables. Su cerebro podría decirle que aquel hombre estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya como para que ella llegara a ser su amiga, mientras, al mismo tiempo, su rebelde cuerpo de mujer quería abrirse ante él e invitarle a hacer todas las cosas perversas que quisiera.

Marina había aprendido a disuadir a los hombres depredadores. Una mujer que trataba con caballeros por negocios tan a menudo como ella lo hacía, a menudo se encontraba con flirteos, y a veces con proposiciones que iban mucho más allá.

Lo excepcional —y preocupante— de su encuentro con este directo y franco escocés, era que la primera reacción que ella experimentó no fue su habitual irritación, sino expectación y un lento calor que se arremolinaba en la boca de su estómago.

—Veo que el vestido de mi hermana le queda bien, aunque es un poco corto.

—Estoy en deuda con su hermana. —Marina intentó no notar cómo él desviaba la mirada hacia sus tobillos, que se exhibían bajo el bonito vestido amarillo con delicados apliques de encaje. Su hermana también era la dueña de las medias y de la vaporosa ropa interior. Marina ocultó un escalofrío al imaginar a aquel hombre eligiendo su ropa íntima, aunque lo más probable era que hubiera encomendado la tarea a una de las criadas. También había una selección de zapatos de varios tamaños esperando en su dormitorio—. Incluso ha encontrado zapatillas a mi medida —comentó.

—Sí. Tuvimos que registrar todos los armarios. Son de mi tía abuela Frances. Mi hermana es pequeña y rubia.

Y Marina era alta y morena. Se sonrojó —y nunca se sonrojaba— al darse cuenta de que su mano seguía en la de él.

—Bueno, los dos han acudido a mi rescate —tartamudeó ella como una tonta debutante que asiste a su primer baile.

—Venga y siéntese a mi lado y tome una copa de vino. La cena no tardará mucho.

Sentarse junto a él le pareció poco aconsejable, pero hacer un escándalo solo serviría para llamar la atención sobre su punzante conciencia de su proximidad. Marina tomó aire con esfuerzo y decidió fingir que estaba acostumbrada a las veladas a solas con caballeros elegantes.

Sin soltarle la mano, Mackinnon la condujo hasta un diván de

terciopelo y esperó a que ella tomara asiento antes de sentarse a su lado. Marina sintió más aleteos en el estómago y apenas notó ya sus dolores.

Tal vez, pensó sin mucha convicción, solo tenía hambre. Hacía mucho tiempo que no comía. Intentó armarse de valor diciéndose a sí misma que el highlander la estaba presionando de nuevo. Pero después del día que había tenido, era maravillosamente reconfortante aceptar sus cuidados y su admiración, aunque vinieran acompañados de órdenes.

Marina buscó algún tema que le distrajera de observarla con tan descarado interés masculino.

—¿No hay perros?

La mirada de él no vaciló.

—Están abajo en la cocina, pidiendo sobras.

Ella fingió interés por un sombrío paisaje colgado sobre la chimenea, aunque si alguien le hubiera preguntado, no habría podido nombrar ni un solo objeto del cuadro. Tuvo la sensación de que si miraba a Mackinnon a los ojos, él adivinaría su fascinación por él. Tuvo el presentimiento de que se trataba de un hombre que conocía las debilidades de las mujeres y sabía cómo aprovecharse de ellas.

—¿Cómo se llaman?

—Macushla y Brecon. Son hermano y hermana. Su padre, Bailey, era el mejor perro de Escocia. Murió de viejo el año pasado.

La tristeza en su voz hizo que ella dejara de evitar sus ojos.

—Lo siento.

—*Aye*, yo también. Fue el compañero de mi juventud. Aún creo verlo corriendo detrás de Banshee cuando galopamos por las colinas.

—Quizá lo haga —dijo Marina en voz baja. Luchó contra un impulso loco de coger la elegante mano que él tenía sobre su propia pierna y ofrecerle consuelo. Eran desconocidos que se habían encontrado por casualidad. No había razón para que su corazón se derritiera ante el amor que había en su voz cuando hablaba de su viejo perro—. Me gustan los perros —declaró ella al fin.

—¿Tiene uno?

—No, estoy fuera de casa demasiado a menudo como para tener una mascota.

—¿Y se me permite saber el nombre de la bonita *lassie* a la que le gustan los perros y que tiene tal deuda de gratitud con mi hermana Clarissa?

Sorprendida, Marina se enderezó. Se esforzó por ignorar el disimulado «bonita» de su pregunta.

—*Cielo*, no nos hemos presentado aún, ¿verdad?

Él curvó sus expresivos labios con el humor burlón que ahora ella sabía que le era característico.

—La mayor parte de las últimas horas, ambos teníamos otras cosas en la cabeza. Soy Fergus Mackinnon.

—*El* Mackinnon.

—Sí. Soy jefe del clan, y *laird* de Achnasheen.

Aquella suave voz de barítono convertía en música las tres extravagantes sílabas del topónimo.

—Qué bonito nombre para una finca.

—Significa «campo de lluvia». Lo cual, como ha descubierto hoy, es lamentablemente exacto.

—Al menos paró después de un rato.

—Aún así, no tuvo la mejor llegada a mi hogar, *signorina*...

—Me llamo Marina Lucchetti.

—¿Es italiana?

—A medias. Mamá era una dama inglesa de buena cuna. Conoció a papá en Florencia cuando tenía dieciocho años y se fugó con él.

—Eso explica por qué habla como una *sassenach*.

—¿*Sassenach*?

—*Aye*, una inglesa.

Su madre la había instruido en historia británica. Se imaginaba que su acento no era bien recibido en este rincón del mundo.

—Espero que pase por alto mis desafortunados antecedentes —dijo Marina con una sonrisa que le salió con demasiada facilidad—. Quizá le ayude si le digo que la familia de mamá la repudió después de casarse, y que nunca los he conocido.

—Dadas las circunstancias, perdonaré la conexión.

Ella soltó una carcajada y no se le pasó por alto el interés que brillaba en los ojos de él.

—*Grazie*.

Fergus se levantó y se dirigió al aparador para coger una botella.

—Espero que no le importe cenar conmigo. Sé que no es estrictamente correcto que estemos solos, pero aquí en las Tierras Altas no somos tan quisquillosos con las reglas de sociedad como en Londres. Si lo prefiere, puedo enviar una bandeja a su habitación. O puedo pedirle a una de las criadas que se siente con nosotros, si quiere una chaperona[25]. Pero es una pena desperdiciar la oportunidad de una conversación interesante, cuando recibo tan pocas visitas en Achnasheen.

Él le acababa de dedicar otro cumplido, y uno por su mente, no por su aspecto, envuelto además en algo que casi podría ser una disculpa por suponer que ella lo acompañaría en la cena sin consultárselo antes.

Cada vez le resultaba más difícil a Marina recordar cómo él le había ladrado órdenes junto al puente. *Diavolo*, este encanto era peligroso.

Ella ya sabía que sería sensato evitar su compañía. No era para nada su tipo de caballero. Y él le había facilitado una excusa perfecta para darle las buenas noches y retirarse.

Marina se quedó exactamente donde estaba.

—En Italia tampoco somos tan cuidadosos, sobre todo, porque no soy aristócrata ni acabo de salir de la escuela. Creo que mi reputación sobrevivirá a una comida con usted.

—Me alegra oírlo. —La calidez de sus ojos encendió un calor de respuesta en la sangre de ella—. ¿Quiere un poco de vino?

—Sí, por favor.

Él sirvió dos copas de clarete.

—Entonces, ¿qué hace una hermosa dama medio italiana en la Escocia más salvaje?

—Tiritar —dijo ella, aceptando el vino. Tenía que decirle que no perdiera más el tiempo con cumplidos. Nunca funcionaban con ella. Bueno, normalmente, nunca lo hacían—. Apostaría a que nuestro cochero se había perdido cuando volcamos. Se suponía que íbamos de camino a la isla de Skye.

Mackinnon volvió a sentarse junto a ella, estirando sus largas piernas hacia el fuego. Marina era dolorosamente consciente de que apenas unos centímetros de terciopelo azul los separaban. Un sutil movimiento y ella chocaría con su cadera.

El pensamiento le hizo un nudo en la garganta. En el puente, él la había tocado, zarandeándola como si fuera un mueble, y ella había querido abofetearlo. ¿Cuándo había cambiado eso?

Él levantó su copa.

—*Slàinte mhath*[26].

—*Salute*[27]. —Marina le devolvió el brindis y bebió un sorbo de vino, que resultó ser excelente. ¿Qué otra cosa podía esperar? Tenía la sensación de que Mackinnon tenía todo organizado a su propia medida.

—¿Está emprendiendo una gira?

—En cierto modo. —Ella bebió de nuevo y se esforzó por concentrarse en la charla, y no en la atracción que sentía por su anfitrión—. Soy artista. El duque de Portofino me ha encargado algunas escenas de las Tierras Altas. En el continente, Escocia está de moda.

El interés agudizó la mirada de él.

—¿Trabaja para vivir?

—Así es. —Su escepticismo, la reacción habitual que ella recibía de los hombres, le recordó que era demasiado mayor y pragmática para arrojar su sombrero a un molino de viento por un par de brillantes ojos grises. Aunque esos ojos fueran realmente *bellissimi*[28]—. Le dije que no provengo de los rangos más exaltados de la sociedad.

Él ignoró la alusión tácita de ella a su pasado.

—¿Y ha tenido algún éxito como pintora?

—He tenido suerte.

Mackinnon hizo una pausa, como si estuviera considerando aquella respuesta, y luego su ceño se frunció.

—Por Dios, creo que he visto su trabajo. ¿M.R. Lucchetti? ¿Es usted?

No debería estar tan contenta.

—Lo soy.

Más admiración brilló en sus ojos, y Marina resistió el impulso de sentirse deleitada. Se sentía mucho más cómoda con los elogios por su trabajo que por su atractivo femenino. Estaba orgullosa de lo que había conseguido en su carrera. Al principio, muchos la habían descartado como una mujer más que se dedicaba a la acuarela, la técnica que toda dama elegante aprendía de su institutriz.

Mackinnon continuó.

—El marido de Clarissa hizo el *Grand Tour*[29] de joven y compró un juego de sus cuadros cuando estuvo en Italia. Vistas de Nápoles. Son exquisitas. Perdóneme, supuse que las había hecho un hombre.

Marina apretó los labios, aunque ella, más que nadie, conocía los prejuicios contra las pintoras. Por eso firmaba sus obras con sus iniciales y no con su nombre de pila.

—Mucha gente cree que las mujeres no tienen verdadero talento con el pincel.

—Bueno, usted es la prueba que refuta esa creencia —dijo él con rapidez—. ¿Qué significa la *R*?

Ella se había preparado para defenderse. Cuando se dio cuenta de que no necesitaba hacerlo, se sintió agotada, como si él le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Repton. El apellido de soltera de mamá. —Como la parcialidad de él la había desarmado, Marina explicó más de lo habitual al describirle sus comienzos como artista—. Ella fue quien fomentó mi talento y luchó con uñas y dientes hasta que el mejor maestro de dibujo de Florencia me tomó como alumna.

Incluso entonces, a Marina no se le había permitido asistir a las clases presenciales de la escuela junto con los alumnos varones, razón por la que se había limitado a pintar paisajes y ahora se ganaba la vida como acuarelista.

—¿Y hay un *signor*[30] Lucchetti? —preguntó Fergus.

¿Se había imaginado Marina que la pregunta tenía una intensidad especial? Hasta ese momento, casi podría definir la conversación como un intercambio de bromas inofensivas, si su corazón no estuviera alojado en lo alto de sus costillas y su sangre no estuviera burbujeando como el champán.

—Sí, lo hay.

¿Había decepción en sus ojos plateados, o Marina estaba sobreinterpretando su expresión? ¿El highlander la encontraba tan intrigante como ella a él? ¿Y eso era lo que ella quería?

El sentido común y el instinto de conservación le decían que no. Ella tenía su vida organizada como deseaba, y una relación inconveniente era lo último que necesitaba. Sin embargo, un impulso femenino hasta entonces desconocido quería ver adónde la llevaba aquella reacción sin precedentes hacia un hombre.

—¿Y dónde está? —Quiso saber Fergus.

—Arriba, en la cama. Papá se horrorizará cuando se dé cuenta de que usted nos ha dado cobijo sin mediar una presentación adecuada.

Él mostró un claro alivio.

—¿No está casada?

—Solo conmigo misma. —Marina pronunció las palabras deliberadamente, porque supuso que el concepto no le gustaría. Necesitaba recordar lo condescendiente que él podía llegar a ser antes de que ella se derritiera en un charco anhelante a sus pies.

Mackinnon frunció el ceño.

—No estoy seguro de que el mundo dé crédito a algo así.

Marina se encogió de hombros.

—Pues debería. Vivo de mi talento. Dado que la gente está dispuesta a comprar mis obras, soy independiente.

Aquellas expresivas cejas se alzaron inquisitivas.

—Y aún así, viaja con su padre como chaperón.

Diavolo, ella debería haber sabido que él captaría ese detalle.

—Hasta ahí, debo acatar las convenciones sociales. Hay algunas batallas que no puedo ganar. Si viajara sola, me llamarían...

Él la interrumpió antes de que ella pudiera pronunciar la poco halagadora palabra: libertina. O lo que era lo mismo: puta.

—Así que necesita un hombre para algunas cosas.

—Para guardar las apariencias. —Marina se encontró con sus ardientes ojos. Se había equivocado. Después de todo, esta conversación iba más allá de los tópicos de cortesía, y ambos lo sabían —. Pero papá trabaja para mí. Viaja bajo mi dirección. Yo pago las facturas. Yo tomo las decisiones. Yo estoy al mando.

Mackinnon puso su copa sobre una mesa auxiliar con un sonoro chasquido.

—No es natural.

—No. —La reacción de él no debería decepcionarla. El escocés no había tratado de ocultar su autoritarismo, precisamente. Y Marina tenía muy claro, por todos con los que había hablado en el castillo, que la palabra del *laird* era ley—. Lo que no es natural es que una mitad de la población crea que tiene el derecho inalienable de

controlar a la otra mitad.

—*Signorina* Lucchetti, usted es peligrosa. Predica la revolución. —Con una mirada inflexible, Fergus se levantó y se quedó de pie frente a la chimenea—. Los hombres siempre han estado al mando.

—Eso no significa que sea lo correcto —dijo Marina con cierto acaloramiento.

Toda su vida había luchado contra la aceptación incontestable de la superioridad masculina. Había visto a pintores con la mitad de talento que ella tener el doble de éxito, en una sociedad que creía que ninguna mujer podía competir con un hombre en materia de arte.

—Pero hoy necesitaba mi ayuda —señaló él con una odiosa arrogancia.

Debería estar agradecida de que hubiera empezado a comportarse como un idiota. Esa actitud podría servirle a Marina para romper la red de atracción que le estrangulaba su sentido común. Si tan solo su magnificencia física no la atrajera... Era muy difícil descartarlo como un bruto ignorante, cuando cada vez que él giraba la cabeza le hacía sentir deseos de plasmar esa belleza varonil en un papel.

Pero su burla recordó a Marina que disfrutaba de la hospitalidad de aquel hombre y que le debía cortesía, si no respeto.

¿A quién intentaba ella engañar? Él había rescatado a su padre de un peligro mortal. ¿Cómo podía no respetarlo?

Más allá de su gratitud, Marina admiraba su competencia y su poder. Aunque ella ignorara su hermosura, lo que para un artista era imposible, el highlander poseía una aguda inteligencia. Por mucho que quisiera condenarlo como un matón intolerante, él era más complejo que eso.

Respiró hondo y se dijo a sí misma que debía calmarse.

—Sí, la necesitaba —respondió ella—. Y le doy las gracias —añadió en voz baja.

Fergus arqueó una ceja rojiza, y ella casi podría decir que parecía picado por su rápida capitulación.

—¿Renuncia a la discusión?

—Solo escenifico una retirada estratégica.

—Dios mío, debe perdonarme. —Él apretó la boca en señal de autorreproche—. No le he preguntado por su bienestar.

No la había tocado, claro que no, eran desconocidos, pero la preocupación genuina de aquella voz profunda la envolvió como solía hacerlo su capa de terciopelo carmesí, ahora arruinada.

Ese era el problema de los hombres dominantes. La otra cara de esa agresividad era su necesidad de proteger. Ella quería mucho a su padre, pero no se hacía ilusiones sobre quién tenía la personalidad más fuerte de los dos. Nadie le había ofrecido a Marina su fuerza como escudo desde que murió su madre.

Mientras tiritaba en la ladera húmeda junto a su padre, se había sentido vulnerable y sola. Eso debía de explicar su repentina necesidad de acurrucarse y descansar sobre el poderoso pecho del highlander, sabiendo que estaba perfectamente a salvo.

Aunque solo fuera por un momento.

—Estoy bien —dijo Marina, rígida.

—No puedo creerlo. —Él sacudió la cabeza—. Debió de haber sufrido algunos golpes cuando el carruaje volcó. Y aquí estoy, pidiéndole que permanezca ahí sentada y mantenga una conversación educada.

—Apenas educada… —murmuró ella.

Él movió los labios, aunque sus ojos seguían preocupados.

—Al menos, puedo culpar de sus locas ideas a la conmoción cerebral.

—Mackinnon...

Fergus levantó las manos en un gesto conciliador.

—Dígame, ¿prefiere comer arriba?

Ella negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Tengo algunos moretones, pero lo peor fue esperar en el frío. El baño caliente fue de gran ayuda. De todos modos, si subo, me tachará de mujer frágil y pensará que ha ganado la partida.

—*Och*, ha descubierto mi malvado plan.

A pesar de todo, su humor la desarmó y se echó a reír.

—Solo una cosa: ¿seguíamos el camino correcto hacia Skye cuando nos estrellamos?

—Sí, en cierto modo, si se conformasen con verlo a lo lejos. Se puede divisar Skye a través del canal. Si lo que querían era tomar el ferry, estaban a millas de distancia.

—Ese cochero idiota… —Marina tomó otro sorbo de vino, esperando que este pudiera calmar su agitación—. Cuando le contratamos en Glasgow, juró que conocía esta parte del mundo como la palma de su mano. Sin embargo, una vez en la carretera, nunca hizo caso de las órdenes y siempre condujo demasiado rápido. Y eso es lo que ha pasado hoy, ha perdido el control del carruaje.

—Debería haberlo arrojado al arroyo.

—Sin embargo, estoy segura de que usted le ha acogido en su casa, como ha hecho con el viajero herido y su franca hija.

El escocés era demasiado sabio para reconocerlo.

—Creo que se le ha ofrecido un plato de sopa y una cama. Puedo mandar que lo echen a la lluvia, si usted quiere.

No sonreía. No parecía un hombre que sonriera mucho, advirtió Marina. Pero le gustaba bromear.

—Tal vez mañana. —Ella suspiró—. Al menos, no bebe.

—Dado lo ocurrido, puede que lo haga. ¿Cómo está su padre?

Debería haberle preguntado también en cuanto usted llegó.

—Está bajo un cuidado experto.

—¿La vieja Maggie? Sí, es mejor que cualquier médico que conozca.

Marina dejó su copa y se encontró con la enigmática mirada gris de su anfitrión.

—Después de una noche de descanso, papá debería estar bien para seguir viajando. No le molestaremos por mucho tiempo.

Mackinnon respondió con uno de sus ya familiares resoplidos de risa irónica.

—Mi bella *signorina*, ¿tiene mucha experiencia con huesos rotos?

—Seguro que si nos prestan un carruaje...

—Estoy seguro de que su padre estará atrapado aquí durante varias semanas. Quizás más.

Marina no pudo disimular su horror.

—¿Varias semanas?

Per l'amor di Dio[31], ¿pasar varias semanas junto a este highlander, que en todo momento le decía lo que ella tenía que hacer? ¿Pasar varias semanas luchando contra esta atracción sexual? ¿Pasar varias semanas recordándose a sí misma que no era una mujer que se desplomaba en los brazos de un hombre, solo porque él era audaz y fuerte y tenía una chispa en los ojos que le decía que la deseaba?

Esta vez, él sí sonrió, y Marina deseó que no lo hubiera hecho. De todos modos, era un hombre atractivo. La sonrisa lo hacía más accesible, irresistiblemente encantador, al alcance de la mano, mientras ella conocía el peligro de estirar la suya para coger la de él.

Los impulsos incipientes e inoportunos que la habían atormentado desde su primer encuentro con Mackinnon se solidificaron en deseo.

Una pizca de gesto lobuno apareció en aquella sonrisa.

—Sí, *signorina* Lucchetti, será mejor que usted afronte el hecho de que será mi invitada durante al menos el próximo mes.

Capítulo 4

Fergus apoyó el codo en la repisa de la chimenea y observó la reacción de su inesperada invitada. Ella no era en absoluto el tipo de mujer que contaba con su aprobación. Pero, por Dios, Marina Lucchetti era lo más interesante que le había ocurrido a Achnasheen desde...

Bueno, desde siempre.

Y ella se encontraba bajo su poder hasta que su padre pudiera volver a caminar. ¿Quién sabía las travesuras que podía hacer un hombre, cuando tenía una *lassie* temeraria a la que perseguir?

Debajo de su extraña y algo pícara charla, bullía una creciente atracción. Fergus sospechaba que él no era el tipo de caballero que ella prefería, como tampoco ella era su tipo de dama. Y también tenía la sensación de que sus preferencias pronto importarían menos que la pasión que se desataba entre ellos.

¿Las pretensiones de independencia de ella significaban que estaría dispuesta a ir a la cama de un amante sin una promesa de matrimonio? Él no podía estar seguro. No sabía lo suficiente de esta criatura exótica, una mujer que estaba fuera del control de un hombre.

Las señales eran buenas. Ella parecía tomarse su compañía con calma, y no había aceptado su oferta de proveerle una chaperona esa noche. En Escocia, eso indicaba que era una mujer con cierta experiencia, y tal vez con ganas de una aventura. ¿Sería lo mismo en Italia?

Él nunca había viajado más allá de Londres, y de eso hacía ya cinco años. ¿Qué diablos sabía él de la sociedad en otras tierras al otro lado del mar?

Pero un hombre puede tener esperanzas, ¿no?

Lo que sí sabía era que nunca había sentido un deseo tan rápido y poderoso hacia una *lassie*. Desde el momento en que vio esos ojos negros que lo miraban desde la ventana del carruaje destrozado, la había deseado. Su hambre no había hecho más que crecer desde entonces. No podía estar más feliz de que ella se quedara.

Pero la consternación con la que la viajera recibió su anuncio de que esta sería una visita prolongada, indicaba que él se estaba adelantando a los acontecimientos.

—No podemos imponernos aquí tanto tiempo —dijo ella de repente.

—¿Va a volver a discutir conmigo? —dijo él con un tono de sufrimiento mientras se apartaba del hogar y extendía la mano hacia

ella—. Lo siento en mis huesos.

La mujer tuvo la delicadeza de sonreír.

—Probablemente.

Cuando ella le cogió la mano y se levantó, el calor le subió por el brazo como una llama furiosa. Su corazón se estrelló contra sus costillas con la misma fuerza con la que se había destrozado el carruaje en el puente.

Todo por solo cogerle la mano. Si alguna vez lo besaba, él explotaría como un barril de pólvora.

—Entonces, acompáñeme a cenar. —Fergus hizo un esfuerzo por ocultar el poderoso efecto que ella tenía sobre él, pero en esta etapa temprana, él no quería que se pusiera nerviosa por sus intenciones. Le apretó la mano en el brazo—. Necesitará energía si planea presentarme sus argumentos de nuevo —añadió a la vez que la guiaba hacia el comedor.

—Dios mío, esto sí que es un verdadero castillo —dijo Marina con asombro cuando entraron en la sala abovedada, con sus altas ventanas ojivales y sus tapices—. No me extraña que sus ideas estén tan desfasadas.

La perspectiva de su compañía le puso a Fergus de tan buen humor que su broma le hizo reír.

—Cuando lleve aquí un mes, apuesto a que estará de acuerdo en que lo tradicional y genuino funciona en Achnasheen.

Fergus le acercó una pesada silla. La enorme mesa de roble estaba diseñada para las reuniones del clan, pero él había pedido que el lugar de la *signorina* Lucchetti se colocara a su lado, en la cabecera. Pesados candelabros de plata se extendían a lo largo de la mesa, pero solo los dos más cercanos estaban encendidos, lo que creaba un ambiente de intimidad.

Kirsty y Jenny trajeron la comida y Jock se encargó del vino. Luego dejaron a Fergus a solas con su enigmática invitada.

La *signorina* Lucchetti probó la sopa, dejó la cuchara y le dirigió una de esas miradas inflexibles que enseguida le resultaron familiares. Estaba acostumbrado a las señoritas que iban de un lado a otro diciéndole a un hombre lo que pensaban y luego no tardaban en plegarse a una opinión más firme. Fergus tenía la sensación de que las opiniones de esta dama eran tan sólidas como las suyas propias y que ella no tenía ningún reparo en expresarlas.

Una novedad en una mujer. Un desastre en una esposa.

Pero ¿quizá también un toque extra de condimento en una amante?

—Será un gran inconveniente para usted que nos quedemos hasta que la pierna de mi padre esté curada —dijo ella.

Fergus probó la sopa antes de responder con calma y autoridad, porque sabía que tenía razón. Siempre la tenía.

—En las Tierras Altas tenemos una fuerte tradición de hospitalidad. Estaré encantado de teneros a usted y a su padre como huéspedes mientras deseen quedarse.

—Eso no puede ser verdad.

A Fergus le gustó la sonrisa irónica que curvó labios de ella.

De hecho, aparte de sus extravagantes ideas sobre la igualdad femenina y su tendencia a desobedecer su voluntad, había muchas cosas que le gustaban de ella. Sobre todo, cómo lucía con el vestido de su hermana. El frívolo y adornado diseño de color amarillo debería parecer absurdo en la alta y morena Marina Lucchetti, pero no hacía más que resaltar la elegancia de su estilizada figura. Por no hablar de la forma en que la prenda se ajustaba en su pecho. Él ya había notado que, aunque sus senos no fueran abundantes, tenían mucho que ofrecer para el entretenimiento de un hombre.

Aunque no era una belleza convencional ni la rubia de rostro dulce que él solía preferir, sus rasgos eran interesantes y vivos. Nadie que la conociera diría que era una mujer complaciente y dócil. Pero él había tenido muchas mujeres complacientes, y no habían logrado mantener su atención una vez que el ardor inicial se desvanecía.

Tal vez era hora de buscar un desafío. Al menos durante un tiempo. Puede que aquella mujer no fuera el oasis de calma que él esperaba en una amante, pero en recompensa, intuía que contenía océanos de pasión dentro de aquel esbelto cuerpo. Tal vez debería zarpar a mar abierto y descubrir qué emoción le deparaba el mundo, una vez que abandonara su puerto seguro.

—Como puede ver, *signorina*, tengo sitio de sobra, y la perspectiva de tener compañía en la cena es bienvenida.

—Qué amable —dijo ella en tono adusto. ¿Cuándo había sido la última vez que una mujer le había hablado con esa sequedad?—. Pero no puedo aceptar —agregó ella—. Necesito seis semanas como mínimo para terminar mi trabajo, y me han dicho que septiembre es el último mes en el que puedo confiar en la estabilidad del clima. No es que aquí parezca muy fiable.

Fergus ignoró su falta de respeto por la imprevisible tiempo escocés.

—Eso está muy bien, *lassie*, pero su padre tiene una pierna rota. Sería peligroso moverlo. No querrá arriesgarse a que sufra un daño permanente.

—Por supuesto que no, pero Maggie dijo que era una fractura limpia.

—Sí. Pero solo sanará si se queda en un lugar y se deja que el hueso se suelde.

El disgusto apretó aquella boca deliciosa en un mohín e hizo que Fergus pensara en besos. Temiendo que sus pensamientos lujuriosos se reflejaran en sus ojos, dedicó toda su atención a la sopa.

—Pobre papá. —Marina hizo una pausa—. ¿Podría aprovechar su amabilidad y pedirle que él permanezca aquí, mientras contrato a alguien de la finca para que me lleve a Skye?

¿Dejarla ir cuando acababa de encontrarla? De ninguna manera lo permitiría.

—¿No prefiere quedarse y ver cómo se recupera?

Su rostro revelaba una extraña impotencia. Estaba claro que era una mujer a la que no le gustaba renunciar a sus planes. Fergus lo comprendía. A él tampoco le gustaba.

—Usted sabe que lo preferiría —declaró Marina—, pero he aceptado una importante suma de dinero para entregar una docena de paisajes de las Highlands a Su Gracia para la próxima Pascua, y no puedo romper mi contrato.

—¿Paisajes de las Highlands, o paisajes de Skye?

Marina lo miró sin entender.

—¿Cómo dice?

—¿El duque especificó que quería unas escenas de Skye, o de Escocia?

—Pidió que fuesen de las Highlands, pero todo el mundo con quien hablé me dijo que Skye ofrece la mejor variedad y los paisajes más típicos.

Fergus extendió las manos.

—Entonces, ¿por qué no pintar el paisaje de Achnasheen? En mis tierras encontrará lagos, montañas y también excéntricos campesinos como en Skye. No solo eso, sino que desde las colinas detrás del castillo, se puede ver Skye con el mar al fondo, por lo que puede incluir algunas vistas de la isla si está tan decidida. De esta manera, puede quedarse junto a su padre, además de reponerse usted misma del accidente, ya que me atrevo a decir que solo estaba siendo valiente cuando le pregunté cómo se sentía. Y podrá completar su tarea. Todavía mejor, podrá ofrecerle al duque vistas que nunca han sido pintadas antes.

Ella aún parecía dudosa. Fergus esperó a que Jenny les retirase los platos de sopa y trajese la fuente de cordero asado y verduras.

Cuando volvieron a estar solos, él rellenó las copas de vino y se reclinó en la silla, observándola.

—No entiendo cómo ni por qué podría negarse.

—Estás siendo extraordinariamente generoso. —Ella empezó a comer, pero su expresión indicaba que le estaba dando vueltas a la oferta—. Debe de pensar que soy tan tonta como descortés por rechazar su propuesta.

En realidad, pensó que era una mujer inteligente que sospechaba que la invitación de su anfitrión podría ocultar otro propósito.

Y estaría en lo cierto, la muy astuta. Estaba decidido a tenerla en su cama. No podría conseguirlo si él estaba en Achnasheen y ella en algún lugar entre Armadale y Portree.

No subestimaba los retos de una aventura con su atractiva invitada. Incluso si convencía a la *signorina* Lucchetti para que lo tomara como amante, a la gente de la finca no le gustaría mucho que él alardeara de tener una. Su clan se adhería a un estricto código moral, así que tendría que ser discreto.

—Me decepcionará si dice que no —dijo Fergus con calma—. Puedo conseguirle un guía, alguien que conozca cada roca de estas colinas. Estará segura, cómoda y tranquila para poder pintar, y cerca de su padre para observar su recuperación. No hay necesidad de viajar más por nuestras atroces carreteras de las Highlands.

Al levantar su copa de vino, ella curvó sus rojos labios. La *signorina* Lucchetti se veía bien en su comedor, como si encajara.

—Eso es innegable.

—¿Está de acuerdo?

Marina frunció el ceño. A la luz parpadeante, el tono aceitunado de su piel era más marcado que bajo la lluvia. Le parecía muy exótica. Estaba deseando explorar aquel misterio antes de que ella regresara a Italia.

¿Cuándo se había topado él con una mujer tan interesante? No era probable que volviera a encontrar a alguien como ella.

—Me estaría aprovechando de usted. —El resplandor de la llama de las velas convirtió sus ojos en charcos oscuros.

Se estarían aprovechando el uno del otro, si él tuviera algo que decir al respecto. Diablos, esto era Achnasheen. Él tenía algo que decir *en todo*.

—Me gustaría disfrutar de su compañía.

—No me parece adecuado que me quede. Después de todo, es un hombre soltero y yo soy una mujer soltera.

Fergus cortó su carne y se encogió de hombros.

—Tenemos a su padre y una casa llena de sirvientes para acompañarnos.

—Un herido que no puede abandonar su cama y criados que le deben lealtad.

Fergus bebió más de su vino, dejando que el suave clarete embriagara sus sentidos, aunque nada podía compararse con el placer que sentía al observar a la encantadora mujer sentada a su lado.

—¿Por qué no prueba un par de días y luego decide? Puede explorar el entorno y valorar si cumple sus requisitos.

Marina miró fijamente su plato medio vacío y empujó un trozo de

patata mientras consideraba su sugerencia.

—Debe de pensar que soy hipócrita al preocuparme por mi buen nombre, cuando proclamo mi independencia con tanto fervor.

—*Och*, solo está siendo práctica.

—Le dije que es difícil para una mujer hacer carrera como artista. —Ella levantó aquellos ojos extraordinarios, y el deseo golpeó a Fergus tan fuerte, que se preguntó por qué no podía oler el chisporroteo del rayo que le había atravesado—. He trabajado demasiado y muy duro para dejar que el escándalo destruya todo lo que he construido.

—Entiendo —dijo él.

Lo hacía. Pero eso no le impedía maquinar para conseguirla.

Fergus la deseaba en ese mismo instante, pero era demasiado pronto para invitarla a su cama. Aún no la había convencido para que se quedara más allá de esa noche. No podía arriesgarse a que sus pecaminosas intenciones la espantaran.

En algún lugar de su mente, se preguntó por qué estaba tan decidido a tenerla. Siempre le habían gustado las mujeres complacientes. Complaciente era el último adjetivo que aplicaría a la *signorina* Lucchetti.

Pero aunque su sentido común le advertía que lo más seguro era que ella no trajese más que problemas, no podía negar el calor que se arremolinaba como un torbellino en su sangre. Fuera cual fuera el futuro, había tomado una decisión. La deseaba, y era demasiado tarde para retroceder.

Ella dejó los cubiertos y asintió, como si hubiera llegado a un veredicto tras una larga reflexión.

—Muy bien, Mackinnon. Muy bien. Aceptaré su oferta. Me quedaré, al menos durante los próximos días.

Para ser un macho autoritario, el *laird* resultó ser, sorprendentemente, una buena compañía. Marina disfrutó oyéndolo hablar de la larga historia del clan. Parecía sacada de una novela romántica, llena de enemistades y batallas, amor prohibido y venganza.

Cada palabra que él pronunciaba transmitía su amor por este paisaje salvaje y dramático. En los últimos días, mientras ella y su padre se adentraban en las Highlands, había quedado impresionada por el magnífico paisaje. Sin embargo, solo al escuchar los relatos que se contaban en una cena a la luz de las velas, Marina sintió por fin el poderoso atractivo de esta tierra.

Su alma de artista ardía por capturar algo de aquel espíritu indómito. No estaba nada convencida de que quedarse en Achnasheen fuera sensato, pero la sensatez perdió la batalla contra la creciente

fascinación. Una fascinación no solo por la turbulenta historia, sino por el hombre que tejía la magia.

Se dio cuenta de que, a pesar de su belleza, este era un país duro en el que solo sobrevivían los más fuertes. Tal vez, Mackinnon tuvieran razones para ser tan dominante. Estaba claro que la suerte de todo el clan siempre había dependido de la fuerza del jefe.

Cuando él sorprendió a Marina ahogando un bostezo, interrumpió su narración sobre una hermosa muchacha secuestrada en una cañada cercana.

—*Och*, *lassie*, la he mantenido despierta demasiado tiempo, divagando sobre cosas que ocurrieron hace mucho.

—Aún es temprano —dijo ella. Como para confirmarlo, el reloj sobre la chimenea marcó las nueve y media.

—Es hora de que todas las buenas muchachas se vayan a la cama.

—Antes tengo que ver a papá. Estaba durmiendo cuando lo dejé.

—Si Maggie le ha dado una de sus pociones, no se despertará hasta mañana.

—Eso le hará bien. Pero aún así me gustaría echarle un vistazo. —Marina levantó la mano en señal de protesta—. Al menos termine el relato. ¿Los Drummonds asediaron su castillo y exigieron la devolución de su pariente?

Marina vio que él curvaba los labios con una nota de diversión. Hasta ahora, él solo había sonreído una vez, cuando le dijo que ella tenía que quedarse en Achnasheen. Por el bien de su ritmo cardíaco, Marina lo agradeció. Estas medias sonrisas eran lo bastante atractivas como para acelerarle el pulso.

—Lo hicieron, pero demasiado tarde, me temo.

Los ojos de Marina se abrieron de par en par, horrorizados, y sus dedos se enroscaron en los brazos de su silla.

—¿*El* Mackinnon la asesinó?

Él sacudió la cabeza con desaprobación.

—Usted es una sanguinaria.

—Dadas algunas de las historias que me ha contado esta noche, es una posibilidad —replicó ella.

Una de ellas relataba cómo los Drummond habían atrapado a una banda de asaltantes Mackinnon en una cueva y habían prendido fuego a la entrada, provocando una asfixia masiva. Eso probablemente le daría pesadillas esa noche.

—Sí, supongo que sí —reconoció él.

—Entonces, ¿qué pasó con Bonny Mhairi?

Aquella sonrisa seguía jugueteando en sus labios.

—Para cuando sus parientes se organizaron para hacer una incursión, ella se había enamorado del *laird* de los Mackinnon. Somos unos chicos muy valientes, ya lo sabe.

—¿Ah, sí? —dijo Marina, incapaz de negar la afirmación, aunque sabía que se burlaba de ella.

—La bella muchacha se subió a las almenas y dijo a su familia que volvieran a casa, que ella estaba muy contenta donde estaba y pensaba quedarse. Es mi tatarabuela.

—Qué bonita historia. —El alivio inundó a Marina, aunque esas personas eran extraños y no significaban nada para ella—. Creo que esta es mi favorita.

Fergus fue a apartarle la silla mientras ella se levantaba.

—Sí, un pequeño romance para soñar. —Él dobló el brazo en su dirección—. Déjeme acompañarla a su alcoba.

Marina quiso aceptar el gesto como un simple rasgo de buena educación, pero cuando apoyó su mano en el codo de él, una oleada de calidez sensual la envolvió de pies a cabeza. El asombro le impidió moverse de inmediato. Por lo general, su atención se centraba en su trabajo, en los pigmentos, los contornos y la perspectiva. Hasta ahora, ningún hombre había podido competir con su devoción por el arte.

Sin embargo, durante toda la noche, la presencia de él la había mantenido en vilo. Ahora, su tacto encendía como un fuego esa atracción. Su orden de que ella se fuera a la cama adquirió matices sugerentes.

—Gracias por una velada encantadora —dijo Marina, y lo dijo en serio.

Se había imaginado que la tendría en ascuas toda la noche, mientras que la discusión había sido —en su mayor parte— armoniosa. Y sus temores de una cena horrible a la altura de las otras cenas horribles que había tenido en las Tierras Altas, no se habían cumplido. La sopa de pescado había estado deliciosa, y el cordero había sido cocinado a la perfección.

—¿Mejor de lo que esperaba? —preguntó él en tono irónico.

Ella entrecerró los ojos.

—Sí, especialmente, una vez que ha controlado su impulso de decirme lo que debo hacer.

—Me he asegurado de acercarme a usted con el debido cuidado.

Con un desagradable sobresalto, Marina se dio cuenta de que, a lo largo de la velada, ella había cedido a todas sus peticiones. Había cenado con él. Había aceptado quedarse en el castillo. Incluso iba a ir a acostarse siguiendo sus órdenes.

—Muy inteligente, Mackinnon.

Él la ayudó a levantarse y la acercó a su costado.

—¿Le importa?

El roce de sus caderas irradió más de aquel maldito calor a través de Marina. Nunca en sus veintiocho años había sido tan consciente de su propio cuerpo.

—Puede que sí, cuando haya podido pensarlo —respondió ella. Se sentía rígida después de haber estado sentada tanto tiempo, pero sus piernas pronto empezaron a funcionar correctamente. Caminaron hacia el gran salón y la escalera que llevaba a su dormitorio. Marina se preguntó dónde dormiría él, pero se dijo a sí misma que debía comportarse.

—*Och*, no es rencorosa.

Era lo bastante alta como para que no le costara nada acompasar sus pasos a los de él.

—Mañana estaré demasiado ocupada trepando por las colinas de su finca como para preocuparme de otra cosa.

—Mañana no, *lassie*.

Marina recordó que *lassie* no era un término cariñoso, a pesar de que en ese instante sonaba como tal. Pero... No había sonado del mismo modo cuando él la llamó así en el puente.

—Mackinnon, tengo trabajo que hacer y...

—No sea tan obstinada. Hay más lluvia en camino. No hace buen tiempo para pasear por las colinas. Así que quédese. Hable con su padre. Hable conmigo. Descanse. Tal vez, dibuje algunos bocetos dentro del castillo. O si quiere, podemos hacer un recorrido por la casa.

—Lo tiene todo resuelto —dijo ella con un toque de resentimiento, aunque después de la espera en el frío con su padre esa tarde, no tenía ningún deseo de estar fuera de nuevo.

—Sí, soy *el* Mackinnon. —Empezaron a subir aquella escalera magnífica—. Mi privilegio es dar órdenes.

Marina dejó escapar una suave risa.

—No soy de su clan. Puedo arreglármelas sola.

La mirada que él le lanzó fue desconcertantemente penetrante.

—¿No es agradable cuando no necesita hacerlo?

Una parte débil y femenina de ella estuvo de acuerdo. Había sido un día difícil. Tiempo frío y húmedo y largas horas de viaje por carreteras espantosas, culminando en aquel aterrador accidente en el que había estado tan segura de que ella y su padre estaban condenados. Y además, sus temores por la herida que él había sufrido. Por no mencionar el tumulto de encontrarse tan de repente, tan completamente esclavizada por un arrogante desconocido.

La parte de ella que había forjado su carrera se resistió. Si cedía su voluntad a este hombre, podría ser fácil a corto plazo, pero después, su solitario camino solo resultaría más difícil.

¿Un camino solitario? ¿Qué era esto? Le encantaba su vida. Le encantaba poder decidir dónde iba y qué hacía. Si al cabo de unas horas el highlander la había hecho cuestionarse una verdad tan fundamental sobre su existencia, era aún más peligroso de lo que ella

pensaba.

—Estoy bien. —Tal vez porque la idea de apoyarse en él seguía siendo tan atractiva, su respuesta tuvo un toque agrio.

—Es una *lassie* espinosa —dijo él con naturalidad—. No sé por qué la aguanto.

Sonaba como si le tuviera cariño. Lo cual era ridículo, ya que solo se conocían de una noche.

Ella le contestó con ligereza, aunque la calidez del tono de él le había hecho estremecerse.

—Y pensar que me ha invitado a quedarme todo el tiempo que desee…

Habían llegado a la puerta de la habitación de su padre. La luz parpadeante de la vela que él sujetaba proyectaba sombras sobre su llamativa estructura ósea. Los dedos de Marina ansiaban dibujarle así, un hombre medio perdido en el mundo del pasado.

—*Aye*, bueno, la locura viene de familia.

Ella sacudió la cabeza.

—Locura, no. Venganza. Pasión. Poder. Violencia. Todo eso. Ninguna de las historias que me ha contado esta noche indicaba que alguien del árbol genealógico estuviera loco.

Cuando él se acercó, ella dio un respingo. Agitada, retrocedió hasta chocar con la puerta que había a sus espaldas. Aunque en general no se ponía nerviosa con los hombres.

—Quizás me he guardado las historias sobre los Mackinnons chiflados para la próxima vez. —Aquella voz profunda con su seductora cadencia se deslizó por la espina dorsal de Marina—. O quizás el primer Mackinnon loco voy a ser yo.

Las palabras resonaron entre ellos con la fuerza de un trueno, aunque no eran precisamente una amenaza, y él había hablado en un murmullo, como si no quisiera que las sombras lo oyeran.

Se inclinó más hacia ella y cada pequeño vello de la piel de Marina se erizó a la expectativa. *Per l'amor di dio*, ¿iba a besarla? Si lo hacía, ¿querría ella devolverle el beso? ¿O lo apartaría con una bofetada?

Y si él la besaba, ¿cambiaría eso su decisión de permanecer en este castillo aislado?

Marina se dio la vuelta rápidamente y empujó la puerta con mano temblorosa. La luz de las velas envolvía la alcoba en un resplandor dorado. Su padre roncaba con suavidad. Maggie levantó la cabeza de donde estaba sentada tejiendo junto a la cama. Sonrió cuando Marina entró y esta se acercó lo suficiente como para ver que un poco de color teñía las mejillas de su padre. El sueño difuminaba las profundas líneas de dolor que habían marcado su rostro desde el accidente.

—Está tranquilo como una mañana de sábado, *lassie* —susurró Maggie.

Marina miró fijamente las facciones relajadas del anciano y rezó en silencio una oración de gratitud por que ambos hubieran superado el duro trance. Disimulando una mueca de pesar, le dio un beso en la frente. Inclinarse le recordó una vez más su llegada a la cañada.

—*Buona notte*[32], papá.

Él no se movió. Marina miró a Maggie y le dirigió una sonrisa.

—Gracias por cuidar de él.

—*Och*, no es molestia —dijo la mujer mayor—. Ninguna molestia en absoluto. Ahora váyase a la cama, preciosa.

Marina le dio las buenas noches y salió de la habitación sin hacer ruido, aunque su padre estaba tan profundamente dormido que dudaba que una banda de música pudiera despertarlo. Mackinnon esperaba en el pasillo.

—Oh, no pensé que estaría aquí.

—Dije que la acompañaría hasta su puerta, *signorina*.

Aquellos cálidos dedos se cerraron una vez más alrededor de su brazo, y la ráfaga sensual la hizo tropezar. Él la miró con preocupación mientras recorrían la corta distancia.

—Realmente la he tenido despierta hasta muy tarde. ¿Cómo se encuentra?

—Como si hubiera tenido un accidente de carruaje —dijo ella, resuelta—. Pero no es nada que una buena noche de sueño no pueda curar.

—Eso espero. —A Marina se le cortó la respiración cuando él volvió a inclinarse hacia ella, pero Fergus se limitó a extender su mano para girar el pomo y que la puerta se abriera. Él frunció el ceño cuando echó un vistazo a la oscura habitación.

—¿Peggy no la espera despierta?

—Le dije que no lo hiciera —le contestó Marina—. Estoy acostumbrada a cuidar de mí misma.

Los ojos de ella se aferraron a la burlona expresión de su boca.

—¿Más de esa maldita independencia suya? —preguntó Fergus.

—Probablemente —dijo Marina, recordándose que era tonto y peligroso sentirse decepcionada por que él no la besara. Si lo hacía, su situación en Achnasheen se volvería imposible.

Mackinnon entró en el dormitorio.

—Deje que encienda una vela.

Marina pensó que no debería tener la sensación de que él se estaba entrometiendo en su espacio íntimo. Al fin y al cabo, antes de bajar, ella solo había estado una hora en aquel cuarto, y él era el dueño de todo el maldito castillo. Pero había algo poderosamente evocador en ver a un escocés alto y fuerte pasearse por una habitación donde en pocos minutos ella se desnudaría para acostarse en esa cama.

Marina se quedó en la puerta mientras él encendía el candelero del

tocador con el que llevaba en su mano. Cuando él se detuvo frente al espejo, ella vio a dos Mackinnons. Estaba tan cansada que empezaba a perder la noción de lo que era real y lo que no.

El *laird* se acercó a ella con las dos velas. Durante un lunático segundo, Marina pensó en pedirle que se quedara, en responder con un sí rotundo a la atracción física que ardía bajo sus interacciones.

—Está agotada —dijo él en voz baja, pasándole el candelero—. Debería haberme impedido hablar tanto.

—Me gustó lo que escuché.

Una leve sonrisa afloró a los labios de él y ella sintió un hambre casi dolorosa de volver a verle sonreír abiertamente. Marina parpadeó y se balanceó sobre sus pies. ¿Sería por cansancio, o por ganas de caer en sus brazos?

—Le dije que estamos hambrientos de compañía aquí en Achnasheen —dijo él—. Tendrá suerte si la dejo marcharse algún día.

—Tendré suerte... —dijo ella, sin saber si era una pregunta o una afirmación.

Él levantó la vela y Marina se estremeció ante aquellos ojos escrutadores. Que el cielo la ayudara si él adivinaba lo que ella estaba pensando en ese momento.

—Buenas noches*, signorina* Marina.

—Buenas noches, Mackinnon —susurró ella a su vez, y se quedó allí parada mientras los observaba alejarse a grandes zancadas por el pasillo con aquellas piernas firmes y poderosas.

Fergus Mackinnon podía no ser su tipo de hombre. Pero, *diavolo*, qué hombre era.

Capítulo 5

Marina no volvió a ver a Mackinnon hasta bien entrada la mañana siguiente. Había dormido como un tronco y hasta tarde, cosa que nunca hacía, pues le gustaba aprovechar la luz temprana para su trabajo. Después de que Peggy le llevara el desayuno a su habitación, se había puesto el vestido amarillo de la noche anterior. Su conjunto azul de viaje se estaba secando en la cocina después de haberse empapado el día anterior.

Si iba a quedarse aquí, tendría que hacer algo con la ropa, aunque Dios sabía qué. No era como si hubiera una calle a las afueras con tiendas donde pudiera encargar un nuevo guardarropa.

Qué fastidio que Mackinnon tuvieran razón sobre el tiempo. Si Achnasheen significaba «campo de lluvia», esta mañana hacía honor a su nombre. Si hubiera decidido seguir adelante sin papá, no habría llegado muy lejos hoy.

Marina entró a sentarse con su padre, que estaba más cómodo de lo que esperaba y, en consecuencia, aburrido. Por suerte, el castillo resultó tener una gran biblioteca. Ella estaba leyéndole un ejemplar reciente de *Blackwood's Magazine* cuando Mackinnon apareció en el umbral de la puerta.

A la clara y gris luz del día, Marina había esperado que la sensatez venciera a su inconveniente apetito por aquel escocés. Pero cuando levantó la vista de la página y lo encontró mirándola, su corazón reanudó sus acrobacias y el calor corrió por su sangre.

No ayudaba el hecho de que esta mañana él podría haber servido de modelo para una ilustración de un romance de las Highlands. Anoche, el *laird* había llevado ropa convencional, como los hombres que ella había conocido en Italia, Londres y Edimburgo, y el efecto había sido devastador. Ahora, con una camisa de lino blanca suelta y un *kilt* rojo y negro, estaba impresionante.

Para evitar aquellos ojos grises, Marina miró hacia abajo y se encontró con unas fuertes piernas desnudas. Se sonrojó al captar la mirada curiosa de su padre y volvió a centrar su atención en la revista. Pero las palabras se desdibujaban. Todo lo que ella podía ver era un hombre alto y pelirrojo con un traje que debería parecerle irremediablemente teatral. En cambio, la visión del highlander en su traje tradicional despertó algo salvaje y libre en su interior.

—Buenos días, *signor* Lucchetti, *signorina* Lucchetti. —Fergus entró y, a cada paso que él daba para acercarse a Marina, el corazón de esta golpeaba al compás contra sus costillas.

—Buenos días, señor —dijo el padre de ella.

Marina seguía con la lengua trabada, lo cual era una experiencia nueva. *Porca miseria*, actuaba como una niña tonta en las garras de su primer amor.

—¿Cómo se siente esta mañana, señor? —preguntó Fergus.

—Mucho mejor, *grazie*[33]. —El anciano sonrió—. Gracias por acogernos. Después del rescate de ayer, ya estábamos en deuda con usted. Me temo que nunca podremos pagarle tal deuda.

Fergus cogió una silla que estaba bajo la ventana y la acercó a Marina. Cuando se sentó a su lado, el espacio entre ambos era más que apropiado. Era considerablemente más amplio que el de la noche anterior cuando se acomodaron en el diván. Ella no tenía motivos para sentir que él la reclamaba.

—No hay necesidad de eso. Aquí en las Highlands, estamos acostumbrados a ayudarnos unos a otros, ya que no hay nadie más en quien confiar. Y apreciaré la compañía. Las caras nuevas son raras en esta parte del mundo.

—¿Nunca va a Edimburgo o Inverness? —preguntó el señor Lucchetti.

—Unas cuantas veces al año. Cuando tengo que hacerlo. Este es un país feroz y aislado, pero un hombre llega a amarlo.

—Debo presentarme como es debido. Soy Ugolino Lucchetti, de Firenze[34]. Mi hija es la estimada pintora Marina Lucchetti. Es su obra la que nos ha traído hasta su *bellissima* tierra.

Marina miró incrédula a su padre. Dado que lo único que este había hecho desde que llegaron a Escocia había sido quejarse, esto era un poco exagerado. Su padre era un hombre de sol, e incluso a finales de verano, Escocia era demasiado fría para él.

—Estoy encantado de conocerle, *signore*. Soy Fergus Mackinnon. Me enteré de todo sobre su famosa hija cuando cenamos anoche.

—Apenas famosa —dijo Marina, dejando a un lado la gaceta *Blackwood's Magazine* y cogiendo el lápiz y el pequeño cuaderno de dibujo que siempre tenía a mano.

Mackinnon se volvió hacia ella con un educado interés que a Marina le provocó el impulso de resoplar. Había visto el brillo posesivo en sus ojos cuando los clavó en ella.

—*Signorina* Lucchetti, espero que se encuentre bien esta mañana.

—*Si, grazie*. —Ella evitó su mirada y empezó a trazar unas líneas en el papel.

Era una habitación preciosa, una agradable mezcla de lo antiguo y lo nuevo. Hasta ahora, todas las partes del castillo que había visto eran así. Era un cambio con respecto a la gran formalidad a la que estaba acostumbrada en las casas nobles italianas, pero había algo enormemente atractivo en esa falta de pretensiones.

—Tengo buenas noticias para los dos —dijo Fergus.

Al oírlo, Marina levantó la cabeza de un dibujo que de repente incluía a un highlander de huesos largos en el centro de la escena. Acto seguido, apartó el cuaderno lejos del *laird* para que este no lo viese.

—¿Ha resuelto cómo podemos viajar a Skye papá y yo?

Fergus sacudió la cabeza con fingida decepción.

—Pensé que se había reconciliado con la idea de quedarse en mi humilde morada.

La morada no era humilde, ni tampoco su dueño. Marina le dirigió una mirada represiva.

—No quiero agobiarle más allá de nuestra bienvenida. ¿Cómo es ese dicho francés…? Ah, sí. «El pescado y las visitas empiezan a apestar a los tres días».

—Marina, *figlia*[35], estoy seguro de que un poco de gratitud es necesaria —dijo su padre.

Pero Mackinnon soltó una de sus breves carcajadas y no se inmutó en absoluto. Tal y como ella esperaba. Marina se preguntó por qué sentía que le conocía tan bien, cuando acababan de conocerse.

—*Och* —dijo Fergus—, su hija y yo hemos llegado a un entendimiento, *signore*. ¿Le ha dicho que les he ofrecido a ambos un lugar aquí durante todo el tiempo que necesiten, mientras usted se recupera? Y si los paisajes de mis tierras cuentan con la aprobación de ella, adornarán algún día el palacio del duque de Portofino.

Marina ahogó una risa irónica. Por el tono de Mackinnon, estaba claro que pensaba que el duque debería considerarse afortunado por disfrutar de las vistas de Achnasheen.

—Mi hija me ha dicho que usted había sugerido una breve estancia antes de que ella visite Skye con un guía contratado —dijo el señor Lucchetti—. Mientras tanto, yo me quedaré aquí.

—*Signore*, protesto. Nunca confiaría la seguridad de su hija a un extraño.

Marina se encrespó. A pesar de haberse prometido a sí misma tratar al escocés como a un odioso más al que ignorar o rebatir, no podía dejar pasar esta oportunidad.

—No le corresponde a usted tomar esas decisiones por mí, Mackinnon —replicó, a la vez que, de forma casi inconsciente, su lápiz delineaba los impresionantes brazos y hombros del escocés.

Él tenía el cabello húmedo. Debía de haber estado ya a la intemperie. Era un hombre que pertenecía al aire libre, indómito y fuerte. Incluso en las amplias estancias del castillo, parecía demasiado vital como para tener toda esa energía confinada entre cuatro paredes.

—A ella no le gusta que la guíen, ¿verdad? —le dijo Fergus al señor Lucchetti.

Este soltó una risa genuina.

—Es una *ragazza*[36] testaruda, pero buena. Se puede tratar de persuadirla, nunca de darle órdenes. Veo que ya se ha dado cuenta, milord.

Fergus negó con la cabeza, ignorando la mirada asesina que Marina le dedicó.

—No soy un lord, *signore*. Aquí soy *laird*, pero no tengo otro título. Puede llamarme Mackinnon o Fergus, si cree que seremos amigos.

—Es muy amable de su parte. Usted puede llamarme Ugolino. En casa no nos andamos con tantas ceremonias como en Inglaterra.

—Así son los *sassenachs* —dijo Fergus.

—Recuerda también que no pertenecemos a las altas esferas de la sociedad, papá —dijo Marina, mientras su lápiz empezaba a abordar las fascinantes líneas del rostro de su anfitrión. Desde la primera vez que lo vio, la artista que había en ella ansiaba dibujarlo—. Trabajamos para ganarnos la vida.

—Al menos tú sí, *carissima*[37].

Marina se preguntó si Mackinnon se había dado cuenta de que ella, a diferencia de su padre, no le había ofrecido llamarla por su nombre de pila. Parecía absurdo no hacerlo, y la formalidad no suponía un freno para la atracción que estaba surgiendo, pero aun así, ella se resistía a la intimidad que podría fomentar el hecho de que se tuteasen.

—Tú manejas la mayoría de mis asuntos de negocios —le dijo ella a su padre. Eso era cierto porque la mayoría de los hombres ricos y poderosos que compraban sus cuadros preferían tratar con un hombre cuando se trataba de dinero.

—Hago lo que me dices, Marina —dijo su padre sin resentimiento. Él nunca había discutido el papel de ella como capitán de su particular barco.

Marina sonrió, en parte porque podía imaginarse cómo reaccionaría el highlander ante el caso de una hija que tomaba las decisiones en lugar de su padre. Pero cuando ella lo miró en busca de desaprobación, él solo parecía interesado. En la conversación... y en ella, maldito fuera.

—Aún así, te lo agradezco —dijo Marina—. Mientras tú encandilas a mis clientes, yo tengo más tiempo para pintar.

—Dijo que tenía noticias para nosotros, Fergus. —El acento italiano del señor Lucchetti convirtió el nombre escocés en «hermoso ganso»[38] e hizo sonreír de nuevo a Marina, mientras su lápiz sombreaba el dibujo de un alto pómulo celta.

—Sí, creo que ambos estarán satisfechos. —Mackinnon se reclinó en su silla—. Hemos conseguido rescatar su equipaje. Ni siquiera se ha mojado. El fino cuero florentino de sus baúles parece haber mantenido

el interior limpio y seco.

El asombro congeló el trazo de Marina.

—Pensé que mis vestidos ya debían de estar flotando en el Atlántico.

La tenue y conocida sonrisa curvó los labios del highlander.

—El carruaje sigue atascado en Eilean Mhairi. Esta mañana conseguimos nadar hasta él para recuperar su contenido.

Ella entendió ahora por qué tenía él el pelo mojado. Frunció el ceño al recordar el furioso torrente de agua que bajaba por la ladera de la montaña y pasaba bajo el puente.

—Usted fue quien nadó —dijo Marina con brusquedad.

Fergus se encogió de hombros.

—Bueno, alguien tenía que hacerlo.

—Solo era equipaje —declaró Marina. Cuando recordó cómo había lamentado la pérdida de sus pertenencias, se sintió casi culpable. Debería haber estado agradecida por haber logrado salvar su cuaderno de bocetos y por que ella y papá llevasen encima su dinero y sus cartas de crédito—. No merecía la pena haber arriesgado la vida por ello.

Los brillantes ojos plateados de él la atravesaron hasta el alma.

—Agradezco su preocupación, *lassie*, pero una vez que pude salir del agua y atar una cuerda a un árbol de la isla, fue sencillo. Con lo bien que le sienta el *vestidito* de mi hermana, tengo la sensación de que se cansará de él antes de que se cure la pierna de su padre.

El escocés parecía dar por sentado que ella se quedaría para siempre, cuando Marina estaba muy lejos de contemplar esa idea.

—Pues yo creo que ha sido usted muy galante al recuperar nuestras pertenencias. —El señor Lucchetti dirigió a su hija una mirada crítica—. Marina, deberías darle las gracias a nuestro anfitrión.

Ella odiaba pensar que Mackinnon se hubiese arriesgado tanto por algo tan frívolo como un bonito vestido. Sin embargo, como había dicho su padre, ella debía darle las gracias.

—Fue muy considerado de su parte —dijo Marina al fin.

Con otra ligera sonrisa, Mackinnon siguió hablando con una impostada cortesía.

—Quiero que estén cómodos aquí. He ordenado a las criadas que comprueben que todas sus cosas están secas. Les subirán el baúl cuando se aseguren de que no le ha entrado agua. No pudimos hacer nada para salvar el carruaje. No sirve más que para leña.

—Ha hecho más que suficiente —dijo Marina, sonando menos rencorosa.

La hazaña ya estaba hecha, él había sobrevivido, y que ella tuviera su propia ropa sería agradable. Aunque echaría de menos el lujoso carruaje. Con los años, se había convertido en una especie de viejo

amigo.

—Su Señoría, el conde Rossini, no estará contento —dijo su padre.

Mackinnon tampoco pareció contento al escucharlo.

—¿Por qué?

—El coche era un regalo suyo. Él fue el primer mecenas de Marina. El conde es uno de los mayores nobles de Firenze.

—Es un regalo extravagante —dijo Fergus con un tono plano.

Marina supo en el acto que, por «extravagante», él se refería a «inadecuado», y se enfadó al advertir las señales de un hombre que acababa de conocer la existencia de un posible rival. Su anfitrión no tenía derecho a tener sentimientos de propiedad sobre ella.

Decidió atormentarlo un poco para ponerlo en su lugar.

—Su Señoría siempre ha sido muy... generoso.

Mackinnon la miró con los ojos entrecerrados.

—Ah, ¿sí?

—*Si, certo* —respondió Marina—. El *signore* es un gran amante... —Disfrutando más de lo debido, ella levantó la mano para tocarse los labios, como si recordara besos apasionados—. ...De las artes.

—Sí, un hombre de gusto exquisito —declaró Mackinnon con acidez.

Marina estaba dispuesta a seguir con el juego, pero su padre le aguó la fiesta.

—El conde ha sido muy amable, como un abuelo para ella —explicó el señor Lucchetti—. Se dio cuenta del talento de mi hija desde el primer día que visitó la escuela donde ella estudiaba. Se interesa mucho por el incomparable patrimonio artístico de Firenze y quiere asegurarse de preservarlo para el futuro. Muchos artistas de nuestra hermosa ciudad le deben su gratitud. Cuando encargó los primeros paisajes de Marina, le regaló el carruaje para que pudiera visitar los lugares que quería que ella pintase. Decía que, como es demasiado viejo para viajar, sus cuadros le acercaban el mundo.

—Un regalo de un anciano admirador. —Una sonrisa irónica acentuó las atractivas arrugas alrededor de los ojos de Mackinnon. *Maledizione*, pensó Marina. Ahora él estaba participando en el juego. Lástima. Ella prefería deleitarse con su poder para ponerlo de mal humor—. Qué encantadora escena la que ha pintado usted, *signore* —concluyó Fergus.

Fue el turno de Marina de entrecerrar los ojos.

—El conde tiene un hijo muy guapo —afirmó.

—Espero que esté casado y tenga una docena de hijos.

—Cinco —respondió Marina, aunque estaba lo bastante familiarizada con la alta sociedad como para saber que una esposa e hijos no suponían una barrera para los devaneos. A pesar de que empezaba a disfrutar con los breves gruñidos de risa del highlander,

decidió que ya le había picado suficiente con sus aristocráticos contactos florentinos, por lo que pasó a un tema más neutro—. ¿Cuánto cree que durará esta lluvia? Necesito ir a las colinas.

—A mi hija le gusta trabajar —dijo su padre con una nota de orgullo—. Siempre pintando, pintando, pintando.

Fergus levantó la mirada hacia el empapado paisaje que se veía por la ventana.

—Debería despejarse durante la noche. Podrá salir mañana, *signorina*.

—¿Y me ha encontrado un guía?

—En efecto. He puesto a nuestro mejor muchacho a trabajar.

—Excelente —dijo ella y volvió a su dibujo, mientras su padre y Mackinnon empezaban a hablar del frustrado viaje hacia el norte y en qué punto del camino se había equivocado Coker, el idiota del cochero.

—He dispuesto que Coker navegue hasta Oban con unas ovejas que voy a enviar al mercado —dijo Fergus al cabo de unos diez minutos—. Luego podrá regresar a Glasgow desde allí.

Una vez más, Marina comprobó que Mackinnon imponía su voluntad donde no tenía derecho a hacerlo. Ella levantó la vista de su boceto terminado. No estaba mal, pero no lograba captar la energía crepitante del highlander. Tendría que intentarlo de nuevo.

—Puede que necesite a Coker para que me lleve a Skye.

Marina pronunció las palabras más por guardar las formas que porque pensara hacerlo en serio. Después del desastre del día anterior, no sentía más que desprecio por aquel inútil.

Mackinnon inclinó su orgullosa cabeza en su dirección.

—*Signorina*, espero que confíe en mí para llevarla sana y salva a donde necesite ir.

—Claro que sí —se apresuró a decir el señor Lucchetti.

Marina sabía que su padre era capaz de actuar en su propio interés y no en el de ella, cuando lo creía necesario. Ahora mismo, él no quería arriesgarse a perder el cómodo alojamiento que había encontrado para su convalecencia.

—¿De veras quiere mantenerlo a su servicio? —le preguntó Fergus a Marina.

Esta suspiró. Lo extraño era que confiaba en el highlander en lo que se refería a cuestiones prácticas. Nada de lo que había visto indicaba que no fuera un hombre de palabra. Él actuaba en beneficio de ella, aunque no le pidiera permiso primero.

—Supongo que no —claudicó Marina.

—De todos modos, ¿qué iba a conducir Coker, *sciocchina*[39]? —le preguntó su padre—. A menos que nuestro anfitrión nos preste un carruaje. Si temes que ya le hemos impuesto a Fergus demasiada

carga, bueno, esta sería otra más.

Su padre tenía razón. Pero Marina no podía evitar sentir que cada vez que cedía ante Mackinnon, incluso en un asunto tan insignificante como el destino de su cochero, él erosionaba un poco más su independencia. Y si la perdía, ¿cómo podría sobrevivir en el mundo que ella misma había elegido?

—Muy bien, papá, ya has expuesto tus argumentos —dijo Marina con una nota de impaciencia y luego se volvió hacia su anfitrión—. Parece que debo darle las gracias de nuevo. Pronto se cansará de mi conversación, señor, ya que no será más que un sinfín de agradecimientos.

Él le ofreció una suave sonrisa.

—No puedo imaginar cansarme nunca de su conversación, *signorina*.

Marina maldijo el calor que se apoderó de sus mejillas.

—Espere a conocerme mejor antes de hacer afirmaciones tan precipitadas.

—Lo estoy deseando.

Mackinnon mantuvo su sonrisa. Sin pensarlo, Marina levantó su cuaderno de dibujo y pasó la página con rapidez para usar una en blanco. Para su irritación, la fugaz expresión de él se desvaneció antes de que ella pudiera captarla.

—¿Piensa hacerme un retrato? —preguntó Mackinnon.

El rubor de Marina, apenas atenuado, se intensificó.

—Solo estoy pasando el tiempo.

—Para ella, dibujar es como para nosotros respirar, Fergus —dijo el señor Lucchetti—. Aunque la mayoría de las veces le interesan más los paisajes que las personas.

Marina miró a su padre con gesto acusador.

—Hoy estoy aquí encerrada.

Su progenitor le respondió con una mirada especulativa que luego dirigió a Fergus.

Este emitió otro de sus gruñidos divertidos.

—Así que, a falta de una colina o un río, ¿yo soy un reemplazo?

—Precisamente —dijo ella, aunque la desagradable verdad era que sus rasgos le resultaban irresistiblemente atractivos.

—No puedo imaginar que su noble patrocinador quiera un retrato mío entre sus escenas escocesas.

—No lo sé. —Marina arqueó una ceja—. Usted tiene la cualidad indómita que él me pidió.

Mackinnon la observó con un humor perverso en sus ojos.

—Me alegro de que piense así, *lassie*.

La efímera expresión que Marina había intentado plasmar no aparecía por ninguna parte. Ahora mismo, él parecía un depredador y

demasiado interesado en ella. Con súbita violencia, Marina garabateó sobre las pocas líneas que marcaban la página.

Fergus volvió a reír.

—*Och*, eso me representa a la perfección.

—No se me dan bien los retratos —dijo ella, cerrando el cuaderno, no sin antes mirar de nuevo el primer boceto que había hecho del escocés.

Mackinnon se puso en pie.

—De todos modos, debe disculparme. *Signorina*, ¿quiere que le enseñe el castillo esta tarde? Puede que inspire sus impulsos artísticos, a pesar del mal tiempo.

Estaba segura de que así sería. Lo que le preocupaba eran otros impulsos, los impulsos carnales que ella sentía. Por otro lado, ¿cuántas veces había tenido la oportunidad de visitar un auténtico castillo de las Highlands?

—Gracias —dijo Marina con una docilidad que provocó otro arco burlón de la ceja rojiza de Mackinnon.

Él se giró hacia el señor Lucchetti.

—Si le apetece, *signore*, he pensado que quizá su hija y yo podríamos cenar aquí con usted esta noche para hacerle compañía. Imagino que el tiempo le pesará estando en cama.

—*Grazie*, qué amable —dijo el anciano—. Me gustaría mucho.

Marina lanzó una mirada curiosa a Mackinnon. Se había imaginado que este intentaría atraerla otra vez. ¿A qué jugaba?

Los ojos plateados de él eran enigmáticos. *Diavolo*, ella estaba completamente fuera de sí, lo cual era absurdo, ya que llevaba rechazando las propuestas amorosas de caballeros ardientes desde que se estableció como artista. Conocía las señales de peligro y sabía cómo desalentar el interés masculino. O al menos, eso creía.

—Entonces, le dejaré descansar. —Fergus se inclinó ante Marina—. *Signorina*.

Una vez que Mackinnon se hubo marchado, se hizo un pesado silencio en la alcoba. Marina fingió interesarse por el boceto de una casa de labranza que había hecho durante el viaje.

—Hija, mírame —le dijo su padre en italiano con voz suave.

De mala gana, Marina obedeció.

—¿Sí, papá?

—Ese hombre te ha echado el ojo. Ten cuidado.

Ella soltó un bufido y le contestó en el mismo idioma.

—Si te preocupa nuestro anfitrión, ¿por qué demonios haces todo lo posible por reunirnos?

—No lo hago —dijo su padre. Si la hubiera mirado a los ojos al hablar, Marina casi le habría creído.

—De todos modos, incluso si él está interesado en mí, ya lo han

estado antes otros hombres. Siempre he sido capaz de manejarlos.

—Sí, pero esta vez, para variar, me temo que tú también estás interesada en él. —Su padre frunció el ceño—. Y estamos bajo su techo.

—Es un hombre fascinante, pero demasiado autoritario —dijo Marina con una confianza en sí misma totalmente falsa.

Su padre no sonrió ni hizo sus habituales comentarios burlones para señalar que ella también lo era.

—Pero siempre te gustan los retos —alegó en su lugar.

—Conozco el precio de un escándalo, papá. —Marina apretó el lápiz—. No te preocupes por mí.

—Pero me preocupas. Escucharos hablar a los dos es como estar atrapado entre relámpagos. No quiero que te quemes, *cara*[40].

—Él ha dicho que si quiero ir a Skye, me proporcionará un guía. Pero eso significaría dejarte atrás. No puedes viajar en tu actual estado. —A regañadientes, Marina había admitido esa mañana que Mackinnon no había exagerado al apuntar que su padre estaría inmovilizado durante las siguientes semanas.

—Ese cochero tonto…

—Sí, bueno —dijo Marina—, no tiene sentido llorar sobre la leche derramada. —Cuando recitó el proverbio en inglés, su padre soltó una risita.

—Al igual que hacía tu madre, qué cosas tan extrañas dices en esa lengua bárbara. Solo un tonto desperdiciaría lágrimas por una gota de leche perdida. —La expresión del anciano se volvió sombría—. Siempre la echo de menos, pero ahora mismo, más que nunca. Tengo la sensación de que podrías necesitar su consejo en el futuro.

—Yo también la echo de menos. —Marina se levantó y besó a su padre en la mejilla—. Ahora deja de preocuparte. Te prometo que no corro peligro. Todo lo que quiero que hagas es que descanses y te recuperes, y todo lo que necesito hacer es terminar mis pinturas para Su Gracia. Entonces podremos volver a Italia y olvidar este país donde nunca brilla el sol. Te estás poniendo nervioso por nada, papá.

—¿Tú crees? —No sonrió—. Ahora estoy más preocupado. Cuando te acusé de estar interesada en Fergus, no lo negaste.

«¿Qué sentido tendría?», pensó Marina.

—*Basta*, es bastante guapo —dijo—, pero demasiado inclinado a darme órdenes. Estoy segura de que puedo mantener a raya mis pasiones femeninas.

Quería que su padre sonriera, que tratara esta cuestión como el asunto sin importancia que ella esperaba desesperadamente que fuera. Pero seguía preocupado.

—Tal vez deberías aceptar la oferta de Fergus de que un guía te acompañe hasta Skye. Si te permite llevar también a una doncella,

seguro que todo será respetable.

—No quiero dejarte, papá, al menos, en esta primera etapa. Déjame ver cómo está el terreno mañana cuando salga. Si no encuentro suficiente material para mi encargo, te prometo que seguiré adelante. O lo haré, una vez que esté convencida de que estás en vías de recuperación.

Pero en cuanto Marina salió del dormitorio, los recelos de su padre se sumaron a los suyos. ¿Sería una tonta si se quedaba solo una noche más en Achnasheen?

Capítulo 6

Fergus observó cómo la señorita Lucchetti bajaba por la escalera principal hasta el gran salón, a la vez que se daba cuenta de que esta no le había otorgado el privilegio de llamarla por su nombre de pila, como había hecho su padre. Macushla y Brecon ladraron en señal de bienvenida, se levantaron de un salto y corrieron a su encuentro.

—*Buongiorno, amici*[41] —dijo ella con una sonrisa menos forzada que las que solía dedicarle a él. Se detuvo en el rellano de la escalera para saludar con entusiasmo a los perros. Fergus recordó que ayer, bajo la lluvia, su invitada también se había sentido a gusto con ellos.

A la dama le gustaban sus perros. Eso era un punto a su favor, como si necesitara algo más para apreciarla...

Cuando ella se enderezó y descendió al suelo de losas, los perros trotaron a su lado. Se había puesto uno de sus vestidos, ahora que había recuperado su equipaje. Era otro vestido diabólicamente elegante, de un púrpura intenso que añadía un matiz marfil a aquella suave piel aceitunada.

Fergus tuvo que reconocer el mérito de la modista. El vestido era tan sencillo como el hábito de una monja, pero ceñía aquel cuerpo alto y esbelto de un modo que dejaría a cualquier hombre atrapado por cada curva y línea seductora que cubría.

Desde luego, él lo estaba.

Cuando ella se acercó, su sonrisa adquirió ese toque familiar de desafío. Fergus no estaba seguro de que ella lo supiera. Siempre le daban ganas de borrarle ese gesto de insolencia con besos o de echársela al hombro y subirla a su torre.

¿Por qué debería elegir? Quería hacer las dos cosas.

La señorita Luchetti señaló las picas, las alabardas y los mosquetes dispuestos ordenadamente en las paredes de piedra.

—Esta casa es una armería —dijo.

Él lanzó un gruñido divertido.

—Sí, siempre estamos dispuestos a luchar, si los Macgillivrays o los Drummonds se encaprichan de tierras o ganado que por derecho pertenecen a los Mackinnons.

Ella se detuvo a unos metros. El día sombrío convertía el gran salón en un reino de sombras y misterio. El mayor misterio de todos era esta intrigante mujer.

—¿Incluso hoy en día? —preguntó Marina.

—Sí, incluso hoy en día —respondió Fergus, aunque en la actualidad, en las Tierras Altas se respetaba en su mayor parte la ley

del reino.

—Qué emocionante...

Aye, esta *lassie* habría encajado perfectamente en los viejos tiempos. Se imaginó a Marina Lucchetti en las almenas de Achnasheen desafiando a un ejército invasor. Anoche, durante la cena, él había comprobado su interés por las dramáticas historias sobre el clan.

—Venga conmigo, le enseñaré el resto del castillo.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo por no tocarla mientras entraban y salían de las habitaciones de la planta baja. Cuando la llevó a las amplias cocinas abovedadas, diseñadas para la época en que todo el clan cenaba con el *laird* a diario, la curiosidad de su invitada por su casa coincidió con la de los criados por ella. Mientras subía detrás de la *signorina* Lucchetti por las escaleras de la cocina, le hormigueaban los omóplatos al saber que Jenny y Kirsty observaban ávidamente desde abajo.

Ya tenía suficientes distracciones para preocuparse además de lo que sus sirvientes decían de su bella invitada. Bajo el vestido púrpura, las esbeltas caderas de la *signorina* se balanceaban a cada paso. Cómo podía un hombre mirar a otra parte cuando, al ascender los peldaños, la tela se deslizaba para delinear la deliciosa redondez de sus nalgas. Fergus apretó los puños mientras luchaba contra el impulso de atraer esas curvas con fuerza hacia su cuerpo.

Se divirtió imaginando la reacción de ella si lo hacía. Probablemente le daría un puñetazo en la nariz. O más abajo.

Lo que no impidió que la deseara.

Era una atracción extraña, sin precedentes en su experiencia. Era un poco como sostener un petardo encendido en la mano y esperar la explosión. Nada pacífico, pero sin duda excitante.

Ella giró la cabeza y captó su expresión.

—¿En qué está pensando, señor? —le preguntó en tono sombrío—. Sea lo que sea, deje de hacerlo.

También era la única mujer de la creación que le daba órdenes. Él no tenía intención de obedecer, pero la novedad tenía su encanto.

—*Och*, no es muy divertida, Marina Lucchetti —dijo Fergus con aire trágico, siguiéndola de nuevo al gran salón.

—Me alegra oírlo. —Sus ojos se entrecerraron fijos en él mientras los perros se acomodaban contentos a los pies de ella. «Traidores», pensó Fergus, antes de que Marina hablase de nuevo—. Las chicas que no son divertidas viven largas y respetables vidas y mueren en sus camas.

—Sí, es cierto. Pero quizás, cuando les llega la muerte, se lamentan de no haber visitado otras camas durante sus largas y respetables vidas.

—Mackinnon... —dijo Marina en tono de advertencia.

Fergus abrió los ojos con simulada ingenuidad.

—Solo estoy tratando de entretenerla con un poco de conversación.

Ella no estaba impresionada, él podía verlo.

—El recorrido por el castillo es suficiente entretenimiento. ¿Subimos a la planta de arriba?

El corazón de Fergus dio un salto en su pecho, aunque sabía que la pregunta era inocente. Lo que daría por llevarla a la habitación de su torre y mantenerla allí. Por Dios, encontraría entretenimiento en abundancia, si él tuviera algo que decir al respecto.

«Compórtate, Fergus».

Él sabía que ella no estaba lista para caer en sus brazos. Aunque si no se equivocaba —y rara vez lo hacía—, sí estaba interesada. Puede que no quisiera reconocer que lo encontraba atractivo, pero a Fergus no le había pasado desapercibido el brillo de sus ojos ni el rubor de sus pómulos altivos cuando hablaba con él.

Sí, estaba interesada, aunque también estaba lejos de aceptar el hecho.

—Es una pena que haga tan mal tiempo —dijo Fergus—. Le habrían encantado las vistas desde las almenas.

—Quizá pueda enseñármelas cuando mejore.

Eso le animó. A pesar de que ella hubiese cedido la noche anterior, él temía que siguiera adelante con su idea de ir a Skye a la primera oportunidad.

—Se lo prometo.

—¿Tiene un retrato de Bonny Mhairi? —preguntó Marina.

—Sí.

Aunque era demasiado pronto para pedirle a su visitante que compartiera su cama —demonios, ella no había accedido a quedarse más allá de los próximos días—, a él no le importaría seguir posponiendo las caricias. Dio un paso adelante y la cogió del brazo.

A estas alturas, después de haberla tocado tantas veces, debería estar acostumbrado a la inmediata descarga de calor. Una ráfaga de deseo le apretó las entrañas y le aceleró el corazón. La fuerza de su necesidad hizo desaparecer el sentido común y dejó paso al deseo.

La *signorina* se sobresaltó al contacto. ¿Por la sorpresa, o porque compartía con él la misma poderosa atracción?

Era demasiado pronto. Demasiado pronto. Pero, por todos los diablos, no tardaría en estrecharla entre sus brazos y besarla hasta que a ella se le nublara la mente.

Fergus tragó saliva y luchó por parecer un hombre civilizado. Ninguna *lassie* lo había puesto tan alterado, y ni siquiera la había besado aún. Que Dios le ayudara cuando lo hiciera.

—Vamos a visitar a mi tatarabuela.

Mientras subían la amplia escalera, Mackinnon le contó más cosas sobre la historia del castillo. Marina no oyó ni una palabra. Era demasiado consciente de aquella mano fuerte y capaz que le aferraba el brazo por encima del codo. El día lluvioso era frío, sobre todo, una vez que se alejaron del fuego que ardía en las chimeneas del castillo. Sin embargo, Marina apenas notaba el aire helado. En cambio, con su anfitrión tan cerca, ella sentía que se estaba quemando.

Había sido una tonta al pensar que una visita al castillo sería una forma inocua de pasar la tarde. Resultaba que cualquier momento que pasara junto a este apuesto escocés ponía en peligro sus defensas.

Tampoco ayudaba el hecho de que, cada vez que ella miraba su llamativo rostro, veía reflejado en él un interés sexual. Por su parte, Marina era reacia a ese encendido impulso, pero no podía hacer nada para reprimirlo.

Le molestaba su propia agitación. No solo porque nunca había imaginado que hombre alguno pudiera rivalizar con su obsesión por su arte, sino también porque su concentración en el highlander le impedía apreciar el entorno como este se merecía. El castillo era fascinante, como sacado de una leyenda.

Ella solo logró centrar su atención —de forma inevitable, supuso— cuando llegaron a un largo pasillo entre las torres norte y este.

—Tiene una galería —dijo complacida.

—*Aye*. Aquí es donde están los retratos familiares. ¿Quiere ver el de Bonny[42] Mhairi?

—Sí —dijo Marina, aunque se detuvo frente a un par de retablos del siglo XVI, los cuales eran demasiado antiguos como para representar a la heroína secuestrada.

Un hombre ataviado con terciopelo negro y pieles estaba de pie junto a un escritorio que sostenía una gruesa biblia encuadernada en cuero. Una dama con un vestido de seda negra con miriñaque y una gorguera blanca sujetaba a un bebé envuelto en pañales. Marina pensó que la cara del pequeño parecía arrugada y antigua.

—Esos dos siempre me parecen muñecos —dijo Fergus demasiado cerca—. Tan rígidos y formales...

Los retratos no eran de gran calidad, aunque el artista había hecho un buen trabajo representando la lujosa indumentaria. Los rasgos de los protagonistas, sin embargo, transmitían poca vida. Como había dicho Mackinnon, parecían muñecos de madera, sobre todo, aquel grotesco bebé.

—Era la costumbre pintar así a la gente —dijo ella mientras recorría la pared y observaba cómo cambiaban las modas a lo largo de los siglos. Se detuvo ante un cuadro de una mujer con un vestido azul oscuro y un elaborado cuello de encaje. Si había llevado bien la cuenta de las generaciones, ese era el retrato que buscaba—. ¿Esta es

Mhairi?

—Sí, es ella. No parece haber llevado una vida tan aventurera, ¿verdad?

Este artista había sido aún más torpe que el anterior. Los rasgos faciales no mostraban personalidad alguna. Una genérica pelirroja escocesa era la mejor descripción que se le ocurrió a Marina.

—Qué pena.

—No se puede decir que fuera tan hermosa como afirma su reputación, aunque la leyenda familiar cuenta que mi tatarabuelo se enamoró de ella en cuanto la vio.

—Me pregunto si en realidad hubo algo parecido a un secuestro.

Fergus soltó un gruñido de risa.

—Por el orgullo de los Drummond, siempre hemos estado de acuerdo en que la raptaron. —Señaló el siguiente cuadro, que mostraba a un hombre alto y delgado, de cejas marcadas y melena de ébano grisáceo—. Este es su marido, Black Callum Mackinnon.

El retrato de Black Callum tenía un poco más de verosimilitud que el de Bonny Mhairi. Pero no mucha más.

—Era un hombre apuesto, aunque no se parece mucho a usted. —«Excepto quizás por la nariz imponente y la expresión altiva», pensó Marina.

—La mayoría de los Mackinnon somos pelirrojos y tenemos los ojos grises. Él era una de las pocas excepciones.

La variable calidad de los retratos no podía ocultar que el don de un físico atractivo corría por la sangre del clan. Buena apariencia y cierta arrogancia en el porte, que ella conocía demasiado bien por su trato con el actual *laird*.

Marina admiró un par de cuadros que, en términos de mérito artístico, eran con mucho los mejores de la colección. El hombre era otro Mackinnon enjuto y de alta estatura, con rasgos similares a los de su anfitrión. Llevaba el pelo empolvado de un gris suave y recogido con una cinta de seda negra al estilo del siglo pasado. La mujer era de aspecto delicado y rubia, y parecía no haber tenido nunca una opinión propia. Llevaba un vestido blanco holgado que resaltaba su voluptuoso pecho y estaba reclinada en una silla tapizada de brocado.

—¿Sus padres?

—Sí.

—¿Vive su madre? —Había sido una mujer bonita.

—No, falleció hace cinco años. Ella y mi padre se conocieron en Edimburgo, y él pagó a Allan Ramsay para conmemorar sus esponsales con estos retratos. Fueron de los últimos cuadros que pintó el artista.

—Nunca había oído hablar de él, pero tiene una habilidad maravillosa. Mire cómo ha captado sus personalidades con unas pocas pinceladas. ¿Así es como eran en realidad?

—Ramsay supo captar la actitud despreocupada de mi padre —explicó Fergus—. Mi padre murió en un accidente en una carrera en Inverness. Montaba un caballo que tenía fama de ser imbatible.

Sorprendida, se encontró con la mirada de Mackinnon.

—Se toma su papel de *laird* tan en serio que me imaginaba que su padre debía de ser un severo hacendado, todo deber y trabajo duro.

Él soltó un resoplido desdeñoso.

—Fue cualquier cosa menos eso, *lassie*.

Cuando Marina volvió a fijarse en aquel apuesto rostro del lienzo, lo observó con más detenimiento. Al principio, solo había notado el parecido con el hombre que estaba a su lado. La nariz imperial y los inteligentes ojos grises le resultaban familiares, pero la boca insinuaba autoindulgencia. La de Fergus Mackinnon, por el contrario, demostraba una firme autoconfianza. Ella debería saberlo; ya había pasado bastante tiempo mirando sus labios y preguntándose qué sentiría si él la besara.

Marina se volvió para estudiar a Mackinnon igual que había hecho con el hermoso retrato.

—¿De dónde ha sacado su sentido de la responsabilidad? Es obvio que su gente le quiere y le admira, así que debe de ser un buen *laird*.

Qué revelación había sido para Marina pasear con él por el castillo. Antes de eso, se había cuestionado si Jock había exagerado el nivel de lealtad que inspiraban los Mackinnon. Pronto se dio cuenta de que el musculoso sirviente, en todo caso, había restado importancia al respeto que aquellas personas profesaban a su señor. Empezó a sentirse como si estuviera en un viaje al cielo, con el Todopoderoso como su escolta personal.

No le extrañaba que Fergus Mackinnon se creyera omnipotente.

—Intento serlo —respondió este mientras miraba el retrato de su padre con expresión ligeramente preocupada—. Cuando era niño, la hacienda no estaba bien administrada, y todo el mundo aquí sufría a consecuencia de ello. Mi padre estaba más interesado en sus propios placeres que en ver a los miembros de su clan prósperos y asentados. Juré que cuando yo estuviera al cargo, las cosas en Achnasheen serían diferentes.

Ella no podía objetar sus intenciones, pero ese aire de omnisciencia le molestaba.

—¿Y nadie ofrece nunca una opinión contraria, una forma alternativa de prosperar?

Fergus se giró hacia Marina y se encogió de hombros.

—Un ejército marcha mejor cuando hay un general al mando.

—¿Y usted es ese general?

—Sí. ¿Quién más, si no?

Marina movió la cabeza.

—Pero lo que dirige es una finca, no una guerra.

Un humor irónico estrechó los ojos de Fergus.

—*Och*, ¿cuál es la diferencia?

Anoche, al escuchar sus historias, Marina se había dado cuenta de que en siglos pasados esta parte de las Tierras Altas había sido anárquica y peligrosa. Pero estaban en 1817. En todo el país, incluso en las salvajes tierras del norte, reinaba la paz.

—En estos días, no hay nadie a quien derrotar. La batalla ha terminado —declaró.

—No diría eso si hubiera vivido aquí en la época de mi padre.

—Así que usted tiene subordinados, pero no iguales.

—No soy un cruel tirano, *lassie*. —Aquellas expresivas cejas se fruncieron con disgusto—. Si no me cree, pregunte a cualquiera.

No le hacía falta. Era evidente que todos en Achnasheen estaban más que satisfechos de tener a Fergus Mackinnon al mando.

Él desvió la atención de Marina hacia un retrato de su abuelo, vestido con el familiar tartán rojo y negro, pero ella, por una vez, no pudo concentrarse en el arte. En lugar de eso, siguió pensando en el *laird* y en los términos militares que había utilizado para describirse a sí mismo.

No había duda de su poder en esta cañada. Ni de su capacidad para desempeñar su papel de protector y guía. Sin embargo, a pesar de la adulación que recibía de sus seguidores, Marina no podía evitar pensar que el señor de estas tierras sonaba como si estuviera desgarradoramente solo.

Capítulo 7

Fergus estaba de pie en el sombrío patio, sujetando dos robustos ponis. Macushla y Brecon esperaban a su lado. El sol se asomaba por las colinas y, tal y como había predicho, el día era bueno.

Su intrigante invitada cruzó las puertas del castillo y se detuvo en el último escalón para observar su entorno. Entonces, su mirada se posó en él y sonrió con una franqueza que Fergus rara vez había visto en ella. Su cuerpo grácil y esbelto rebosaba energía, y el placer que sentía por la excursión que iba a realizar hacía brillar sus ojos negros.

A excepción de la formidable madre de su amigo Hamish y su interés por la política, Fergus no estaba acostumbrado a mujeres dedicadas a otra cosa que no fuese el hogar y la familia. Las ideas de la *signorina* Lucchetti iban en contra de todo lo que él creía sobre el modo ordenado de hacer las cosas, pero no podía negar que aquella inusual *lassie* le resultaba atractiva.

Llevaba un conjunto más bien masculino de lana merina de color verde oscuro, pensado para pasar un día al aire libre. Las líneas elegantes y sin adornos revelaban los encantos femeninos de su silueta. Tenía colgada de un hombro la cartera que ella había salvado del naufragio, y en una mano un sombrero de paja de ala ancha del mismo tono que su traje.

—Buenos días, Mackinnon —dijo ella, agachándose para acariciar a los perros que habían trotado a su encuentro—. No tenía por qué haberse levantado para despedirse.

—Usted mencionó que quería salir temprano para aprovechar la luz.

Ella bajó los escalones con aquel movimiento decidido de sus largas piernas y caderas que a Fergus siempre le aceleraba el corazón. Ninguna otra mujer que él conociera caminaba así, como si no necesitara el permiso de nadie para ir adonde quisiera.

—En efecto, pero no había necesidad de arrastrarse fuera de la cama al amanecer para desearme lo mejor. —Marina miró a su alrededor con curiosidad—. Dijo que mi guía estaría esperándome.

«Ah, aquí comienzan los problemas», se dijo Fergus.

—Lo tiene ante sus ojos —respondió este.

Fergus tuvo que reconocerle el mérito de su rapidez de reacción. A solo unos pasos de él, la señorita Luchetti se quedó completamente quieta.

—Ya veo...

Fergus no tenía por costumbre dar explicaciones, pero tampoco

quería que ella volviera a entrar furiosa en la casa.

—Nadie conoce estas colinas mejor que yo. No le confiaría su seguridad a ningún guía, por muy bueno que fuese.

—Agradezco su amabilidad... —empezó a decir Marina, acalorada.

—No, no lo hace —dijo él con un resoplido de diversión—. Ahora mismo me está deseando que me vaya al Hades.

—*Certo*. Sí, es verdad. —Para alivio de Fergus, ella dejó escapar una risita que iluminó sus ojos negros—. También sé reconocer una discusión que no voy a ganar. Pronto se arrepentirá de su caballerosidad, Mackinnon, se lo advierto. Un día junto a un artista es extremadamente aburrido. Papá siempre se lleva un libro cuando salimos. Así que, si después se encuentra lamentando haberme acompañado, recuerde este momento. Sospecho que mañana estará más que feliz de encomendarme a Jock o a uno de sus amigos.

«Como si pudiera entregarla al cuidado de otro hombre…», pensó Fergus.

—No debería desafiarme, ¿sabe? —dijo él en tono neutro, conduciendo el poni negro hasta ella. Al alcanzarla, soltó la brida, cogió la cartera de Marina y la ató a la silla de montar—. Solo me hace estar más decidido a demostrarle que se equivoca.

—Realmente no estamos hechos para llevarnos bien, ¿verdad? —dijo ella con facilidad—. Somos demasiado parecidos. Demasiado acostumbrados a salirnos con la nuestra.

—La voluntad más débil debe ceder con el tiempo. —Fergus la cogió por la cintura y dejó que sus manos se detuvieran allí más de lo debido.

Cada vez que la tocaba, era como tener el verano entre sus dedos. Solo un highlander podía apreciar lo atractivo que era eso. Los inviernos en Achnasheen eran largos, oscuros y fríos. Cuando Marina Lucchetti estaba cerca de él, inundaba su mundo con la luz del sol mediterráneo.

Ella alzó sus elegantes cejas oscuras y, para placer de Fergus, no intentó eludir su agarre.

—Por supuesto —dijo—, usted asume que la voluntad más débil debe ser la mía.

—Por supuesto —respondió Fergus, apreciando su espíritu. Era inevitable que él ganara la batalla entre ellos, pero, por todos los cielos, se divertiría por el camino antes de hacerlo.

—La soberbia precede a la caída —declaró Marina, y luego jadeó cuando él la subió a lomos del poni. Acto seguido, ella se acomodó en la silla y tomó las riendas.

—En ese caso, será mejor que haga todo lo posible por aguantar, *signorina* —dijo Fergus mientras cogía las bridas de su propio pony. Después de montar en él, observó la expresión sardónica de Marina—.

¿De qué se trata?

—No estoy segura de que un poni encaje con la imagen de amo y señor tan bien como su espectacular yegua gris.

Fergus acercó su poni al de ella.

—No hay montura más segura y resistente en las colinas que estas pequeñas bestias. Además, son muy fuertes: pueden cargar fácilmente con un ciervo adulto de más de quinientas libras. —Hizo una pausa—. Olvidé preguntarle si sabe montar.

—No soy una gran amazona, pero puedo manejar algo de este tamaño. —Enseguida cruzaron el arco de la entrada y dejaron el castillo junto con los dos peludos perros negros tras ellos—. En las casas inglesas en las que estuve, mi reticencia a participar en la caza del zorro era motivo de diversión.

Fergus se advirtió a sí mismo que ella era una dama sofisticada, acostumbrada a tratar con las altas esferas de la sociedad. No debía olvidarlo. ¿Alguno de esos caballeros ingleses había sido su amante? Sin duda, la habían deseado. Cualquier hombre lo haría.

También se dio cuenta de que ella era temperamental, obstinada y decidida, y que no era el tipo de chica que él solía aceptar. Ahora que llevaba un día y medio tratándola, esas cualidades la convertían en la mujer más excitante que había conocido nunca.

Su aventura no sería un asunto sencillo, pero estaba más que inclinado a esperar fuegos artificiales.

Marina debería haber esperado que Fergus se ofreciera como su acompañante. Había reconocido las habituales señales masculinas de que él la consideraba de su exclusiva incumbencia.

Debería estar molesta por la prepotencia de su anfitrión. Una parte de ella lo estaba. Sin embargo, otra parte se sentía halagada y... excitada.

Mientras se adentraban en las colinas detrás del castillo, ella trotaba detrás de él. El camino no era lo bastante ancho para que sus ponis pudieran ir uno al lado del otro.

—Supongo que si insisto en ir a Skye —dijo Marina—, también me acompañará allí como guía.

Aquellos hombros anchos y rectos se movieron en un encogimiento de hombros desdeñoso.

—Un buen amigo me dijo que una vez que alguien te salva la vida, los dos quedáis unidos para siempre.

—Ese es un pensamiento alarmante —dijo ella en tono seco.

Un gruñido divertido de Fergus saludó su comentario, aunque no había sido irónico del todo.

—Sí, así es —convino él.

—Entonces, si va a seguir mis pasos —continuó Marina—, ¿qué

sentido tiene que me vaya de Achnasheen?

Ella sintió como un cuchillo la breve mirada que Mackinnon le dirigió por encima del hombro.

—¿Tan mal se está aquí?

Él no miraba por dónde iba. Y ella tampoco lo hacía demasiado. El poni, con su ancho lomo y su andar oscilante, le hacía recordar el movimiento de un barco, meciéndola en un suave oleaje.

—No me gusta ser una prisionera.

—¿Es así como se siente realmente?

—Si estoy atrapada y no puedo irme por voluntad propia, ¿de qué otra forma lo describiría?

Fergus avanzó de pronto, de modo que casi chocó contra el poni de ella, y luego se giró en la silla para mirarla.

—Marina, lo siento muchísimo si cree que eso es cierto.

El silencio erizado se prolongó durante unos segundos, al cabo de los cuales, ella suspiró.

—Oh, no es cierto, y lo sabe —admitió a regañadientes—. Y dada su amabilidad con mi padre y conmigo, eso que ha dicho ha sido una descortesía. No entiendo por qué tengo que luchar contra usted todo el tiempo para ponerme en mi sitio. He conocido a hombres prepotentes antes y los he manejado con un mínimo de tacto, mientras me las arreglaba para salirme con la mía.

—¿Soy prepotente? —le preguntó Fergus—. No se anda con rodeos, ¿verdad? —El humor iluminó sus ojos de plata brillante—. Nunca he conocido a una *lassie* que quiera enfrentarse a mí como lo hace usted.

Ella le miró con curiosidad.

—En toda su vida, ¿ninguna mujer le ha plantado cara? ¿Y su madre?

—Mi madre era una cosita dulce, absolutamente indefensa una vez que mi padre falleció, y no tan eficaz cuando estaba vivo, para ser sinceros.

Los motivos que Allan Ramsay había elegido para pintar a la guapa rubia en aquella pose lánguida se hicieron más evidentes.

—¿Y su hermana? —Quiso saber Marina.

—Hermanas. Tengo dos. —Fergus se encogió de hombros—. Son muy parecidas. Tras la muerte de mi padre, me convertí en cabeza de familia, así que ambas crecieron obedeciéndome. —Sus labios se crisparon—. Ayuda que siempre tengo razón.

Marina puso los ojos en blanco.

—No me haga tener que atizarle.

—Podría disfrutarlo.

Sobresaltada, ella se volvió hacia él.

—¿Qué?

La mirada gris de Fergus permaneció inquebrantable.

—Ya me ha oído.

Marina decidió que no era prudente seguir con el tema, cuando le quedaba todo un día por delante en su compañía.

—¿Hace cuánto que es usted *laird*? —preguntó en su lugar.

Él chasqueó la lengua a su poni. Los caballos eran tan obedientes a su voluntad como todos en la cañada. Malditos fueran, y maldito fuera él.

—Unos veinte años.

Marina frunció el ceño. Había supuesto que él tenía más o menos su edad, pero esto desmentía esa idea.

—Debía de ser poco más que un niño cuando heredó la propiedad.

—Crecemos rápido en las Tierras Altas.

Ella se dio cuenta de que él había eludido su pregunta, lo que era interesante.

—¿Cuántos años tenía entonces, Mackinnon? —insistió.

—Nueve.

El impacto de la revelación la dejó en silenció. ¿Nueve años? Era demasiado pequeño. ¿Cómo había podido un niño sobrellevar tanta responsabilidad? Su padre había dejado las cosas desordenadas, dedujo ella, y su madre no parecía haber sido de ninguna ayuda. De hecho, parecía haber sido otra carga para él. Mackinnon no le había dicho que sus hermanas fueran más jóvenes que él, pero algo le hizo pensar a Marina que lo eran. Un deber más.

El *laird* miró hacia atrás con su característica expresión sardónica. *Maledizione*, incluso a lomos del pequeño y rechoncho poni, parecía un príncipe.

—¿No tiene nada que decir? —preguntó él.

—Intento imaginarme ser un niño y que me impongan tantas obligaciones. —Con razón había crecido arrogante y seguro de sus capacidades. Ella no podía aprobar su actitud, pero había llegado a comprender las razones que había detrás de ella.

—*Och*, no fue tan malo. Yo contaba con administradores, además de con muchas personas a mi alrededor con tanta experiencia como buena voluntad.

—Pero seguía siendo *el* Mackinnon, el jefe del clan.

—Sí. Es un privilegio.

—Y una responsabilidad.

—Eso también.

Marina analizó todo lo que él había dicho.

—Muy bien, ya veo que la finca no está plagada de mujeres dispuestas a ponerle en su sitio. —Juntó las cejas, pensativa—. Antes mencionó que suele ir a Inverness y Edimburgo. En algún lugar lejos de Achnasheen debe de haberse topado con una mujer resuelta y

directa.

La luz burlona de sus pupilas se intensificó.

—También he estado en Londres.

—¿Londres?

—Fui a algunos bailes y a la ópera, y a un sitio llamado Almack's, que rebosaba de debutantes risueñas. El lugar estaba apiñado de una forma horrible. Hacía un bochorno del infierno y los camareros solo servían limonada tibia. ¿Qué clase de bebida es esa para un hombre de sangre caliente, si puede saberse? No es de extrañar que los *sassenach*s sean todos tan pálidos.

—¿Eso incluye a las damas?

Fergus hizo un gesto desdeñoso y volvió a mirar al frente para que ella no pudiera ver su expresión.

—Todas las *lassies* con las que bailé parecían entender bien el papel de una dama en la vida. Ninguna intentó tomar la iniciativa cuando bailé el vals con ellas.

Marina entrecerró los ojos ante aquella espalda larga y recta con su holgada camisa blanca, deseando poder encontrar alguna imperfección física que estropeara la magnífica vista.

—Ha dicho eso para provocarme.

Él se volvió para lanzarle una mirada divertida.

—Cuando hincha las plumas como una gallina enfadada, está terriblemente bonita, Marina.

Con un sobresalto, ella se percató de que no era la primera vez que él la llamaba Marina.

—No le he dado permiso para que use mi nombre de pila —dijo tiesa, sabiendo que sonaba como una tonta.

—*Och. Signorina* Lucchetti es un trabalenguas para un pobre e ignorante highlander.

—Ya se acostumbrará —declaró ella, aún tratando de asimilar lo que había aprendido sobre él esta mañana—. Al menos uno de sus amigos debe de haberse casado con una chica que tenga algo que decir por sí misma. Todas las mujeres de Escocia no pueden ser un felpudo. Me niego a creerlo.

Fergus sacudió la cabeza.

—Todas las mujeres de mis vecinos conocen su lugar. Mis dos mejores amigos todavía están solteros. Uno es *laird* de Glen Lyon, en la costa, cerca de Oban, y el otro es *laird* de Invertavey, un poco al norte de aquí.

—¿Y también se resisten al concepto de una mujer con voz propia?

—Quizá no estén tan convencidos como yo. De hecho, ahora que lo dice, me viene a la mente una excepción. Hamish tiene en Glen Lyon una madre parecida a un dragón, que escribe libros y pone a dar brincos a los pequeños caballeros *sassenach* en el Parlamento. Es un

monstruo aterrador. Usted no querría ser como ella, Marina. Es antinatural.

Ella ahogó una carcajada ante el pavor teatral que él había inyectado a su descripción.

—¿Y qué hay del *laird* de Inver...

—Tavey.

—Sí. Él. ¿Y su madre?

—*Och*, era una mujer salvaje. Nunca la conocí. Huyó con un soldado cuando Diarmid tenía dieciséis años. Murió de fiebre en Jamaica un año después.

—Oh, qué triste…

—Sí. Y también es un ejemplo de lo que pasa cuando un hombre no es amo en su propia casa.

Marina supuso que ese era el punto de vista de Mackinnon.

—Creo que la madre de Hamish me produce buena impresión.

Él suspiró.

—Sí, me lo imagino. Ambas son tal para cual.

—¿También le aterrorizo, Mackinnon? —A Marina le gustaba bastante la idea.

—Sí, usted es el material de las pesadillas.

Ella se rio.

—En ese caso, ¿está seguro de que no quiere que siga mi camino?

Mackinnon giró su poni colina arriba, siguiendo una pista que ella no podía ver.

—*Och*, un hombre tiene que enfrentarse a sus miedos si quiere demostrar su valor.

—Muy loable —dijo ella, escueta.

Subieron más alto. Había estado tan fascinada —y horrorizada— por la conversación, que apenas había prestado atención a lo que la rodeaba. Lo cual era absurdo, dado que el único motivo de su estancia en Escocia era encontrar paisajes adecuados para pintar.

Las colinas se alzaban ante ellos, extendiéndose hacia el cielo azul. Una bonita neblina de color rosa violáceo las cubría. «Brezo», supuso Marina. Y un mosaico marrón y verde de helechos. Después de la lluvia del día anterior, los colores eran muy nítidos y claros.

Una cascada caía sobre la escarpadura. Miró hacia atrás, sorprendida de ver lo lejos que habían ascendido. Abajo, el castillo parecía la ilustración de un cuento de hadas. En la distancia, unas islas flotaban en un mar azul resplandeciente.

Cuando venía hacia el norte, había visto muchas escenas bonitas, pero esta era la más hermosa hasta el momento. Tal vez pintar aquí, en lugar de en Skye, podría ser una decisión inteligente.

Al menos, en lo que respectaba al arte.

Aún no le hormigueaban los dedos con ansiedad por coger el

pincel, aunque las formas del paisaje se filtraban en su mente y empezaban a crear patrones. En cambio, no pudo evitar repasar su discusión con Mackinnon.

¿Cómo debió de ser para él asumir el cargo de señor de Achnasheen a una edad tan absurdamente temprana? A los nueve años, ella ya jugaba con muñecas, aunque su obsesión de toda la vida por la pintura ya se estaba despertando. Mackinnon no solo había sido el amo de la finca, sino un pilar de fortaleza para su madre y sus hermanas, que parecían ser un trío sin carácter.

Marina estaba tan perdida en el estudio de su entorno, que no se dio cuenta de que Mackinnon había frenado en un amplio saliente para dejar que ella le alcanzara.

—Estoy preocupado —dijo él—. No suele estar tan callada.

—Aún no me ha visto mientras trabajo —replicó Marina.

—¿De verdad cree que la he engañado para que se quede, sin posibilidad de escapar? Odiaría que ese fuera el caso.

Marina casi había olvidado su charla anterior. Aún así, era un tema preocupante.

—Si insistiera en que quiero irme hoy mismo por mi cuenta, ¿se encargaría de hacer los preparativos?

—No la dejaría irse por su cuenta. Recuerde, le salvé la vida. Ahora me pertenece.

Algo en esas palabras provocó un temblor traidor en el estómago de Marina.

—Sea serio, Mackinnon.

—Lo soy. —Él frunció el ceño—. Pero sí, si tiene que irse, la acompañaré a un lugar seguro y podrá planear el resto de su viaje desde allí. Me quedaré el tiempo suficiente para asegurarme de que contrata a un cochero que sepa adónde va. También le presentaré a gente que pueda ayudarla en el camino.

Marina ocultó una sonrisa. A pesar de la absurda pretensión de aquel escocés de responsabilizarse de ella, seguían siendo extraños. Ella ya se había dado cuenta de que su afición a dar órdenes iba acompañada de una fuerte naturaleza protectora.

—¿Entonces soy libre de irme?

—¿Quiere dejar a su padre?

—No ha respondido a mi pregunta.

—Sí —dijo él con una clara reticencia—. Es una *lassie* tonta y testaruda al querer viajar sola, dado que todo lo que necesita ya lo tiene aquí. Es una pena que convirtiéramos las mazmorras en bodegas hace cien años, así que no podré encadenarla a la pared hasta que entre en razón.

—Podría encerrarme en mi habitación.

Fergus le lanzó una mirada contrariada.

—No me dé ideas.

—Muy bien —dijo ella.

Las cejas rojo oscuro bajaron hacia esa nariz regia.

—¿Qué significa eso? —preguntó Fergus con una pizca de fastidio—. ¿Que es hora de volver al castillo y pedir la silla de viaje?

Ella sonrió despacio, encantada de que por una vez tuviera la sartén por el mango.

—No, Mackinnon, significa que estoy encantada de aceptar su hospitalidad, ahora que sé que no se trata de una pena de prisión. Estoy deseando hacerle compañía a mi padre mientras se recupera.

Era infantil, pero delicioso saborear el gruñido de frustración de Mackinnon.

—Es bonita, Marina Lucchetti, pero también es una *wee besom*[43].

Ella no necesitó que le tradujesen las palabras. Entendió lo esencial. Aunque también la había llamado guapa, además de problemática.

—No me gusta que intenten obligarme a hacer algo.

—Eso lo deduzco —dijo Fergus, con los labios curvados en una línea descendente de contrariedad—. Ahora, si Su Majestad se digna a estar de acuerdo, hay una loma en la próxima subida que es un buen lugar para detenernos a desayunar.

—Me inclino ante sus conocimientos locales —dijo Marina con estudiada dulzura.

—Al menos se inclina ante algo —murmuró él. Luego hizo avanzar su poni, y el de Marina lo siguió sin que ella se lo pidiera.

Tras una pausa, ella formuló la pregunta que más le había preocupado, incluso más que su derecho a marcharse —aunque agradeció que le confirmaran su libertad—.

—¿No le aburren todas esas mujeres que están de acuerdo con todo lo que usted dice?

Él miró hacia atrás.

—La verdad es que no.

Marina supuso que hablar era lo último que este hombre viril quería de una mujer. La idea le resultaba extrañamente excitante, aunque estaba segura de que debía de ser demasiado temprano para caer víctima de anhelos sensuales.

—Pues debería —dijo ella, tan molesta con él como consigo misma.

Fergus soltó una carcajada.

—Le diré una cosa: aún no me he aburrido con usted, *lassie*.

—¡¿Podría ser más condescendiente?! —le soltó Marina—. Y, no, no tiene que responder a eso.

Enfadada, instó a su poni a alcanzar al de él. De pronto, le pareció demasiado humillante ir detrás de Mackinnon, como un bote flotando

en la estela de un barco.

Capítulo 8

Fergus miró hacia donde estaba Marina, posada sobre un matojo mientras pintaba el paisaje. Su juego de acuarelas de viaje yacía abierto sobre la hierba a su lado, y Macushla y Brecon se estiraban a sus pies, dormitando al sol de la tarde. Fergus pensó que el *laird* no era el único admirador de esta *lassie* en Achnasheen.

Ella se había desabrochado aquella chaqueta temiblemente masculina para dejar al descubierto una sencilla camisa blanca debajo. Su pelo era una sedosa maraña negra en la nuca, con el pulcro moño de la mañana ya casi deshecho. Se había dado cuenta de que, cuando estaba concentrada, se tiraba de él, desordenado su peinado.

También se dio cuenta enseguida de que ella no había exagerado su devoción por plasmar aquellas vistas sobre el papel. Durante sus frecuentes paradas para que ella hiciera bocetos rápidos, la había visto desaparecer en un mundo propio. En el poco tiempo que llevaba conociéndola, se había acostumbrado al chisporroteo de la atracción que se desprendía de cada una de sus interacciones. Cuando ella se sumergía en su arte, él era como un árbol o una roca más.

De hecho, le parecía que aportaba menos que un árbol o un pedrusco. Al menos, estos aportaban algo a su cuadro acabado.

No estaba habituado a que las mujeres le ignoraran. Y no le gustaba mucho experimentarlo ahora, sobre todo, cuando Marina era el centro de toda su atención. Quizá ella estuviera en lo cierto al acusarle de engreído.

Fergus tuvo que darle puntos por ser una galante compañera en una vigorosa excursión por las Highlands. Hoy habían subido y bajado algunas cuestas empinadas. De vez en cuando, ella había tenido que desmontar del poni y guiarlo a pie. Se había enfrentado a ciénagas, cardos y quemaduras por congelación. Cuando pararon a desayunar, Marina se había sentado en el suelo y se había apoyado contra una piedra para comer.

Él sabía que este primer día era solo una oportunidad para que ella buscara escenas que pudiera pintar y así cumplir con el encargo del duque de Portofino. La señorita Luchetti hablaba de su noble mecenas como hablaba de las familias aristocráticas de Inglaterra, con una desenvoltura que indicaba que se sentía cómoda en las altas esferas de la sociedad. Sin embargo, no pretendía ser más que una mujer que trabajaba para ganarse la vida. A él le encantaba que su talento le proporcionara su propia insignia de honor, aunque su confianza en su propio talento la hiciera demasiado competitiva.

Fergus ya casi esperaba como una norma que Marina opinara lo contrario sobre todo lo que él había aceptado como natural desde que nació. No le había pasado desapercibida la sorpresa de ella al saber lo joven que él era cuando se convirtió en *laird*, ni su reacción horrorizada cuando él se esforzó, sin éxito, en nombrar a una mujer que opusiera su voluntad a la de él.

Por Dios, incluso muy pocos hombres lo hacían. Diarmid y Hamish eran muchachos de opiniones decididas, pero la mayor parte del tiempo adoptaban la misma perspectiva sensata y masculina que Fergus, por lo que había pocos conflictos.

La vida debía de haber estado reservándole todos sus altercados para el momento en que esta mujer fuera de lo común se cruzara en su camino.

Fergus desvió la atención de su exasperante *lassie* hacia la magnífica panorámica que desde allí podía tener de las Hébridas. Este era uno de sus lugares favoritos de la finca. Bajo la elevada cornisa, el terreno caía abruptamente hacia el mar. Un conjunto de islas se extendía por el mar azul, y el sol brillaba sobre los extraños y desnudos Cuillins de Skye, al otro lado del agua. Si Marina miraba al norte, vería las colinas de Harris. Si miraba hacia el sur, vería Rum y las demás islas pequeñas, con un atisbo de Mull más al sur.

A ella también debía de gustarle el sitio, ya que se había quedado para completar varios bocetos. Él debería estar aburrido, pero el día era tan bueno y cálido, y la posibilidad de observar a su fascinante invitada, sin que ella se pusiera nerviosa, era un regalo tan grande que no le importaba la falta de actividad.

Y por mucho que odiara admitirlo, Marina le había dado mucho en qué pensar. Sobre todo, en lo que le gustaría hacerle antes de que ella volviera a Italia junto a su séquito de duques y condes.

Fergus se recostó en la espesa hierba y observó cómo una pareja de águilas reales realizaba perezosos círculos en el cielo sobre él. Al cerrar los párpados, por alguna extraña razón, recordó que las águilas se apareaban de por vida.

Cuando Fergus abrió los ojos, el sol se había movido hacia el oeste. Tenía calor y la somnolencia pesaba sobre sus miembros. Sentada en la hierba, frente a él, había una mujer encantadora con un toque de quemadura solar en los pómulos inclinados y en el puente de la recta nariz. Ella había traído un sombrero consigo, pero él se dio cuenta de que la mayor parte del tiempo se olvidaba de ponérselo. Tenía el cuaderno abierto en el regazo y lo miraba a él con una expresión de curiosidad.

Una tierna sonrisa curvó los labios de Fergus y rozó con la mano la mancha de color.

—El sol la ha atrapado, *lassie* —murmuró.

Como si fuera lo más natural del mundo, él deslizó los dedos por detrás del cuello de Marina y la atrajo hacia sí hasta que sus labios se encontraron con los suyos.

Eran suaves, y él saboreó su grito de sorpresa. Un dulce calor le inundó cuando su boca se agitó contra la suya.

Los músculos bajo su mano se tensaron y él esperó a que ella se apartara. Entonces, en un movimiento tan sutil que, si no la hubiera estado tocando, nunca lo habría reconocido, ella se colocó en un ángulo más cómodo y se inclinó más hacia él. Su boca se volvió aún más suave y correspondió a su beso.

Una sensación de placer lo inundó. La sujetó por la nuca y le pasó la lengua por la comisura de los labios para pedirle que entrara en su meloso interior.

Durante un largo momento, los labios de ella permanecieron cerrados. La demora antes de que Marina cediera le dio a Fergus la oportunidad de absorber una gran cantidad de detalles espléndidos. El cálido sol de la tarde en aquel lugar protegido de la ladera. Los mechones sueltos de sedoso cabello que le hacían cosquillas en los dedos. El aroma del brezo en el aire y el jabón floral que desprendía la piel de ella. El suave toque de sus labios.

Con un ahogado gemido, aquella suntuosa boca se abrió y su lengua salió a su encuentro. El contacto fue casi tímido, pero hizo que el corazón de Fergus se agitara con ansias de más. Un gruñido emergió del fondo de su garganta y agarró a Marina por la cintura con la mano libre. Acto seguido, le dio la vuelta hasta cubrirla con su cuerpo.

Ahora que la había capturado y estaba lista para el delirio, profundizó el beso y la saboreó por completo. Era deliciosa como el caramelo. La dulzura se convirtió en pasión cuando la lengua de ella bailó con la suya y deslizó los brazos alrededor de la espalda de Fergus para estrecharlo hacia sí.

Ella se entregaba con una voluptuosidad sincera que rogaba por la experiencia de él. Fergus había besado a muchas chicas, incluso se había acostado con algunas. Pero nunca se había perdido en una niebla sensual como al besar a Marina.

Era inevitable que ella empezara a querer más. Fergus se preguntó si, después de todo, no iba a necesitar negociar demasiado para encontrar el camino hacia su cama. ¿Este glorioso beso al aire libre le llevaría a poseer sin obstáculos su delicado cuerpo?

Él succionó entre los labios la punta de la lengua de Marina y posó la mano en la deliciosa elevación de su pecho. Bajo el fino tejido de la camisa, trazó el pico lascivo de su pezón. Lo rozó suavemente con la uña, y la expectación aumentó cuando ella respondió con una sacudida. Volvió a hacerlo y luego atrapó la punta turgente entre el

pulgar y el índice, girando y apretando.

Marina gimió en su boca y se arqueó. Fergus se acomodó entre los muslos de ella, maldiciendo las faldas que se interponían entre él y el lugar donde quería estar.

Cuando Fergus levantó la cabeza para mirar su rostro, vio que sus ojos estaban cargados de pasión. Ella tenía los labios enrojecidos e hinchados por sus besos y, al separarlos, dejó entrever unos pequeños dientes blancos. Su piel brillaba con el deseo que despertaba. Era el espectáculo más hermoso que Fergus había contemplado jamás.

Él le dio otro beso rápido, aunque ya podía notar cómo el placer ensoñador se desvanecía, sustituido por una expresión preocupada.

—*Basta*… —dijo ella con un murmullo—. *Basta*...

Fergus frunció el ceño.

—¿Va a insultarme?

Como él esperaba, el ceño fruncido se disolvió en humor.

—No. *Basta* significa «suficiente» en italiano.

En opinión de Fergus, había conseguido cualquier cosa menos lo suficiente. Debería haber adivinado que había sido demasiado optimista cuando imaginó que esto sería sencillo.

Fergus se hizo a un lado para apoyarse en un codo y mirarla fijamente. Tenía el pelo negro y espeso alborotado, y los pezones apretados contra la camisa. El recuerdo de haberla tocado allí le retumbó como un trueno.

Por Dios, estaba listo para ella. Duro como un tronco de los que se levantan en los Juegos de las Tierras Altas de Portree.

—Esto fue una temeridad. —Marina le recorrió el cuerpo con su mirada. Ella también vería lo excitado que estaba. Bajo el *kilt*, Fergus podría haber tenido la oportunidad de ocultar su excitación. Los pantalones no perdonaban tanto.

—Tal vez. —Él esbozó una sonrisa y alisó los mechones del cabello de Marina, oscuro como la medianoche, que se pegaban a su frente—. Pero he querido hacerlo desde la primera vez que la vi.

El placer que iluminó las facciones de ella al oír su revelación le hizo besarla de nuevo. Esta vez, Marina le dio un empujón en los hombros con más énfasis.

—Esto no puede ser, Mackinnon.

—Fergus —dijo él en voz baja.

Frustrada, apretó los labios. Le dieron ganas de volver a besarla.

—Es más seguro llamarle Mackinnon.

—¿A quién le importa la seguridad?

—A mí.

Fergus surcó una línea con sus dedos por su mejilla. Su piel era suave y tersa. No podía esperar a ver el resto. Seguro que pronto lo vería.

—¿Está diciendo que no pensaba también en besarme? —Él había pensado en algo más que en besarla, pero no quería tentar a la suerte.

Marina levantó una mano para apartar la de él.

—Sabe muy bien que sí. Pero eso no significa que debamos caer en la tentación.

Señor, era guapa. Incluso cuando estaba enfadada, era preciosa. Sobre todo entonces, porque el calor que desprendían aquellos ojos oscuros y brillantes le hacía desear otro calor que él y ella podrían conjurar juntos.

—¿Por qué no? —le preguntó él—. ¿Tiene un amante que posea su lealtad? No lo ha mencionado, si ese es el caso.

—¿Por qué iba a mencionarlo?

El disgusto aguijoneó su arrogancia.

—Porque sabe que me interesa. —Fergus hizo una pausa y la observó, sorprendido por la importancia de su propia respuesta. La había deseado antes, pero desde que la besó, tenía fiebre por tenerla —. ¿Tiene un amante, Marina?

Ella parpadeó y apartó la vista. Tenía unas pestañas exuberantes.

—No —murmuró.

—Ni yo —dijo Fergus—. Tampoco tiene marido.

—No.

—Y yo no tengo esposa. Si nos deseamos el uno al otro, ¿por qué resistirnos?

Marina abrió los ojos como platos y lo miró con una expresión cínica que a Fergus le supuso otro pinchazo en su orgullo. ¿Por qué no recordaba él que hablar con aquella criatura perversa le iba a atar de pies y manos? Debería haber seguido besándola hasta que cediera.

—Soy libre. Usted es libre —dijo ella al fin—. Las noches son cada vez más frías. Podríamos empezar a aparearnos como conejos...

Diablos, ahora estaba molesto, y se había encontrado de muy buen humor después de la siesta y de besarla. Fergus se sentó y frunció el ceño.

—Está tergiversando mis palabras.

Marina también se incorporó y él se lamentó por el espacio que había entre ellos. Había estado tan encantadora y con los miembros tan sueltos entre sus brazos... Ahora, tras acercar sus rodillas al pecho y abrazarlas, estaba cerrada como una puerta atrancada.

—Dígame qué es lo que quiere —le pidió ella.

«A ti», pensó Fergus.

Su exasperación no podía cambiar eso. De hecho, cada palabra que ella pronunciaba despertaba en él el impulso de besar aquella boca insolente una y otra vez hasta que abandonara la lucha.

—Quiero que sea mi amante —dijo Fergus sin rodeos.

Como era de esperar, su declaración no provocó ninguna emoción

en aquella mirada de ónice. No era el tipo de chica que se desmaya al oír a un hombre expresar sus pretensiones.

—¿Porque soy una mujer independiente sin un marido que me controle y, por lo tanto, comparto mis favores con todo el mundo?

—Maldita sea, Marina, ¿por qué quiere pelear conmigo? —Fergus se pasó una mano impaciente por el pelo—. Me hizo una pregunta y le respondí. No hay necesidad de atacarme. No soy su enemigo.

En realidad, Fergus sospechaba que estaba malhumorada porque sufría la misma frustración sexual que él. No contribuía a un temperamento ecuánime.

—Le pido disculpas, Mackinnon. —Ella suspiró, y él vio la tensión aliviarse en sus hombros tensos—. He tenido que disuadir a pretendientes demasiado entusiastas antes.

Una ira real, tan diferente de su enfado hacia ella como una vela y un incendio forestal, apuñaló el vientre de Fergus.

—Me gustaría hacer papilla a esos bastardos presuntuosos.

Ella soltó una risa temblorosa.

—Oh, Dios mío, me alegro de que no estuviera allí, entonces. Muchos de ellos acabaron convirtiéndose en mis clientes.

—Espero que mantuvieran las manos quietas una vez que los rechazó.

Marina alzó la mano para que él dejara de gruñir.

—Sobre todo, he aprendido a desviar las insinuaciones no bienvenidas.

¿Y las bienvenidas? Fergus pensó que era absurdo resentirse por su sofisticación, cuando esa misma sofisticación significaba que existía la posibilidad de que se convirtiera en su amante. No podía hacer esta oferta a una virgen bien educada. La única manera de conseguir en su cama una de ellas, como esas chicas de Almack's[44], era a través del matrimonio.

—¿Es eso lo que está haciendo ahora?

—*Porca miseria*, deje de atribuirse cumplidos. —Marina suspiró de nuevo, ahora con exasperación—. Sabe muy bien que me gustó besarle.

—¿Pero no le agrada la idea de que yo la quiera en mi cama?

—Yo no diría eso. —Ella levantó la mano de nuevo, antes de que él pudiera alcanzarla y retomar las cosas por donde las había dejado.

Fergus extendió sus manos en un gesto de impotencia, algo que no solía hacer. Por una vez en su vida, se sentía completamente perdido.

—Tampoco vaya a creer que me lanzo encima de todas las mujeres que caen en mis garras. Soy discreto en mis relaciones, y selectivo.

Marina arqueó una ceja irónica. Fergus pensó que su cortejo no la estaba abrumando en absoluto, que el diablo se la llevara.

—¿Debería sentirme halagada?

—No. No —gruñó él de nuevo—. No traigo mujeres a Achnasheen.

—¿Es indigno del *laird* comportarse como un libertino?

—Sí, algo así.

—Pero debe de haber tenido aventuras...

Él se removió, incómodo. Las mujeres a las que perseguía nunca le sometían a una inquisición. Sobre nada, y mucho menos sobre sus conquistas. Habían sido un grupo complaciente. Hasta ahora.

—Soy un hombre de sangre caliente. No fingiré que me presento ante usted como un novato, Marina. —Hizo una pausa—. Tengo una amiga viuda en Inverness que ha tenido la amabilidad de favorecerme. Se va a casar otra vez, así que nuestro romance ha terminado, aunque no perderemos nuestra amistad. A lo largo de los años, ha habido un par de señoritas en Edimburgo. No soy un disoluto.

—*Dio*, ¿así que está en un callejón sin salida, y yo puedo hacerle el apaño?

Fergus empezó a negarlo con rabia, antes de captar el brillo provocador de sus ojos gitanos.

—Usted, pequeño diablillo, me está tomando el pelo.

—No es difícil.

Había algo más, pero él se abstuvo de señalarlo.

—Lo que estoy tratando de decir es que le estoy ofreciendo un acuerdo que nunca he ofrecido a otra mujer. Y no es la única que cuida su reputación. Si tenemos una relación mientras esté aquí, tendremos que tener cuidado, por el bien del buen nombre de ambos.

—Ya había pensado en ello —dijo Marina con una nota de disgusto.

—Sí, cada minuto desde que la vi por primera vez. —Fergus calló unos segundos antes de decirle la cruda verdad—. Tengo un poderoso apetito por usted, *lassie*. Deme la oportunidad de alimentar ese apetito mientras esté en Achnasheen. Un mes. Dos. Si no, me volveré loco, si pretende estar a mi alcance pero no me deja tocarla. Diga que aceptará. Diga que sí, Marina.

—Fergus...

Por fin pronunció su nombre. A él tampoco le pasó desapercibido el anhelo que sus apasionadas palabras encendieron en su rostro. La anticipación empezó a latir en sus entrañas. ¿La había convencido para que lo aceptara como amante?

Capítulo 9

Marina respiró entrecortadamente y se esforzó por mantener la calma. Era difícil cuando los besos de Fergus —y las ganas de más— la dejaban mareada. Durante aquellos embriagadores minutos en sus brazos, la había arrastrado a un torbellino. Después de una experiencia así, a una chica le resultaba difícil encontrar el equilibrio cuando volvía a pisar tierra firme.

Se obligó a mirarle. Nunca había imaginado que unos ojos grises pudieran arder así. Cuando él la miró fijamente, el calor le abrasó la piel. Apretando las rodillas, se dijo a sí misma que era imposible que aquella atracción fuera más lejos.

—Esto es una locura. No nos llevamos bien. No hay nada en el mundo en lo que estemos de acuerdo.

Fergus le dedicó otra media sonrisa.

—Estamos de acuerdo en una cosa: nos deseamos el uno al otro.

Marina no se molestó en negarlo. La mentira sería demasiado débil para las palabras. La tentación de estar cerca de él sin tocarlo era demasiado fuerte. Se puso en pie a trompicones y se acercó al borde de la cornisa. Sus ojos no registraron nada del impresionante paisaje. Lo único que vio fue la feroz intensidad de la expresión de Fergus, que proclamaba su deseo con una intrepidez que amenazaba con derretirle hasta los huesos.

—¿En qué piensa, *lassie*? —preguntó él detrás de ella. No le había oído levantarse y acercarse. *Diavolo*, podía moverse como un fantasma cuando quería.

Marina se giró, sintiéndose menos vulnerable ahora que estaba de pie.

—Había otra chica en la escuela de arte de Florencia. Se llamaba Rosa Sabattini.

Ella esperó a que él le preguntara por qué le había dicho eso, pero se limitó a cruzarse los brazos sobre aquel impresionante pecho y le prestó toda su atención. Era el hombre equivocado para ella en todos los aspectos importantes, pero también le gustaban muchas cosas de él. Sobre todo, la forma en que la escuchaba, a pesar de estar convencido de que siempre tenía razón. También le gustaba su paciencia. Estaba dispuesto a esperar por lo que quería.

Aunque, dado que ella era lo que él quería, quizá no fuera una cualidad del todo tranquilizadora.

—Tenía talento. Y era guapa —continuó Marina—. Era un año más joven que yo. —Tragó saliva para aligerar la presión de su garganta.

Incluso después de una docena de años, le resultaba difícil hablar de ello—. Un día, de repente, ella desapareció.

Fergus la miraba con los ojos sombríos sin interrumpirla. Marina se dio cuenta de que él ya había adivinado el final de la historia.

—Sacaron su cuerpo del río Arno. —La voz de Marina se redujo a un susurro—. Iba a tener un bebé y no pudo soportar la vergüenza.

—Una historia trágica —dijo Fergus, bajando las cejas rojizas sobre sus ojos grises mientras evaluaba lo que ella le había contado. Tras una pausa, prosiguió—. Siento lo de su amiga, pero usted es más fuerte que eso.

Aunque la tarde no era fría, Marina se envolvió con sus propios brazos.

—¿Lo soy?

—No quiere concebir un hijo mío. Hay formas de hacer que eso sea improbable.

—No quiero arruinar la carrera que he tardado años en construir.

Una arruga marcó la frente de Fergus.

—Seguramente, con sus otros amantes...

Un doloroso rubor inundó las mejillas de Marina. Él no la había entendido tan bien como ella pensaba.

—No me está escuchando —dijo ella.

La sorpresa se apoderó de Fergus y él retrocedió como si ella lo hubiera golpeado.

—Está diciendo que...

Marina se lamió los labios resecos y bajó los brazos a los costados, apretando los puños. Nunca había tenido una discusión así en su vida. *Cavolo*[45], esperaba no tener otra.

—No he tenido ningún amante.

Fergus frunció el ceño.

—Cuando me besó...

La vergüenza hizo a Marina cambiar de un pie a otro. Casi empezaba a desear haber dejado que sus besos llegaran a su inevitable final para no tener que hablar de ello.

Que Dios la ayudara, ¿significaba eso que estaba a punto de tomar a este hombre como amante?

Ella habló deprisa, queriendo acabar de una vez.

—Tuve un romance adolescente con uno de los otros estudiantes de la escuela. Un chico muy agradable llamado Paolo Martini. Solíamos besarnos en los jardines de Boboli y hablar de cómo sería la vida cuando ambos fuéramos famosos.

—Pero nada más —dijo Fergus.

No era una pregunta, y Marina advirtió que él por fin había comprendido lo que ella le había dicho. Ya no parecía sorprendido. En cambio, parecía pensativo, casi... calculador.

—Así que todos esos caballeros que le acercaron... —añadió Fergus.

—Seguí dedicada a mi arte. —Marina se estremeció cuando fue consciente de que había utilizado el tiempo pasado.

—Lo entendí mal. Supuse que tenía experiencia.

—Lo sé. —Ella le lanzó una mirada rápida y luego apartó la vista —. ¿Esto le hace cambiar de opinión sobre quererme como amante?

Cuando Marina volvió a mirarle, la media sonrisa estaba de vuelta.

—No sea tonta, *lassie*.

¿Era alivio lo que estaba aflojando los miembros de Marina? Sería más fácil, más seguro, si sus confidencias hubieran causado un disgusto al escocés.

—Cuando empecé a ganarme una reputación como artista, había demasiado en juego como para ponerlo en peligro por una aventura amorosa. No se trata solo de Rosa, aunque ella es suficiente ejemplo de lo que les ocurre a las chicas que lo arriesgan todo por un hombre. Necesito conservar mi buen nombre, aunque solo sea para evitar que mis mecenas se conviertan en mis perseguidores.

—Si nadie la tiene, queda fuera de alcance como mujer, mientras que puede reinar como artista.

Fergus lo entendió.

—Se lo he dicho. Un soplo de escándalo, y todo por lo que he trabajado se evaporará. El mundo no me verá como una pintora con talento, apta para competir con artistas de género masculino. En su lugar, me descartarán como otra mujer estúpida que no sabe lo que le conviene.

Fergus se acercó y le cogió la mano. El calor subió por el brazo de Marina y se asentó alrededor de su corazón de un modo que le advirtió de lo peligrosamente cerca que estaba de ceder.

—Así que me está diciendo que, aunque se siente tentada, va a rechazarme porque los peligros son demasiado grandes.

Ella le miró fijamente a la cara. Nunca había conocido a nadie como él.

—Sería imposible estar juntos.

—Sería emocionante.

—Acabaríamos queriendo matarnos el uno al otro.

—O que cada vez que fuésemos a la cama, moriríamos de placer.

Probablemente, ambas cosas. Marina no subestimaba la atracción física que había entre ellos. Incluso ahora, cuando él no estaba haciendo nada abiertamente seductor, ella quería apretarse contra aquel cuerpo fuerte y varonil y recorrer su piel con las manos. Quería besarle y chuparle la lengua. Quería empujarlo hacia la hierba y rogarle que le enseñara todo lo que su devoción por el arte, propia de una monja, le había negado a ella hasta entonces.

El calor abrasador de sus ojos le dijo que él había adivinado el hilo de sus pensamientos. Y que él lo aprobaba.

Marina apartó la vista para mirar hacia abajo, donde su mano reposaba en la de él. La elección debía de estar clara. Comparado con todo lo que ella estaba arriesgando, ¿qué importaba que la mera visión de Fergus Mackinnon hiciera bailar su corazón?

—¿Sigue enamorada de Paolo?

La pregunta fue tan sorprendente que la atención de Marina volvió a centrarse en el rostro de él.

—¿Paolo?

—El estudiante de arte.

—Por supuesto que no. Yo solo tenía dieciséis años. —¿Él sentía celos? Qué delicioso—. Ahora está casado y tiene seis hijos.

—Bien. —Fergus apretó con fuerza la mano de ella—. No quiero que piense en otro hombre que no sea yo.

Frunciendo el ceño, Marina intentó retirar la suya, sin éxito.

—Fergus, ya le he dicho por qué debo decir que no.

Él permaneció serio.

—Me ha dicho por qué debe tener cuidado, y por qué debo tenerlo yo.

Fergus se llevó los dedos de ella a los labios y los besó. Marina sintió una oleada ardiente. Otra advertencia del poder que él ejercería si ella rompía las reglas de toda una vida.

—*Per carità*, basta —le dijo mientras él volvía a besarle los dedos.

No podía culparle por ignorar su orden. Su protesta sonaba como una invitación a más.

—Dijo que no quería arriesgarse a quedar encinta —señaló Fergus—. Haré todo lo posible para que eso no ocurra. —Él bajó la mano, pero no la soltó—. También ha dicho que no quiere que las habladurías manchen su buen nombre. Aquí en Achnasheen, estamos a un mundo de distancia de la sociedad educada. ¿Quién iba a contarle historias a sus clientes? Tiene mi promesa de que nunca le diré a nadie que estuvimos juntos, y soy un hombre de palabra.

Marina sabía que lo era. Podía no estar de acuerdo con él en muchas cosas, aunque respetaba su integridad.

—Solo nos conocemos desde hace tres días —dijo casi con desesperación.

—¿Quiere tiempo para pensarlo?

—Se lo he dicho... —Marina se encogió ante la continua falta de convicción en su voz.

Fergus alzó la mano que tenía libre para acariciarle la cara. Justo después de besarla, la había tocado así. Pequeños contactos que hablaban de afecto y ternura más que de seducción.

Aunque también eran poderosamente seductores. Como él bien

sabía.

—¿No se ha sentido sola, Marina? Está muy bien vivir para su arte, pero los pinceles, las pinturas y los lienzos no la mantendrán caliente por la noche.

Se había sentido sola. Desde que conoció a Fergus, se había dado cuenta de cuánto. Sospechaba que él también se había sentido solo, pero no había sitio para más que uno en la cima de su montaña. Ella no podía olvidar la imagen de un valiente niño de nueve años que dejaba a un lado el dolor por la muerte de su padre y se hacía cargo de su familia y sus bienes.

—Es peligroso escucharle —susurró Marina, al mismo tiempo que la calidez de la palma de su mano en su cara la recorría como una corriente de humo perfumado—. Es peligroso besarle.

Fergus se acercó más y cambió de posición mientras tomaba la barbilla de Marina para darle otro beso. Fue suave, más persuasivo que insistente. Pero la misma magia la transportó al paraíso. Sus besos se apoderaron de su esencia. Habían pasado muchos años desde aquellos experimentos adolescentes con Paolo, pero no recordaba una reacción tan profunda.

Sin embargo, recordaba la forma en que un beso apasionado hacía que su estómago se retorciera y le doliera de deseo. Recordaba lo frustrada que se había sentido a los dieciséis años, cuando Paolo la había excitado y ambos habían tenido demasiado miedo para dar el siguiente paso.

Eso no había cambiado. De hecho, ahora era mucho peor.

Se inclinó hacia Fergus, buscando más calor, más presión. Pero él, *il cattivo*[46], mantuvo el contacto esencialmente inocente. Debía de estar loca por lamentarse de su moderación, dado que era ella quien ponía límites a lo que hacían.

—Sí, es peligroso. —Como ella, Fergus le habló en un susurró, aunque dudaba que hubiera otra persona entre aquí e Islandia—. Pero también es encantador.

Esta vez, cuando ella intentó separarse, Fergus la dejó hacerlo. Quizá porque sabía que, a pesar de sus recelos, ella no estaba dispuesta a renunciar a este peligroso encantamiento.

Marina levantó sus manos temblorosas hacia las mejillas encendidas.

—*Madonna*[47], la cabeza me da vueltas.

Entonces llegó el momento fatal. Fergus le sonrió como lo había hecho una sola vez. Como si ella fuera un tesoro que él había encontrado de forma inesperada en un campo y que quería conservar para siempre.

Por más sonrisas como esa, cualquier riesgo merecía la pena. Tal vez, negarse a sí misma la oportunidad de conocerle como solo un

amante podía hacerlo, fuera el pecado, no ceder a una castidad que en presencia de Fergus parecía más una carga que una bendición.

—No la molestaré más por ahora. —Él hizo una pausa y enarcó una ceja inquisitiva hacia ella—. A menos que haya tomado una decisión, claro.

Marina debería darle una negativa categórica. Debía atenerse al camino que le proporcionaba éxito e independencia y un futuro. Sobre todo, teniendo en cuenta que un asunto amoroso entre dos individuos tan dispares como ella y *el* Mackinnon iba a ser, sin duda, una catástrofe.

Pero, *cavolo*, estaba demasiado guapo de pie ante ella, con esa expresión interrogante en la cara. Y besaba como en un sueño. Era la primera vez que ella probaba la pasión adulta, y su poder la dejó atónita.

Debería decir que no a su proposición, pero, por todos los cielos, estaba tentada de decir que sí.

Con la respiración agitada, Marina enterró sus manos temblorosas en sus faldas.

—No, no he tomado ninguna decisión —dijo con voz débil, aborreciendo su cobardía.

Capítulo 10

Cuando Marina y Fergus se reunieron con su padre para cenar con él en su habitación, ella estaba segura de que su progenitor debió de haber supuesto que hoy le había ocurrido algo importante. Era una suerte que estuviera acostumbrado a las distracciones de su hija cuando esta se enfrascaba en su trabajo.

Mientras que, por una vez en su vida, pintar era lo último en lo que ella pensaba.

¿Podría convertirse en la amante de un hombre? Por todas las razones que le había dado a Fergus, hacía tiempo que reconocía que una mujer que deseaba seguir una carrera como artista, debía permanecer casta.

La muerte de Rosa aún le producía pesadillas. Lo que Marina no le había contado al highlander era que ella había estado allí cuando sacaron el cuerpo de su amiga del Arno. Desde entonces, aquel cadáver pálido y empapado había servido como advertencia del precio que una mujer pagaba por la pasión.

Pero eso fue antes de que Marina descubriera lo poderosa que podía ser la pasión. Los besos de aquella tarde la habían arrastrado a un mundo nuevo y fogoso, radiante de calor, excitación y placer.

Y todo lo que Fergus había hecho hasta entonces fue besarla. Marina sabía que le quedaba mucho por descubrir.

Si él se hubiese mostrado exigente, ella no habría tenido dificultad en rechazarlo. Pero que el diablo se lo llevara, por una vez, no le había dado órdenes. Dejó que fuera ella quien decidiera, y no estaba nada convencida de tener fuerzas para marcharse sin probar nada más.

Su mente reconoció la sabia elección. Sus sentidos traidores insistieron en que el deseo debía gobernar.

La discusión interna continuó durante toda la velada, mientras ella luchaba por fingir que era la misma mujer independiente que había salido a pintar esa mañana. La exquisita cena se le atascó en la garganta, y apenas oyó una palabra de la conversación entre su padre y el hombre que quería convertirse en su amante.

Pero ella lo miraba. *Dio,* cómo lo miraba. Toda su vida, su alma se había alimentado de la belleza, y Mackinnon era un hombre extraordinariamente hermoso. A nivel físico, no podía elegir un espécimen más perfecto.

Una mano firme y elegante hizo un gesto cortante mientras describía un banquete al que había asistido en el castillo de

Edimburgo. Ella clavó su mirada en aquel rostro sobrio, casi austero, con sutiles toques de humor e inteligencia. Observó su cuerpo, fuerte, viril y eficiente...

Un escalofrío la recorrió al imaginarse tumbada bajo aquel cuerpo mientras él empujaba dentro de ella. Un fuerte latido se instaló en el hueco secreto entre sus piernas, y ella hizo un sutil movimiento en busca de alivio.

La mayor parte de la noche, Fergus la había tratado como a una conocida casual. Él parecía feliz de hablar con el anciano sobre los lugares a los que este y Marina habían viajado y sobre las grandes familias de Italia que le habían abierto a ella las puertas de sus casas en reconocimiento a su talento. Advertencia suficiente de lo mucho que Marina arriesgaba, si se confiaba al honor de este hombre.

Pero aunque ella no había hecho ningún ruido al moverse y las sillas de Achnasheen eran demasiado robustas para crujir, Fergus debió de haber notado algún cambio en ella. Cuando levantó sus ojos grises y la miró, Marina tuvo que reprimir un grito ahogado.

Varias veces durante esta noche, el talante tranquilo de Fergus le había hecho preguntarse a Marina si se había imaginado aquel encuentro ardiente en la ladera. Pero una mirada parpadeante e incendiaria le dijo que él también ardía por dentro.

A Marina se le secó hasta la última gota de humedad de la boca y tuvo que apartar la vista antes de traicionarse a sí misma. Para ocultar el temblor de sus manos, hizo ademán de coger su cuaderno de dibujo y escoger un lápiz.

Pero el arte no podía distraerla de este dilema.

Había jurado que no sería la amante de ningún hombre. Sin embargo, cada vez que respiraba, deseaba más a Fergus Mackinnon.

Las ventanas con parteluz a sus espaldas se abrían a unas colinas envueltas en un crepúsculo de color púrpura. Una suave brisa rozaba la piel desnuda de sus brazos y hombros como una caricia amorosa.

¿Conocería pronto a un verdadero amante?

Fergus observó cómo luchaba Marina contra el impulso de mirarle fijamente. Él libraba la misma batalla. Sabía que, si él cedía, se parecería demasiado a un perro hambriento devorando un filete.

Hacía una hora que Kirsty había entrado a encender las velas. Casi le dio pena ver aparecer a la criada. Le había encantado observar la suave luz de la penumbra sobre el rostro de Marina. Aunque resultó que el efecto bajo la luz de las velas era igual de fascinante. Era muy consciente de todos los movimientos de Marina, aunque, por discreción, él había elegido una silla en el lado opuesto de la cama donde ella se sentaba bajo la ventana.

Ugolino Luchetti parecía ajeno al cargado ambiente, pero la astuta

hija tenía un astuto padre. A Fergus no le sorprendería en absoluto que el hombre se diera cuenta de la tensión tácita que reinaba en la habitación.

Se alegró de haber desafiado el agua helada del río para recoger su equipaje. Verla con el vestido de seda rosa de corte bajo que cubría su tentador pecho hizo que cada segundo en el furioso torrente hubiese merecido la pena. Un chal de encaje color crema le cubría los brazos desnudos y se había recogido el pesado cabello en un elaborado peinado. Este resaltaba las líneas nobles de su mandíbula y su largo cuello. Podía pertenecer a los rangos medios de la sociedad, pero ahora mismo, concentrada en su dibujo, parecía una reina.

Mientras sus hábiles dedos guiaban el lápiz, la luz dorada parpadeaba sobre su brillante cabello negro y descubría fascinantes huecos bajo un pómulo y en el hundimiento de la clavícula. Fergus se moría de ganas por soltarle el pelo para que cayera como una capa sobre sus hombros. Sus manos alisarían aquella masa sedosa, se deslizarían para explorar el empuje de unos senos de madreperla...

Sus pestañas aletearon, como si ella hubiese adivinado sus pensamientos. Diablos, probablemente lo sabía. Sus grandes ojos negros se cruzaron con los suyos durante un segundo que lo dejó sin aliento, y juraría que vio en ellos un anhelo igual al suyo.

Antes de que pudiera estar seguro, ella cerró su cuaderno.

—Papá, me voy a la cama. Si el tiempo sigue siendo bueno, mañana tengo otro día de trabajo en las colinas.

Fergus se levantó y se acercó a la ventana para contemplar los luceros, brillantes como el fuego. El cielo estrellado sobre Achnasheen le hizo pensar en los ojos de Marina. Tenía ese mismo aire de misterio eterno.

—Sí, creo que nos espera una racha de sol —dijo él, aunque ya lo sabía antes de mirar a través del cristal. No tenía que observar el cielo para predecir el tiempo en esta cañada.

Pero mantener las distancias durante las últimas horas había sido una tortura. Fergus se giró hacia ella y se atrevió a acariciarle el cuello con delicadeza. El ansia le asaltó, y estuvo lo bastante cerca como para oír que ella dejaba escapar un jadeo agitado. Marina no lo miró, pero su mano se aferró al cuaderno de dibujo.

—¿Estás contenta con tu trabajo de hoy? —le preguntó su padre.

—Creo que tiene... potencial —dijo ella, y Fergus se mordió un gemido cuando la comisura de su exuberante boca se curvó—. Aún no estoy segura.

Muchacha burlona. A Fergus le gustaba su padre, pero ahora mismo deseaba que ese buen caballero se fuera al Hades. Entonces podría tomar a la muchacha en sus brazos y besarla para quitarle todas las tonterías. Al pensarlo, sus manos se cerraron en puños.

—Eso está bien —dijo Ugolino.

—¿No es cierto? —dijo ella, y Fergus captó el atisbo de ironía en su pregunta.

—Le dejaremos descansar, entonces, *signore* —dijo Fergus.

—*Buona notte*, Fergus —respondió el señor Lucchetti—. Ha sido una velada encantadora.

Lo había sido. Y también había sido el tormento más vil.

Marina recogió su chal y se levantó para besar la mejilla de su padre.

—*Buona notte,* papá. Mañana saldremos temprano, pero te veré por la noche. Kirsty me ha dicho que el reverendo Angus vendrá a jugar al ajedrez contigo, así que tendrás compañía.

—Sí, y estoy seguro de que Maggie estará a mano para regañarme.

—No hay nada que le guste más que un paciente nuevo —dijo Fergus.

Seguramente no sería demasiado escandaloso tomar el brazo de Marina mientras ella se daba la vuelta para salir de la habitación. Sin embargo, el resultado fue cualquier cosa menos inocente cuando él curvó los dedos alrededor de su cálida piel.

Cómo le gustaba tocarla. Incluso con este escaso contacto, Fergus podía sentir la energía que latía dentro de ella. Ardiente y salvaje cuando se entregaba a él.

Fergus cerró tras ellos la puerta del dormitorio del anciano y bajaron juntos los pocos escalones del corredor en dirección a la alcoba de Marina. Pasaron unos tres segundos antes de soltarla del brazo y empujarla contra la pesada puerta de roble.

Ella levantó la cabeza y él esperó a que protestara. Después de todo, había prometido salvarla del escándalo, y los sirvientes debían preparar la habitación de Ugolino para la noche y recoger lo que quedaba de la cena.

Pero Marina enredó las manos en el pelo de Fergus y, tras un eterno instante en que lo escudriñó con aquellos insondables ojos negros, le inclinó la cabeza hacia ella.

Fergus había estado toda la noche hirviendo a fuego lento, casi temeroso de mirarla por si él le revelaba el volcán de deseo que amenazaba con estallar en su interior. Había querido estrecharla entre sus brazos y devorarla de un bocado.

Pero al buscar el roce de sus labios, la dulzura templó su urgencia, y bebió de ellos como si fueran miel. Pequeños besos que jugueteaban con su boca, hasta que ella se desplomó contra la puerta.

Él tampoco se sentía muy seguro. Posó una mano en la esbelta cintura de Marina y la otra en la mandíbula, manteniéndola quieta para seguir besándola.

Ella emitió un sonido ahogado para reclamarle más. Él se apartó lo

suficiente para hablar.

—Shh…. —susurró Fergus—. Van a oírnos.

Él le mordió el labio inferior. Esta vez, cuando la besó, la pasión se encendió y amenazó con romper los lazos de la discreción. Se apretó contra aquel cuerpo esbelto y la sintió temblar contra él.

La ardiente oscuridad se apoderó de él y luchó por reunir fuerzas para apartarse. Cerró los ojos y hundió la cara en la curva de su cuello. Olía a lirios. Olía a mujer a punto de rendirse.

Con un gemido sordo, Fergus la soltó y apoyó las manos en la pared, a ambos lados de su cabeza. Jadeó y miró fijamente su rostro inolvidable.

Marina parecía aturdida y ansiosa. Se apoyó en la puerta, como si no confiara en que sus rodillas la sostuvieran. El deseo sacudió A Fergus al contemplar su total abandono. No se parecía en nada a la mujer desafiante que había conocido en el camino hacía unos días. Los pesados párpados caían sobre unos ojos encendidos de anhelo frustrado.

—Déjame entrar en tu habitación, *lassie* —dijo él con voz ronca

La pausa antes de que ella hablara le hizo albergar esperanzas. Entonces, Marina sacudió un poco la cabeza.

—Mi padre está en el cuarto de al lado. No puedo. Sabes que no puedo.

Fergus se mordió otro gemido. Sí, lo sabía, pero eso no hacía que la negativa fuese más fácil de soportar.

—Déjame entrar cinco minutos, así podré besarte como es debido.

—Eres un hombre malvado, Fergus Mackinnon.

—Me gustaría tener la oportunidad de serlo.

—Sabes lo que pasará si te permito entrar en mi alcoba.

Sí, él lo sabía. Acabaría poseyéndola. No podía esperar a hacerlo. Fergus se inclinó hacia delante hasta que su verga presionó el vientre de Marina. Era una exigencia descarada. Él vio sus ojos vidriosos y sus labios entreabiertos. No pudo resistirse a besarla de nuevo, aunque cada segundo que permanecieran en aquel pasillo aumentaba la posibilidad de ser descubiertos.

El beso duró apenas un suspiro y ella se soltó.

—Basta —le dijo, aunque suavizó su reproche con una impresionante caricia a lo largo de la mandíbula de Fergus.

Con un rápido giro de cabeza, él besó sus dedos antes de que ella los apartara.

—Déjame pasar, Marina.

Cuando ella negó con un gesto, él se esforzó por encontrar consuelo en su expresión de pesar.

—No —dijo al fin.

Fergus se inclinó otra vez hacia Marina , pero esta se cubrió los

labios con la mano.

—No vuelvas a besarme. Haces que me altere en vano.

—No tiene por qué ser en vano —susurró Fergus contra los dedos de ella.

Marina le dirigió una mirada poco impresionada mientras bajaba la mano. A cada momento, la criatura de ojos seductores que se derretía con su contacto iba desapareciendo.

—No voy a entregarme a ti cuando mi padre está durmiendo a unos pasos.

Eso sonó alentador.

—Entonces, ¿cuándo te entregarás a mí?

—Todavía no estoy segura de hacerlo.

Fergus ya no pudo reprimir un gemido. Ella soltó una risita, luego se llevó la mano a la boca y puso cara de horror.

—Papá nos oirá.

—Entonces, ven a mis habitaciones.

—¿Dónde duermes?

Ella no había dicho que no. ¿Tenía alguna posibilidad? Sabía que era imprudente seducirla en el castillo. Pero nunca había estado tan loco por una mujer.

—En la torre sur. Nadie nos molestará allí.

—Fergus, sabes que es imposible.

Él sacudió la cabeza.

—Lo único que sé es que me consumo por ti.

La sonrisa de Marina transmitía una gran dosis de autosatisfacción.

—Eso está bien.

Él le dio un mordisco en el cuello.

—Estás disfrutando con esto, diablillo.

Ella se estremeció al sentir sus dientes.

—Es bastante agradable verte derribado de tu alta y poderosa atalaya.

La miró con frustración, hambriento de más besos.

De pronto, el miedo brilló en las pupilas de Marina.

—Atrás —siseó, enderezándose.

Fue pura suerte que, cuando Kirsty y Jenny se acercaban a la curva del pasillo, estuvieran discutiendo entre ellas. Maldición. Por los pelos. Fergus había hecho oídos sordos a todo menos a su deseo.

Antes de que las criadas estuvieran a la vista, se alejó de Marina con una reverencia.

—Buenas noches, *signorina*. La veré mañana temprano.

Ella hizo una temblorosa reverencia.

—Gracias por una velada encantadora, Mackinnon.

Las chicas pasaron con un par de rápidos movimientos de cabeza y una curiosidad apenas disimulada. Su interés le recordó a Fergus que,

por mucho que hubiera vendido su alma por la oportunidad de compartir la cama de Marina esta noche, le debía algo mejor que mancillar su nombre. Es más, había dado su palabra de que no lo haría.

—Tendremos intimidad en las colinas —dijo, una vez que Marina y él volvieron a estar solos.

Ella le dedicó otra mirada poco impresionada.

—Mañana trabajo. Le agradeceré que se resista a cualquier impulso hacia el flirteo.

Estuvo a punto de besarla por aquella tontería, pero las chicas tenían puestos los oídos, y solo estaban a una puerta cerrada de distancia.

—Ya veremos.

—*Certo*, lo veremos. —Con esa enigmática afirmación, ella se deslizó hasta su alcoba y cerró la puerta, dejando a Fergus con su sufrimiento.

Capítulo 11

Marina pasó una noche inquieta. Consiguió dormir a ratos, pero la asaltaron constantemente imágenes calientes y perversas de Fergus desnudándola para luego tumbarla en una cama y besarla hasta el delirio. Sin embargo, siempre se había despertado antes de la consumación. Su frustración sexual la seguía en sueños, y el tormento no se calmaba cuando estaba despierta.

Con los ojos irritados por el cansancio, estaba sentada junto a la ventana de su alcoba viendo amanecer sobre las colinas detrás del castillo. Otro hermoso día, en el que a una parte cobarde de ella no le importaría tener una excusa para quedarse con su padre. Aunque solo fuera para aplazar su decisión de convertirse en la amante de Fergus.

Supuso que podría cancelar su jornada de trabajo y no salir, pero Fergus sabría el motivo. De alguna manera, admitir su debilidad era peor que enfrentarse a él.

¿Quería ella un amante con el que librara una batalla continua por la supremacía? Seguro que no.

Entonces recordó cómo se había estremecido bajo aquellos dulces besos en la ladera. Y la deliciosa conspiración de besos de la noche anterior en el pasillo, cuando estuvieron a punto de ser sorprendidos.

Amaba su vida, amaba su trabajo. Pero nada se comparaba con la emoción que encontraba en los brazos de Mackinnon.

La prudencia insistía en que dejara Achnasheen. Pero ¿podría renunciar a esta promesa de pasión?

Una vez más, cuando bajó las escaleras, Fergus la esperaba en el patio. Aquellos ojos plateados realizaron una inspección minuciosa de su persona, y ella estaba segura de que él notó los signos de insomnio y preocupación.

—¿Está lista para otro día en la finca, *lassie*?

Estaba preparada para Achnasheen. No estaba ni mucho menos preparada para su señor. Aun así, ella asintió y esbozó una sonrisa.

—Lo estoy deseando.

Las manos de él no se detuvieron en su cintura como lo habían hecho el día anterior, pero incluso el contacto fugaz cuando Fergus la arrojó sobre su poni hizo que su sangre se volviera espesa y lenta por el deseo. Marina tampoco confundió el calor de sus ojos cuando él la miró fijamente. Las palabras se le atascaron en la garganta. Esta poderosa reacción la hizo sentirse terriblemente vulnerable. No estaba acostumbrada, y lo odiaba.

Necesitada de alejarse, aunque solo fuera un segundo, chasqueó la

lengua al poni y salió del castillo antes de que Fergus montara en el suyo.

—Tiene mucha prisa esta mañana —dijo él, poniéndose a su altura y cogiendo la brida del poni de Marina para detenerlo. Bajo la luz que se extendía por la ladera, se situaron frente a frente como adversarios.

Ella se mordió el labio y apretó con fuerza las riendas, no fuera a ser que Fergus la quisiera llevar a algún sitio a la fuerza. ¿Y no era eso gran parte del problema?

—No creo que pueda hacer esto.

Se hizo un silencio espinoso, antes de que él hablara despacio.

—No se refiere a sus pinturas.

—No, me refiero a... nosotros.

Él la observó con gesto grave, y un músculo se movió en su mejilla.

—Ha pasado toda la noche preocupada, ¿verdad?

—Sí —admitió ella en voz baja, mirando a ciegas el cuello negro y rechoncho de su poni—. Lo mejor será que me vaya mañana. Estoy segura de que, dada la situación, no le importará prestarme un coche y un cochero para que me lleve hasta Skye.

Cuando Marina levantó la vista, aquella formidable mandíbula se había endurecido como el granito.

—No, *lassie*. Si va a irse, yo mismo la llevaré.

Marina hizo un sonido humillante, parecido a un gemido.

—Preferiría que no lo hiciera.

Fergus frunció el ceño.

—No me tendrá miedo, ¿verdad, Marina? No soportaría pensar que eso es cierto. Si no quiere compartir mi cama, aceptaré su decisión.

—No sea tonto, Mackinnon. —Ella parpadeó para ahuyentar las lágrimas que le escocían en los ojos—. Sabe que estoy tentada a hacerlo. Si no lo estuviera tanto, podría quedarme. Quiero quedarme.

El ceño de Fergus se endureció.

—Entonces quédate, por el amor de Dios. —Le tendió la mano hacia la suya, que sujetaba las riendas, pero ella retrocedió con brusquedad.

—Eso solo significaría una tortura para los dos.

Él apretó los labios.

—La tortura será peor si me dejas.

Marina sabía cuánto le costó a él hacer aquella confesión. Sacudió la cabeza, más en señal de perplejidad que de negación.

—¿Cómo demonios hemos llegado a esto? —dijo ella—. Hace un par de días, ni siquiera me gustabas.

—Pero tú a mí sí.

A pesar de su desdicha, Marina lo miró con reticente diversión.

—No, no te gustaba. Ofendí cada gramo de tu orgullo masculino.

Él le dedicó una de esas medias sonrisas que ya se habían hecho

tan queridas para Marina.

—Aún lo haces, pero eso no significa que no me gustes.

Ella levantó una mano temblorosa para mantenerlo a raya, aunque él no realizó ningún intento por acercarse.

—Por favor, no seas tan encantador. No puedo soportarlo. —Su voz se quebró—. Dame órdenes. Dime que siempre tienes razón. Pisotea mis sentimientos.

Fergus parecía preocupado, aunque ella esperaba aligerar la pesada atmósfera.

—Sí, bueno —dijo él al fin—. Tengo una orden para ti.

—Te escucho.

Marina se preparó para que él declarara que quería tenerla en su cama y que, después de cómo lo había animado ella, le debía su consentimiento. La vergüenza le sabía a ácido en la lengua. Sus besos hambrientos del día anterior debían de convencer a cualquier hombre de que estaba dispuesta a ceder.

Pero cuando él habló de nuevo, la sorprendió.

—No lo decidas todavía. Pasemos el día como planeamos.

Fergus aún respetaba su autonomía. Aún la respetaba a ella. El alivio la hizo relajarse en la silla de montar.

—Entonces, ¿qué pasará mañana? —preguntó Marina con voz apagada.

Él se encogió de hombros, aunque ella pudo ver que no era un tema que se tomara a la ligera.

—Mañana puede que cambies de opinión sobre convertirte en mi amante.

Marina se puso seria.

—Puedo ser tan terca como tú.

—Seguro que sí. —La voz de Fergus se tornó de una sinceridad seductora, y ella tuvo que luchar para no acercarse más a él—. Acabo de encontrarte, Marina. Dame más.

Ella apretó las riendas, hasta que su plácido poni se agitó en señal de protesta. Nunca le había resultado tan difícil disuadir a un pretendiente no deseado. Tal vez porque, en este caso, el pretendiente era muy deseado.

—He dicho que no te daré nada.

—Aceptaré tu compañía.

—Mientras te afanas todo lo posible para hacerme cambiar de opinión.

Él frunció el ceño.

—Mientras te demuestro que puedes confiar en mí para cuidarte.

Lo terrible era que ella sí confiaba en que él la cuidaría, al menos a nivel físico. En lo que no confiaba era en su propia capacidad para dejar Achnasheen como la misma mujer con el corazón entero que

había llegado aquí. Cuando vio a Fergus en el patio esta mañana, se enfrentó a la aterradora revelación de que estaba en juego mucho más que su castidad. No confiaba en no enamorarse de aquel hombre imposible.

Per pietà, ya estaba medio enamorada de él. Cualquiera que hojeara las páginas de los bocetos que ella le había hecho ayer, se daría cuenta a primera vista.

Fergus Mackinnon no era el hombre para ella. Sin embargo, era el único hombre que la hacía arder en su interior.

Madonna, aunque ocurriera lo más inverosímil y él le pidiera en matrimonio, ella tendría que rechazarlo. Nunca podrían vivir juntos en buena armonía.

—Si me quedo, debes actuar solo como mi anfitrión. Nada de cortejos. Sin besos. Sin tocarme.

Fergus se removió en la silla y se quedó recto como el mástil de un barco.

—Pides demasiado.

—Lo sé. —La tristeza endureció su voz—. Por eso debo irme.

—No. —Aquellos formidables hombros se tensaron, como si fuera un general enfrentándose a un enemigo implacable—. Puedo acatar tus reglas.

—¿De veras? —Marina lo sometió a una mirada escrutadora—. No te gusta jugar con las reglas de nadie más que las tuyas.

—A ti tampoco —dijo él con expresión sombría—. Y en este juego en particular, tú tienes la mano ganadora.

Su amargura la sorprendió y le hizo una herida en el corazón. Sonaba como si ella le hubiera causado un gran daño, mientras que Marina había supuesto que, después de refunfuñar un poco, él tomaría su decisión con calma.

Ella hizo un gesto de impotencia.

—Dijiste que la elección era mía.

Fergus inclinó la cabeza en un gesto extrañamente cortés.

—Así es. Pero eso no tiene por qué gustarme.

Tampoco a ella, maldita fuera su condescendencia y su propia necesidad de protegerse.

—Sigo pensando que debería adelantarme e ir a Skye.

Fergus negó con un gesto y ella esperó una respuesta mordaz, pero cuando él le respondió, su voz estaba cargada de pesar.

—No. Dame tu compañía, aunque no me des nada más.

Ella había imaginado que el considerable orgullo del highlander se rebelaría y no le rogaría por una concesión tan pequeña. *Cielo,* sin duda, él acababa de hacerlo. Cuando lo conoció, le había parecido un hombre por encima de debilidades humanas como las dudas y los anhelos. Se había equivocado.

El sentimiento de culpa por haberle herido la desgarraba. Ella no era inmune a la feroz miseria que leía en sus ojos. Y él no había intentado aprovecharse de su susceptibilidad para hacerla cambiar de parecer, cuando ambos sabían que podía conseguirlo si se lo propusiera.

Fergus era, indefectiblemente, un hombre de honor. Marina se sentía mal por lo que había hecho, pero si cedía, los riesgos eran demasiado grandes.

Ella desvió la mirada hacia las colinas cubiertas de brezo y luchó contra las cálidas lágrimas que le picaban en los ojos.

—Muy bien, Mackinnon. Me quedaré. Por ahora.

Capítulo 12

Fergus pensó que Marina tenía razón en una cosa, aunque estaba convencido de que ella se equivocaba en todo lo demás. Aquel día en las colinas resultó ser la tortura más vil, al igual que los tres siguientes.

En un tormento de suspense, esperó a que ella declarara que la tensión que iba creciendo entre ellos se había vuelto insoportable, y que tenía intención de marcharse. Él debería querer que se fuera. Tenerla al alcance de la mano, sin poder tocarla, le llevaba al límite. Su broma sobre ser el primer Mackinnon loco, volvió para morderle con dientes afilados.

Seguramente, si ella se iba, él tendría la oportunidad de encontrar algo de paz. No tenía sentido que la perspectiva de no volver a verla le hiciera querer rugir como un león herido.

Más de una vez lamentó que el mundo hubiera avanzado desde épocas pasadas. Las costumbres actuales le prohibían apresar a Marina, como Callum había hecho con Bonny Mhairi, y mantenerla cautiva hasta que ella entrara en razón.

Tal vez la miseria sería más fácil de soportar, si pensara que Marina estaba más contenta que él. Pero cada día estaba más apagada. Echaba de menos a la criatura vital y centelleante que le había fascinado y horrorizado a partes iguales en su primer encuentro. Lo que daría ahora por oír una sola reivindicación de la independencia femenina…

Lo irónico era que esta nueva y desanimada Marina se parecía mucho más al tipo de mujer que Fergus solía admirar. En algún momento de esta última semana, él había aprendido a apreciar un buen desafío.

Esta noche habían cenado con Ugolino. Fergus supuso que, una vez terminada la cena, debía bajar a ponerse al día con el trabajo de la finca que se había acumulado mientras él se afanaba en perseguir a su invitada.

Pero ella no tardaría en decidir que iba a marcharse, debía hacerlo. Y que el diablo se lo llevase si él perdía el poco tiempo que le quedaba a su lado, aunque su cercanía fuera un purgatorio.

Fergus miró a Marina, que estaba sentada junto a la cama con un cuaderno de dibujo en la mano, aunque no lo había abierto. Eso era otra cosa que había cambiado. Ya no dibujaba, al menos no por puro placer.

Su padre hablaba de un libro que había leído. En las últimas

veladas, el peso de la conversación había recaído en Ugolino. Notara o no la tensión entre su hija y su anfitrión, parecía contentarse con llenar los silencios cada vez más largos.

Fergus permaneció en la pequeña mesa donde Marina y él comían cada noche. Por encima del borde de su copa de vino, observaba a la mujer que deseaba. Cada día la deseaba más. La melancolía se cernía sobre ella como un día lluvioso sobre la cañada.

—¿Cómo va tu trabajo, Marina? —Ugolino cortó su crítica de la novela, como si se diera cuenta de que estaba hablando solo—. Nunca me lo cuentas.

La pregunta hizo que ella se sobresaltara. Fergus sospechaba que sus pensamientos no eran muy diferentes de los suyos, y no más divertidos. Después de todo, Marina había admitido que lo deseaba, a pesar de no tener intención de claudicar.

—Estoy progresando, papá —respondió.

—Eso es bueno —dijo su padre—. ¿Has encontrado muchas escenas para complacer a Su Gracia?

Cuando Marina puso cara de pocos amigos, Fergus se sorprendió. Mientras estaban en las colinas, ella mantuvo la cabeza gacha y dibujó con diligencia.

—*Certo* —contestó ella—. Estoy haciendo los dibujos preparatorios. Cuando haya decidido los temas definitivos, haré los estudios de color.

Ugolino se volvió hacia Fergus.

—Así es como trabaja, pinta un boceto del natural y luego termina el cuadro en su estudio de Florencia.

—Qué interesante. —Aunque sincera, la rotunda respuesta de Fergus sonó a sarcasmo. Un par de días atrás, Marina se lo habría reprochado. Ahora no parecía darse cuenta.

—¿Puedo ver lo que has hecho hasta ahora? —preguntó el señor Lucchetti—. Quizá pueda ayudarte a elegir.

Ella apretó el cuaderno con sus manos, como si temiera que su padre pudiera arrancárselo.

—Todavía hay mucho tiempo, papá.

Ugolino pareció desconcertado.

—Siempre me enseñas tu trabajo…

—Esta vez no —dijo ella con una nota de brusquedad, poniéndose en pie. Volvía a llevar el vestido rosa que dejaba entrever su pecho. Durante toda la velada, la piel olivácea y tersa había provocado a Fergus.

Ahora, ese pecho se agitaba con inquietud. Él se preguntó por qué.

Listo para escoltarla como cada noche, él también se levantó. Más tortura. Darle las buenas noches en el umbral de su alcoba solo ponía de manifiesto la futilidad de todas sus esperanzas.

Fergus cruzó la habitación para ofrecerle su brazo, esperando a que

se pusiera rígida bajo su contacto. Al infierno con ella, él se negaba a renunciar a los pocos y mezquinos contactos que el decoro le permitía: la oportunidad de cogerla del brazo, de subirla a un poni, de pasarle una copa de vino cuando, con suerte, sus dedos podrían rozarse.

Demonios, era como una muerte lenta por inanición.

Él y Marina se despidieron de Ugolino y luego salieron al pasillo.

—No tienes que acompañarme hasta la puerta. —Ella se apartó, apretando su cuaderno de dibujo contra el pecho como un escudo.

Fergus dio un paso atrás, porque la tentación de agarrarla se hizo demasiado poderosa.

—Es todo lo que me permites.

Parecía afligida, y sus nudillos se hicieron traslúcidos.

—Oh, Fergus, odio cómo están las cosas entre nosotros.

Él se preparó para oírla decir que quería irse. En realidad, le sorprendía que se hubiera quedado tanto tiempo. Sentía el corazón como una piedra.

—¿Te va bien con el trabajo? —le preguntó, cuando ella no volvió a hablar para pedirle que le proporcionara un cochero.

—*Dio*, sabes que no. —Sus ojos estaban oscuros de sufrimiento.

Por Dios, si resistirse a él la angustiaba tanto, ella sabía cómo podría animarse. Y a él le encantaría cooperar.

Fergus esperó de nuevo a que Marina anunciara su marcha. Al fin y al cabo, la pintura era su razón de vivir.

—No pareces contenta con lo que has hecho hasta ahora. —El primer día, su lápiz había volado sobre el papel, como si hiciera correr el tiempo para anotar los detalles. Después, brillaba de satisfacción.

En los últimos días, el resplandor había desaparecido. Fergus deseaba tomarla en sus brazos para calmar su hirviente infelicidad.

Excepto que ambos sabían que si él daba un paso para darle consuelo, no se detendría ahí.

—No, no estoy contenta. —Otra razón para seguir adelante. La sonrisa que Marina le dirigió era una mera sombra de lo que solía ser —. Tal vez mañana vaya mejor.

—Quizás. —Fergus sonó tan convencido como ella, lo cual no era mucho. Entonces se dio cuenta de lo que ella había dicho. Así que él se enfrentaría a otro día de tormento. Se encontraba en tal estado de confusión, que estaba encantado de oírlo.

—Te veré por la mañana.

—Sí. —Él la miró fijamente, deseando que le diera la menor señal de que deseaba su contacto. El calor que corría por su sangre amenazaba con incinerarlo.

Esta era siempre la peor parte del día. El momento en que él se despedía sin una caricia, y ella se retiraba tras una robusta puerta de roble a dormir sola, cuando, en cualquier universo correctamente

ordenado, ella yacería en sus brazos hasta el amanecer.

Aquellos insondables ojos negros se cruzaron con los suyos, y él se preguntó por un instante si aquella sería la noche en que ella cedería.

El ardiente segundo se desintegró en cenizas. Marina le dio la espalda y giró el pomo.

—Buenas noches, Fergus.

Él no contestó. La amarga decepción se apoderó de cada palabra no pronunciada en su garganta. Sin mirar hacia atrás, ella desapareció en su habitación.

Con dolorosa ternura, Fergus se inclinó y apretó una mano contra la puerta cerrada, extendiendo los dedos como si pudiera atravesar la madera. Luego, con un pesado suspiro, se alejó.

Capítulo 13

Marina estaba sentada en la ladera de una colina verde que dominaba un conjunto de islas iluminadas por el sol en un mar plateado. Nunca había visto un paisaje tan hermoso, pero su lápiz permanecía inmóvil entre sus dedos y su corazón no se aceleraba como siempre lo hacía en presencia de la belleza.

Desde que Fergus la había besado, todos los días habían sido así. Malgastaba el tiempo, consciente de que podía ser la última temporada con buen clima antes de regresar a Florencia. Era urgente e imperativo que terminara sus bocetos y luego volviera a hacer estudios detallados de la docena de escenas que había elegido para los cuadros del duque.

El duque de Portofino le pagaba un buen sueldo y, lo que era más importante, era un notable coleccionista de arte, una voz influyente en los círculos culturales italianos. Cuando él le ofreció el encargo, ella pensó que por fin se abría paso hacia una carrera al más alto nivel. Se sintió encantada y halagada al decir que sí.

Ahora su lápiz parecía tan muerto y difícil de manejar como un ladrillo, y la magnificencia que la rodeaba no se trasladaba a la página. Desearía haber dicho no a los nobles de mentalidad artística y haberse quedado en Florencia, donde se ganaba bien la vida vendiendo sus obras a las familias aristocráticas locales y a los viajeros ricos.

Excepto que en su corazón, ella no deseaba eso en absoluto. Porque si nunca hubiera venido a Escocia, nunca habría conocido a Fergus Mackinnon. No se parecía a ningún otro hombre que hubiera conocido, y el escocés se había convertido en la medida con la que ella juzgaría a todos los hombres en el futuro.

Lo más sensato sería marcharse, aunque eso significara acompañar a Fergus hasta una de las casas de Skye donde el duque había concertado una presentación. Pero al igual que su arte, su propia capacidad para tomar decisiones también se había visto afectada. No podía encontrar la fuerza de voluntad suficiente para irse.

Ahora estaba sola. Su anfitrión no estaba cerca, aunque dado cómo ocupaba sus pensamientos, bien podría estarlo. Fergus nunca revoloteaba a su lado, pero aprovechaba las caminatas por las colinas para consultar con sus campesinos y pastores. Como alguien que tenía un propósito —al menos antes de llegar a Achnasheen—, Marina admiraba su diligencia. Macushla y Brecon habían salido con ellos, pero habían desaparecido muy pronto por las colinas para dedicarse a

misteriosos asuntos caninos.

Con un suspiro, consideró las escasas líneas poco inspiradas que había puesto en el papel. Quizá el problema de este boceto fuera el ángulo de visión. Se levantó, se quitó el polvo de las faldas y subió la cuesta.

Cuando estaba sentada, había oído correr el agua. Ahora veía un arroyo que caía hacia un acantilado y luego se precipitaba en el vacío. Tal vez una cascada espectacular despertara su latente deseo de dibujar. Vadeó el cauce y se acercó para ver mejor. Aquello tenía posibilidades. Se aventuró a acercarse a la orilla.

Marina estaba tan ocupada estudiando el paisaje en busca de potencial artístico que se olvidó de mirar por dónde iba. El tacón de su media bota, mojado tras rodear el arroyo, patinó sobre un trozo de roca desnuda. Con un grito, se precipitó sobre la ladera.

Fergus estaba comprobando las recientes reparaciones de un pequeño puente de piedra cuando oyó el grito agudo de Marina. El miedo le paralizó de inmediato. Aquellas cañadas eran escarpadas y peligrosas, incluso para los lugareños que las conocían.

Se sacudió para salir de la inmovilidad. Con el corazón más acelerado que el agua que corría montaña abajo, corrió hacia donde había dejado a Marina. Cuando se dio cuenta de que ella no estaba allí, un terror que nunca había sentido le hizo las tripas agua.

—¡Marina! —gritó—. ¡Marina, por el amor de Dios, *lassie*, contesta!

La brisa se llevó sus palabras y, por primera vez en su vida, se sintió pequeño e impotente en aquel paisaje agreste que siempre había amado. El caudal estaba crecido y la imponente cascada de Mare's Tail se había convertido en un torrente. Si Marina había caído en él, tendrían que sacar su cuerpo destrozado del lecho pedregoso del río, en la base del acantilado.

¿Por qué demonios la había dejado sola? Era una agonía estar cerca de ella, pero había prometido mantenerla a salvo. *Si la perdiese...*

—¡Marina! ¡Respóndeme!

En una niebla negra de miedo, subió a trompicones por la ladera. Él era *el* Mackinnon. Estas cañadas y colinas eran sus dominios. No permitiría que le robaran a su mujer.

—¡Marina!

¿Le había ella contestado? Entre el ruido del agua y la fuerte brisa, no podía estar seguro. Corrió hacia el borde de la cascada con el estómago contraído al pensar que vería una figura deshecha cientos de metros más abajo.

Nada.

—Marina, querida, háblame.

—Fergus, ayúdame. Estoy atrapada.

La gratitud le hizo tambalearse. Ella estaba viva. Le invadió una esperanza más embriagadora que el mejor whisky de Bruce Mackenzie. Pero cuando Fergus escudriñó las laderas desnudas en una búsqueda frenética, no pudo verla.

Desconcertado, se esforzó por averiguar de dónde procedía su voz.

—¿Dónde estás?

—Estoy en una cornisa, pero no puedo subir sin ayuda.

Fergus se dirigió en el acto hacia la dirección del sonido.

—¿Estás herida?

—Solo algunos rasguños y moretones.

Él susurró una oración en acción de gracias.

—Sigue hablando para que pueda encontrarte.

—Intentaba ver la cascada y me caí —explicó ella.

—No estás a salvo sola —dijo Fergus, aunque se sentía demasiado aliviado para enfadarse. Aquel momento en que se había asomado al precipicio viviría para siempre en sus pesadillas. Estaba convencido de que ella al fin y al cabo le había abandonado, y de la forma más permanente imaginable.

Comparado con el hecho de que estaba viva, nada más importaba, ni siquiera el purgatorio por el que le había hecho pasar estos últimos días.

—Ahora mismo podría estar de acuerdo contigo —declaró Marina.

—¿He oído bien? —La intensa preocupación de Fergus le impidió darse cuenta de que aquella broma irónica era un eco de cómo solían ser las cosas entre ellos—. ¿La *signorina* Marina Lucchetti está de acuerdo con una de mis conclusiones?

—Sí, es un milagro.

Fergus siguió el sonido de su voz y se dio cuenta de que se elevaba sobre el borde del acantilado. Ahora que estaba cerca del lugar donde ella había perdido pie, vio helechos rotos y hierba arrancada que atestiguaban cómo ella había forcejeado para detener su caída.

—Izaré una bandera para celebrarlo cuando volvamos al castillo. —Él se dejó caer bocabajo, sin confiar en que el borde aguantara su peso.

—Si me sacas de esto, te ayudaré a hacerlo.

Cuando miró hacia abajo, cualquier deseo de sonreír abandonó a Fergus. En su lugar, un miedo helado clavó sus garras en su carne.

—Dios mío, *lassie*, ¿en qué lío te has metido? —Él se esforzó por sonar como si el terror no le hiciera nudos en los intestinos.

Marina volvió su sucia cara hacia arriba y logró esbozar una sonrisa. «Por todos los cielos, es valiente», pensó Fergus. Tanto que podía avergonzar a los hombres que él conocía.

Ella tenía la espalda apoyada en la ladera de la colina, y estaba de

pie sobre un estrecho saliente que no parecía demasiado seguro, mientras extendía los brazos contra la pared rocosa. Una de sus manos se aferraba a una piedra que sobresalía, y la otra agarraba con fuerza un delgado arbolito que se inclinaba hacia el vacío. Debajo de ella, la colina caía en una serie de picos dentados.

—Un desastre. —Fergus estaba lo bastante cerca como para oír el pánico bajo su tono jovial—. Necesito que un escocés grande y fuerte me rescate. Parece que el destino tiene sentido del humor y se burla de mis pretensiones de autosuficiencia.

—Sí, así es el destino —dijo él, evaluando la situación con ojos agudos. Lo que vio hizo que su pecho se contrajera de miedo.

Podía volver corriendo a por uno de los ponis y una cuerda, pero dudaba que tuviera tiempo. Como para confirmar sus cálculos, Marina se movió un centímetro y una lluvia de grava cayó por el acantilado.

—¿Confiarás en mí, Marina? —le preguntó Fergus con toda la calma que pudo reunir.

—Sí.

No era el momento de apreciar su rápida confirmación.

—Puedo tirar de ti, pero tendrás que darte la vuelta y subir hacia mí.

Por Dios, su plan tenía que funcionar. Podía intentar ponerla a salvo tal como estaba, pero sería un peso muerto en sus brazos, y no podía arriesgarse a que el suelo se desmoronara bajo él.

—Puedo hacerlo. —Fergus odió oír el temblor de su voz.

—Ten cuidado, *mo chridhe*[48].

—Te lo prometo.

—No esperes, muévete ahora —dijo Fergus con acento grave.

A pesar de su orden, Marina no se movió de inmediato. Para Fergus, que la observaba desde arriba, la espera se le hizo eterna. Entonces, con cautela, ella se soltó de la roca y empezó a arrastrar los pies poco a poco mientras intentaba girar. Más grava se desprendió y rebotó por la escarpadura. Con cada segundo que pasaba, Fergus sentía que envejecía un milenio.

—Por favor, háblame, Mackinnon —murmuró Marina.

Con el corazón en la boca, Fergus no estaba seguro de poder decir una sola palabra. Pero el valor de ella merecía cualquier tributo que él pudiera rendirle. Luchó por tragarse el terror que le obstruía la garganta y desafió al cielo a que se la arrebatara antes de que tuviera la oportunidad de besarla de nuevo.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi? —le preguntó.

Marina clavó sus dedos en la piedra detrás de ella a la vez que se movía con movimientos infinitesimales.

—Que alguien tenía que llevarme de la mano y enseñarme quién manda —respondió.

Él se obligó a reír, porque sabía que ella quería que lo hiciera. Pero su gesto fue incluso menos convincente que su intento de sonrisa.

—*Och*, lo pensé a los cinco minutos, pero esa no fue mi primera reacción.

—¿Cuál fue entonces?

Fergus maldijo que ella permaneciera fuera de su alcance. Sostenerla mientras se movía haría maravillas por su tranquilidad.

—Creía que una mujer con unos ojos tan brillantes pertenecía a mi cama.

—¿Ojos?

—Sí. —Fergus hizo una pausa—. Aunque tengo el recuerdo de haberle prestado un poco de atención a tu pecho también.

A Marina se le escapó una risa ahogada.

—Eres todo un hombre, Mackinnon.

—Sí, bueno, un hombre es justo lo que quieres ahora.

—Tengo la plena seguridad de que así es —murmuró.

Antes de que él pudiera cuestionar aquella sorprendente revelación, uno de los pies de Marina resbaló. Ella emitió un grito quebrado mientras él se lanzaba hacia abajo en un vano intento de atraparla, salvándose a duras penas de caer él también.

Con un horror incrédulo, la vio tantear el árbol joven. El frágil tronco se dobló en un ángulo imposible. Seguramente se rompería.

Por un milagro, aguantó, y Marina palpó con la otra mano hasta agarrarse a la pared de piedra. Cada segundo se alargaba hasta convertirse en un eón, mientras ella pegaba su cuerpo sobre la ladera.

Fergus tardó unos segundos en darse cuenta de que ella estaba a salvo. Al menos por el momento. Tomó aliento y el aire que aspiró parecía un cristal roto.

—No... no vuelvas a asustarme así, *lassie* —dijo, incapaz de evitar que se le quebrara la voz.

La breve risa de Marina sonó más como un sollozo.

—Quería comprobar que estabas mirando.

—Estaba mirando, está bien. —Su voz se hizo más profunda—. Dijiste que confiabas en mí.

—Sí —contestó Marina.

Si la sacaba de esta, Fergus recordaría eso.

—Entonces levanta tu brazo tan alto como puedas, y tomaré tu mano.

Sin dudarlo, ella lo hizo. Por Dios, era una mujer entre mil. Fergus clavó las punteras de sus botas de cuero en el suelo y rezó al cielo, con un fervor que nunca antes había sentido, para ser lo bastante fuerte como para retenerla.

Porque la posibilidad de perderla era impensable. La conocía desde hacía poco más de una semana, pero en ese tiempo ella le había

marcado indeleblemente. Se negaba a entregarla a las codiciosas garras de la muerte, cuando la necesitaba para quedarse a su lado.

Fergus se acercó al borde del acantilado y agarró la muñeca de Marina con tanta fuerza que debió de dolerle. No corría ningún riesgo de que se le resbalara.

—Tienes que soltar el árbol —le pidió él.

Esta vez, Marina sí vaciló. Levantó la cabeza morena y despeinada, y él se encontró con unos ojos oscuros que ardían de miedo y desafío.

—Si me dejas caer, nunca te lo perdonaré.

Fergus rezó para que ella viviera. Rezó para tener fuerzas. Rezó para que ella no se diera cuenta de lo cerca que estaba el fracaso.

—Como si pensara hacerlo… —se burló él—. Entonces me perdería tu humilde agradecimiento por salvarte la vida.

—Por segunda vez —dijo Marina con voz gruesa—. Eso es presumir.

—Mi abuela siempre decía que las cosas vienen de tres en tres. Espero que no pretendas darle la razón.

—Haré lo que pueda.

—Toma mi mano, Marina —dijo él—. No te dejaré caer. —Que así fuera…

—*Per l'amor di dio,* no me sueltes.

—Nunca —respondió Fergus, como si hubiera hecho un voto sagrado.

Algo en su voz debió de convencerla de correr el riesgo, porque con un movimiento brusco, Marina se apartó del arbolito y levantó un brazo. Fergus, con la mano que tenía libre, la aferró por la muñeca.

Él respiró hondo e hizo acopio de todas sus fuerzas.

—Voy a tirar de ti, pero si puedes usar tus pies también, será grandioso.

—¿Ahora?

Fergus se dio cuenta de que ella había dejado de fingir que aquello era una gran aventura. Retirándose del borde, Marina se puso de puntillas.

—Ahora.

Poco a poco, él empezó a izarla. Cada músculo de su cuerpo se esforzaba por sostenerla. Fergus sintió una breve resistencia, pero luego ella empezó a subir. Marina jadeaba audiblemente. Le dolían los brazos más que a él.

—Eres una chica valiente —dijo Fergus con el aliento que le quedaba.

La carga le provocó una agonía en los tendones. Él clavó con más fuerza las caderas, las piernas y los pies en el suelo, pero el peso de Marina seguía arrastrándolo hacia el borde. Fergus luchó con todas sus fuerzas contra el impulso.

—¡*Cielo*! —gritó ella, mientras uno de sus pies resbalaba. El sonido de su bota rozando la roca se quedaría grabado para siempre en la mente de Fergus, junto con el momento en que había mirado por encima del precipicio.

—Te tengo. —Él apretó los dientes y la sostuvo con firmeza mientras ella se deslizaba hacia abajo. Sentía que le ardían los hombros.

Tras un horrible segundo, Marina volvió a afianzar su pie en la cornisa, esta vez con más seguridad.

Cuando Fergus la encontró allí por primera vez, apenas se atrevió a creer que podría salvarla. En este momento, con cada centímetro que ella subía, su esperanza aumentaba también. Él retrocedió y hundió las puntas de sus botas en un surco que le ofrecía algo más de anclaje.

La parte superior de la cabeza de Marina apareció por encima del saliente. Fergus retrocedió de nuevo y la impulsó hacia sí con un último tirón. Su pálido rostro fue apareciendo poco a poco. Tenía un rasguño en un pómulo y la mejilla manchada de tierra.

Era lo más hermoso que él había visto en su vida.

—¿Puedes subir ahora sujetándote a mí? —le preguntó Fergus casi sin resuello.

—Creo que sí —jadeó ella.

Marina debió de encontrar un punto de apoyo más seguro, porque después de unos minutos agonizantes, consiguió escalar sobre la pared del acantilado, usando los brazos de Fergus como una cuerda humana.

Este necesitó un enorme acto de voluntad para soltarle la muñeca. Con las manos acalambradas, se lanzó hacia delante para agarrarle las faldas y levantarle las piernas sobre el borde del precipicio.

Jadeando, Marina se desplomó junto a Fergus sobre la áspera hierba. Casi sin poder creer que hubiera podido conseguirlo, él la cogió entre sus doloridos brazos y la estrechó contra su cuerpo. Los dos temblaban y ella se acurrucó en el pecho de Fergus con un sollozo entrecortado. Durante un largo rato, permanecieron abrazados bajo los rayos del sol, mientras el horror desaparecía lentamente.

Una vez hubo recuperado el aliento, Fergus la soltó y rodó sobre un costado. Su corazón galopaba por el esfuerzo y el pánico superado. Y por un alivio tan abrumador que hacía que la cabeza le diera vueltas.

Por todos los santos, lo había hecho. La había salvado. Hubo momentos en los que temió perderla para siempre. El mundo se convertiría en un lugar lúgubre y sin luz sin Marina Lucchetti, una mujer que se burlaba de él y le hacía alegrarse de estar vivo.

—¿Estás bien, Marina? —le preguntó con voz cruda, mirando su rostro ceniciento. Ella tenía los ojos cerrados, las mejillas manchadas de lágrimas y la respiración entrecortada mientras luchaba por tomar

aire.

Cuando ella no respondió, Fergus temió que se hubiera herido después de todo.

—¿Marina?

Tras una tensa pausa, ella se movió con cuidado sobre la hierba y abrió los ojos para mirarlo fijamente.

—Bésame, Mackinnon.

Fergus frunció el ceño, ignorando la súplica ahogada. El miedo debía de haberla hecho delirar.

—¿Estás herida?

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Puedes ponerte de pie?

—Seguro que sí. —Sus labios se apretaron con impaciencia—. *Cielo*, ¿no me has oído, escocés con orejas de trapo?

—Un «gracias» es suficiente, *lassie*.

—También te las daré. —Marina extendió una mano temblorosa y agarró la parte delantera de la camisa de Fergus, desgarrada y sucia tras sus esfuerzos al borde de la escarpadura—. Pero si no me besas ahora mismo, te juro que, cuando me levante, te empujaré por ese maldito acantilado.

El corazón de Fergus golpeó con fuerza contra sus costillas y lo dejó tambaleándose de esperanza e incredulidad. Por piedad, había intentado como un demonio hacer lo correcto, pero el honor solo llegaba hasta cierto punto. Se arrojó hacia delante y la agarró con manos inseguras. Su boca se estrelló contra la de ella.

Capítulo 14

Cuando Marina quedó atrapada en la cornisa, ella notó cómo el miedo le helaba la sangre. Incluso después de que él la salvara con aquella prodigiosa demostración de fuerza y determinación, seguía sintiendo frío.

Con el primer contacto de sus labios, el calor la invadió. Calor, alivio, gratitud y vida.

La vida, por encima de todo.

Porque había estado aterradoramente cerca de la muerte cuando cayó por aquella montaña. Y no quería morir. Quería agarrar la vida por el cuello y sacudirla hasta que le diera todo lo que pedía. Quería reír y bailar y aprender y sentir, y poner a prueba su temple contra todo lo que el mundo pudiera lanzarle.

Más que nada, ella quería a este hombre.

Marina lo rodeó con los brazos y se entregó a su beso. Él se acercó más, recorriendo su cuerpo. Pero cuando su peso se apretó contra ella, Marina oyó un crujido distintivo en su propio pecho.

Desconcertado, Fergus levantó la cabeza.

—¿Qué demonios...?

Perdida en la ardiente ferocidad de su beso, ella lo miró con una expresión ausente.

—¿Qué te pasa?

Él frunció el ceño y le puso una mano sobre el torso.

—¿Llevas armadura, *lassie*?

Después de la tormenta de vida y muerte que Marina acababa de atravesar, la pregunta no tenía sentido para ella.

—¿Armadura?

Con hábil rapidez, Marina se desabrochó la chaqueta de su traje de paseo para dejar a la vista el cuaderno de bocetos que se había metido en la cintura de la falda.

Fergus soltó una de sus breves carcajadas.

—Debería haberlo imaginado.

Para disgusto de Marina —ella había esperado días a que él la besara y lo que había hecho hasta entonces no había estado ni cerca de satisfacer su deseo—, Fergus se incorporó y tiró del libro.

De repente, la bruma de placer de Marina se desvaneció y recordó por qué no quería que nadie husmeara en sus dibujos. Su euforia por haber sobrevivido a su terrible experiencia se evaporó, y todos los viejos temores y complicaciones volvieron a su lugar.

—Deja eso —le espetó.

Él la ignoró.

—No puedo creer que mientras te balanceabas sobre el borde de un acantilado, te hayas tomado la molestia de mantener esto a salvo.

Ella frunció el ceño y se incorporó, cogiendo el libro con mano inestable.

—Es valioso.

Con poco esfuerzo, Fergus lo mantuvo fuera de su alcance. Marina maldijo los largos y poderosos brazos que habían demostrado ser su salvavidas en el acantilado.

—Obviamente.

—No hay nada importante que ver —dijo ella.

Él la miró con los ojos entrecerrados y se puso en pie.

—¿De veras?

—De veras. —Marina también se levantó, pero con menos suavidad. Ahora que el impacto de la caída había pasado, su cuerpo se había convertido en un amasijo dolorido. Estaba rígida y sentía pinchazos, y habían empezado a salirle moratones por todas partes.

—Devuélvemelo, Fergus. —Marina extendió su mano hacia él, esforzándose por sonar despreocupada—. No puedes tener ningún interés en mis garabatos.

Él no estaba de acuerdo, maldita sea.

—Al contrario —le dijo—, quiero ver qué querías poner a salvo mientras yo estaba sin aliento.

Al abalanzarse sobre él, Marina resbaló y estuvo a punto de perder el equilibrio. Sus botas, aún llenas de barro, se deslizaron entre la espesa hierba. El dobladillo empapado de la falda le golpeó las espinillas cuando cogió a Fergus del brazo.

—Devuélvemelo.

—Tienes muchas ganas de esconder lo que sea que haya dentro. Déjame ver por qué.

—¡No! —gritó ella, pero él apartó el cuaderno de bocetos fuera de su alcance. El cuaderno se abrió mostrando el dibujo de un hombre que aparecía de pie en lo alto de una montaña, con los Cuillins de Skye al fondo.

Sorprendido, Fergus se quedó mirando la imagen.

—Ese soy yo.

Marina esperaba aún poder librarse de la peor de las humillaciones.

—Solo es algo que hice en un rato libre.

Con el ceño fruncido, Fergus se zafó de ella y empezó a hojear las páginas, primero deprisa y luego más despacio.

Abatida por la vergüenza, Marina renunció a recuperar el libro. ¿Qué sentido tenía? Era demasiado tarde para salvar su orgullo. Ahora, él conocía su vergonzoso secreto.

Fergus levantó la cabeza y le lanzó otra mirada de desconcierto.

—Salgo en todos tus dibujos.

—No en todos —dijo ella a la defensiva.

Fergus alzó las cejas.

—En todos los que están casi terminados.

Lo mortificante era que él tenía razón. Durante la última semana, Marina había tratado de concentrarse en el paisaje, realmente lo había intentado. Achnasheen era tan pintoresco y hermoso como cualquier otro país que ella hubiera visto. Pero cada línea que ella dibujaba para representar una montaña, el mar o un árbol, carecía de vida sobre el papel. Incluso el boceto más tosco de Fergus Mackinnon transmitía un vigor y una fuerza que nunca antes había logrado en un retrato.

Aún así, estaba insatisfecha con su trabajo. Alguna esencia del hombre seguía eludiéndola. Por ese motivo —o al menos eso se decía a sí misma—, seguía insistiendo en capturar su imagen con el lápiz.

¿Podrían sus mejillas estar más calientes?

—Eso no significa nada.

La mirada de Fergus era escéptica.

—¿No?

—No —repitió ella con énfasis, sintiéndose infantil y nerviosa, y lo peor de todo, tan indefensa como un polluelo que se hubiera caído del nido.

Porque aunque muchas de las opiniones de Fergus pudieran estar equivocadas, no era estúpido. Sabría lo que significaban esos dibujos: que Marina pensaba en él día y noche. Que pensaba en él tan a menudo que no podía pensar en otra cosa.

—¿Y el encargo del duque?

—Necesito irme para terminarlo. Aquí no llego a ninguna parte. —Marina levantó la barbilla en señal de desafío—. De hecho, me iré mañana.

Esperó a que él protestara, como había hecho cada vez que ella le había dicho que tenía que marcharse. Luego luchó para que no le importara cuando Fergus no puso ninguna objeción. En cambio, él la estudió con ojos sagaces que parecían ver a través de su bravuconería la confusión y el anhelo que acechaban su corazón traidor.

—¿Para que deje de atormentar tu imaginación? —le preguntó él al fin.

Diavolo. Marina supo que había acertado. Él entendía exactamente lo que significaban esos bocetos.

—Si no te veo...

—Quizá me eches de menos.

Se movió incómoda de un pie a otro. La verdad ineludible era que le echaría de menos. Aquel hombre testarudo, seguro de sí mismo y dominante, la tenía cautivada como nunca lo había hecho nadie.

—Lo dudo —mintió, sintiéndose aún más como una colegiala desmañada.

—Ríndete, *lassie*. Las pruebas están en tu contra. —Fergus dio un paso atrás y hojeó el cuaderno, tomándose su tiempo para estudiar cada dibujo—. Me deseas tanto como yo a ti. La prueba está aquí, en blanco y negro.

Las manos de Marina se abrieron y cerraron a sus costados mientras luchaba contra el impulso de echarse sobre él y arrebatarle el libro.

—Eres un engreído —dijo entre dientes.

Fergus se detuvo a observar una acuarela que ella había terminado la noche anterior. Le mostraba a él hablando con el señor Lucchetti. La luz de las velas le iluminaba el pelo y la cara, creando un sorprendente estudio de sombras y luces.

—Este me gusta.

A ella también, al margen de lo que revelara sobre su obsesión por su autoritario anfitrión.

—No está mal —concedió Marina a regañadientes.

Fergus cerró el libro y lo dejó a un lado sobre una roca.

—Me besaste como si te estuvieras muriendo y yo fuera tu última oportunidad de respirar.

Ella había creído que ya no podría sonrojarse más. Estaba equivocada.

—Me salvaste la vida.

—Así que si Jock te hubiera izado a través de ese precipicio, ¿también lo habrías besado?

Marina sabía que libraba una batalla perdida, pero era demasiado testaruda para ceder.

—Tal vez —dijo. Era al menos tan obstinada como él. Ese era uno de los muchos motivos por los que cualquier aventura entre ellos estuviese condenada antes de comenzar.

—Mentirosa —le contestó Fergus sin rencor. Antes de que ella pudiera protestar, aunque estuviese en lo cierto, él continuó—. Lo que no puedo entender es por qué nos haces pasar a los dos por este tormento, cuando un simple *sí* puede abrirnos las puertas del cielo.

Ella quiso acusarle de engreimiento, aunque la amarga verdad era que sospechaba que no exageraba. Cuando la besaba, las nubes se abrían en lo alto y ella oía el glorioso canto de los ángeles. Qué más podría conjurar, si fueran más allá de los besos…

—Ya sabes por qué —murmuró.

Fergus sacudió la cabeza con incredulidad.

—Porque te dedicas en cuerpo y alma a tu arte, como una maldita virgen vestal que cuida la llama del templo. Quiero saber de qué te sirve tu castidad.

Ahora mismo, mirando fijamente a aquel hombre magnífico y leyendo el deseo en sus ojos, a Marina no se le ocurría ninguna respuesta viable.

—Me mantiene a salvo —dijo débilmente.

Él volvió a negar con la cabeza.

—No es suficiente, Marina. Debes saber que todas las cosas buenas de la vida conllevan una pizca de peligro.

—En este instante no me siento nada sensata —susurró ella, y se dio la vuelta como si la visión de toda aquella belleza masculina la escaldara. Sabía que debía decir que no, pero tenía tantas ganas de decir sí… Era como si la partieran en dos.

El vértigo le hizo girar la cabeza y buscó a tientas algo que la mantuviera erguida. Sentía que las piernas se le iban a doblar como si fueran de papel.

—Marina, *lassie*, lo siento. Perdóname por ser un cabeza hueca. —Unos dedos fuertes rodearon los suyos cuando él se puso delante de ella—. No debería molestarte cuando te acabas de caer por una ladera.

En ese preciso momento ella se sentía como si se precipitase al vacío. Sentía el mismo terror, la misma sensación de perder la conexión con la tierra firme.

El orgullo y el sentido común le decían que rechazara el roce de Fergus.

Si ella tenía intención de abandonar Achnasheen a la mañana siguiente, ¿de qué le servía prolongar la agonía con más contacto físico? Pero tanto el orgullo como el sentido común se hacían jirones a cada segundo que pasaba. Así que se aferró a la mano de él y no se opuso cuando Fergus la cogió por detrás de las piernas y la alzó en brazos.

—Volvamos al castillo.

—¿Y mi trabajo? —dijo ella, mientras apoyaba su dolorida cabeza en el hombro de Fergus.

Marina respiró con dificultad. Su rescatador olía de maravilla. Aire fresco y cuero y jabón de limón, y algo que era solo él, un aroma que ella recordaría el resto de su vida.

—¿Te refieres a todos esos dibujos míos?

Ella no respondió a la irónica pregunta. Después de todo, ¿qué podía decir?

La zarandeó mientras cogía el cuaderno de bocetos y se lo pasaba. Antes de que Marina se diera cuenta de lo revelador de su acción, abrazó el cuaderno contra su pecho como si fuera el tesoro más preciado del mundo.

Ella esperaba algún comentario burlón, pero él se limitó a acomodarla en su poni.

—Hagamos una tregua, Marina —murmuró Fergus, mirándola con

expresión preocupada—. No tienes que ser fuerte todo el tiempo.

Qué equivocado estaba. Ella tenía que serlo. Aunque ahora mismo, su fuerza no le pareciera una cualidad admirable, sino la razón de su insoportable soledad.

Cuando él silbó para llamar a los perros, estos se acercaron ladrando. Fergus cogió las riendas y chasqueó la lengua hacia el poni. Marina pensó que debería decirle que era perfectamente capaz de montar su caballo de vuelta al castillo, pero era tan agradable tener a alguien que cuidara de ella... Alguien a quien...

Ella se obligó a desterrar ese pensamiento traidor, estremeciéndose. Parpadeó para ahuyentar lágrimas inútiles y miró al frente mientras el poni de Fergus les seguía detrás. Marina había desarrollado un gran afecto por aquellos robustos caballitos de naturaleza estoica. También había desarrollado un amor por el paisaje salvaje, por infructuosos que fueran sus intentos de pintarlo. También le gustaba la gente que vivía en aquel valle aislado. Jock y Maggie, Kirsty y Jenny, y los criados, campesinos y pastores que había conocido.

Sentiría irse de Achnasheen.

Curvó sus labios con una sonrisa hueca. ¿Sentirlo? Estaría destrozada. Y no porque echara de menos todo lo que acababa de evocar, aunque lo haría. Su partida la dejaría desolada, porque temía separarse del hombre alto y pelirrojo que guiaba su poni por el áspero camino.

El hombre que le daba ganas de pegarle.

El hombre que la hizo querer besarlo.

A medida que el castillo aparecía como salido de un cuento de hadas, la ácida pregunta de Fergus resonaba en su mente. ¿De qué le servía su castidad? Si cedía ahora, ¿qué daño le causaría?

Marina recordó aquel instante de brillante claridad en el que pensó que podría morir. Lo que más lamentó en ese momento fue haber dejado que el miedo anulara su deseo por Fergus. Durante esos largos días en las colinas, había llegado a confiar en él. *Per l'amor di dio*, le había salvado la vida dos veces. ¿No era hora de concederle la tradicional recompensa del héroe, los favores de la dama rescatada?

Para su alivio, él no habló mientras cruzaban las colinas. Solo cuando Fergus detuvo el poni en el patio y la levantó de la silla con más de esa maldita consideración, dijo algo.

—¿Sabes? Es bastante triste que cuando te vayas, solo recuerdes la versión pintada de mí, cuando con una pequeña palabra podrías tener todo lo que quisieras del hombre real.

La nota acerba de su declaración no ocultaba el doloroso arrepentimiento subyacente. Marina se mordió un gemido ahogado y tropezó al llegar al suelo. Fergus la estrechó contra sí antes de soltarla,

para disgusto de ella.

—Ten cuidado o te caerás —dijo él en voz baja.

Ella tenía la sombría sensación de que era cierto. Si se quedaba más tiempo en Achnasheen, caería.

Capítulo 15

Fergus se dirigía a cenar con la sombría certeza de que esa sería la última noche que Marina pasaría bajo su techo. Se maldijo a sí mismo por haberla provocado hasta el punto de que decidiera marcharse. Sobre todo, porque durante un deslumbrador instante, cuando ella le besó, Fergus se preguntó si ella iba a darle todo lo que él le pidiera.

Después de ponerla a salvo, lo único que quería hacer era quererla, abrazarla fuerte y dar gracias por que estuviera a salvo. Él no iba a dejar que ella volviera a hacer nada peligroso mientras viviera.

Pero Fergus admitió enseguida que eso era injusto. La audacia y la curiosidad formaban parte de la personalidad de Marina. No era de extrañar que se sintiera confundido con su intrigante invitada. Estaba acostumbrado a mujeres que se refugiaban en su fuerza. Marina se enfrentó a esta con la suya propia.

Que lo despellejasen si sabía cómo manejarla. Había cometido un error tras otro. Las órdenes solo hacían que ella se rebelara. Hasta ahora, aunque había tenido la suerte de arrancarle un par de besos, sus intentos de seducción habían fracasado.

Maldito fuera si la dejaba ir.

Maldito fuera si no era capaz de hacer que se quedara.

Era la primera noche que Ugolino bajaba al comedor. Jock e Ian, compañeros de clan de Fergus, habían trasladado al anciano en una silla desde su alcoba, y ahora estaba sentado con la pierna rota apoyada en un taburete. Estaba en buena forma, haciendo bromas y contando historias y anécdotas.

Mientras el discurso con acento italiano del hombre fluía a su alrededor, Fergus no podía apartar los ojos de Marina. Aunque la noche no era fría, ella llevaba el vestido morado con cuello isabelino y mangas largas. Fergus supuso que ella intentaba ocultar a su padre las pruebas de su caída. No había mencionado su roce con la muerte. De hecho, había estado callada durante toda la cena.

Por una vez, no había traído con ella su cuaderno de bocetos. El cuaderno repleto de dibujos del hombre al que quería abandonar.

Esos dibujos deberían darle esperanzas. Por no hablar de cómo le había besado esta tarde. Pero ella puso su formidable voluntad en su contra, y él no subestimó lo que eso significaba para su éxito. Temía que su persecución hacia ella estuviera condenada.

—¿Fergus?

Este se dio cuenta de que Ugolino debía de haberle hecho una pregunta. Marina no era la única distraída esta noche.

—Perdone. ¿Qué ha dicho?

—*Santa pazienza,* —dijo Ugolino—, estoy hablando solo. He preguntado si el buen tiempo de hoy iba a durar. Mi hija dice que las vistas de la finca son magníficas.

Fergus no pudo evitar lanzar una mirada incrédula a Marina. A menos que ella considerara la imagen de su anfitrión una vista magnífica, había aprovechado poco el espectacular paisaje.

Un rubor subió a aquellos pómulos notables, mientras ella evitaba los ojos de Fergus y volvía a empujar un trozo de chirivía con el tenedor. Él ocultó una sonrisa sombría y contestó a Ugolino.

—El clima aquí es impredecible, pero la mayoría de los años, el invierno empieza a llegar hacia finales de octubre.

Si Marina tenía intención de viajar a Skye, debía partir pronto para tener tiempo de completar su encargo para el duque. La sola idea de que se marchara hacía que las tripas de Fergus se retorcieran en un doloroso nudo de desesperación.

Ella abandonó todo intento por comer y dejó los cubiertos.

—No estaba preparada para lo hermosas que son las Tierras Altas.

—Son hermosas incluso con tiempo desapacible, aunque sospecho que solo un escocés diría eso. —Y cansado de esperar a que cayera el hacha, Fergus prosiguió—. Si se queda hasta el mes que viene, verá tormentas y lluvia, y nieve si tiene mala suerte.

Él acababa de brindarle la oportunidad perfecta para que ella anunciara su marcha. En lugar de eso, Marina volvió a mirar su plato medio lleno, dejando que su padre respondiera.

—Qué huéspedes tan incómodos somos, sin planes definidos de irnos.

Marina tenía planes de marcharse, pero de nuevo, para sorpresa de Fergus, no habló, y é lo hizo en su lugar.

—Ya se lo dije, son bienvenidos a quedarse todo el tiempo que quieran —declaró.

—Si alguna vez está en Florencia —respondió el señor Lucchetti—, espero que nos permita devolverle su hospitalidad.

¿Debería perseguir a Marina hasta Italia? ¿Sería ella más receptiva en Florencia que en Achnasheen? ¿Podría algún gesto extravagante de él hacerla pasar del rechazo a la aceptación? Fergus lo dudaba. No era una mujer que jugara a coquetear.

Con mal humor, la estudió y deseó por milésima vez que las cosas hubieran sido diferentes entre ellos. A la luz de las velas, todo era un oscuro misterio. Para un hombre al que se le negaban sus favores, aquel vestido era un diabólico instrumento de tortura. La cubría con recato, pero sugería tanto...

Fergus se esforzó por no mirar el exuberante pecho que cubría la seda de color púrpura. Antes había sido lo bastante grosero como para

tachar sus curvas de poco impresionantes. Ahora, la sola idea de tocar aquellos elegantes senos hacía que cada gota de humedad se evaporara de su boca.

No es que ella fuera a concederle ese privilegio. Él podía seguirla hasta Florencia. Podría seguirla a Timbuctú. Podría ir al maldito Júpiter. Su respuesta seguiría siendo no.

Qué trágico desperdicio, que una criatura tan apasionada sellara su sensualidad innata y se dedicara al altar de su arte. Cuando la había acusado de ser una virgen vestal, no se había equivocado mucho.

—No es necesaria ninguna retribución. —Fergus hizo una pausa—. Aunque la *signorina* Marina podría regalarme uno de sus dibujos. Sería un gran recuerdo de nuestro tiempo juntos. Aparte de unas pocas acuarelas que hicieron mis hermanas en la escuela, no tengo pinturas de Achnasheen.

Marina levantó la cabeza y entrecerró los ojos.

—¿Para qué quiere un dibujo, cuando tiene el modelo real?

La sorpresa dejó a Fergus sin habla, luego sus labios se curvaron en una sonrisa lobuna. Vaya, vaya. Esto era un desafío directo a lo que él había dicho esta tarde, y la primera señal de coraje de Marina esa noche.

—A veces, en invierno, es bueno tener un recuerdo del verano —dijo él con suavidad.

Sabía que ella captaría lo que quería decir. Esperó a que volviera a su silencio pensativo, pero ella lo miró con una intensidad que le hizo hervir la sangre.

—Los recuerdos del verano no bastan para mantenerse caliente en una noche fría, Mackinnon.

—Sin recuerdos del verano, el invierno parece eterno.

—Marina —dijo su padre—, después de la amabilidad de Fergus, regalarle un dibujo es lo menos que puedes hacer —concluyó, tomando la conversación en sus términos literales.

—Quizás uno de los cuadros en los que está trabajando ahora.

La sedosa sugerencia de Fergus le valió una mirada fulminante de Marina. No debía provocarla. Era como si la desafiara a abandonarle.

—No vale la pena quedarse con ninguno de ellos —dijo ella con un atisbo de impaciencia.

A su testaruda *lassie* no le faltaba descaro. Cuando Fergus no pudo contener una carcajada, Ugolino lo observó con curiosidad.

El señor Lucchetti se retiró en cuanto terminó la cena. Fergus pudo comprobar que, a pesar del buen humor del italiano, el esfuerzo de sentarse a la mesa le había cansado. Marina se levantó cuando llegaron Jock e Ian para llevar a su padre arriba.

—No quiero estropear la velada —dijo Ugolino, incapaz de ocultar

su decepción por no haber hecho un mejor papel—. Aún es pronto. Marina, quizás podrías tocar el piano para nuestro anfitrión.

Fergus le dedicó a Marina un gesto de sorpresa.

—¿Toca el piano?

—Y canta —añadió Ugolino—. Heredó su talento musical de su querida madre. —La sonrisa del hombre era cálida por el afecto nostálgico—. ¿Tiene un piano, Fergus?

—Sí, mis hermanas aprendieron con él. Aunque no ha sido tocado en años. Debe de estar muy desafinado.

—Como mi canto —dijo Marina.

—Seguro que es demasiado modesta.

Fergus no hablaba solo de sus habilidades musicales. Si ella hubiera sido una descarada, él no estaría sufriendo el tormento de los condenados. Por otra parte, la alegre persecución a la que le conducía aumentaba su fascinación.

—Bien, si no puede ser música, ¿tal vez cartas? —sugirió Ugolino—. *Dio*, hay cientos de cosas que podrían hacer.

En efecto, las había. Fergus había soñado con cada una de ellas antes de despertarse solo y con las manos vacías en su torre.

Esperó a que Marina se negara y dijera que tenía que madrugar. O tal vez que se ofreciera a subir a leerle a su padre. Era una hija devota. Cada vez que Fergus se sentía inclinado a tacharla de poco femenina —la mayoría de las veces, porque no era lo bastante mujer como para arrojarse a sus brazos por el mero hecho de que él se lo pidiera—, recordaba su preocupación por Ugolino.

Ella le lanzó una mirada ilegible y luego besó la mejilla de su padre.

—Muy bien, papá. Para que estés contento, nos quedaremos aquí abajo, quemando el aceite de medianoche.

—*¡Ecellente*!

Una vez que Ugolino se hubo marchado, Fergus esperó a que Marina le contara qué tramaba. Quizá se guardaba la noticia de su marcha para cuando estuvieran solos. Se esforzó por encontrar alguna razón para retenerla en Achnasheen, pero no tenía nada nuevo que decir.

«Te deseo. Tengo hambre de ti. Por favor, no me dejes».

Ninguna podía convencerla. Lo que le sorprendía a sí mismo fue lo cerca que estuvo de dejar a un lado su orgullo y decirle sus motivos de todos modos.

—¿Vas a tocar para mí? —Fergus se esforzó por fingir que tenerla cerca, pero de forma prohibida, no le empujaba al borde de la locura.

—¿Quieres que lo haga?

Con un suspiro, él se pasó la mano por el pelo.

—Ya sabes lo que quiero.

Fergus esperó alguna respuesta desdeñosa, pero los ojos que ella clavó en él parecían sopesar su alma en la balanza. Eso también era nuevo. Ninguna de sus aventuras anteriores había tocado algo más profundo que el placer carnal.

—Sí, lo sé.

—Supongo que estás a punto de decirme que te vas —dijo él con rotundidad.

Para su sorpresa, ella se rio.

—Ánimo, Mackinnon. Un corazón débil nunca gana una bella dama.

Sorprendido, Fergus se enderezó y la miró fijamente.

—¿Qué demonios...?

—Es una noche encantadora. —La sonrisa de Marina se ensanchó —. Un anfitrión considerado podría invitar a un huésped a dar un paseo.

—¿Un paseo? —preguntó extrañado, y entonces, para su asombro, ella dio un paso adelante y le rodeó el brazo con los dedos. El corazón de Fergus dio un triple salto mortal y se estrelló contra su pecho.

—Me gustaría ver el lago a la luz de la luna.

Era absurdo, pero a él le costaba respirar. Algún vestigio de honor le hizo sacar a relucir una advertencia.

—Si me encuentro contigo a solas a la luz de la luna, *lassie*, no perderás el tiempo admirando las vistas.

—Es una pena —dijo ella con evidente falta de sinceridad—. Si las vistas no retienen mi atención, ¿de qué otra forma puedo pasar el tiempo?

—Tú, pequeña... —Fergus se calló el resto de lo que quería decir cuando Kirsty entró para recoger la mesa.

Marina se separó de él, dejándole un cosquilleo en la piel con el recuerdo de su tacto.

—Sé de buena tinta que el buen tiempo no va a durar mucho más —le dijo con aire desenfadado.

—Sí, el invierno puede ser cruel —respondió Fergus, prestando poca atención a lo que decía.

Cuando la mirada subrepticia de Kirsty hacia ellos mostró un atisbo de aprobación, Fergus se percató de algo inoportuno. Estaba claro que no había ocultado tan bien como pretendía su deseo de conocer a su encantadora invitada.

—Entonces un corto paseo será perfecto. —Marina hizo una pausa —. Hay que aprovechar la felicidad mientras se pueda.

Fergus apenas se atrevía a esperar que aquello significara lo que pensaba. Al fin y al cabo, Marina podía estar hablando solo de un paseo nocturno. Con el corazón palpitando de expectación —aunque se dijo a sí mismo que debía calmarse, que podía estar interpretando

demasiado—, señaló hacia la puerta.

—¿*Signorina*?

—Con mucho gusto.

Cuando él extendió el brazo, ella deslizó los dedos por el pliegue del codo. ¿Era tan tonto como para encontrar motivos de optimismo en aquella repentina voluntad de tocarlo? Le tenía tan desconcertado que apenas sabía dónde mirar. ¿Estaba simplemente agradecida porque le había salvado la vida? Diablos, no podría soportar que la gratitud fuera la razón de este cambio en su actitud.

Cuando salieron del comedor y entraron en el vestíbulo, apenas iluminado por las llamas titilantes de las velas, Fergus habría jurado que oyó risitas ahogadas detrás de él. Las mujeres de Achnasheen se estaban excediendo. Ya era hora de que pusiera orden. Marina Lucchetti estaba dando un mal ejemplo.

—Estás sonriendo —dijo Marina con curiosidad.

—*Aye*. —A pesar de su confusión, era cierto—. Creo que las *lassies* de aquí están perdiendo todo respeto por la autoridad masculina.

Mientras se acercaban a las puertas del castillo, ella le lanzó una mirada burlona.

—Bueno, una *lassie* sí que lo hace, con toda seguridad.

Antes de que Fergus pudiera rebatir aquella intrigante observación, Jock apareció de entre las sombras para abrirles las puertas. ¿Acaso un hombre no iba a encontrar nunca un minuto de maldita intimidad en aquel caserón?

—Gracias, Jock —dijo Marina mientras ella y Fergus pasaban al patio.

Este colocó su mano sobre la de ella, que se curvó alrededor de su brazo.

—¿Tienes frío? —le preguntó él.

—No —murmuró Marina.

Pasaron bajo el rastrillo y emergieron en un paisaje tocado por una magia plateada. O tal vez, pensó Fergus, la magia provenía de la mujer que estaba a su lado. A ella se le escapó un grito de asombro. Su alma de artista respondería a esta belleza.

En silencio, bajaron hasta el lago, donde la luna trazaba un camino brillante hacia las montañas negras que se alzaban a lo lejos. Aparte del suave rumor del agua en la orilla y el ulular de un búho que volaba por encima de ellos, la noche era tranquila.

Fergus quería acosar a Marina con preguntas, súplicas y exigencias, pero algo en la grandeza del paisaje hizo que se le atascara la voz en la garganta.

Se detuvieron en la orilla cubierta de hierba y miraron la luna. Entonces Marina se volvió hacia él y le sonrió. La luz de la luna jugaba con su percepción. Fergus no podía estar seguro de si leía

rendición en sus ojos, o si solo se trataba de más malditas ilusiones.

—Hoy me has salvado la vida —le dijo ella soltándole el brazo.

Fergus se estremeció al pensar en lo que podría haber ocurrido en aquella ladera. Aún se le encogía el estómago con un nudo doloroso cuando recordaba haberla visto tambaleándose sobre el acantilado, a pocos centímetros de la muerte.

Como había hecho antes, Fergus buscó refugio de sus emociones turbulentas en el humor.

—Puedes volverme loco, *lassie*, pero prefiero tenerte conmigo que tirada al pie de una montaña.

La expresión de Marina se volvió seria.

—Cuando uno se balancea sobre unos centímetros de saliente en ruinas, la mente se vuelve sorprendentemente clara.

A Fergus le resultaría muy fácil tomarse aquello como una invitación y lanzarse sobre ella, pero había aprendido en los últimos días a esperar hasta estar seguro.

—¿De veras?

—Piensas en aprovechar oportunidades y en que los riesgos pueden llevar a recompensas.

Eso sonaba prometedor. Muy prometedor.

Fergus extendió las manos hacia ella.

—Marina, querida, si has cambiado de opinión sobre que vivamos una aventura, tienes que decírmelo sin rodeos. No puedo arriesgarme a cometer más errores contigo. Mi corazón no lo soportaría.

La impaciencia reafirmó los labios de ella.

—¿Tengo que decirlo?

—Por el amor de Dios, si me deseas, dilo. ——La voz de Fergus se hizo áspera cuando la esperanza agonizante se alojó como una roca puntiaguda en su garganta.

Los ojos oscuros de Marina se posaron en el rostro de él.

—Te deseo, Mackinnon.

Él no la estrechó entre sus brazos, aunque el esfuerzo de contenerse casi le mata.

—¿Y eso significa..?

Ella le dedicó una sonrisa seductora.

—Significa que te has ganado una amante, mi bravo highlander.

—Marina... —dijo él, adelantándose hasta que, para su asombro, ella le puso una mano en el pecho.

—Aquí no.

—¿Qué demonios?

Por Dios. Ella no estaría tomándole el pelo. No ahora. No después de lo que acababa de decir.

Marina inclinó la cabeza hacia la puerta del castillo.

—Tenemos público.

Fergus miró hacia atrás y vio un grupo de figuras en las sombras. La silueta de Jock era inconfundible y supuso que Kirsty y Jenny también estaban allí.

—Diablos, tienes razón. —Él le cogió la mano con fuerza—. ¿Te gustaría disfrutar de las vistas desde otra perspectiva?

La risa de ella le atravesó como el fuego.

—Más de lo que puedo decir.

—Entonces ven conmigo. Y no te entretengas, *mo chridhe*.

Con una rapidez que la dejó sin aliento, Fergus sacó a Marina de la vista directa del castillo. Tal vez fuera por la excitación y la expectación, y por algunos nervios latentes por lo que ella había aceptado. No importaba que se dijera a sí misma que ya había arrojado su sombrero sobre un molino de viento y que era demasiado tarde para pensárselo dos veces.

Él la atrajo hacia las sombras, bajo un grupo de pinos silvestres, y miró por encima del hombro.

—Sin ojos vigilantes.

El calor la invadió. Hizo bien en confiarle su reputación.

—Bésame, Fergus —dijo ella, ya sin intentar ocultar su anhelo, un anhelo que la había devorado durante días. El beso interrumpido de hoy solo había avivado su hambre—. Bésame antes de que me muera de ganas de ti.

—Oh, mi encantadora *lassie*... —dijo Fergus en un tono vibrante mientras la atraía suavemente entre sus brazos.

Marina esperaba que él la desbordara de pasión. No sabía qué hacer con aquella ternura. Ella quería proteger los puntos vulnerables de su propia alma, que incluso ahora luchaba por mantener libres de él.

Se trataba del comienzo de un romance breve, no de un compromiso para toda la vida. Cuando la relación terminara, ella quería marcharse con una sonrisa y un tesoro de recuerdos gloriosos. No quería llevarse también un corazón roto.

Sus labios se encontraron con los suyos y el rápido placer ahuyentó sus últimos recelos. Suspiró rendida y se inclinó hacia él, rodeándole el cuello con los brazos y abriendo la boca a su ardiente exploración.

Tal vez porque ya no se contenía, el beso fue extraordinario, pasando de la dulzura a la exigencia en un instante. Las manos de él bajaron por la espalda de ella hasta abrazarle las nalgas a través del vestido, estrechándola contra su cuerpo. Marina emitió un gemido hambriento al encontrarse con el volumen de su excitación, un peso descarado contra la suave carne de su vientre.

Con un gemido, Fergus se apartó.

—Mañana no puede llegar lo bastante pronto. Aunque si no tuviéramos una audiencia, te llevaría dentro ahora mismo.

Él le tocó la mejilla. Más atenciones delicadas para ella, aunque un rincón imprudente en su interior quería olvidar la corrección y pedirle que la llevara en ese mismo instante.

—Parecerá una eternidad.

—Prometí honrar tu buen nombre. Confía en mí.

—Sí —dijo ella, sorprendida de haber hablado sin un ápice de duda. Como mujer que se abría camino en un mundo de hombres, había aprendido a confiar en pocas personas. Pero Fergus era un hombre de honor. Era una de las cualidades que más admiraba de él. Eso, y su magnífico aspecto con el *kilt*.

—Gracias —dijo él, como si entendiera la concesión que ella había hecho—. Ahora bésame otra vez, y te llevaré de vuelta al castillo.

Marina torció el gesto.

—Doblegarse a la moral pública se va a convertir en una molestia.

—*Och*, el placer privado hará que valga la pena.

Él le dio otro rápido beso. El roce de sus labios era una promesa de goces futuros, pero la dejó inquieta e insatisfecha. La sangre le bombeaba espesa y caliente, y cuando Fergus se retiró, sintió los brazos agonizantemente vacíos.

—¿Lo arreglarás todo?

Él soltó una breve risa.

—Organicé hace mucho tiempo mis planes pecaminosos.

—¿Estabas tan seguro de mí?

—En absoluto. Aún no puedo creer que hayas aceptado. Hoy ibas a marcharte, y me preguntaba cómo podría soportarlo.

A Marina le gustó que él no se tomara su consentimiento a la ligera.

—Tenías razón. Tenía miedo.

—Te mantendré a salvo, Marina. Te lo juro. —Fergus le cogió la mano y se la llevó a los labios. Maldiciendo las restricciones del decoro, ella se estremeció en respuesta—. Debemos volver.

—Cualquiera que me vea sabrá que ha ocurrido algo extraordinario. Siento que estoy a punto de estallar en llamas.

—Oh, querida...

Más besos vertiginosos. Esta vez, ella se apartó.

—No podemos quedarnos más tiempo.

—No, no podemos. —En lugar de moverse, Fergus le alisó el pelo.

Marina se obligó a retroceder un paso. El esfuerzo fue doloroso. *Cielo,* hasta ahora, él no se había aventurado más allá de los besos. ¿Cómo podría ella despedirse, una vez que le hubiera entregado su cuerpo?

—¿Nos vemos al amanecer?

—Sí.

Marina se preguntó cómo se las arreglarían para encontrarse. ¿O él

había planeado verse en la ladera desnuda? La excitación se apoderó de ella al imaginar cómo se unirían, salvajes y libres, con el cielo sobre ellos y solo los pájaros para oír sus gritos de éxtasis.

—Deja de mirarme así o no seré responsable de mis actos —gimió él.

—¿Debemos entrar?

Los ojos de Fergus ardían a través de la penumbra.

—Debemos hacerlo.

Fergus la alcanzó para darle un beso más y luego la soltó. Marina dejó escapar una risa temblorosa.

—Mantén al menos medio metro entre nosotros.

—Tres.

—Te quiero para mí. —Marina sintió una libertad embriagadora al decir todas las cosas que nunca se había atrevido a expresar.

—Pronto.

—Sí, pronto. Le pareció una hermosa palabra, aunque «ahora» sería encantador.

Durante un instante, ella estuvo a punto de arrojarse a sus brazos. Entonces, un pájaro cantó desde los árboles y le recordó que vivía en el mundo real, no en una radiante burbuja de pasión donde nada importaba más que su deseo por aquel hombre.

Reacia a dejarle, pero sabiendo que debía hacerlo, se dio la vuelta y emprendió el camino de regreso por la orilla hacia el castillo. Fiel a su palabra, Fergus permaneció unos pasos detrás de ella. No hablaron. Él, como ella, debía de saber lo cerca que estaba de ceder. Una palabra insinuante y Marina echaría por tierra su reputación.

Su cautela fue en vano, porque cuando llegaron al castillo, el patio estaba vacío.

La vida era extraña. Cuando no había tenido intención de entregarse a Fergus, Marina no se había sentido cohibida por su compañía. Ahora que había prometido convertirse en su amante, sentía que la espiaban por todas partes. Se abrazó a sí misma y Fergus frunció el ceño al alcanzarla.

—Te he tenido fuera demasiado tiempo. Tienes frío. —Bajó la voz —. Lo que daría por poder calentarte.

—Ahora tengo tanto calor que dudo que pueda dormir. Me siento bastante atrevida estando a solas contigo.

A la luz de la luna, los dientes blancos y perfectos de Fergus brillaron al sonreír.

—Imagina cómo te sentirás mañana.

Sí, ella podía imaginarlo. Su corazón dio un brinco que la mareó. Se llevó una mano temblorosa al pecho, pero nada podía calmar su furiosa excitación. Habló con voz temblorosa.

—No creo que debas acompañarme a mi habitación.

—Es cierto —convino él—. Tal vez no sea prudente.

Marina se dio la vuelta, sabiendo que si no se iba ahora, ya no lo haría.

—Buenas noches, Mackinnon —dijo con un tono casual, por si alguien la escuchaba.

—Buenas noches, *signorina* —dijo él detrás de ella. Mientras Marina subía los escalones hacia las macizas puertas, lo oyó susurrar —: Sueña conmigo, *bonny lassie*[49].

Capítulo 16

La estructura de piedra y madera se mimetizaba en el paisaje. Con su tejado de tepes, parecía una prolongación de la ladera. Si Fergus no le hubiera señalado la pequeña construcción, Marina no habría sabido que estaba allí.

—¿Una cabaña de pastores? —preguntó ella a la vez que acercaba su poni al de él a la luz de la mañana. Hoy no había perros trotando a su paso. Fergus había dejado a Macushla y Brecon en el castillo.

Marina se había despertado, fresca y rebosante de ilusión, cuando empezó a cantar la primera alondra. Tras haber elegido convertirse en una mujer caída, había pasado su mejor noche de sueño desde que llegó a Achnasheen. Su falta de reparos ante su próxima ruina demostraba que era malvada hasta los huesos.

Durante las dos últimas horas, ella y Fergus habían hablado de asuntos triviales mientras él la llevaba cada vez más al interior de las colinas, lejos de la costa. Cualquiera podría haber escuchado su conversación y no haber encontrado el mínimo escándalo que compartir. Además, él apenas la había tocado. A estas alturas, ella tenía fiebre por estar en sus brazos.

Fergus se apeó con la gracia animal que siempre hacía volar su alma de artista.

—Ya verás.

—Eres un provocador —dijo ella, mientras él la levantaba del poni.

—Estoy recuperando algo de lo mío. —Cuando Fergus posó las manos en la cintura de ella, Marina apoyó las suyas en el pecho de él.

Esta concordia entre ellos era tan nueva que se sentía atrevida al tocarle. Hoy, él vestía el traje tradicional de las Highlands, una camisa suelta de lino blanco y un *kilt* escocesa con el vistoso estampado rojo y negro.

—Pareces un escocés salvaje e indómito —dijo, estudiándolo—. Me gustaría pintarte así.

El agarre de él se volvió tenso y su expresiva boca se torció.

—Ahora no.

—No, ahora no —repitió ella, y se inclinó para recibir su beso.

El mundo dio vueltas a su alrededor cuando él la alzó del poni y la llevó sobre la hierba áspera hasta la pequeña y extraña cabaña. El corazón le dio un vuelco como el de una golondrina que levanta el vuelo. Mareada por la emoción, rodeó el cuello de Fergus con su brazo mientras él descorría el pestillo de la pesada puerta de roble, situada entre dos ventanas de baja altura.

La penumbra del interior hizo parpadear a Marina, pero cuando su visión se ajustó, lanzó una exclamación de placer.

—¡Un pastor con gustos sofisticados, *certo*!

—A mi padre le gustaba acechar a los ciervos. —Fergus se acercó a la enorme cama y tumbó con cuidado a Marina sobre las sábanas—. Hizo construir esto para poder pasar días y días en las colinas sin sacrificar su comodidad.

Marina se quedó sin aliento cuando lo que estaba a punto de suceder adquirió de repente una sólida realidad física de la que antes carecía. Estaba en la cama de Fergus, donde pronto él tomaría su cuerpo. Hoy, su vida cambiaría para siempre.

La perspectiva era emocionante y desalentadora. Hasta ahora había conseguido mantener los nervios a raya, pero en aquel momento se sentía inquieta y demasiado consciente de su falta de experiencia. Se llevó una mano insegura a la garganta, donde su pulso latía acelerado.

—¿Así que aquí tenemos privacidad? —Marina observó el lujoso entorno, con la repisa de la chimenea tallada, los sofás de cuero y los elegantes muebles de caoba, antes de volver su atención, como debía ser, al hombre que la miraba con sus ojos grises brillantes. Ella vio que su emoción se reflejaba allí en un halo de plata brillante.

—Sí. —Fergus se quitó las botas y se tumbó a su lado, apoyándose sobre un codo para poder mirarla a la cara.

Cómo esperaba ella que no viera su ataque de nervios de última hora. Estaba decepcionada consigo misma. Desde que había decidido convertirse en su amante, se había sentido valiente y fuerte. Y no se sentía valiente y fuerte en ese momento.

—Privacidad y seguridad. —Fergus la observó con intensidad y le apartó unos mechones de pelo de la frente—. Esta parte de la finca está reservada para los ciervos.

Los labios de Marina se crisparon, incluso mientras temblaba bajo la caricia.

—Y para mi amante —añadió ella.

El calor de la mano de Fergus calmó su nerviosismo. Su tacto siempre había ejercido un gran poder sobre ella.

—Y la mía. —Él se inclinó para rozar suavemente sus labios. La dulzura convirtió la sangre de Marina en almíbar y le hizo saltar unas lágrimas tontas.

Ella levantó una mano temblorosa para acariciarle la cara. Le encantaba la forma en que los huesos se encajaban para formar sus rasgos. Le encantaba cómo sus ojos la miraban, como si ella fuera la creación más gloriosa de la Tierra.

Fergus volvió a besarla con más calor, su lengua se deslizó entre sus labios para atraerla a un juego sensual. Marina suspiró de placer y se unió al juego, chasqueando la lengua contra la de él y apartándose

para morderle los labios.

Rodó sobre ella, apretándola contra el grueso colchón. Le acarició el cuello hasta que Marina se sintió a punto de derretirse. Un insistente latido se instaló en la base de su vientre y ella apretó los muslos en torno a las estrechas caderas de él. Ávida de tocarlo, le apartó la camisa suelta. Unos dedos insaciables descubrieron sus hombros y su pecho; una piel cálida y tersa y un vello sedoso.

—He imaginado tenerte en mis brazos así desde la primera vez que te vi —gimió Fergus contra su hombro—. Pero ahora estás aquí, y la realidad es mucho mejor.

—Yo también te deseaba —respondió ella con la misma inseguridad—. Todo el tiempo.

—Tenemos mucho que descubrir. —Él se incorporó para sacarse la camisa por encima de la cabeza y tirarla a un lado.

Al ver por primera vez su pecho desnudo, Marina entornó los ojos y su corazón dio un vuelco. Esperaba que las mariposas de su estómago se hubieran calmado, pero contemplar a un hombre desnudarse por primera vez le recordó su inocencia.

Ella tragó aire, que de repente parecía escasear a su alrededor.

—*Per l'amor di dio,* Miguel Ángel lloraría si pudiera verte.

Su insensato corazón volvió a dar un salto al comprobar que sus elogios lo dejaban perplejo. *El* Mackinnon parecía casi tímido, algo que ella nunca habría imaginado posible. Qué delicia…

Cavolo, más le valía tener cuidado. Marina esperaba encontrar la pasión en sus brazos, pero este encuentro alimentaba sus emociones caprichosas con tanta fuerza como había avivado el hambre carnal.

—Adelante, Marina —dijo él con brusquedad.

—*Sí* —susurró ella, recuperando la confianza al sentarse.

Nerviosa o no, no pudo resistirse a tocarlo. Con mano temblorosa, Marina trazó un camino desde uno de sus anchos hombros, pasando por el vello rojo oscuro que se enroscaba sobre su pecho, y bajando por su vientre plano. Ante su vacilante exploración, los músculos de él se tensaron. Cuando llegó a la barrera del ancho cinturón de cuero negro, el vientre de Fergus estaba duro como una roca.

Qué gratificante que su tacto también tuviera poder sobre él. Con más seguridad, ella volvió sobre sus pasos, rozando su pezón marrón claro. Él tomó aliento con un silbido.

Interesante. Debía de gustarle eso. Qué fascinante era su cuerpo. Qué fascinante descubrir formas de darle placer a cambio del que él le daba a ella.

Fergus le cogió la mano y se la llevó a los labios.

—Déjame desvestirte, *lassie*.

Marina se armó de valor. No era tan difícil como lo habría sido hacía cinco minutos.

—Sí, por favor.

A ella le gustó que él no se apresurara a soltar los botones de su chaqueta verde oscura. Con el mismo cuidado hipnotizador, Fergus separó las solapas para dejar al descubierto la fina camisa que Marina llevaba debajo. Cuando los ojos de él se encendieron al ver su cuerpo bajo la tela blanca y transparente, sus pechos se hincharon contra el corsé. Su carne lo deseaba.

—Más botones —murmuró Fergus.

Marina reprimió una carcajada mientras las mariposas de su interior se calmaban. Incluso se atrevió a burlarse de él.

—Te gustan los retos.

—Parece que sí. —Con una eficacia pasmosa, Fergus le desabrochó los botones de nácar de la camisa. Los pezones de Marina se tensaron cuando él los rozó con sus manos a través de la fina tela.

Con el mismo cuidado, Fergus separó los bordes de la camisa para revelar el corsé. Su gemido de frustración la hizo reír.

—No te rindas todavía, Mackinnon. Solo son unos pocos corchetes.

—Para ti es fácil decir «solo».

Con una paciencia que la hizo temblar, Fergus le desabrochó el corsé. El pálido vestido crema que llevaba debajo era tan transparente que dejaba ver los picos rosa oscuro de sus senos. Cuando los pesados ojos de él se posaron en la descarada exhibición, Fergus se lamió los labios como si hubiera saboreado algo delicioso.

—Las italianas llevan demasiada ropa —dijo.

Sus dedos se afanaron en desatar la cinta de seda azul que cerraba la parte superior de su camisa. Más caricias tentadoras de sus manos sobre su piel.

La camisa se abrió y los pechos de Marina cayeron libres sobre las palmas de sus manos. Cuando él apretó su carne, un destello de exquisito calor la hizo gritar. Él volvió a apretar, y otro escalofrío la recorrió.

El asombro de su expresión al contemplar embelesado su torso desnudo le abrió a Marina una brecha en el corazón. La visión de sus pechos desparramándose entre los bordes abiertos de la camisa parecía casi más descarada que la desnudez completa. Contra la chaqueta de lana verde oscura, su piel parecía asombrosamente blanca.

Al tocarla, las pupilas de Fergus brillaron con un fulgor casi reverencial. Se inclinó para besar la base de cada uno de los pálidos montículos, y ella le peinó el espeso cabello con los dedos mientras lo estrechaba contra sí. Más emociones rebeldes. Esta aventura la llevaba más allá de lo que jamás había imaginado. Le rodeó el hombro con una mano temblorosa, sintiendo su fuerza nervuda bajo la palma.

—Enséñame más —susurró él, su aliento le producía un cosquilleo

en la piel.

—*Si, caro. Con piacere*[50]. —

Fergus se echó hacia atrás mientras Marina se quitaba la chaqueta, la camisa y el corsé, tirándolos al suelo en un bulto enmarañado.

A él se le cortó la respiración y volvió a acercarse a ella.

—Por Dios, ha merecido la pena esperar —dijo con voz ronca, rozando con los pulgares los botones que ya estaban duros y doloridos.

Él tomó uno de ellos entre sus labios, apretando la punta hasta que Marina gimió y se retorció sobre la cama. Cuando ella estuvo segura de que no podría soportar más aquel feroz placer, él desvió sus atenciones al otro pecho. Marina se sorprendió al descubrir que el deseo no tenía límites.

Un rápido fruncimiento de ceño ensombreció las facciones de Fergus al notar los moratones en los brazos de Marina por la caída del día anterior.

—Y pensar que ayer estuve tan cerca de perderte…

Inclinó su cabeza rojiza para besar cada marca oscura de su piel. Ella se estremeció bajo su dulce gesto y una emoción abrumadora le oprimió la garganta, hasta que su respiración se entrecortó. Esperaba que él derrochara su sensualidad con ella, pero aquella dulzura la hacía sentirse apreciada.

Marina enredó de nuevo los dedos en la abundante cabellera pelirroja y, mientras los dientes de él le rozaban el pezón, ella tiró de los brillantes mechones, arrancándole un gruñido. Cuando Fergus levantó la cabeza, ella temblaba de necesidad. El hueco secreto entre sus piernas se volvió resbaladizo y caliente, y recibió su beso con la boca abierta. Sus persistentes atenciones hacia sus pechos la hicieron desear la unión definitiva.

—No pares —graznó Marina con una voz que no reconoció.

Fergus dejó caer un beso sobre la curva de su pecho y, para consternación de ella, se sentó en el borde de la cama. Incapaz de soportar tanta separación, Marina se puso de rodillas y se apretó contra la espalda de él. Lo rodeó con los brazos y sintió cómo temblaba.

—¿Fergus?

—Me pones al borde del abismo —confesó, inseguro—. Dame un momento.

Respirando entrecortadamente, Fergus le cogió la mano y la llevó entre sus piernas. Tocarlo donde se erguía duro e insistente bajo el suave *kilt* de lana era extraordinario, como si ella sostuviera la fuente del poder del mundo. La excitación y un eco de su anterior inquietud se agolparon en su estómago al imaginar toda aquella fuerza y potencia deslizándose dentro de ella.

—Te deseo tanto… —susurró Marina, besando la parte superior de su espalda desnuda. El calor que desprendía su piel la hizo sentir como si estuviera acurrucada junto a un enorme horno.

—Yo te deseo demasiado. —La voz de Fergus sonó como grava.

Su declaración hizo que Marina lo soltara para deslizar sus brazos alrededor de su cintura por detrás.

—¿Es eso posible?

La espontánea risa de Fergus contenía la familiar nota burlona.

—Lo es cuando necesito tomarme mi tiempo y mostrarte lo que te has estado perdiendo, *mo chridhe*.

Ella no podía imaginarse deseándole más de lo que lo hacía.

—Estoy lista para ti ahora.

Fergus le acarició los brazos con una dulzura que hizo que su sangre se moviera en círculos lánguidos y calmó la oleada de miedo virginal.

—Ni de lejos —dijo .

Cielo, ¿había más? Se moriría de placer antes de que él terminara.

—No me hagas esperar.

—No hay prisa, *bonny*. Tengo todo el día para volverte loca.

—Los highlanders tenéis una gran opinión de vosotros mismos —dijo Marina.

—Sí, y bien ganada, como pronto verás.

—Espero que sea pronto.

—La paciencia tiene su recompensa —murmuró él—. Confía en mí, Marina.

—*Sí*, confío en ti, Fergus —dijo ella, y trató de ignorar lo mucho que sus palabras se parecían a una declaración de amor.

Permaneció largo rato abrazado a ella. Su respiración errática se calmó. Ella quería que él siguiera alimentando su excitación. Pero a medida que pasaban los segundos, la dulzura de esta conexión pronto la sedujo en un sueño sensual.

—Túmbate —le susurró Fergus. Ella se estiró en la cama, con los miembros pesados por el deseo y el corazón acelerado por la expectación.

Él se levantó para quitarle las botas y las medias. La había adormecido, pero su lasitud se desvaneció como el rocío a la luz del sol cuando empezó a acariciarle las piernas. Le subió las manos por los muslos, acercándose, pero sin llegar al lugar donde ella palpitaba de necesidad. Cuando Marina emitió un sonido de queja sin palabras, el muy bruto tuvo el valor de reírse de ella.

—Paciencia.

—Empieza a disgustarme esa palabra, *caro*.

—Shh…, *lassie* —murmuró él, inclinándose para besarla de nuevo —. Al final lo conseguiremos.

Fergus jugó con su boca hasta que ella se estremeció y jadeó. En una súplica silenciosa, levantó las manos para amasar los duros músculos de los brazos de él. Cuando Fergus le rozó el empeine de un pie con los labios, ella se sacudió contra la cama, aunque comparado con lo que él le había hecho en los pechos, el beso fue casi casto. Marina había alcanzado tal grado de hambre que cada roce hacía estallar el calor a lo largo de sus venas.

Fergus dejó caer una lluvia de besos sobre sus senos antes de soltarle la falda y las enaguas con impresionante eficacia. Bajó las prendas para dejar al descubierto unos calzones vaporosos bajo la camisa desarreglada. Sus ojos brillaron con ansia mientras se desabrochaba el ancho cinturón negro y lo dejaba caer al suelo con un ruido sordo, seguido del suave crujido de su *kilt* al caer.

Su desnudez paralizó a Marina.

—Qué hombre tan soberbio eres —suspiró ella, recorriendo con la mirada su poderosa silueta, antes de centrarse en la dura columna que surgía de una mata de vello rojo oscuro entre sus piernas.

Marina cerró las manos en puños sobre el vacío a sus costados mientras la aprensión la agitaba de nuevo. Era tan grande... *Per pietà*, ¿cómo se sentiría toda esa fuerza masculina al moverse dentro de ella?

—Gracias —dijo Fergus, y le dedicó su rara y plena sonrisa. Siempre que lo hacía, ella sentía que le hacía un regalo maravilloso. Su miedo fugaz se desvaneció como si nunca hubiera existido.

Marina había imaginado que se pondría nerviosa cuando un hombre la viera desnuda por primera vez. Había sentido esos nervios cuando él se unió a ella por primera vez en la cama. Pero Fergus había ido construyendo sus respuestas centímetro a centímetro, hasta que lo único que a ella le importaba era encontrar una conclusión a ese deseo interminable.

Marina se incorporó y, con las manos torpes por la impaciencia, se deshizo de su camisa. Ahora solo le quedaban los calzones. El material transparente apenas disimulaba el oscuro triángulo de vello en el extremo de su vientre.

Con ojos brillantes, Fergus examinó su cuerpo. Marina tuvo un repentino recuerdo de su primer encuentro, cuando había deseado rendirse a él y dejarle obrar su encantamiento. Aquel deseo había sido una premonición.

—Tú también eres un espectáculo, *lassie* —le dijo Fergus en un ronco susurro, arrodillándose junto a ella.

A Marina se le erizó la piel mientras esperaba a que él le arrancara los calzones y la penetrara, pero no había más que esa tentadora paciencia. Con el rostro severo por la concentración, Fergus recorrió con fuego sus pechos, el vientre y las caderas. Solo cuando ella gimió y tembló contra las sábanas, la tocó allí donde ardía por él.

Fergus encontró la abertura de los calzones y le acarició el trasero. Una oleada incontrolable de calor líquido salió a recibirlo. Ella jadeó sorprendida y se inclinó hacia arriba, deseando más, pero sin comprender lo que eso significaba. Fergus respondió a su impotencia con un sonido gutural de aprobación.

Per l'amor di dio, esto era una revelación: Cómo podía arder hasta la inmolación y luego arder un poco más. Cómo las manos de un hombre sobre su piel desnuda hacían correr su sangre en una marea caliente de exigencia. Cómo el deseo podía provocar y torturar hasta el borde del dolor, pero sin dejar de ser el placer más exquisito.

Fergus volvió a besarla. Hoy la había besado muchas veces, y cada una de ellas era diferente. En este instante lo hizo de forma apasionada, de modo que cuando él empezó a acariciarla entre las piernas, lo sintió como parte del mismo acto. Esta atrevida exploración de sus partes más íntimas debería escandalizarla, pero su cuidadosa seducción la había llevado mucho más allá de la timidez. A ciegas, Marina se agarró a su brazo, buscando algo de estabilidad en un mundo que se tambaleaba.

Luego, creyéndose más allá del shock, descubrió que no lo estaba en absoluto. Una sutil presión y un largo dedo invadieron su cuerpo.

Marina se estremeció ante la íntima penetración, y luego gritó cuando él rozó con el pulgar un lugar de atormentadora sensibilidad. Una ráfaga de placer la sacudió, luego otra y otra, cuando él empezó a introducir y sacar el dedo. Ya estaba sedienta de necesidad, pero su incontenible respuesta femenina a esta invasión la asombró.

Fergus observó cómo su mano se movía sobre ella y dentro de ella con una concentración inquebrantable que encendió su excitación como un fuego salvaje. Había algo fascinante en toda aquella atención masculina centrada en ella.

Marina volvió a estremecerse cuando él estiró la hendidura con dos dedos, y de nuevo cuando las yemas en un punto de su interior y le hizo correr ríos de llamas salvajes por las venas. Ella respiró entre sollozos y se aferró con fuerza al hombro de él.

—Ahora —dijo con voz entrecortada.

Los ojos que Fergus levantó hacia los suyos estaban negros de hambre.

—Pronto.

—Mackinnon, deja de torturarme. —Marina clavó las uñas en su carne firme—. Te deseo.

—No lo suficiente.

—Un poco más y explotaré.

—*Och*, no estás ni cerca de eso todavía —dijo él, y en su urgencia, ella odió su petulancia, incluso mientras su cuerpo se tensaba hacia algún final desconocido.

—Quiero... —tartamudeó Marina mientras la sensación aumentaba hasta inundarla—. Quiero...

Esperaba que él sonriera, pero parecía como si el destino del mundo dependiera de lo que le hiciera. La poderosa emoción seguía creciendo en su interior. Se acercaba a un misterioso límite cuando él apartó la mano.

—Bésame, Marina —dijo con voz gruesa.

Ella se levantó, le rodeó el cuello con los brazos y apretó su boca contra la de él.

—Tócame otra vez —murmuró en sus labios.

En lugar de volver a ese delicioso tormento, *il cattivo*, volvió a masajearle los pechos. Estaba tan excitada que cada roce de sus dedos la hacía estremecerse. Cuando él le empezó a girar y tirar de los pezones, los fuegos artificiales estallaron detrás de sus ojos. Toda ella estaba sedienta de que él la tomara. Subió las caderas hasta que su hendidura se encontró con la excitación de él. En lugar de proporcionarle satisfacción, eso solo estimuló su necesidad.

—Tú también me deseas —dijo ella, sonando como si le acusara de un delito.

—Más que mi vida, mi *bonny* —dijo él, frotándose exuberantemente contra su sexo, deteniéndose en los pliegues satinados.

Con manos inseguras, Fergus le desató los calzones y tiró de ellos hasta bajárselos. Estaba tan agitada que apenas se dio cuenta de que por fin los dos estaban desnudos.

Marina empezó a tocarlo, pasando las manos ansiosas por sus brazos y hombros, bajando por aquella espalda fuerte y flexible, presionando las firmes curvas de sus nalgas. Él gimió y le rozó el cuello con los dientes hasta que ella jadeó y le mordió el hombro en represalia.

La besó con fuerza y le levantó las piernas, separándolas. Ella inclinó las caderas como una invitación inmediata, pero él siguió acariciándola. Una y otra vez, la llevó al punto en que ella estaba segura de que iba a romperse, antes de que él retrocediera.

Marina se sentía extenuada y agotada, pero al mismo tiempo nerviosa y ansiosa. Aspiró un aliento con sabor a almizcle masculino y deseo femenino y se preparó para decirle a Fergus que dejara de provocarla. Entonces todo pensamiento consciente se esfumó cuando la presión entre sus piernas se hizo más fuerte, más caliente y más decidida.

—Fergus... —susurró ella en señal de bienvenida, mientras sus sentidos se disolvían en una mezcla de incomodidad y deleite.

Él se apoyó sobre los codos para poder observarla. La piel de él se estiraba tensa sobre sus rasgos cincelados, y luchaba por cada aliento.

Cielo, sin él dentro de ella, se sentía vacía. El instinto la hizo levantar las caderas para recibirlo. Con una suavidad que la asombró, él se movió hacia delante. Marina gritó al sentir el fuerte pinchazo cuando él le arrebató la virginidad, pero olvidó la breve incomodidad cuando Fergus entró en ella por completo.

La experiencia superó sus más extravagantes imaginaciones. Fergus conquistó algo más que su cuerpo: reclamó su alma. Las manos de Marina, desvergonzadamente posesivas, se deslizaron por su espalda, disfrutando de cómo los poderosos músculos se movían bajo sus caricias. Su mirada hambrienta buscó la de él. Sus ojos grises eran oscuros y ahumados, y estaban llenos de goce.

—Ahora eres mía. —Ella no podía confundir el triunfo masculino en sus palabras.

Hacía una semana, Marina podría haber rebatido esa afirmación, a pesar de estar tan obviamente a su merced. Hoy miraba fijamente aquel rostro extraordinario y se atrevía a sonreír.

—Y tú eres mío. No intentes negarlo.

Su carcajada la estremeció. Cada vez que ella se movía, él lo hacía en su interior. La cruda intimidad de aquella conexión la emocionaba como ninguna otra cosa, ni siquiera su arte lo había hecho nunca. En silenciosa afirmación de su posesión, su cuerpo se ablandó y se acomodó a su alrededor.

—Sí, creo que podrías tener razón.

Sus músculos se tensaron bajo las manos que ella apoyó en la parte baja de su espalda. Con su lenta retirada, ella emitió un gemido largo y reverberante. Cerró los ojos cuando el placer la envolvió. Luego los abrió de par en par, asombrada, cuando él volvió a deslizarse hacia delante, despertando nuevas sensaciones en cada nervio.

—Ooh —dijo Marina en un murmullo de feliz descubrimiento—. Hay más…

—Sí, mucho más.

—*Eccellente*. —Ella se apretó a su alrededor en un intento instintivo de mantenerlo cerca.

Fergus emitió un gemido entrecortado, y su mirada se volvió vidriosa.

—Que el diablo te lleve, hazlo otra vez.

Ella se tensó a propósito, saboreando cómo él temblaba en respuesta. Le encantaba el placer que le proporcionaba.

Esta vez, cuando él se movió, Marina salió a su encuentro. La seducción estalló en una ardiente danza de cuerpos que se encontraban y se separaban. La anticipación surgió de nuevo en espiral dentro de ella, como un alambre caliente y retorcido. Era lo que había sentido cuando él la había tocado hasta el punto de torturarla, pero ahora nada le impedía subir la ola que se elevaba cada

vez más.

Le clavó los dedos en la espalda mientras él la tomaba con movimientos largos y deliberados. Cada deslizamiento de su cuerpo acrecentaba el anhelo de algo que ella nunca había conocido, pero que instintivamente intuía que la aguardaba. Tomó aire con dificultad y se apretó contra él mientras la tormenta se acercaba cada vez más.

—Suéltame, Marina —canturreó Fergus, con su ronco acento escocés más fuerte que nunca.

Su aliento en su oído al pronunciar la erre de su nombre añadió otro elemento a la magia del torbellino. Ella se estremeció y su excitación aumentó aún más, sin llegar a sentir alivio.

—No sé qué hacer —jadeó—. Es como correr detrás de algo que nunca atraparé.

—Lo harás. —Fergus se puso de rodillas y tiró de las caderas de Marina hacia arriba. El cambio de posición la estremeció. Él la penetró con fuerza contra una parte profunda de ella que no sabía que existía.

Su clímax fue inmediato. El mundo que la rodeaba se disolvió en un relámpago blanco y gritó el nombre de Fergus, maravillada, mientras todo se convertía en una luz cegadora.

Por fin, Fergus perdió el control. El implacable ritmo de sus embestidas se ralentizó y su aliento se escapó en grandes gemidos de placer. Durante lo que pareció un eón, Marina permaneció suspendida en una cima de éxtasis tan puro que oscureció el sol. Entonces, mientras ella descendía flotando, él se estremeció entre sus brazos y se puso rígido.

Con un grito gutural, se apartó para derramar su semilla en potentes chorros sobre el vientre desnudo de ella. La agarró por las caderas, sujetándola mientras se liberaba.

Marina lo miraba aturdida y sensual, mientras la realidad la llamaba desde el borde de la trascendencia. Era una estúpida por lamentar que él no la llenara. Estúpida por sentirse vacía y, a pesar de todo el placer anterior, por sentirse decepcionada.

Él le había jurado que la protegería de un embarazo y había sido fiel a su palabra. Ella debería estar agradecida por haber justificado su confianza.

Fergus respiró hondo dos veces, y luego se inclinó para acariciarle la mejilla. Su ternura había iniciado el viaje de hoy. Ahora que él había cambiado su mundo para siempre, la ternura volvía a su tacto y a su voz para recordarle aquel dulce comienzo.

—Eres asombrosa, Marina Lucchetti.

Capítulo 17

Con los ojos empañados, Marina se tumbó en la cama y vio cómo Fergus iba a coger una toalla del montón que había sobre el lavabo. Volvió a su lado y, con una delicadeza desgarradora, le limpió el líquido pegajoso que cubría su vientre. Luego se inclinó para besarla. El beso no contenía pasión, pero sí mucha gratitud. Duró el tiempo suficiente para que la dulzura le calara hasta los huesos y los convirtiera en miel.

Ella le cogió la muñeca, bajando la mano hasta la suya en una caricia que comunicaba una alegría exquisita. ¿Qué se podía decir después de volar a las estrellas y volver de regreso? «Gracias» parecía insuficiente. Lo que había vivido era indescriptible.

Él se apartó para limpiarse y rodearse la cintura con el *kilt*. Su acción le recordó a Marina que estaba desnuda sobre las sábanas. Se incorporó y cogió la camisa, con la esperanza de que le devolviera una pizca de pudor. Era lo bastante larga para cubrirla hasta los muslos.

Fergus se agachó frente a la chimenea y encendió el fuego.

—Calentaré agua para que te laves como es debido.

—Gracias. —Esta transición del paraíso a lo cotidiano la dejó con la lengua trabada y torpe. Con manos inestables, empezó a abrocharse la camisa. Fergus debía de haberse afeitado esta mañana, pero los pechos y el cuello le escocían un poco por sus apasionadas atenciones.

Él ladeó la cabeza para observar su inseguro progreso.

—¿Te he causado dolor?

Era ridículo que se hubiera sentido tan libre y atrevida cuando habían hecho el amor, pero ahora se ruborizaba al hablar de lo que habían hecho.

—No. —Ante la ceja arqueada de Fergus, ella balbuceó la verdad—. Un poco. Al principio. —Aún más vacilante, continuó—. No pensé que sería así. No pensé que serías así.

Fergus frunció el ceño y se levantó.

—Maldita sea, ¿te he decepcionado, *lassie*?

Era un hombre tan seguro de sí mismo, que su seguridad casi era un defecto. Este indicio de vulnerabilidad la conmovió. Ella sacudió la cabeza con fuerza.

—No hubo decepción, Mackinnon. Fuiste… —Le costó encontrar palabras para expresar aquel placer incomparable—. …Maravilloso.

Él se sentó a un lado de la cama y le cogió la mano. De inmediato se sintió mejor, más tranquila.

—Tú también. —Él le dedicó una de esas medias sonrisas que ella

tanto apreciaba—. Espero que antes de que pase mucho tiempo me des otra oportunidad de ser maravilloso.

Un calor que no tenía nada que ver con la vergüenza la inundó. Se sorprendió de su renovado interés. *Per pietà*, ¿cómo podía convocar siquiera una chispa de excitación después de lo que acababan de hacer?

—¿En serio? —preguntó.

—*Aye*, por supuesto. Si no estás muy dolorida. —Hizo una pausa—. Si te gustaría hacerlo todo de nuevo...

Marina le dedicó una fingida mirada de desaprobación.

—No confío en ti cuando eres complaciente.

—Aprovéchalo mientras dure. —Su media sonrisa persistió—. ¿Qué es lo que desea, mi señora?

Te deseo a ti.

Marina se mordió las palabras por ser demasiado reveladoras, aunque después de lo de hoy, Fergus debía de saber que ella no podía resistirse a él.

—Tal vez el desayuno —respondió en su lugar.

Fergus la besó esta vez con más intención. Cuando levantó la cabeza, ella se había dejado caer sobre las almohadas.

—*Och*, eres una *lass* extraordinaria.

Él le sonrió mientras el corazón de Marina estaba a punto de salirse del pecho.

—¿Solo porque pedí el desayuno?

—Solo porque lo eres. —El cariño que suavizaba la mirada de Fergus era más peligroso para su equilibrio que sus sonrisas. Y ya la mareaban como una rueda—. Ahora dime a qué te referías cuando decías que las cosas no cumplían tus expectativas.

Fue el turno de Marina de sonreír.

—No he expresado ninguna insatisfacción.

—Me alegra oírlo.

—Después de guardar mi castidad tanto tiempo, imaginé que lamentaría la pérdida. Pero en tus brazos, parecía tan natural dejar que el deseo siguiera su curso.

Otro beso intencionado la dejó temblando.

—¿Así que esa fue la sorpresa?

Marina hizo un gesto de impotencia, mientras luchaba por explicarse.

—Supuse que después de la larga persecución, estarías...

—Ah —dijo él con suavidad—. Pensaste que caería sobre ti como Macushla devora un jugoso hueso.

A ella se le escapó una risita medio horrorizada.

—Tal vez no es la comparación que yo elegiría, pero de todos modos, me imaginaba que serías más...

—¿Voraz?

—Sí.

—Eras virgen.

—¿Así que estabas siendo considerado?

Fergus se encogió de hombros.

—Nunca he sido uno de esos muchachos glotones que engullen la comida y se pierden todos los sabores por llenar la barriga. Fuiste un manjar delicioso, *lassie*. No iba a apresurarme a darme un festín. —De repente frunció el ceño—. ¿Te preocupaba que no te deseara? Si es así, no volveré a llamarte inteligente.

—No —dijo Marina en voz baja—. Lo sabía.

Efectivamente. Cada una de las acciones de Fergus durante aquella pausada seducción había resplandecido de feroz deseo.

—Bien —dijo él brevemente, antes de besarla de nuevo—. Ahora déjame cuidarte.

Marina Lucchetti, independiente y testaruda, asintió y se recostó en la cama desordenada. *Dio*, ¿estaba perdiendo su espíritu, ahora que había descubierto el tacto de un hombre?

¿O estaba aprendiendo por fin una pizca de humildad y reconociendo que a veces no hay nada malo en ceder el control a otra persona?

Especialmente, a alguien tan competente como Fergus. Ella había admirado su grácil eficiencia desde el primer momento, cuando la sacó a ella y a su padre del carruaje destrozado. Incluso cuando quería darle un buen rapapolvo al *laird* de Achnasheen, lo consideraba un hombre extraordinariamente capaz.

Ahora sentía aprecio por su destreza, mientras lo veía traer agua y ponerla a calentar en el fuego. Trajo las alforjas y preparó una apetitosa comida a base de pan con jamón y queso, pastel y fruta en la mesa plegable que había en un rincón cerca del hogar. Puede que ella no necesitara a nadie que la cuidara, pero era agradable ver a un hombre trabajar con tanta diligencia para su comodidad.

Fergus levantó la cabeza desde donde estaba inclinado sobre el fuego.

—Pareces el gatito que se comió la nata, *lassie*.

Marina sonrió de placer.

—Miau.

Él se rio en señal de agradecimiento y se levantó con una taza y un plato en una mano y un vasito de cristal en la otra.

—Un poco de té para ti y una copita para celebrar la ocasión.

—¿No será esa bebida salvaje? —Ella se incorporó y aceptó la taza, mientras Fergus colocaba el vaso en la mesilla de noche, a su lado.

Unas fascinantes líneas de risa se profundizaron alrededor de los ojos grises de él. Los dedos de Marina ansiaban plasmar esa expresión

en papel. Pero su carpeta estaba fuera, atada a la silla de su poni y, por una vez en su vida, tenía algo mejor en lo que pensar que el arte.

—Sí. Pruébalo. Puede que te guste.

—Papá ha desarrollado un gran gusto por ello. Cuando volvamos a Florencia, encontrará nuestros licores italianos tristemente mansos.

Por un momento, el fantasma del fin de su relación flotó en el aire. Con un esfuerzo, Marina desechó la infeliz perspectiva. A ella y a Fergus les esperaban unas tórridas semanas juntos. ¿Por qué estropear la alegría de hoy con una inevitable despedida?

—Le daré un par de botellas para que se las lleve —dijo Fergus con facilidad, y ella se dio cuenta de que él ya había aceptado que ella solo compartiera su cama hasta que se fuera a casa.

¿Por qué no iba a hacerlo? Su estancia en Achnasheen siempre iba a ser temporal, tanto si se entregaba a él como si no. Tenía una carrera y una vida en Italia. No podía tirarlo todo por la borda para jugar a ser la amante del *laird* hasta que él se cansara de ella.

No obstante, su fácil aceptación de su eventual marcha la irritó un poco.

—Gracias. —Esta vez le costó más esfuerzo, pero Marina se obligó a volver al presente, cuando acababa de experimentar un goce incandescente y le aguardaba la perspectiva de muchos más—. ¿Trajiste la vajilla y la cristalería contigo?

—No. —Fergus volvió a coger su propio vaso. Si él notó su breve inquietud, no lo demostró—. Te lo dije, la cabaña se mantiene aprovisionada para la caza.

—Solo con lo mejor —dijo Marina. Su taza de té era delicada y estaba pintada con pájaros y flores. Dio un sorbo, sin sorprenderse de que Fergus hubiera preparado la infusión perfecta. Hubo un tiempo en que quiso burlarse de su infinita confianza en sí mismo. La experiencia le había enseñado que todo lo que él hacía, lo hacía bien.

Incluyendo el sexo.

Un escalofrío voluptuoso la recorrió mientras los recuerdos incendiarios del encuentro de la mañana se agitaban en su interior. Si tenía que caer, al menos había elegido a un hombre que sabía cómo atraparla. A pesar de su inexperiencia, reconoció que él era un amante entre mil.

—¿No brindarás conmigo por una empresa bien empezada, *lassie*?

Marina dejó la taza de té sobre la mesilla y levantó el pequeño y pesado vaso lleno de líquido dorado.

—Brindo por el hombre que me ha mostrado un mundo nuevo. *¡Salute!*

El rostro de Fergus se iluminó.

—Brindo por la muchacha más hermosa de las Tierras Altas. Por tus bonitos ojos negros, Marina Lucchetti. *¡Slàinte mhath!*

Ella se acercó para chocar su copa con la de él y notó cómo su mirada se posaba en el cuello abierto de su camisa, apenas abrochada —. No me estás mirando a los ojos, Mackinnon.

Otra media sonrisa.

—Sí, es verdad. Pero no solo tus ojos son bonitos, *mo chridhe*.

A pesar de su satisfacción, ella frunció el ceño, perpleja.

—¿Qué significa?

—¿*Mo chridhe*? —repitió él.

—¿Mow Cree?

Fergus se rio ante su vacilante pronunciación.

—Algo así. Significa «mi corazón» o «mi amor».

—Me has llamado así antes. Cuando me salvaste del borde del acantilado y anoche junto al lago.

—Sí, lo hice. —Él le dirigió una mirada inquisitiva—. ¿No te gusta?

¿Le gustaba? Le encantaba. El cariñoso apelativo transformó el corazón de Marina en un gran charco azucarado.

—Claro que me gusta —admitió—. Sabes que me gusta. Tienes una lengua dulce, Mackinnon.

—Deja que te lo demuestre, mi *bonny las*. —Él se inclinó hacia delante y la besó con una minuciosidad que la dejó sin aliento. En sus labios, el licor local era casi tan delicioso como sus palabras.

Cuando Fergus levantó la cabeza, sus ojos estaban oscuros. Sintiéndose atrevida, ella le cogió la mano libre y la deslizó bajo la camisa hasta su pecho.

Su tacto era cálido, y los leves callos rozaban su piel con una fricción deliciosa. El mero toque de sus dedos hizo que la cabeza le diera vueltas. Marina volvió a estremecerse cuando su pezón se endureció contra la palma de su mano. Un latido pesado y ansioso se asentó entre sus piernas, donde su reciente posesión le producía un agradable dolor.

—Marina… —él pronunció su nombre con tanto anhelo que ella tembló.

Cuando le apretó el pecho, su poderosa reacción la hizo retorcerse contra las sábanas arrugadas. Con cada movimiento, era impresionantemente consciente de que su cuerpo había cambiado. Le dolían lugares que antes no sabía que existían.

Ella se llevó el vaso a los labios.

—Bebe, Mackinnon.

El licor tenía un sabor extraño en su lengua, pero cuando se deslizó por su garganta, la calentó por dentro del mismo modo que el tacto de él la calentaba por fuera. El rico aroma casi la convenció de que podría llegar a disfrutar de su sabor. Dentro de unos cien años.

Fergus la contempló con una admiración tan luminosa y

reconstituyente como cualquier licor, y luego apuró la bebida de un solo trago. Dejó el vaso sobre la mesilla.

—No sabía que el deseo podía ser así. —Ella se sonrojó—. Creo que me gustará ser tu amante.

—Haré todo lo que pueda para hacerte feliz, *lassie*. —Él le arañó un pezón con una uña, alimentando su inquietud—. Sé el regalo que me has hecho.

Cuando le decía cosas así, ella no podía resistirse a él.

—Oh, Fergus —suspiró, inclinándose hacia delante para besarle.

El beso duró demasiado poco. Él levantó la cabeza y le lanzó una mirada burlona.

—Bébete el whisky. Da mala suerte dejar algo en el vaso. Luego te prepararé agua caliente para que te laves y podremos desayunar. Necesitarás fuerzas para lo que estoy planeando.

Marina tragó el resto de su whisky, sorprendida de que el sabor ya le resultara más agradable.

—Maldito sea tu control y tu sentido común, Mackinnon —murmuró.

Él soltó un breve gruñido de diversión.

—Sabes que no quieres un muchacho que no piensa en tu comodidad y solo busca su propia satisfacción.

Ella suspiró, aunque sus palabras hicieron que su corazón se acalambrara con sentimientos que no quería examinar en ese preciso instante. O tal vez nunca.

—Sigues siendo el *laird*, incluso ahora.

—Sí, siempre. Y tú sigues siendo la imprudente *signorina que* opone su voluntad a la mía. ——Él hablaba sin especial animadversión, por lo que a Marina le resultaba difícil sentir mucho rencor.

—¿Te importa?

Él sacudió la cabeza.

—Es excitante. Nunca he tenido a una mujer en mis brazos, sin saber si me morderá o me besará.

Ella ya había hecho ambas cosas, y vio en su cara que él compartía el mismo pensamiento. Sus ojos se entrecerraron sobre él.

—Solo recuerda eso.

Más de ese cariño devastador iluminó su mirada. Lo encontraba tremendamente atractivo, pero también le gustaba más que cualquier otro hombre que hubiera conocido. *Dio l'aiuti*[51], incluso le gustaba que no pudiera manejarlo a su voluntad.

Una mujer quizá podría atreverse a considerarse igual a Fergus Mackinnon. Pero sería una tonta si se creyera superior a él.

—Eres un abusón —dijo ella, sin querer decir una palabra.

Una sonrisa irónica curvó los labios de él.

—Acéptalo, *lassie*, te encanta cuando me impongo.

—Solo cuando tienes razón —replicó ella.

Él se rio en voz alta.

—Sí, bueno, ¿no la tengo todo el tiempo?

Antes de que ella pudiera dar una respuesta adecuada, él la arrastró a sus brazos para darle un beso que prometía pasión. Y ella no podía esperar a sentirla.

Capítulo 18

El sol se ocultaba tras los Cuillins de Skye cuando Fergus se alejaba al galope de la lujosa cabaña de caza de su padre. Mientras su poni regresaba a casa, Marina descansaba en sus brazos, suave, cálida y soñolienta.

Un agradable cansancio pesaba sobre los miembros de Fergus, y su mente estaba en paz como no lo había estado desde que conoció a la muchacha que se apoyaba en él con tanta confianza. Los dulces recuerdos de aquel día le llenaban de bienestar.

Saber que era el único amante de aquella espléndida mujer le conmovía en lo más hondo. La primera vez que la vio dando órdenes desde la ventanilla del carruaje, pensó que era difícil e irritable, aunque condenadamente atractiva. Pero hoy ella se había mostrado con tal seductora avidez y generosidad, que Fergus había llegado a reconocer que su esencia era la pasión.

Pasión por su arte. Pasión por su vida. Pasión por... él.

Fergus nunca había conocido un día de tan extraordinario goce.

Él tensó los brazos alrededor de ella y, con un murmullo somnoliento, Marina salió de su letargo para girar la cabeza y besarle el cuello.

La había tomado de nuevo tras una larga y minuciosa seducción que los dejó a ambos temblando de necesidad. De nuevo había experimentado esa intimidad incandescente al penetrarla. Como *laird*, estaba acostumbrado a estar solo. Los líderes solían estarlo. Pero cuando abrazaba a Marina, encontraba un hogar.

Había sido un día perfecto. Hasta ahora.

De mala gana, detuvo el poni.

—No puedo volver al castillo sosteniéndote en mis brazos, *lassie*. O todos sabrán lo que hemos estado haciendo todo el día.

Ella frotó su mejilla contra su hombro.

—Casi no me importa, si eso significa que puedo quedarme así.

Fergus se había preguntado si, después de que Marina le hubiera dado tanto hoy, ella se asustaría y se escondería tras sus defensas. En lugar de eso, se había rendido de todo corazón.

Había hecho que Fergus se sintiera como un rey. Le había hecho sentirse indigno de ella.

—Al final te importará —dijo él, deseando poder enfrentarse al mundo y proclamar a esta mujer como suya. Pero había jurado mantenerla a salvo de las habladurías.

Por Dios, la agonía de separarse de ella en su punto álgido había

estado a punto de destrozarlo. Una parte prohibida y perversa de él ansiaba inundarla con su semilla y saber que había engendrado a su hijo con ella.

Pero había dado su palabra de preservar su buen nombre, y la palabra del Mackinnon era una garantía férrea.

El puro placer animal de lo que se habían hecho el uno al otro durante aquel día inolvidable lo abrumó, y enterró la cara en su sedoso cabello. La segunda vez que la había tomado, se había demorado en soltarlo de sus horquillas, de modo que quedaba como una capa de ébano sobre sus hombros desnudos, dejando entrever aquel bonito pecho cada vez que ella se movía.

Lo que habría dado por poseer una pizca de su talento artístico para poder capturar y conservar aquella imagen... Aun contando solo con la falible memoria humana, recordaría los ojos oscuros y fundidos de Marina en aquel momento hasta el día de su muerte.

Respiró hondo para que, cuando se quedara solo en la cama esta noche, el aroma de ella permaneciera en sus fosas nasales. Olía a satisfacción sexual, a flores aplastadas y a un toque almizclado de sudor. Un ramo digno del paraíso.

Ella suspiró.

—El mundo real nos arrastra de vuelta, ¿no? —preguntó.

El doloroso pesar en la voz de Marina se hizo eco del suyo propio por tener que fingir que nada había cambiado, una vez que regresaran al castillo. Aunque a él le costaba comprenderlo, después de hoy, todo era diferente.

—Sí —dijo Fergus sin moverse.

—No me gusta.

—A mí tampoco.

—Ojalá nos hubiéramos quedado en la cabaña.

—Podemos volver mañana.

—Oh, sí. —Su pronta aceptación lo llenó de carnal anticipación—. Pero hay una noche por medio.

Sí, la había. Habiéndola atrapado por fin, Fergus se resistía a dejarla marchar, aunque fuera por unas horas.

—Lo que daría por tenerte en mi cama... En lo alto de mi torre, serías la reina de la cañada.

Ella dejó escapar una risa cansada, y Fergus supuso que no se debía solo a todo lo que habían hecho hacía unas horas.

—Sabes que no puedo. Tanto por tu bien como por el mío. *El* Mackinnon no puede tener una amante aquí, donde él manda.

No, no podía. Le debía a su pueblo más respeto que eso. Fergus sospechaba que su padre, aún con todo su egoísmo, se había enfrentado al mismo dilema. La lujosa decoración de la cabaña siempre le había parecido a Fergus excesiva para las necesidades de

un hombre que acechaba ciervos. Al llegar a la edad adulta, se había rumoreado que el anterior *laird* se había acostado allí con la mujer de uno o dos campesinos. Suficiente advertencia de que él y Marina debían tener cuidado. Las colinas podían parecer vacías, pero los chismes corrían por el valle a una velocidad asombrosa.

—No quiero dejarte marchar —dijo él, refiriéndose a algo más que a las próximas horas de separación.

¿Y no era una revelación aterradora? Habían negociado un romance, pero a cada minuto, la conexión se fortalecía entre él y esta extraordinaria mujer. Ahora la perspectiva de perderla era como si alguien le hubiera clavado un puñal entre las costillas.

Para su alivio, Marina tomó sus palabras al pie de la letra.

—Todavía tenemos un día —le respondió en tono tranquilizador.

—*Aye* —convino él. Apenas consiguió reprimir la pregunta de qué pasaría cuando el día siguiente terminara y ella volviese a Italia.

—No me atrevo a mirarte esta noche, o papá adivinará lo que hemos hecho —dijo Marina.

—Y si yo te miro, no podré resistirme a estrecharte entre mis brazos. —Fergus temía que eso no fuera solo una broma, aunque apreciaba la forma en que ella intentaba aligerar el ambiente.

—Escandalizaríamos a Kirsty y Jenny.

Fergus se obligó a reír, aunque tener que soltar a Marina le sentó como si alguien le hubiera martilleado sobre una herida. Él no se avergonzaba de lo que habían hecho. Parecía más pecaminoso ocultar lo que sentía que unir su cuerpo al de ella.

El reverendo Angus encontraría ese pensamiento totalmente reprobable.

—Debemos volver —dijo Fergus—. Pronto oscurecerá.

Al final, Marina fue quien se movió. Él no pudo ordenar a sus brazos que la soltaran.

—Fergus, ha sido un día que siempre atesoraré. —Ella se deslizó hasta el suelo y lo miró fijamente, con los ojos luminosos en la penumbra—. Gracias por tus atenciones y tu amabilidad. Gracias por el… placer.

Aunque sus palabras fueron poderosamente conmovedoras, hicieron que Fergus frunciera el ceño.

—Eso suena a despedida.

Ella negó con la cabeza.

—No, pero quiero que sepas lo preciosa que me hiciste sentir. Había deseo, pero también amistad, y me encantó todo lo que hicimos.

—Marina… —Su nombre surgió como un murmullo ahogado—. Eres preciosa.

Él desmontó y se puso a su lado.

—Dame un último beso.

Para su sorpresa y pesar, ella negó con la cabeza.

—No.

—¿No?

Su sonrisa era trémula.

—Si te beso, se me pondrán los ojos como platos y no habrá forma de ocultar lo que hemos estado haciendo. —Ella se mordió el labio y, a pesar de su negativa, la necesidad de besarla se apoderó de él con garras de acero—. Tú ve delante —añadió Marina—, y yo iré detrás e intentaré aparentar que me he pasado el día dibujando inocentemente el paisaje.

Maldita sea, ella tenía razón, pero a él no le gustaba aquello. Quería gritar a los cuatro vientos que esta mujer excepcional era suya y que desafiaba al cielo y a la tierra a arrebatársela.

Luego, al retroceder, recordó que Marina iba a marcharse de todos modos, que se trataba de una unión temporal, y que una vez que su padre pudiera volver a caminar, ella emprendería el camino de regreso a Florencia.

—Te besaré mil veces mañana, *lassie*, para compensarte.

—Te tomo la palabra. —Aferrándose con valentía a la sonrisa, ella se llevó las manos al pelo—. ¿Estoy arreglada, o parece que me has hecho rodar sobre la hierba?

Él sonrió.

—Estás muy guapa.

La impaciencia hizo que Marina dejara de sonreír.

—Eso no es una respuesta.

—Pero a mí siempre me pareces guapa.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados.

—No uses tu encanto escocés conmigo, Mackinnon.

—Hasta ahora ha funcionado. —Él acomodó unos mechones de pelo en su sencillo moño.

—Fergus...

—Pareces barrida por el viento, pero decente. —Él temía que sus labios enrojecidos por el beso y la somnolienta satisfacción de sus ojos la delataran más que el cabello desaliñado.

—Eso está bien.

—Y tu pelo parece a menudo un nido de ratas. Siempre te tiras de él cuando trabajas.

—¿Te has dado cuenta?

—Me fijo mucho. —Fergus se encogió de hombros—. Me encanta observarte.

Ella le lanzó una mirada suspicaz.

—Más encanto escocés. Déjalo ya.

Con una breve carcajada, él le cogió la mano y se la llevó a los

labios.

—Solo digo la verdad. Ahora debemos entrar, antes de que ceda a mis bajos impulsos y te lleve corriendo de vuelta a la cabaña. Te dejaré dormir sola esta noche, pero mañana te tendré de nuevo en mis brazos.

Los ojos de Marina se volvieron de terciopelo negro.

—Maldito seas, Mackinnon, estoy tratando de actuar como si nada hubiera pasado, y tú vas y dices eso.

—Piensa en mañana, Marina —murmuró él, luego se apiadó de ella y la levantó para subirla en su silla de montar lateral.

Mientras Marina bajaba con su poni por la colina, Fergus sospechó que él también parecía haber pasado el día en un paraíso a miles de kilómetros de la vida mundana. Tendría que tener cuidado, o su cita privada con Marina acabaría no siendo ningún secreto.

—Lo haré. También pensaré en lo de hoy —dijo ella en voz baja desde unos pasos detrás de él, y solo con la mayor dificultad, Fergus logró reprimirse de bajarla de aquel poni y besarla hasta que no pudiera mantenerse en pie.

Por Dios, iba a ser una larga espera hasta la mañana, cuando volviera a tenerla para él solo.

Capítulo 19

¿Quién iba a imaginar que ella, tan independiente, se adaptaría con tanta facilidad a la vida de amante de un caballero?

Las semanas siguientes pasaron volando en una bruma de felicidad y satisfacción física tal, que Marina lamentó el paso de cada glorioso y dorado día. Ella se había resistido a ceder ante Fergus por muchas razones, como el miedo a someter su voluntad a la de él. Dos personalidades tan decididas chocarían con toda seguridad, pero hasta el momento, él había demostrado ser un hombre más razonable de lo que ella había creído posible cuando lo vio por primera vez. Era tímidamente consciente de que él podría decir lo mismo de ella.

Ambos tenían diferencias de opinión, pero, para su sorpresa, él estaba dispuesto a escucharla. En raras ocasiones, incluso se acercaba a su forma de pensar.

Había un lugar en el que siempre estaban de acuerdo. En la gran y extravagante cama de la lujosa cabaña de caza. El mero roce de las manos de él sobre su piel le hacía cantar de placer. A menudo sonreía al recordar el día en que Fergus la había complacido con la boca, seguido de su conmocionada gratificación cuando ella le devolvió el favor.

Marina regresaba cada día al castillo en un resplandor de dicha sensual. Temía que alguien lo notara, pero nadie, ni siquiera su progenitor, había notado el cambio en ella.

Lo que de repente le pareció extraño, dado lo bien que la conocía su padre.

—¿Qué pasa? —preguntó Fergus desde unos metros de distancia.

Sonriendo en señal de bienvenida, ella levantó la cabeza de su dibujo.

—No te he oído llegar.

Marina estaba sentada en la colina, no lejos de donde ella le había desafiado por su actitud despectiva hacia las mujeres de su vida. No había visto a Fergus antes de empezar a trabajar. Ahora conocía la finca lo bastante bien como para encontrar por sí misma el camino a los lugares que había decidido pintar para el duque.

Fergus se inclinó para besarla con el afecto despreocupado que siempre hacía que su corazón se detuviera. Su mano se tensó sobre el lápiz y trazó una línea falsa que borró con el pulgar.

Como él había dicho, el buen tiempo se mantuvo hasta finales de septiembre. Octubre había llegado con borrascas. Marina se apartó de los brazos de su amante el tiempo suficiente para recordar que tenía

que volver a Italia con el trabajo preliminar del encargo del duque, y que sus cientos de bocetos de Fergus no le servirían.

Así que, cuando el clima le dio un respiro estas dos últimas semanas, se resistió a los halagos de Fergus y se dispuso a trabajar. Marina descubrió que el otoño en las Highlands ofrecía una belleza que rivalizaba con el verano. El brezo había desaparecido de las colinas, pero los árboles se volvían de un rojo y un dorado magníficos, y los helechos cubrían las laderas de un marrón rico y oxidado. El amanecer también era mágico, con una luz que centelleaba sobre la hierba helada, presagio del frío que se avecinaba.

Los deberes de Fergus como *laird* también lo alejaban a menudo de su lado. Con el paso de los días, se establecieron en algo parecido a una vida juntos. Su relación empezó a parecer extrañamente doméstica, como si compartieran algo importante y duradero, en lugar de la breve aventura que ella necesitaba recordarse a sí misma que era la realidad.

Aunque era lo bastante libertina como para apreciar el frecuente mal tiempo, que hacía que un pícaro escocés y su amante medio italiana no tuvieran más remedio que buscar refugio en la cabaña de caza.

—¿Has decidido dónde poner la nueva escuela? —le preguntó ella.

Fergus y el reverendo Angus se habían reunido hoy para tratar asuntos parroquiales. Antes, Marina condenaba el comportamiento feudal de su amante, pero había llegado a admirar su infinita preocupación por la gente de la cañada.

—Sí —dijo él con un deje de burla.

—¿Quién ganó? —Al ministro no le habían gustado mucho los planes de Fergus de construir la escuela en un terreno que aquel ya había destinado a una nueva rectoría.

Fergus arqueó una ceja roja oscura.

—¿Quién crees?

Ella no necesitaba respuesta. Pasó a otra página y su lápiz rozó el papel.

—Quédate así.

Él puso los ojos en blanco.

—A veces, *lassie*, creo que solo me quieres porque te falta un modelo.

—Oh, eres un buen tema. —Ella le lanzó una mirada burlona—. Por no hablar de tus otros usos.

—Muchacha traviesa…

—Esa soy yo. —A Marina le dio un vuelco el corazón al verle vestido con su *kilt*, que formaba parte de este paisaje salvaje como las escarpadas colinas y el cielo—. Gira la cabeza un poco a la derecha.

—Como ordene mi señora. ¿Cómo va tu trabajo?

—Bien, para mi sorpresa, teniendo en cuenta la poca atención que le presto. —Después de convertirse en la amante de Fergus, su arte cambió. Incluso para alguien tan autocrítica como ella misma, sabía que estos bocetos eran lo mejor que había hecho nunca. Si podía transferir la magia a las pinturas terminadas, Su Gracia recibiría un trabajo extraordinario.

—Estabas frunciendo el ceño cuando subía. ¿Pasa algo?

Ella trazó la línea de su arrogante nariz en el papel.

—A menudo frunzo el ceño cuando trabajo.

—Sí, así es. Pero esto fue diferente.

La atención que él le dedicaba siempre la sorprendía. Nadie lo había hecho antes.

La mayor parte del tiempo, le gustaba. De vez en cuando, como ahora, la aguda percepción de Fergus le hacía temer que nunca podría ocultarle nada. Y tenía la horrible sensación de que algo poderoso echaba raíces en su corazón, algo que prefería que él no adivinara que crecía allí.

—Estaba pensando en cómo la última vez que vinimos aquí, no estuviste de acuerdo conmigo sobre el derecho de una mujer a opinar. —Por alguna razón, Marina decidió que hablar de la inexplicable ceguera de su padre ante la ruina de su hija parecía demasiado revelador.

Fergus volvió a poner los ojos en blanco.

—No me digas que vas a usar eso como un arma contra mí.

—Me preguntaba si tus ideas habían cambiado.

Él le lanzó una mirada cómplice.

—¿Tan bien van las cosas que buscas problemas donde no los hay?

«¿Tenía él razón?», se preguntó Marina. Su partida se acercaba cada vez más. Dentro de quince días, su padre debería poder caminar, y una vez que lo hiciera, ella no tendría ninguna excusa real para permanecer en Achnasheen.

—¿O de verdad te preocupa si te considero mi igual? —añadió Fergus.

Marina cerró el cuaderno con el retrato a medio terminar.

—Apenas hemos estado en desacuerdo desde…

—Desde que viniste a mi cama. ¿Tienes miedo de ablandarte, Marina?

—De eso no tienes que preocuparte —replicó ella.

Él lanzó un gruñido irónico.

—*Aye*. De hecho…

Ella le dirigió una mirada de sorpresa.

—Estamos a kilómetros de la cabaña.

Él se pasó la mano por el cabello pelirrojo, alborotándolo, de forma para que un mechón cayó sobre su frente. *Santa pazienza,*

resultaba tan atractivo sin hacer el más mínimo esfuerzo... No era de extrañar que estuviera prendada de él.

—No tenemos que tener una cama a mano —dijo Fergus.

—Lo sé. Estaba el sillón y la pared y...

Los ojos de Fergus se llenaron de diversión.

—*Aye*. No hace falta que hagas una lista. Todos son grandes lugares para un poco de placer.

Los labios de Marina se crisparon.

—No recuerdo que nada fuera escaso, incluyendo el placer.

—Me alegra oírlo —dijo él, e inclinó la barbilla hacia el hombro izquierdo de Marina—. Hay una hondonada detrás de ti cubierta de hierba suave. A menos que te apetezca ir a la cabaña. Estoy listo para ti ahora, por lo que resultaría un camino demasiado largo para recorrer cuando el alivio está aquí a la mano.

Marina se sonrojó, en parte porque más de una vez se había imaginado tumbada en sus brazos, con solo el cielo como techo.

—¿Cómo estás tan seguro de que la hierba es suave, Mackinnon?

Él levantó las cejas y en sus ojos brilló un astuto placer.

—No tienes por qué estar celosa, *bonny*. Eres la única mujer con la que he estado en esta cañada. Me eché una siestecita o dos allí, en los días en que no me dabas ni una segunda mirada.

Cómo deseaba ella poder seguir siendo la única mujer con la que él estuviera en la cañada. O en cualquier otro lugar.

Diavolo, se estaba volviendo loca por él, pero no podía evitarlo.

—¿Y si alguien nos ve?

—Es un lugar muy privado —declaró Fergus—. Cualquiera que nos encontrara tendría que estar buscándonos a propósito. —Extendió una mano—. ¿No estás tentada?

Marina soltó un delicado bufido.

—Sabes que lo estoy, maldito seas.

Una de sus raras sonrisas desenfrenadas iluminó el rostro de Fergus, y la inquietud que Marina había sentido desde que él la había besado se convirtió en deseo. Les quedaba muy poco tiempo. Tenía que aprovechar cada segundo de éxtasis que pudiera.

Porque, trágicamente, pronto volvería a estar sola. No habría más placer sensual ni más risas dulces y compartidas ni más placer, sabiendo que había encontrado la otra mitad de su alma.

Ella dejó a un lado su cuaderno de bocetos y aceptó la mano de Fergus, deleitándose con la firmeza de su agarre.

—Enséñame ese lugar.

Capítulo 20

Fergus se había enorgullecido de su autocontrol como amante. Pero ya no. Se precipitó sobre Marina en la hondonada y, una vez que estuvieron a resguardo de la ladera abierta, la arrastró hacia sí para besarla vorazmente, envolviéndola con sus brazos como si nunca fuera a dejarla marchar.

Hacía poco más de un mes que eran amantes, y cada día que pasaba su necesidad de ella era mayor. Al igual que su impaciencia con las restricciones impuestas por este asunto.

Al principio, tener que ocultar su pasión había sido una necesidad molesta, aunque el subterfugio añadía un matiz de excitación prohibida. Ahora le molestaba tocar a Marina solo cuando estaban a solas. La quería a su lado todo el tiempo, no únicamente cuando no había ojos curiosos que pudieran percatarse de su atracción.

Le sorprendió que ella consintiera en esta cita. Pero lo había hecho con una disposición que a él le encendió la sangre. Marina era un espíritu salvaje y libre. Al principio, eso le había sorprendido, pero había llegado a apreciar la forma en que su valor reflejaba el suyo propio.

Ahora ella lo rodeaba con sus brazos y apretaba su cuerpo tan cerca que ni siquiera un suspiro los separaba. Sus labios ardían contra los de él, y su lengua se introdujo en su boca con una avidez que le hizo enloquecer por ella.

Temblando por una ansiedad incontrolable, cayó de rodillas ante ella y le subió las faldas en un remolino de enaguas. Enterró la cara en su vientre, con los sentidos rebosantes del rico aroma de su excitación. Ella había estallado de necesidad con la misma rapidez que él.

En el tiempo que llevaban juntos, él había pasado horas explorando su sedosa hendidura con la boca. Hoy estaba demasiado cerca del límite como para aguantar una lenta seducción.

Jugueteó con el lazo de los calzones de Marina hasta que estos cayeron a sus tobillos calzados con botas. Depositó un beso sobre el triángulo de rizos oscuros que cubría su montículo. Una promesa silenciosa de que la próxima vez se tomaría su tiempo.

Marina enterró los dedos en su pelo y murmuró palabras incoherentes de aliento en italiano. Al quitarse los calzones, ella se movió contra su boca. Él gemía en su piel satinada. A veces, Fergus le daba vueltas a su deseo desnudándola prenda por prenda, revelando cada centímetro de ella, hasta que quedaba magníficamente desnuda ante su mirada llena de admiración. Esta no iba a ser una de esas

ocasiones.

Incapaz de resistirse, Fergus besó sus rizos íntimos, saboreando el licor salado de su excitación. Ella se inclinó hacia él y luego gritó cuando la agarró por las caderas y tiró de ella para que se pusiera frente a él.

Otro beso, un duelo de dientes, labios y lenguas, salpicado de jadeos de placer. Fergus se dejó caer sobre la hierba, llevándosela con él.

—Móntame, Marina —gruñó.

Sin protestar —a veces podía ser increíblemente obediente—, ella se sentó a horcajadas sobre él.

—Me encanta cuando te pones tu *kilt*, mi *brravo* escocés —dijo Marina imitando con cierto éxito el acento de las Highlands.

—¿Porque es el atuendo de un orgulloso Mackinnon?

Fergus le acarició los pechos a través de la chaqueta verde que ella había llevado el primer día que estuvieron juntos. Todos estos malditos botones... Él apenas pudo reprimir el impulso de hacerla jirones.

Un sensual agradecimiento curvó los labios de Marina. Durante las últimas semanas, él se había convertido en un gran conocedor de sus sonrisas. Esta solo había aparecido desde que eran amantes. Adoraba su regodeo de confianza en sí misma. Adoraba su hambre descarada. A medida que su relación avanzaba, la timidez de Marina se había desvanecido rápidamente. Era una mujer que se deleitaba con el placer terrenal.

—No, no es por eso. —Ella le alzó el *kilt* para revelar la erección.

Fergus deslizó las manos bajo las faldas de Marina para moldear sus nalgas. Su piel desnuda era suave y cálida al tacto.

—Entonces, ¿por qué?

A su pesar, ella se zafó de su agarre y el disgusto se diluyó en un destello de calor cegador cuando ella bajó la cabeza para besarle en su masculinidad.

La picardía y el deseo iluminaron los ojos negros de Marina cuando levantó la vista de donde estaba agachada junto a él.

—Es porque con él eres fácil de alcanzar. Un disfraz de lo más conveniente.

—Ojalá lo adoptaras. Juraría que llevas esta armadura diabólica solo para atormentarme.

Ella se rio, una risita divertida que solo hizo que él la deseara más.

—Me gusta hacerte trabajar por tu recompensa.

—¿Mientras que tú no tienes que hacerlo? —preguntó él con ironía mientras su pulso atronador amenazaba con convertir su cerebro en papilla.

—Así es.

Con una seguridad que lo estremeció como un golpe, Marina le agarró el miembro con mano firme y lo apretó. Cuando ella se puso de rodillas y se sentó sobre él, Fergus tensó cada uno de sus músculos mientras apretaba los dientes para no derramarse en su interior.

Su vista se oscureció, hasta que el cielo y la ladera se volvieron borrosos. Fergus solo veía la oscuridad salpicada de luz y a la hermosa mujer que se alzaba sobre él como una reina. Entonces cerró los ojos y se rindió a la gloriosa sensación.

Calor. Oscuridad. Presión.

Mientras ella subía y bajaba contra el cielo azul brillante, él la observó con atención. Le encantaba cómo cambiaba su rostro cuando buscaba el éxtasis. Fergus la cogió por la cintura, y el sutil movimiento de su cuerpo bajo sus dedos reflejó el mismo movimiento de los músculos que lo rodeaba dentro de ella.

Marina descendió con voluptuosa lentitud y él gimió cuando estuvo a punto de liberarse. Maldita sea si dejaba que esto acabara tan rápido. Fergus apretó la mandíbula hasta el borde de la agonía y clavó los dedos en las caderas de ella mientras se esforzaba por contenerse.

La sonrisa burlona en la boca exuberante de Marina le hizo saber que ella reconocía su lucha.

—Todavía no, *caro*.

—Todavía no —gruñó él, mientras ella apretaba y casi le hacía volar la cabeza.

Marina comenzó a desabrocharse la hilera de botones de la parte delantera de la chaqueta y luego prosiguió con los de su camisa, descaradamente masculina. De pronto, Fergus tuvo un poderoso recuerdo de su primer día como amantes, cuando ella no había llevado más que aquella camisa sobre su desnudez.

Jadeando de excitación, él recorrió con las manos los muslos que enmarcaban sus propias caderas. Con cada movimiento, ella desataba truenos de placer. Fergus esperaba que ella no se demorase demasiado, o él no podría responder de las consecuencias.

Por fin, la camisa se abrió y dejó al descubierto unos senos elevados por el corsé. La visión de aquella carne suntuosa apretándose contra la camisa lo hizo gemir y subir más las caderas.

—¿Tienes idea de cuánto te deseo? —le preguntó él con voz ronca.

Marina se movió llevándolo aún más cerca de su límite.

—Creo que puedo imaginarlo.

Unas manos torpes apartaron la tela que le cubría el pecho. Cuando Fergus empezó a acariciarle los duros pezones rosados, ella se estremeció y gritó.

Él se inclinó y cerró los labios en torno a un pico duro, mientras su mano seguía atormentando al otro. Cuando ella se deslizó hacia atrás para recibirlo de nuevo en su interior, estaba deliciosamente caliente y

resbaladiza.

Marina se movía sobre él, girando las caderas, variando el ritmo, llevándolo a las puertas del cielo. Fergus luchó contra su necesidad clamorosa de llenarla. Aunque él no podía dudar del placer que ella sentía, sabía que aún no había alcanzado su clímax.

Fergus ahuecó los pechos entre sus manos y los acarició en una exhibición lasciva.

—No esperes demasiado, *mo chridhe* —gimió.

Ella apoyó las suyas en el pecho de él.

—Me encanta tener la sartén por el mango.

—Recuerda que soy humano.

—¿Tú? —Ella soltó una carcajada ahogada—. En absoluto. Eres *el* Mackinnon, el gran *laird* de Achnasheen.

Hasta que conoció a Marina, nadie se había burlado de él. En las últimas seis semanas, Fergus descubrió que le gustaba.

—No tanto, cuando soy esclavo de una *lassie* demasiado lista para su propio bien.

—Ooh, eso me gusta aún más.

—Eso pensaba. —Él le sonrió, encantado—. Ahora sácame de mi miseria, *lassie*, y toma tu placer para que yo pueda tomar el mío.

—Qué considerado… —dijo ella, y Fergus se maravilló de que tuviera la desfachatez de burlarse de él cuando estaba tan dentro de ella que él sentía que se convertían en un solo ser.

—Sí, bueno, soy el gran *laird* para ti.

Ella se rio por lo bajo.

—Algo en ti sí que es grande.

Su gruñido de risa no ayudó para nada a que Fergus mantuviese el control. La agarró por las caderas y captó el destello de asombro en sus ojos mientras la hacía girar.

Él se elevó por encima de ella donde yacía sobre la hierba aplastada.

—Es hora de enseñarte quién manda.

Cuando él la penetró, Marina lo agarró con más fuerza. Y Fergus supo que no podría contenerse mucho más.

Ella le pasó las manos por los hombros.

—¿Así?

—Exacto. —La besó hambriento y empezó a moverse, deleitándose en cómo ella respondía a cada embestida—. Resiste, y reza por obtener misericordia.

Marina tembló y gimió mientras cruzaba hacia el éxtasis. Estar dentro de ella mientras alcanzaba su tembloroso clímax era tan magnífico que él solo se acordó en el último momento de apartarse.

Con un gemido gutural, Fergus se retiró y se giró para derramar su semilla en la hierba junto a ella. Diablos, había estado a punto de

fallar varias veces, pero esta había sido la más peligrosa.

Fergus se desplomó sobre su espalda y miró sin ver hacia el cielo despejado. La satisfacción y el cansancio se enroscaban perezosamente en sus venas.

—Nunca volveré a moverme —dijo arrastrando las palabras.

Él sintió que la mano de ella buscaba y encontraba la suya.

—Ha sido maravilloso —dijo Marina, y él se sorprendió al oír que su voz estaba llena de lágrimas.

Ignorando el cansancio, Fergus se incorporó para mirarla. Era un espectáculo inolvidable, tumbada sobre la hierba verde, con los pechos desnudos y las faldas recogidas para mostrar unas piernas espectaculares.

Él se tomó un segundo para apreciar la vista y luego se centró en su rostro. Estaba sonrojada y sus rasgos eran suaves, como a él le gustaban después del sexo. Pero sus generosos labios se habían curvado hacia abajo y había un brillo en sus ojos que delataba infelicidad.

—¿Qué ocurre, Marina?

Ella evitó su mirada interrogante.

—Soy una tonta.

Él le apretó la mano.

—¿Por qué dices eso?

Marina se mordió el labio y luego habló apresuradamente.

—Todo está llegando a su fin. Papá debería levantarse la semana que viene, el invierno está a punto de llegar, y yo tengo que volver a Florencia. Sé que todo eso es verdad. Ha sido verdad desde el principio. Después de lo que acabamos de hacer, parece cruel que nuestro tiempo juntos sea tan corto. —Se dio la vuelta—. Pensarás que soy una estúpida.

Lo envolvió una ternura tan embriagadora como el buen vino. Fergus le tomó la barbilla y le giró el rostro hacia él. Tras una breve resistencia, ella cedió. Sus ojos eran oscuros pozos de tristeza.

—Nunca pensaría que eres estúpida.

—Lo soy, al preocuparme así cuando sé que debo irme.

—¿Debes?

—Sabes que tengo que hacerlo. —Ella frunció el ceño, desconcertada—. Hemos escapado al escándalo hasta ahora, pero nuestra suerte no durará para siempre. Y no puedo quedarme en Achnasheen indefinidamente como tu amante. Debes comprenderlo.

Él lo comprendía. Desde hacía varias semanas. Desde que se unieron por primera vez en un arrebato de pasión.

—Entonces no te quedes como mi amante. —Fergus respiró hondo y habló con una convicción que le sorprendió a sí mismo, aunque esa era la solución obvia. Lo había sido desde el principio—. Quédate

como mi esposa. Cásate conmigo, Marina.

Capítulo 21

Marina se quedó mirando la cara de Fergus, mientras sus asombrosas palabras resonaban en su mente. Durante un segundo de locura, ella se permitió imaginar cómo sería su vida si dijera que sí.

Pasar las noches en la cama de Fergus sin necesidad de andar a escondidas. Disfrutar día tras día en esta hermosa cañada, observando el cambio de las estaciones en toda su belleza.

Tener los hijos de Fergus.

Durante un fugaz instante, cuatro pequeños Mackinnons llenaron su imaginación. Un par de niñas y un par de niños. Dos pelirrojos como su padre, dos morenas como ella. La idea hizo que su vientre vacío se contrajera de anhelo. Cómo le gustaría dar a ese magnífico hombre una prole de hijos fuertes y sanos.

Luego, deliberadamente, guardó esas seductoras imágenes y las enterró en lo más profundo de su corazón. Tan profundo que, con un poco de suerte, nunca saldrían a la superficie.

Ella se incorporó, manteniendo una cuidadosa distancia de Fergus, y apartó su mano.

—Marina, ¿me has oído? —preguntó él. Ella había vuelto a la realidad lo suficiente como para advertir la vulnerabilidad en su expresión y lamentar que fuera a hacerle daño—. Te he pedido que te cases conmigo.

—Sabes que es imposible, pero gracias de todos modos —dijo ella, sorprendida de lo serena que sonó.

Un enfado desconcertado ensombreció las facciones de Fergus.

—Hablas como si te hubiera invitado a tomar el té de la tarde, no como si te hubiera pedido que compartieras toda una vida conmigo, *lassie*.

Con movimientos tranquilos, ella empezó a vestirse. Ni siquiera le temblaban las manos. Todo parecía suceder a gran distancia. Era una sensación extraña, como si su cuerpo ya no le perteneciera. Doblemente espeluznante cuando hacía apenas unos minutos se había sumido en un aturdimiento saciado que había sentido como el abrazo del sol.

—Fergus, ambos sabíamos que esto no podía durar.

Él se puso en pie y la fulminó con la mirada.

—Entonces, ¿por qué estabas balbuceando sobre no querer dejarme?

Marina pensó que había hablado su propia alma, clamando por lo inalcanzable.

Sus manos ya no eran tan firmes como antes. Cuando los botones de su chaqueta la vencieron, decidió dejarla abierta.

—No estaba siendo práctica.

Un furioso manotazo en el aire aplastó su respuesta.

—Al infierno con el sentido práctico —dijo Fergus—. No quiero que te vayas.

Marina se levantó para enfrentarse cara a cara, ignorando la mano que él le tendió para ayudarla. Si la tocaba, temía debilitarse. Su tacto tenía ese poder. Siempre lo había tenido. Ella debería haberse dado cuenta de los peligros hacía mucho tiempo.

¿Qué estaba diciendo? Claro que los había visto. Simplemente había sido demasiado codiciosa para tener a este glorioso hombre en sus brazos como para prestar atención a las señales de advertencia.

—El matrimonio entre nosotros sería un desastre —dijo ella—. Somos demasiado diferentes.

—¿Estás segura de eso?

Marina se apartó de aquellos ojos grises escrutadores.

—Sabes que sí.

—Creo que somos notablemente parecidos, lo que convierte en un milagro que nos hayamos encontrado. —Fergus suspiró y se pasó la mano por el pelo con un gesto de frustración—. Que me aspen si voy a dejar que me dejes sin luchar, Marina.

—Fergus... —dijo ella, dando un paso atrás. Sentía las rodillas como gachas.

No subestimaba lo que él acababa de decir. Era una declaración de guerra.

Marina volvió a caer en sus viejos argumentos, incluso cuando admitió que lo que decía ya no era cierto y que probablemente nunca lo había sido en realidad.

—Deja de intentar manipularme. Eres un prepotente.

Ella esperaba que él se ofendiera y la dejara en paz, o que no lograse mantener a raya su temperamento para así confirmar que su decisión de rechazarlo era la correcta.

Él no hizo ninguna de las dos cosas. En cambio, la sometió a otra de esas miradas penetrantes que la hacían sentir como si le abriera el corazón y leyera cada palabra que ella luchaba por no pronunciar.

—¿Por qué tienes tanto miedo de admitir que quieres casarte conmigo?

—No seas absurdo. —Endureciéndose, Marina le lanzó una mirada despectiva—. No tengo miedo de nada.

—Sí, lo tienes. —Él se acercó lo suficiente para cogerle la mano y, a pesar de los intentos de Marina por soltarse, la retuvo—. Estás aterrorizada. Quiero saber por qué.

Santo cielo, ella tenía razón al temer su tacto. Y su percepción. El

impulso de arrojarse contra él y decirle que sí surgió para estrellarse contra la roca que se atascaba en su garganta. La roca, la explosión de su conocimiento de ella, hecha solo de pánico.

—He dicho que no —recalcó Marina casi atragantándose—. ¿No podemos dejarlo así?

—Sabes que no podemos. —La compasión y el afecto suavizaron las facciones de Fergus—. Ven y siéntate a mi lado. Hablemos de esto.

—Te refieres a que te deje intentar convencerme de que acepte. —Su tono era ácido.

Él se encogió de hombros sin disculparse.

—Eso también.

Ella suspiró y por fin enroscó sus dedos alrededor de los de él.

—Pierdes el tiempo, Mackinnon.

Pero dejó que la sacara de la hondonada donde había encontrado esa dicha trascendental y donde ahora su corazón amenazaba con partirse en dos. La llevó de vuelta al lugar donde su cuaderno de bocetos aguardaba, olvidado. Aquello era advertencia suficiente de que lo que ella temía, ocurriría, sin duda.

Marina le soltó la mano, cogió el cuaderno y se lo apretó contra el pecho, como había hecho cuando Fergus la llevó a casa después de salvarle la vida. Aunque ya no guardaba más secretos para él, excepto quizás el último, el que no le había confesado. Y tuvo la desagradable sensación de que él ya lo conocía, a pesar de sus frenéticos esfuerzos por ocultárselo.

—¿Otra vez te pones armadura? —le preguntó él con voz seca.

Marina aflojó con timidez su agarre del cuaderno.

—¿Necesito armadura?

—No contra mí, *mo chridhe.* Nunca contra mí. —

Ella se desplomó sobre la mata de hierba donde él la había encontrado dibujando hacía una hora. Se sentía como si hubiera vivido toda una vida desde entonces, hasta convertirse en una mujer vieja y amargada, sin nada más que esperar.

«Madura, Marina —se dijo a sí misma—. Esto no es una gran tragedia de Shakespeare. Es una mera diferencia de opinión que no importará en absoluto dentro de diez años».

Si ella pudiera creerlo...

Con ojos cautelosos, observó a Fergus apoyado en una roca alta a unos metros de distancia. El hecho de que no la tocara le advirtió que él creía que podía ganar esta discusión apelando a su intelecto más que a su debilidad física por él.

Ella odiaba que él fuera tan racional. Odiaba que fuera tan generoso. Ella quería una excusa para largarse y él, bendito fuera, era lo bastante listo como para negarle la oportunidad.

Fergus cruzó los brazos sobre su imponente pecho y se tomó un

momento para estudiarla. Aquella penetrante inspección la hizo moverse con incomodidad.

—¿Quieres saber por qué te pedí que te casaras conmigo, Marina? —le preguntó él con voz suave.

Ella frunció el ceño. Esperaba que él siguiera atacando su postura, no que la invitara a entender la suya.

—Porque no nos podemos quitar las manos de encima —declaró ella en tono agrio.

—Sí, esa es una razón. ¿Es mala?

—No se puede basar el futuro en una pasión pasajera —dijo Marina, con demasiada modestia después de haber estado sobre él hacía solo unos minutos.

Fergus arqueó una de sus expresivas cejas.

—¿Estás tan segura de que es pasajera, *lassie*?

Sorprendida, ella le miró a los ojos.

—¿No lo es?

Fergus volvió a encogerse de hombros.

—Sospecho que con el tiempo, mi deseo podría cambiar, pero no creo que se desvanezca.

Marina tragó saliva y cerró los ojos mientras luchaba contra la atracción de pasar toda una vida durmiendo junto a ese hombre.

—Nunca hubiera dicho que eras un romántico. —*Porca miseria*, quería sonar sarcástica, pero solo sonó necesitada.

—Te estoy diciendo lo que creo. Si es romántico pensar que algo tan fuerte como la pasión entre nosotros puede durar, entonces lo soy.

—Lo eres si piensas que no nos asesinaríamos el uno al otro —dijo ella con los labios rígidos, al mismo tiempo que la dulzura de lo que él decía se convertía en un martillo gigante que golpeaba su corazón encadenado. Porque ella también era esclava del vínculo que los unía, y dejarlo la iba a hacer pedazos.

Él no sonrió.

—Últimamente, no hemos luchado mucho.

—Eso no significa que no lo hagamos de nuevo.

—Una pelea no es necesariamente algo malo.

—Lo es, si siempre eres el ganador —le espetó ella—. Eres testarudo y estás acostumbrado a salirte con la tuya.

Fergus alzó otra vez una ceja rojiza.

—¿Y tú no?

—Bueno, eso por sí solo promete un desastre.

—¿No crees que eres lo bastante fuerte como para mantenerte firme en una discusión? Eso no suena a ti. —No, maldición, era verdad —. Por Dios, Marina, te subestimas, si ese es el caso. ¿O es que no me crees capaz de entrar en razón?

Estaba siendo injusta. Ambos lo sabían. Fergus era arrogante y

seguro de sí mismo, pero ella ya lo conocía lo suficiente como para admitir que había un hombre ecuánime escondido dentro del todopoderoso *laird*. Sus motivos eran generalmente buenos, aunque a veces fuera un poco brusco al expresarlos.

Marina entrelazó las manos temblorosas en su regazo.

—No te gusta comprometerte.

—A ti tampoco. Eso no significa que no pueda ceder cuando tengo que hacerlo. —Hizo una pausa—. Me estoy comprometiendo ahora mismo, de hecho.

—¿Cómo? —La pregunta de Marina era un desafío.

Una sombría sonrisa torció los labios de Fergus.

—Estás hablando con un hombre cuyos antepasados cogían lo que querían y pedían perdón después. ¿Crees que nunca me he planteado secuestrarte como a Bonny Mhairi, y encerrarte en mi torre hasta que consientas en quedarte conmigo?

A pesar de todo, una excitación prohibida la recorrió ante la idea de que Fergus la forzara.

—¿Entonces por qué no lo haces?

Fergus entrecerró los ojos, y ella tuvo la vergonzosa sensación de que había adivinado su deseo de que él se impusiera a su decisión.

—Porque te respeto demasiado. Y porque sé que, a menos que vengas a mí de todo corazón, esto no funcionará, por muy magnífica que sea la batalla entre nosotros si te venzo en la cama.

Oh, *Madonna Santa,* realmente sería una batalla magnífica. Una batalla que ella perdería al final porque, aunque una parte temeraria de ella se estremecía ante la idea de que él la arrebatara como a una doncella de antaño, su alma independiente acabaría rebelándose ante la coacción.

—Parece que has llegado a conocerme bien —dijo ella con horror.

—Sí, *lassie*. Por eso no te estoy tocando ahora.

—Si... si me tocas, estoy perdida —admitió. Los pocos metros que los separaban reforzaron su valor lo suficiente como para ser sincera. Al menos sobre esto.

Cuando Fergus se tensó, ella se preparó para que la cogiera en brazos. Él tenía razón. Si la besaba, no podría resistirse. Y ella nunca le perdonaría por ello.

Marina casi lo lamentó cuando él volvió a su actitud vigilante.

—Lo sé. Pero eso no me hará ganar lo que quiero. —Fergus hizo una pausa—. Marina, podemos superar lo que nos divide. Dime por qué estás tan decidida a huir. Dime qué es lo que realmente te asusta de casarte conmigo. No creo que te den miedo unos choques de opiniones.

—No lo sabes —dijo ella con voz inestable.

—Puedo hacer una conjetura. —Cuando Marina no habló, él

continuó—. Tu talento te ha distinguido, sobre todo de otras mujeres. Eres Marina Lucchetti, la gran artista, elevada por encima del resto de su sexo porque pintas como un ángel.

Ella rechazó sus palabras como una acusación, tal vez porque contenían suficiente verdad como para perturbarla.

—Me haces parecer una engreída.

Fergus negó con la cabeza.

—No es engreimiento reconocer tu valía. Pero me temo que si te quedas aquí conmigo, te convertirás en una simple esposa. Perderás tu arte.

Ella soltó un suspiro que combinaba sorpresa y alivio. Cuando Fergus le había pedido que se casara con él, el impulso de huir había sido instintivo. Ella misma apenas lo había comprendido. Ahora, el pavor que se le había agolpado en el estómago se había disipado y la dolorosa tensión había desaparecido de sus hombros.

—Supongo que condenas eso como poco femenino.

Por primera vez, un rastro de mal genio iluminó los ojos grises de Fergus hasta convertirlos en plateados.

—Deja de poner palabras en mi boca, *lassie*.

Era extraño que eso le molestara, cuando hasta entonces él se había mostrado muy sereno ante su negativa. Fergus continuó antes de que ella pudiera objetar su tono.

—Has triunfado en el mundo en el que vives reclamando una libertad como la de un hombre. Temes traicionar tu talento si te quedas.

Marina se lamió los labios resecos.

—Entonces debes entender por qué debo rechazar tu oferta.

—Lo entiendo —dijo Fergus antes de que ella pudiera cantar victoria—. Pero eso no significa que esté de acuerdo.

Marina, sobresaltada, le miró a los ojos y retrocedió ante el firme propósito que brillaba en ellos.

—Tienes que comprender que es imposible.

—Una vez dijiste que una aventura entre nosotros era imposible.

Ella le lanzó una mirada de desagrado.

—Empiezo a pensar que tenía razón.

—No lo dices en serio.

Que Dios la ayudara, no lo hacía. Estas últimas semanas le habían proporcionado una alegría que jamás había imaginado. Pero eran una burbuja que estallaría sin remedio cuando volviera a la realidad. La realidad era su vida como pintora. La realidad era volver a casa, a Florencia.

Marina hizo un gesto de impotencia. Ahora que su pánico había disminuido, solo le quedaba la pura tristeza. No era una mejora.

—Mis patrocinadores están en Italia. Mi vida está allí.

Él no pareció impresionado.

—Puedes pintar aquí. Puedes construir una vida aquí.

—Con la pintura como una mera afición —dijo ella.

—Con mecenas que te hagan encargos. Nunca dudes que estoy asombrado de tu excepcional talento. Sería un pecado que dejaras de pintar. De todos modos, Escocia tiene hombres ricos como para rivalizar con los de Florencia. Si buscas gente que compre tus obras, puedo presentarte a mis amigos.

—¿Haciéndome un favor? —dijo ella salvajemente—. No tengo reputación aquí.

—No te menosprecies. —Un músculo tembló en la mejilla de Fergus—. Yo nunca lo he hecho.

No, él no lo había hecho. Ella le había cuestionado sobre sus ideas de lo que debía ser una mujer, pero él siempre la había tratado como a una digna adversaria, incluso al principio, cuando discrepaban con más frecuencia.

Marina decidió atacar esta idea lunática desde otro ángulo. No estaba consiguiendo nada con su posición actual.

—*Per pietà*, no querrías casarte conmigo. No soy en absoluto una esposa escocesa apropiada para el gran *laird* de Achnasheen. Cuando estoy atrapada en mi pintura, desaparezco en otro mundo. Si mi trabajo no va bien, me pongo de mal humor e insoportable. Empezarás a resentirte porque no te presto la debida atención.

—Por el amor de Dios, mujer, ¿tan superficial crees que soy? —Fergus se enderezó y se puso de pie frente a ella, con expresión inflexible—. ¿Me crees tan débil como para retroceder a la primera señal de problemas? Si es así, es que no me conoces. ¿Imaginas que estas terribles advertencias sobre lo difícil que puedes llegar a ser, son una gran revelación? Concédeme un poco de percepción. Cuando algo merece la pena, iré hasta el fin del mundo para conseguirlo.

Oh, *per l'amor di dio,* cuando él decía tales cosas...

—Seré una madre horrible. —Marina luchó una vez más por desterrar aquella conmovedora visión de los hijos e hijas que nunca tendrían—. Tendrás que criar tú a los niños.

A Fergus se le escapó un gruñido de disgusto.

—Marina, hay un maldito castillo lleno de gente dispuesta a vigilar a los niños. Si te preocupa que quiera que seas una niñera el resto de tu vida, eres tonta. De todos modos, en mi experiencia, todo lo que los pequeños realmente necesitan, siempre y cuando estén bien alimentados y con un techo, es amor. ¿Estás diciendo que no amarías a los niños que tengamos?

A ella se le erizó el vello ante su tono impaciente.

—Claro que los amaría.

La satisfacción llenó la expresión de Fergus.

—En ese caso, serás una buena madre.

Marina se puso en pie de un salto. Empezaba a sentirse en clara desventaja sentada en la hierba mientras él se alzaba sobre ella.

—Intentas que todo parezca fácil.

—No, intento que todo parezca posible, si tenemos la voluntad de que lo sea.

Ella tragó saliva para deshacerse del nudo que tenía en la garganta.

—¿Y mi padre? Él y yo hemos viajado juntos desde que empecé a trabajar como artista.

—Puede vivir con nosotros. O también puede volver a Florencia y visitarnos cuando le apetezca. Podemos visitarle. —Fergus extendió las manos como si las objeciones de Marina fueran simples trivialidades. Ella sintió ganas de abofetearle. Y también de abrazarlo y rogarle que la dejara quedarse—. ¿No quieres casarte conmigo, Marina?

—No era lo que habíamos planeado. —*Diavolo,* qué respuesta tan patética.

—Los planes pueden cambiar. —La cruda atención de Fergus le despellejó la piel para revelar la criatura cobarde y necesitada que acechaba en su interior—. ¿Me deseas?

En su muda miseria, ella lo observó, contemplando su rostro intenso y austero, su cuerpo poderoso, su *omnipotencia*.

—Sí, te deseo —murmuró, sabiendo que no tenía sentido mentir.

—Como amante, pero no como marido. —La amargura en la voz de él la hizo estremecerse.

—Nunca he pensado en tomar un marido.

—Quizá sea hora de que lo hagas.

Ella hizo un gesto violento con una mano, como si intentara dispersar todos sus argumentos.

—No entiendo por qué demonios quieres casarte conmigo.

Fergus no apartó de ella su mirada.

—Lo sabes. Te lo dije.

—Que me deseas. No es suficiente.

—Sí, bueno, podrías tener razón en eso. —Él se irguió hasta alcanzar su impresionante estatura y habló con una certeza que vibró en los huesos de ella—. ¿Será suficiente si te amo? Porque por Dios que te amo, Marina. Te amo y quiero que seas mi esposa.

Capítulo 22

Fergus observó cómo Marina retrocedía con brusquedad como si la hubiera golpeado, en lugar de decirle que la amaba. El terror había vuelto a sus ojos.

Ella tenía un miedo desgarrador a confiar en alguien que no fuera ella misma. Él entendía por qué se sentía así. Incluso entendía cómo eso la había ayudado a convertirse en la mujer orgullosa e independiente que era hoy.

Pero la determinación de Marina de forjar su propio camino se interponía en el camino de la felicidad definitiva. Para él y para ella. De algún modo, debía convencerla de que juntos eran más fuertes de lo que jamás podrían ser estando separados, aunque en aquel momento pareciera imposible.

Le dolía muchísimo que estuviera tan decidida a renunciar a él. Fergus había esperado una discusión, dado que estaba tratando con Marina, pero también había imaginado que ella cedería, si le daba tiempo, porque sabía que quería quedarse con él tanto como él quería que ella se quedara. Por el amor de Dios, después de hacer el amor en la hierba, ella había estado llorando ante la idea de dejarlo.

Pero hasta ahora, toda su persuasión había tenido muy poco éxito. Tampoco su declaración de amor la había ablandado. Eso también dolía.

—Tú... no puedes amarme —balbuceó ella, llevándose una mano temblorosa a la garganta y dando un par de pasos atrás por la hierba.

—Claro que puedo. —Fergus hizo una pausa, sabiendo que estaba a punto de correr un riesgo mucho mayor que confesar sus sentimientos—. Y creo que tú también me amas.

Ella se puso tan blanca que sus ojos se convirtieron en enormes charcos negros en su rostro ceniciento.

—Nunca he dicho que lo hiciera.

Fergus pensó que era interesante que no lo negara. Interesante y revelador.

—Las acciones hablan más que las palabras.

—Estás leyendo demasiado en el deseo.

Él sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. ¿O vas a decirme que estoy equivocado?

La vio dudar. ¿Iba a mentirle? Entonces ella pareció de repente una marioneta a la que alguien le había cortado los hilos. De alguna manera oscura, se derrumbó sobre sí misma.

—Eres un demonio, Mackinnon.

Fergus no sonrió, aunque quiso hacerlo.

—¿Así que me amas?

—¿Cómo podría no amarte? —Marina hizo un gesto de derrota—. Ya estaba enamorada de ti cuando acepté convertirme en tu amante. Debía de estarlo, si no, nunca habría dicho que sí.

Sus palabras cayeron sobre el alma atribulada de él como la lluvia sobre la tierra reseca, y Fergus respiró por primera vez en lo que le pareció una hora.

—¿Es tan grande el paso de amante a esposa?

Aquellos ojos insondables lo estudiaron, antes de negar con la cabeza.

—No, no ganarás contra mí, solo porque soy tan estúpida como para amarte.

La impaciencia le hizo a Fergus gruñir de nuevo y mesarse el cabello.

—¿No ves que si dices que sí, ganamos los dos?

Ella lo sometió a otra mirada implacable, luego sus hombros se desplomaron y se dio la vuelta para mirar a través de las colinas vacías.

—No puedo aceptar el dominio de un hombre, Mackinnon.

—¿Incluso si me amas? —Dios todopoderoso, a pesar de todo, ¿la había perdido? ¿Toda su pasión iba a terminar en una despedida? ¿Cómo podría soportarlo?

El peso de la pena en la voz de Marina lo aplastó como la caída de una roca.

—Sobre todo porque te amo. Así es demasiado fácil para ti tener ventaja sobre mí.

—Nunca la he tenido —dijo él con amargura.

Eso hizo que ella lo mirase a la cara, y Fergus vio que sus ojos se habían apagado como él nunca había imaginado que podrían hacerlo. Siempre pensó en Marina como una criatura de fuego, pero la mujer que le miraba ahora parecía como si le hubieran quitado hasta el último gramo de vida y vigor.

—Lo siento, Fergus. Sé que te estoy haciendo infeliz, y odio hacerlo.

Parecía completamente agotada. Hacía una hora, la habría estrechado entre sus brazos y se habría ofrecido a consolarla. Ahora se daba cuenta de que su contacto era lo último que ella deseaba.

Detestaba que Marina hubiera rechazado su propuesta y su amor. Pero la idea de que ella no volviera a dejar que la tocara le daba ganas de destruir algo que no tenía precio.

Pero se dio cuenta de que presionarla más sería cruel. Parecía a punto de desintegrarse. Fergus tuvo un breve y punzante recuerdo de la criatura gloriosamente vital y sensual que lo había liberado hacía

tan poco tiempo. Aquella parecía una mujer diferente.

Amaba a esa mujer por su pasión y su fuerza. También amaba a esta mujer herida. Su vulnerabilidad era tan cruda...

Marina le necesitaba tanto como él a ella. Lo único que esperaba era que ella se diera cuenta antes de volver a Italia.

Al notar la obstinada línea de su mandíbula, él no pudo ser optimista.

—Déjame llevarte a casa. No insistiré más por ahora.

Una oscura diversión curvó los labios de ella.

—Por ahora...

Él extendió sus manos hacia ella.

—Te dije que no me rendiría fácilmente.

—Lo sé. —Marina levantó la barbilla, y él la vio reunir fuerzas. Era impresionante, aunque usara esa fuerza contra él—. Pero no me quedaré aquí para convertirme en tu satélite, Mackinnon. Por favor, acepta que, aunque me honra tu proposición, no puedo aceptarla.

Y eso, pensó Fergus sombríamente, parecía ser todo.

La cena fue un calvario para Marina. La pierna de su padre se había curado hasta el punto de que podía bajar las escaleras utilizando un bastón, y estaba de humor para celebraciones. Ella no podía culparle. El hombre había sufrido las restricciones de su larga recuperación.

Al pasar tantas horas en las colinas, intentando terminar el encargo del duque, lo había descuidado bastante en las últimas semanas. Marina se dijo a sí misma que se lo compensaría, pero eso no pudo reprimir una punzada de culpabilidad. Tampoco podía achacar toda la culpa de su ausencia al trabajo duro. Durante muchas de esas horas en las que aparentemente estaba dibujando, había estado en los brazos de su amante.

Aunque la movilidad de su padre significaba que su marcha de Achnasheen estaba cada vez más cerca, se esforzó por parecer feliz por él. Después de las tribulaciones de esta tarde, debía alegrarse de que su tormento no se prolongara de forma indefinida.

La propuesta de Fergus lo había cambiado todo entre ellos, pero no tan drásticamente como su declaración de amor. Rechazarlo había estado a punto de matarla, pero ella sabía que, si cedía, él acabaría absorbiendo todo lo que ella era y todo lo que había conseguido.

Ahora, mientras observaba a Fergus con su padre —él ocultaba su turbación mejor que ella, pero lo conocía lo suficiente como para discernir la agitación bajo su encanto escocés—, se preguntaba si su vocación artística merecía el sacrificio de su felicidad. Dentro de cuarenta años, ¿lamentaría haber renunciado a su amor, a su amistad, a su compañía, a sus besos, a sus hijos y a...?

Santa pazienza, si seguía, empezaría a aullar como un cachorro perdido.

—Marina, *per favore*, acompáñame a mi habitación —dijo su padre—. Todavía estoy inseguro sobre mis pies.

—Como desees, papá. —Ella se levantó de la mesa.

—*Grazie, figlia mia*[52].

—Buenas noches, Mackinnon —dijo el señor Lucchetti sin mirar a Fergus. Gracias a Dios, el interminable purgatorio de esta velada terminaría pronto, y Marina podría encerrarse en su habitación y llorar a lágrima viva el resto de la noche.

Fergus se levantó cuando ella lo hizo.

—Buenas noches, Ugolino. Buenas noches, *signorina* Marina. ¿Podría acompañarme afuera a dar un paseo?

Su pregunta la sobresaltó y se giró para mirarlo directamente.

—Pero está diluviando...

A medida que habían bajado por la montaña, el tiempo había empeorado. Cuando llegaron al castillo, el viento soplaba con fuerza y las ráfagas de aire traían aguanieve. Los elementos conspiraron para reflejar su sombrío estado de ánimo.

Marina se daba cuenta ahora de que el autocontrol que había mantenido a Fergus hasta entonces se estaba debilitando. Parecía cansado e infeliz, y ese músculo traicionero le temblaba de nuevo en la mejilla. Él se esforzó por esbozar una sonrisa, pero el resultado no fue ni siquiera una media sonrisa.

—*Och*, es solo un poco de niebla escocesa —le respondió.

«Una pequeña tempestad escocesa, más bien», pensó Marina. Pero había perdido el ánimo para discutir.

Cruzó para ayudar a su padre a levantarse de la silla.

—¿Cómo está tu pierna, papá?

Marina vio que Fergus salía de la habitación tras ellos. Quería llamarle y decirle que sentía haberle hecho tan infeliz. Pero ¿para qué? Le había dicho que no esta tarde y él se había negado a aceptar su decisión. Si ahora mostraba alguna debilidad, perdería toda esperanza de resistirse a él.

—No tan firme como me gustaría —contestó su padre—, pero estoy muy contento de poder volver a utilizarla. Tenemos mucho que agradecerle a Fergus y a su gente.

—Sí, es cierto —dijo ella sin entusiasmo. No porque no estuviera de acuerdo, sino porque lo último que quería en ese momento era participar en una discusión sobre la generosidad y la perfección de su anfitrión—. ¿Debería llamar a Jock para que te ayude a subir las escaleras?

—No, *grazie*. Puedo arreglármelas con tu brazo.

Marina y su padre no hablaron mucho mientras subían a la habitación de él. Su pierna se había curado bien, pero después de tanto reposo forzado, su vitalidad no tardó en decaer.

—Por favor, quédate mientras me pongo el camisón —le dijo él en italiano, una vez dentro de su alcoba.

Per pietà, ¿es que nunca iba a encontrar un minuto para sí misma? Marina apretó tanto los puños que las uñas se le clavaron en las palmas. El escozor le ayudó a contener las lágrimas. Sabía que le debía un poco de atención a su padre, pero se sentía al límite de su resistencia.

—¿Puedo ayudar?

—No, esto puedo hacerlo yo solo. —Ugolino cojeó detrás del biombo y al fin salió listo para acostarse. A pesar de su miseria, Marina se alegró de verlo moverse.

—Estarás bailando muy pronto —dijo ella, y luego, sintiendo como si se cortara con un cristal roto, añadió—: Una buena dosis de sol italiano hará que vuelvas a ser tú mismo antes de que te des cuenta. Es hora de volver a casa, papá.

—Sí, echo de menos Florencia. Será bueno estar de vuelta en mi propia casa, incluso con lo amables que todos han sido con nosotros aquí.

Marina se mordió el labio y probó la sangre. Se dio la vuelta para irse antes de echarse a llorar. Unos minutos más y ya no tendría que fingir.

Excepto que su querido padre no entendía eso.

—Ayúdame a meterme en la cama y quédate para hablar un rato conmigo.

¿Podría soportar mucho más?

—Estoy muy cansada. —Las lágrimas no derramadas engrosaron su voz—. He estado trabajando duro en el encargo del duque, y mañana tengo que madrugar otra vez.

—Unos minutos, *cara*. Seguro que puedes concedérmelos.

Seguramente podría, si no hubiera estado ocultando un corazón roto toda la noche y el esfuerzo se estuviera convirtiendo en insoportable. Luchando por ocultar su desgana, fue a sentarse en el borde de la cama.

—Me alegro de que hayas podido levantarte, papá.

—Bah… —Ugolino hizo un gesto despectivo sobre su propia recuperación—. Y tu trabajo, ¿va bien?

—Muy bien. —Marina se atrevió a pronunciar las palabras que la superstición le había impedido decir en voz alta hasta ahora—. Creo que estas pinturas serán las mejores que he hecho nunca.

El señor Lucchetti sonrió. Él nunca había entendido su talento como lo había hecho su madre, pero siempre la había apoyado.

—Maravilloso. ¿Te inspira el paisaje de aquí?

—A cualquier artista le encantaría. Y pensar que soy la primera en plasmarlo en pintura..

—Y al *laird* de esta cañada, ¿también lo encuentras inspirador?

Por un momento, mientras hablaba de sus cuadros, Marina casi se había olvidado de lo que había ocurrido esa tarde. La pregunta socarrona de su padre le devolvió toda la angustia.

Para eludir su mirada escrutadora, ella bajó la vista hacia las manos enlazadas en su regazo. Se esforzó por mantener la voz firme.

—Aunque *el* Mackinnon se ha portado muy bien con nosotros, imagino que estará deseando que vuelvan a casa sus inesperados visitantes.

—Lo dudo. Esta noche, cuando él vio que yo podía volver a andar, parecía un sabueso cuyo amo ha muerto.

Sobresaltada, ella levantó la vista.

—Papá...

—Marina, me ha costado contener la lengua. —Su expresión era seria, como pocas veces lo era—. Después de todo, ya no eres una niña, eres una mujer adulta. Pero no puedo verte como te he visto esta noche, dispuesta a romperte en pedazos como una ramita seca, y quedarme callado.

Una agria mezcla de vergüenza y tristeza se agitó en el vientre de ella.

—¿Lo sabes?

La sonrisa de su padre era amable cuando le cogió la mano.

—¿Que por fin has conocido a un hombre que te hace pensar en algo más que en pigmentos y pinceles? Claro que lo sé. Durante las primeras semanas aquí, eras como un gato al que le frotan a contrapelo, con la espalda arqueada, las garras sacadas y gruñidos. Luego, en el espacio de un día, el gato está ronroneando. Mientras que Fergus deja de comportarse como un hombre en el potro y no puede apartar los ojos de mi hija. Cuando la mira, su cara dice que está hechizado.

Santa Madonna, ¿era verdad? Ella supuso que sí.

Fergus no le había dicho cuándo se había enamorado de ella. Quizá sucedió hacía semanas. Recordó lo hambriento que había estado por ella antes de ir a su cama.

Y después.

—¿No te importa?

—¿Que tome a mi hija como su amante y no como su legítima esposa, para poder celebrar su amor a la luz del sol? Me molesta mucho. Pero también recuerdo cómo era ser joven y estar enamorado. —Sus ojos estaban melancólicos, y ella supo que estaba pensando en su madre—. Entonces esta noche, ah, esta noche, el gato arisco y el

sabueso lúgubre han vuelto, mirándose el uno al otro sobre la mesa, y me han producido indigestión.

—Apenas he dicho una palabra —protestó Marina.

Su padre se encogió de hombros.

—Estabas gruñendo en tu corazón.

A pesar de todo, a Marina se le escapó un bufido de diversión.

—No es una descripción muy halagadora de ninguno de los dos.

Su padre puso los ojos en blanco.

—Imagínate cómo me sentí al tener que miraros a los dos. —Hizo una pausa—. ¿Qué ha pasado? ¿Ha decidido Fergus que ya no quiere una amante? Los jóvenes pueden ser volubles, pero no me parece un hombre superficial. Y sigue mirándote como si quisiera engullirte como a un bombón. No, no creo que se haya cansado de ti. Tal vez tú te hayas cansado de él. Si es así, no pareces contenta con el final de la aventura.

Marina se revolvió ,incómoda. Su padre era un hombre de mundo, pero ella seguía siendo su hija.

—Papá, no estoy segura de poder hablar contigo de esto.

Él hizo un sonido que indicaba lo estúpido que consideraba aquel comentario.

—Si eres lo bastante mayor para ir a la cama de un hombre sin el beneficio del matrimonio, eres lo bastante mayor para hablar de lo que has hecho.

Ella hizo una mueca.

—Estás disgustado.

—Bueno, soy tu padre. Ahora, cuéntame qué ha pasado, porque hasta este momento siempre me he abstenido de darte consejos, pero esta noche pareces tan abatida que quizá pueda ayudarte.

Su padre había sido compasivo y perspicaz, y se comportaba mejor de lo que ella se merecía. De todos modos, tenía razón. Ella estaba metiendo la pata hasta el fondo. Marina no podía olvidar la cara que había puesto Fergus esa tarde cuando le dijo que no podía casarse con él.

Marina bajó la mirada hacia sus manos enlazadas. La vista se volvía cada vez más borrosa.

—Todo es inútil.

Su padre le apretó la mano.

—¿No te ama?

Una lágrima resbaló por su mejilla.

—Él me ha dicho que sí.

—¿Así que eres tú quien no le ama?

—Por supuesto que le amo. ¿Crees que tendría...

—No, sé que no. —Hubo una pausa molesta—. Entonces, ¿es que te quiere como su amante, y no como su esposa?

Marina sacudió la cabeza y se le escaparon más lágrimas. Levantó la mano que tenía libre para limpiarse los ojos, pero no sirvió de nada.

—Me pidió que me casara con él.

Su padre habló lentamente.

—No estoy seguro de ver la dificultad.

Ella respiró de forma entrecortada y se obligó a mirarle a los ojos.

—¿De veras?

—Ambos estáis enamorados. Te ha propuesto matrimonio. Es un buen joven. Eres la mejor chica del mundo, y no me acuses de ser parcial. ¿Por qué lloras con tu padre por tu pobre corazón, en lugar de anunciar la buena noticia al mundo?

Desde el día en que murió su madre, Marina la había echado de menos, pero no tanto como en este momento, cuando se daba cuenta de que su padre no la entendía en absoluto, a pesar de sus largos años juntos. Al saberlo, se sintió más sola que nunca.

Retiró la mano del agarre de su padre y buscó un pañuelo en el bolsillo.

—Debes de entender que el matrimonio es imposible.

Su padre frunció el ceño, consternado.

—Ahora te he disgustado, cuando ya eres tan infeliz…. —Su voz se suavizó—. Dile a tu viejo papá por qué puedes casarte con Fergus.

Ella hizo un gesto de derrota. Parecía que se estaba convirtiendo en un hábito.

—Soy una artista, no una esposa.

—¿No puedes ser las dos cosas?

—No lo sé —dijo insegura—. Lo dudo. *El* Mackinnon es un hombre exigente. Le pedirá mucho a la mujer con la que se case.

—Tienes mucho que dar.

—Es testarudo y obstinado.

—¿Así que no crees que seas lo bastante fuerte para enfrentarte a él?

Fergus le había hecho la misma pregunta.

—No —admitió ella, y se sonó la nariz.

Para su disgusto, su padre se echó a reír.

—*Cara*, te has labrado una reputación como artista en un mundo que te despreciaba tachándote de aficionada y, lo que es peor, por ser mujer. Si puedes hacer eso, manejar a un simple *laird* debería ser fácil.

Ella negó con la cabeza.

—Él no es simple en absoluto.

—No, no lo es. Ni tú tampoco.

—¿Y si tenemos hijos? ¿Qué pasará entonces con mis cuadros?

—¿No quieres tener hijos?

—Sí, me gustaría. Pero ¿puedo ser madre y artista a la vez?

Él le dedicó una sonrisa cariñosa.

—Creo que puedes ser lo que quieras, Marina. Igual que tu querida madre. Si Fergus está dispuesto a apoyarte, ¿por qué no puedes tener las cosas que tienen otras mujeres, y seguir siendo una artista como tantas otras no pueden ser?

Marina estrujó el pañuelo húmedo y habló con rapidez.

—Es más que eso. Son los aspectos prácticos. Mi vida y mi trabajo están en Florencia. Mis clientes están en Florencia, o viajando por ella. ¿Y qué pasa contigo? No querrás pasar el resto de tu vida en Escocia… Tú y yo hemos estado siempre muy unidos.

Su padre suspiró y le dirigió una mirada tímida.

—No, no quiero vivir en Escocia, aunque si tengo nietos aquí, os visitaré a menudo. Este país húmedo y gris es demasiado frío para mis viejos huesos. Quiero volver a Italia.

Por un instante, Marina había empezado a albergar la esperanza de que tal vez había exagerado las barreras para tener una nueva vida con Fergus. La respuesta de su padre, aunque esperada, la hundió de nuevo en la desesperación.

—Ahí tienes la respuesta, entonces.

—No para ti, mi niña —dijo—. Hace tiempo que quería decirte, Marina, que me canso de este viaje interminable. Malas carreteras. Mala comida. Malas posadas. Cocheros miopes que no ven puentes delante de sus narices. Romperme una pierna ha sido la gota que ha colmado el vaso.

—La gota que ha colmado el vaso… —repitió ella mientras lo miraba conmocionada—. Lo siento mucho, papá. Creía que habías disfrutado del viaje.

Él se encogió de hombros.

—Lo hice al principio, pero soy una docena de años mayor que cuando empezamos a viajar juntos, y la emoción ha desaparecido. Quiero volver a Florencia y encontrar una viuda agradable y tranquila con la que casarme. Nadie reemplazará nunca a tu madre en mi corazón, pero esta es una vida solitaria, tesoro. Me gustaría tener la oportunidad de quedarme en un lugar por un tiempo.

Marina se puso en pie a trompicones, la culpa se unía a las emociones desagradables que ya la atormentaban.

—He sido tan egoísta…

Su padre se encogió de hombros de nuevo.

—Eres mi hija y te quiero, pero, para los ignorantes, incluso una gran artista como tú es ante todo una mujer frágil. Necesitabas un hombre que te acompañara y protegiera tu buen nombre. Has ganado muchas batallas, *cara*, pero ese peso de la sociedad no pudiste vencerlo. Ahora, si te casas con Fergus...

—Puedes volver a tener una vida propia.

Él se puso serio.

—No te atrevas a pensar en casarte con él solo para que yo pueda dejar de moverme.

Ella negó con una mueca.

—No lo haría ni siquiera por ti, papá. Pero ojalá hubieras dicho algo antes. Podríamos haber pagado a una carabina para que viajara conmigo, alguna mujer que me diera respetabilidad.

—Bah —volvió a decir él—. ¿Una solterona con cara de pudding? Al menos Ugolino Lucchetti le ha dado su toque a tu carrera.

Marina logró esbozar una sonrisa temblorosa.

—Sí, lo hiciste de veras.

—¿Así que te casarás con Fergus?

Ella volvió a estrujar su pañuelo.

—Mi trabajo está en Florencia. Pinto escenas italianas para los caballeros ingleses que visitan la ciudad en su *Grand Tour*. Ya sabes que ese es mi pan de cada día, no los exóticos encargos ducales que surgen de la nada.

Él le sonrió, perplejo.

—Si tus cuadros aquí son tan buenos como dices, apostaría a que puedes pintar lo que quieras donde quieras y la gente los comprará. Y hoy en día, las escenas escocesas satisfacen el gusto popular. Si te preocupan tus contactos florentinos, puedo seguir actuando como tu agente allí. Si de algo sé después de todos estos años, es de vender arte.

—Haces que todo parezca tan fácil… —dijo Marina, del mismo modo que le había dicho a Fergus.

—Si esto es lo que quieres, puedes hacerlo realidad. Tienes que decidirlo tú, Marina. Nadie más.

—Siempre imaginé, cuando elegí el arte, que el amor no formaría parte de mi futuro.

—Pero ahora estás enamorada.

—Sí.

—Y él te ama.

—Sí —dijo ella, sintiéndose de repente mucho más alegre.

—¿No vale la pena intentarlo, entonces?

Marina posó sus manos en el regazo y frunció el ceño. ¿Tenía razón su padre?

—Necesito pensar.

—Sí, lo necesitas, mi querida hija. —Él le sonrió, complacido—. Ahora dale a tu viejo papá un beso de buenas noches. Es un trabajo agotador aconsejar a jóvenes amantes.

Esta vez, la risa de Marina tenía una nota de convicción.

—Gracias, papá. Eres un hombre sabio.

Él se encogió de hombros por última vez, pero ella pudo ver que su cumplido le había gustado.

—No sé por qué esto te sorprende, *cara*.

Marina se guardó el pañuelo en el bolsillo y se adelantó para darle un ferviente abrazo.

—Yo tampoco lo sé.

Capítulo 23

Vestido solo con su *kilt* y su camisa, Fergus se desplomó frente al fuego ardiente de la habitación de su torre mientras sostenía en su mano un vaso de whisky medio lleno. El licor no ayudaba a aliviar su sufrimiento. Tenía la sombría sospecha de que lo único que le ayudaría sería que la mujer a la que amaba apareciera en su puerta y le dijera que se casaría con él.

Lo cual no era probable que ocurriera pronto.

Se encogió al recordar su desastrosa proposición. Esperaba que Marina también lo amara y que aceptara casarse con un rápido entusiasmo. Ya resolverían las complicaciones más tarde.

En cambio, lo había rechazado de plano. Aquello fue como un puñetazo en las tripas, y le hizo darse cuenta de lo mucho que ella había llegado a significar para él en estas semanas.

Ni siquiera oír que le amaba había supuesto un bálsamo para su herida, porque su amor palidecía en comparación con su dedicación a su dichoso arte.

No estaba siendo justo, lo sabía. Marina había trabajado duro para labrarse una reputación como pintora, y era un tributo a su talento y determinación que hubiera construido una carrera de éxito.

Pero por Dios, él la amaba. La quería en sus brazos, no en la maldita Italia, impresionando a los entendidos. La quería a su lado mientras envejecían juntos. Quería que ella le diera una prole de hijos, que sin duda seguirían el ejemplo de su testaruda madre y resultarían ser unos diablillos.

Estas semanas al tenerla como amante habían sido gloriosas, pero cada vez más frustrantes. Le habían demostrado que quería una esposa. Y no cualquier esposa, sino Marina.

Él no quería esconderse y ocultar lo que sentía, cuando tenía una mujer de la que estaba orgulloso de presumir. No quería dormir solo en la gran cama que asomaba entre las sombras a sus espaldas, la cama donde todos los *laird* de Achnasheen habían sido concebidos y habían nacido en los últimos doscientos años. No quería escuchar el viento aullando como una *banshee*[53] alrededor de su torre, sin tener a Marina acurrucada entre sus brazos. Por espectacular que fuera el sexo entre ellos, quería más. Mucho más.

Todo se reducía a querer una vida con Marina.

Y esa vida seguía tan fuera de su alcance como la luna.

Agarró con fuerza el vaso y lo arrojó al fuego. Se hizo añicos y el whisky se inflamó. El súbito estruendo de las llamas hizo que casi no

oyera la débil llamada a su puerta.

¿Quién demonios era? Todos en el castillo deberían de estar ya en la cama. Era más de medianoche. Llevaba horas aquí arriba cavilando.

Estuvo a punto de mandar a su visitante al infierno. Pero su sentido del deber, oxidado, pero persistente, se puso en marcha. Alguien podría necesitar ayuda.

Rígido como un anciano, se tambaleó sobre sus pies descalzos y cruzó para abrir de par en par la pesada puerta de roble.

—Al Hades con vosotros, ¿qué...

El resto de su áspero saludo quedó sin pronunciar. Tragó saliva para aliviar su garganta seca y continuó en un tono totalmente distinto, que combinaba la sorpresa con un anhelo infinito.

—¿Marina?

Bajo su espectacular capa carmesí, ella llevaba un largo camisón blanco. Su pelo negro colgaba suelto y brillante alrededor de sus hombros. Conmocionado, se dio cuenta de que la había visto desnuda a menudo, pero nunca la había visto lista para la cama. La intimidad cotidiana de este encuentro le golpeó como un mazazo. Habían compartido mucho, pero había otras cosas, mundanas, aunque importantes, que seguían siendo un misterio.

Las elegantes manos que ella retorcía en su cintura delataban aprensión, y su voz estaba ronca por la incertidumbre cuando se dirigió a él.

—Fergus, ¿puedo hablar contigo un momento?

Ardía en deseos de arrastrarla a sus brazos, pero después de lo de hoy no estaba seguro de seguir teniendo ese derecho. Era extraño que ahora que ambos se habían declarado su amor, se sintiera más incómodo con ella que nunca.

—Entra, *mo chridhe*. —Dio un paso atrás para dejarla pasar, y entonces se preguntó si también había perdido el derecho a llamarla «mi corazón. —Aunque ella era y siempre sería su corazón.

Tras unos segundos de duda, Marina cruzó su umbral. Muchas veces había imaginado tenerla aquí, en su torre, pero su mente se había centrado en la pasión, en penetrarla como un trueno, en lo alto de la cañada que amaba, y en sentir cómo ella se estrechaba a su alrededor mientras encontraba el placer.

¿Lo volvería a hacer?

Fergus señaló otro sillón junto al fuego.

—¿Quieres sentarte?

—No. No, gracias. —Ella hizo una pausa—. ¿Estás bien?

Él frunció el ceño.

—¿Has venido aquí para saber cómo me siento?

—No. Bueno, sí. —No estaba acostumbrado a verla tan insegura—. Oí que algo se había roto.

—Un ataque de teatralidad infantil. —Fergus se maldijo a sí mismo por sonrojarse—. Lancé un vaso a la chimenea.

—Oh.

Se hizo un silencio incómodo, y entonces hablaron los dos a la vez.

—Me alegro de que hayas venido a verme —declaró Fergus—. Quería...

—Hablé con papá después de cenar, y me dijo...

Ambos se callaron al mismo tiempo. Fergus supuso que, si ella había hablado con su padre, eso significaba que había decidido abandonar Achnasheen.

—¿Puedo hablar yo primero? —preguntó—. Tengo algo que decirte.

Una pequeña arruga de preocupación apareció entre las cejas de Marina.

—Si lo deseas, pero me gustaría...

Él contestó antes de que ella pudiera terminar.

—He estado repasando todo lo que dijiste esta tarde.

—Yo también.

Fergus levantó una mano.

—Por favor, *lassie*, déjame decir mi parte.

—Pero, Fergus...

—*Mo chridhe.*

Con expresión malhumorada, ella cruzó los brazos sobre aquel hermoso pecho y asintió con la cabeza para indicarle que tenía permiso para continuar. Fergus decidió que era una mejora con respecto a la guillotina a la que se había enfrentado la primera vez que apareció en su puerta.

—Sé lo que te ha costado labrar tu carrera. Entiendo que no quieras sacrificar todo eso, justo cuando estás alcanzando la cima del éxito. La mujer de la que estoy enamorado es una artista. Una mujer poco convencional. Y esa es una de las razones por las que la amo. Así que sugiero un matrimonio poco convencional.

Él hizo una pausa, porque ella parecía a punto de interrumpirle de nuevo. Pero cuando Marina descruzó los brazos, no habló. Ella le escuchaba con tanta atención que Fergus sintió como si su piel absorbiera sus palabras.

Rezó a Dios para que, cuando él terminase, ella aceptara. Si decía que no a esto, él no tenía nada más que ofrecer.

—Tus patrocinadores están en Florencia, y tus modelos en Italia, así que iré a vivir con vosotros allí.

Marina emitió un sonido ahogado y se puso tan pálida como una flor de espino.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, con todo mi corazón.

—Pero amas Achnasheen. —Ella extendió las manos, desconcertada—. Tú eres el *laird*.

Él se encogió de hombros, aunque ambos sabían cuánto le dolería abandonar su hogar. Antes de tomar esta decisión, Fergus se había tomado el tiempo necesario para considerar su coste total.

—Seguiré siendo el *laird*, pero seré un *laird* que vive en Florencia con su bella y talentosa esposa, y que dirige su hacienda a través de un administrador capaz. No es como si la mitad de las fincas de las Tierras Altas no tuvieran *laird*s ausentes.

—Pero esta no es una de ellas. —Marina sacudió la cabeza—. La echarás de menos.

—Sí, lo haré. —Fergus hizo un gesto elocuente—. Pero no tanto como te echaré de menos si me dejas. Y podemos venir de visita. Sospecho que una vez que el duque tenga sus cuadros expuestos, tus clientes querrán más escenas escocesas.

—¿Harías eso? ¿Dejar Achnasheen? —Cuando ella parpadeó, él captó el brillo de las lágrimas en sus ojos—. ¿Por mí?

—Y por mí. —Fergus dio un fuerte suspiro y se pasó la mano por el pelo—. Te quiero, Marina. Nunca había estado enamorado. Maldito sea si te pierdo solo porque no podemos decidir dónde viviremos.

Ella apretó los labios y una lágrima resbaló por su mejilla. Ahora que él la miraba de cerca, vio que sus ojos ya estaban rojos por el llanto. Odiaba pensar que la había hecho llorar. Y aún lo estaba haciendo.

Se le anudaron las tripas de angustia al darse cuenta de que su falta de respuesta no auguraba nada bueno para su proposición. ¿Podría perderla, a pesar de haber hecho este sacrificio para conservarla?

Tras una larga pausa, ella habló con voz tensa.

—Llegarías a odiarme.

—Nunca —dijo él con firmeza.

La delicada garganta de Marina se movió al tragar.

—Entonces, al diablo contigo, Mackinnon.

Sobresaltado, él se tambaleó hacia atrás.

—¿Qué?

—Ya me has oído. —Marina esbozó una frágil sonrisa, aunque la oferta de Fergus estuvo a punto de destrozarle el corazón. Una lágrimas incontroladas cayeron por sus mejillas—. Porque he venido aquí a decirte que me quedaría, que intentaría superar cualquier reparo que tenga a perder mi identidad como artista, porque te amo demasiado como para dejarte. Y luego vas tú y le das la vuelta a todo con este incomparable acto de generosidad.

Fergus movió la mano como para descartar su extraordinaria abnegación.

—Sé lo que quiero, y eres tú —dijo serio—. Debes saber que iría hasta el fin del mundo por ti.

Marina estaba a punto de estallar de alegría y gratitud. Había estado tan cerca de perderlo...

—¿Incluso a Florencia?

Los ojos de Fergus estaban llenos de amor.

—Incluso a Florencia.

Marina movió la cabeza en un vano intento de ahuyentar las lágrimas. Era una tontería llorar como una magdalena cuando estaba tan feliz.

—Aunque siempre apreciaré tu oferta —dijo ella—, no tienes que vivir en Florencia, *amore mio*.

Incluso después de todo aquel examen de conciencia en su habitación, cuando se dio cuenta de que era una tonta por renunciar a su único amor, había temido las tendencias autoritarias de Fergus. Oírle decir que renunciaría a la vida para la que él había nacido, le dijo todo lo que necesitaba saber sobre lo mucho que la valoraba.

Estaba dispuesto a ceder y a hacer sacrificios. De hecho, la amaba. Más de lo que Marina nunca hubiera imaginado, si había decidido que podía vivir en Italia por ella. La magnanimidad de su regalo la dejó asombrada y con una sensación de humildad.

Él parecía confuso.

—¿No?

—No, quiero vivir aquí —respondió ella—. Con visitas ocasionales a papá en Florencia.

—¿Él se va a casa?

—Sí. Resulta que no necesitaba preocuparme por él después de todo. Te aprueba, o lo hará, si me conviertes en una mujer honesta. No fuimos tan listos ocultando nuestra aventura como esperábamos.

Fergus frunció el ceño mientras ella se preguntaba por qué no la abrazaba y le decía que la amaba. Él debía de saber que ella había depuesto todas sus defensas y que estaba aquí para entregarle su capitulación voluntaria. Aquella moderada respuesta a su declaración la preocupó.

Marina se acercó un poco más.

—¿Por qué no me besas, Mackinnon?

Él extendió las manos hacia ella.

—Necesito que me digas exactamente lo que quieres. —Fergus bajó la voz, y la cruda emoción en su expresión hizo que a ella le doliera el corazón—. No quiero cometer más errores, como el de esta tarde.

Él había dicho algo parecido la noche que ella prometió ir a su cama.

—Lo siento. —El remordimiento la atravesó como un cuchillo. Cómo le había herido hoy...—. Me cogiste por sorpresa cuando te

declaraste, y tienes razón, reaccioné con miedo ciego.

—¿Estás diciendo que ya no lo tienes? —Unos sombríos ojos grises la estudiaron. Pero él no la tocó.

Marina estaba ahora lo bastante cerca como para cogerle la mano. Se lamió los labios resecos y se encontró con una mirada que le pedía todo lo que tenía para dar. ¿Tendría el valor suficiente para responder que sí?

—Digo que puede que sufra algún que otro desvarío, Mackinnon. Pero estoy dispuesta a confiarte mi futuro.

—Dime, entonces.

Él se llevó la mano de ella a los labios y le besó los nudillos. La apretó con más fuerza y Marina se preguntó si la empujaría contra él, pero él permaneció callado y vigilante.

—¿Rendición incondicional?

Fergus asintió sin sonreír.

—Rendición incondicional.

Ella respiró entrecortadamente y enredó sus dedos en los de él, sacando fuerzas de la cálida certeza de su tacto.

—Primero, déjame decirte que te amo más de lo que nunca podré expresar —dijo—. No te lo he dicho esta tarde, o no como debería. Yo tampoco me había enamorado nunca. No tenía ni idea...

—¿De que el amor barre todo lo demás a su paso?

—Exactamente. Es como si fueras parte de mí. —Marina esbozó otra sonrisa—. No me extraña que quisiera correr una milla.

Él no le devolvió la sonrisa.

—¿Todavía quieres huir?

—No. No —repitió con énfasis—. Sería como intentar escapar de mi alma. —Luego, en voz baja, continuó—: Lo eres todo para mí, Fergus. El sol en mi cielo.

Los ojos de él se oscurecieron.

—Marina...

La mano libre de ella hizo un gesto tembloroso.

—Me temo que estás atrapado conmigo.

—Lo acepto. —El agarre de Fergus se tensó hasta el borde del dolor—. Lo aceptaré por ti.

Ella sonrió de nuevo, esta vez con más seguridad, aunque la emoción seguía obstruyendo su garganta. Su voz se quebró cuando habló.

—Y yo te aceptaré a ti. Como mi marido y el padre de mis hijos. Aceptaré este extraordinario lugar en el que vives y lo convertiré en mi hogar. Lo pintaré en cada estación. Te mostraré imágenes de Achnasheen que ni siquiera tú has visto antes. Viviré contigo en tu castillo, y envejeceremos juntos. Tu fuerza alimentará la mía y nada nos separará jamás. —Hizo una pausa y respiró con dificultad—.

Ahora, ¿entiendes lo que te estoy pidiendo?

Cuando Fergus levantó la cabeza, la luz de las velas captó el rojo intenso de su pelo. En sus ojos plateados brillaban el triunfo y la alegría. Tanta alegría que el aire se agolpó en el pecho de Marina y se sintió mareada.

La rara y franca sonrisa iluminó el rostro de Fergus hasta el resplandor. Cómo le había gustado a ella siempre esa sonrisa...

—Entiendo y acepto, mi amor.

—Fergus... —susurró Marina, doblándose hacia delante cuando sus rodillas cedieron. Con el tropiezo, su capa veneciana resbaló hasta el suelo—. Bésame.

Por fin, por fin, él la estrechó contra su cuerpo y capturó sus labios con los suyos. Ella suspiró aliviada y lo rodeó con los brazos, aplastándolo contra sí.

El calor era ardiente y la pasión, encendida, pero bajo la poderosa reacción física, había amor, firme y eterno.

—Te quiero, *lassie* —murmuró él sobre sus labios.

Antes de que ella pudiera responderle, él la levantó y la llevó unos pasos hasta la antigua cama con dosel.

Capítulo 24

El brusco cambio de la desesperación a la euforia dejó a Fergus tambaleándose. Cuando había subido a su torre, se había preguntado si esta última tirada de dados le daría el premio. Ahora se esforzaba por comprender que todo lo que había soñado tener estaba a su alcance.

La mujer que amaba. La vida que disfrutaba. La oportunidad de crear una familia con esta mujer excepcional.

Fergus se apartó de la cama y se arrancó la camisa y el *kilt* con manos torpes. Marina se incorporó lo suficiente como para quitarse por la cabeza aquel seductor camisón blanco, dejando que su abundante cascada de pelo cayera sobre sus pechos y hombros. Cuando ella se recostó contra las almohadas, él se hundió para enterrar su rostro en la cálida cortina de cabello sedoso. Respiró hondo, aspirando su esencia. Lirios, amor y Marina.

Esta *lassie* rebelde por fin era suya. Apenas podía creerlo.

—No me hagas esperar, *tesoro.* —Con un gesto tierno que hizo que su sangre palpitara fuerte y dulce, ella le pasó las manos por la espalda—. Estuve tan cerca de perderte…

—Nunca. —A través de su abundante cabellera, él le besó el cuello y se deleitó con su estremecedora respuesta—. Me llevó toda mi vida encontrarte. No iba a dejarte ir por un pequeño desacuerdo geográfico.

—No puedo expresar lo que significó para mí cuando dijiste que vendrías a Italia. —Marina se arqueó hasta que sus pechos rozaron el torso de Fergus y suspiró cuando las manos de él recorrieron sus costados para posarse en sus caderas—. Ahora sé que me quieres de verdad.

Él gimió y rozó con los dientes la curva del hombro de ella. Sus piernas se enredaron contra las sábanas frías mientras él se colocaba encima de ella.

—Muero por tu amor, muchacha.

Ella le clavó los dedos en los hombros, su tacto era tan ferozmente posesivo como el de él.

—No mueras, *amore mio.* Vive. Vive para mí, como yo viviré para ti.

Fergus se apoyó sobre los codos para poder ver su hermoso rostro, observando sus facciones de voluntad, inteligencia y pasión. Qué esposa era para un salvaje *laird* de las Highlands.

—Hablaba en serio cuando dije que iría a Florencia.

—Lo sé —La sonrisa de Marina era incandescente—. Pero también soy sincera cuando digo que tendremos una buena vida aquí. Tenemos todo lo que queremos en Achnasheen. Podemos visitar Florencia de vez en cuando, para ver a papá y para encontrarme con mis patrocinadores. Me gustaría que los niños conocieran su herencia italiana, además de su orgullosa sangre escocesa.

Fergus arqueó una ceja.

—Niños, ¿verdad, *mo chridhe*?

—Sí, mi *brravo* highlander, tengo planeado tener cuatro *bonny wee bairns*[54], dos niños y dos niñas.

Fergus rio con ganas. Le encantaba cuando imitaba su acento.

—*Och*, no hay tiempo que perder, entonces.

La picardía brilló en los ojos negros que a él le habían intrigado desde el principio.

—No hay razón para retrasarse en absoluto.

La besó con todo el amor que desbordaba su corazón. Marina estaba a miles de kilómetros de la esposa que él jamás se había imaginado y, sin embargo, era la elección absolutamente perfecta.

Empezó a acariciarla, tocándole los pechos, los muslos, el vientre y el sexo, pero ni él ni Marina estaban de humor para entretenerse.

—Fergus, te necesito ahora. Por favor —le dijo ella con voz ronca, acunándole las caderas entre las rodillas y recorriéndole la espalda con las uñas. Su duro tacto no hizo más que avivar su necesidad.

Él embistió dentro de ella. Con un largo suspiro, Marina se estiró para recibirlo más profundamente.

—Te amo, Marina —gimió él, levantando la cabeza.

Marina clavó sus ojos, cargados de excitación, en los de él.

—Y yo te amo a ti, Mackinnon. Te amo, *laird* de Achnasheen. —Luego, con una ternura dolorosa que a él le acalambró el corazón, dijo —: Te amo, Fergus.

—Mi amor...

—Intentemos tener un hijo. Ya no tenemos que tener miedo. —Cuando ella se apretó a su alrededor, la ráfaga de calor casi lo incineró—. Quiero todo lo que la vida y el amor puedan darnos.

Ella le agarró los hombros con fuerza y Fergus se dio cuenta de que, aunque él la reclamara, ella lo reclamaba a él con la misma firmeza. ¿Y por qué no? Esta mujer era su igual, el equilibrio de su alma.

—Te entrego todo lo que soy. —Las palabras de Fergus eran un voto, mientras su alma se expandía con toda la alegría que sentía.

Marina levantó las caderas hacia él.

—Y yo te entrego todo lo que soy.

Fergus no pudo contenerse más y la penetró con golpes profundos y decididos. Ella gimió de placer y se arqueó para ir a su encuentro.

Oyó gritar a Marina cuando alcanzó su clímax, y entonces una oscuridad ardiente se abatió sobre él. Por primera vez, se perdió dentro de la mujer que amaba y encontró una radiante bienvenida que lo sostendría toda su vida. Con un gemido roto, se desplomó sobre ella, agotado y sabiendo que había encontrado su destino.

Fergus se removió, sintiendo que Marina ya no estaba a su lado en la cama. Después de aquella primera unión rápida y milagrosa, habían vuelto a hacer el amor, compartiendo ternura y pasión, antes de quedarse dormidos.

La habitación estaba a oscuras. Las velas se habían consumido y había que avivar el fuego. A medida que se acercaba el otoño, las noches se volvían más frías. Estaba deseando tenerla entre sus brazos durante todo el invierno. Qué vida les esperaba...

Marina se asomó a la ventana con su camisón blanco.

Somnoliento, Fergus se apoyó en las almohadas.

—¿Va todo bien, mi amorcito?

Ella se volvió hacia él, con un grácil giro de su esbelto cuerpo y una cabellera alborotada.

—Todo está bien, *amore*.

Fergus se levantó de la cama, cogió su *kilt* de una silla y lo envolvió alrededor de su desnudez.

—¿Qué ha llamado tu atención ahí fuera?

—Estaba pensando en lo hermosa que es tu cañada y en la suerte que he tenido de encontrar este lugar... y a ti —dijo ella con voz soñadora.

Och, sin duda, ella era la *lassie* para él.

Fergus añadió leña al fuego antes de acercarse por detrás y rodearle la cintura con los brazos. Cuando ella se inclinó hacia atrás y apoyó la cabeza en su hombro, en perfecta confianza, su corazón dio otro salto mortal.

Él dejó caer un beso sobre su coronilla y estrechó su abrazo, mientras contemplaba sus dominios. Este lado de la torre daba al lago. El tiempo se había despejado, y en el cielo, las estrellas brillaban como el fuego.

—Qué suerte tengo yo, querrás decir, *mo chridhe* —susurró él—. Siempre quise tenerte aquí conmigo, ¿sabes? Di que nos casaremos tan pronto como podamos publicar las amonestaciones.

—Me casaría contigo ahora mismo, si pudiera.

—Sí, bueno, puede que se haya cumplido tu deseo, *lassie*. —Él sonrió sobre su pelo revuelto—. ¿Has oído hablar de la vieja tradición de las Highlands de la pedida de mano?

Ella ladeó la cabeza.

—¿Otra costumbre bárbara, *caro*?

—Esta te gustará. A los ojos de Dios, ya somos marido y mujer. Si un hombre y una mujer se cogen de la mano y prometen ser fieles el resto de sus vidas, están casados. Es un voto muy solemne.

Ella se apartó y se volvió para cogerle la mano.

—Fergus Mackinnon, *laird* de Achnasheen, prometo ser tu esposa y amarte hasta el fin de mis días.

Él miró fijamente sus ojos brillantes a la luz del fuego. Después de toda la agitación y la infelicidad, su promesa le conmovió más allá de las palabras.

—Marina Lucchetti, antes Marina de Florencia, juro protegerte, amarte y cuidarte durante toda nuestra vida juntos. A partir de este momento, soy tu marido.

Atrayéndola hacia sí, la besó con toda la adoración que sentía. Sus labios se unieron en una promesa apasionada para el futuro.

Cuando Fergus levantó la cabeza, estaba temblando. Y ella también.

Marina extendió una mano para tocarle la mejilla.

—¿Estamos casados ahora, *caro*?

Él le sonrió con ironía.

—Al menos en espíritu. Sin embargo, para que los votos sean vinculantes, tenemos que hacerlos ante testigos, y no estoy seguro de que un tribunal de justicia mantenga el contrato, incluso entonces. Todavía tenemos pendiente una cita con el reverendo Angus.

Ella hizo una mueca de decepción.

—¿Así que tenemos que ser respetables?

—Solo son tres semanas, *lassie*.

Marina le cogió la mano que él tenía en su cintura y se la besó.

—*Dio mio*, serán tres largas semanas.

—Sí, lo serán.

—Ya me siento una mujer casada —dijo en voz baja.

—Yo también me siento como un esposo.

—Y supongo que tengo que escabullirme a mi habitación antes de que salga el sol.

—Sí, eso también. —Él le besó el cuello y la sintió estremecerse—. Pero a finales de octubre, el sol no sale hasta tarde, y aún no está cerca el amanecer. No tienes que dejarme durante horas.

—Creo que podrían llegar a gustarme estos oscuros inviernos escoceses. —Por su voz, él pudo ver que ella sonreía.

—No es noche para andar descalza, así que deberías quedarte aquí todo el tiempo que puedas. —Él levantó la cabeza para mirarla a la cara—. Solo pienso en tu salud, ¿sabes?

Ella se rio.

—Eres todo consideración, Mackinnon.

—No tienes ni idea. ¿No quieres volver a la cama y pasar las

últimas horas de la noche conmigo, *mo leannan*?

Ella se puso de puntillas y le besó brevemente, pero con determinación.

—Será un placer, mi *laird*.

Epílogo

Edimburgo, abril de 1819

La alta sociedad de Edimburgo se reunió en masa en el George Street Assembly Rooms para contemplar las nuevas pinturas de las Highlands de la célebre artista Marina Mackinnon, lady Achnasheen. Algunos entendidos incluso abandonaron la temporada londinense para aventurarse hacia el norte y comprobar por sí mismos el motivo de tanto alboroto. Los críticos de Londres y Edimburgo también habían acudido en gran número y, hasta el momento, parecían maravillados por las obras de arte expuestas bajo la hilera de arañas de cristal que iluminaban el magnífico salón de baile.

—¿Se te han pasado los nervios, *mo chridhe*? —preguntó Fergus, acercándose por detrás a Marina y rodeando con el brazo una cintura que ya no era tan esbelta como antes. El moderno talle alto de su vestido de seda dorada oscura ocultaba que esperaba su primer hijo para finales de agosto.

Su tacto la calentó como siempre lo hacía, y ella se recostó contra él un instante antes de erguirse como correspondía a la esposa de un *laird*.

—No hasta que vea las críticas.

La risa de Fergus era cariñosa.

—Tú y tu temperamento artístico. —Él echó un vistazo a la abarrotada sala—. Todo lo que he oído son los elogios más extravagantes. La gente te habrá dicho lo mucho que les gusta tu trabajo. Ciertamente he tenido problemas toda la noche para acercarme a ti.

Ella le dedicó una sonrisa seductora. Por un instante, la multitud desapareció, el ruido se redujo a nada y ella se convirtió en una mujer junto al hombre que amaba.

Él estaba espléndido con su elegante traje. Nadie que lo viera adivinaría al salvaje guerrero escocés con *kilt* que recorría las colinas y cañadas de Achnasheen como un rey.

—Una vez que volvamos a casa, tendremos mucho tiempo a solas, *caro*. Ten paciencia.

Los ojos plateados de Fergus se posaron en sus labios y Marina supo que pensaba besarla. Ella sintió un escalofrío de deseo.

—Aquí no, Mackinnon —susurró.

—*Och*, ¿por qué me casé con una moza tan problemática? —dijo con fingida desesperación—. Una buena escocesa besaría a su amo y señor cuando este se lo pidiera.

—Mientras que tu esposa italiana conserva algo de decoro.

—Maldito decoro —dijo él, deslizando el brazo por la cintura de ella y cogiéndole la mano enguantada.

—Prometo ser muy indecorosa más tarde, *amore*.

—No puedo esperar —murmuró Fergus, rozándole los nudillos con los labios.

—Marina, eres un gran éxito. Enhorabuena.

Ella se sacudió el aturdimiento en el que siempre caía cuando su marido se proponía seducirla, y se volvió para saludar al amigo de Fergus, Hamish Douglas.

—Buenas noches, Hamish. —Cuando ella le besó la mejilla, tuvo que estirarse para alcanzarle. Era tan grande como una pequeña montaña, y tan rubio y guapo como un joven vikingo—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace una hora. Diarmid también está aquí.

—Oh, espero verlo.

Desde su boda, la vida en Achnasheen había resultado más agradable de lo que Marina esperaba. Diarmid y Hamish eran visitantes habituales, al igual que las hermanas de Fergus y sus familias.

Pobres Mary y Clarissa... Nunca se habían recuperado de su asombro por la indiferencia con que Marina trataba la autoridad de su hermano. Ella se daba cuenta de dónde había sacado él la idea equivocada de que las mujeres eran flores frágiles que necesitaban a un hombre que las protegiera de los duros vientos de la vida. Se alegró de haberle desengañado de esa creencia.

Dieciocho meses de matrimonio habían sido testigos de algún que otro enfrentamiento, pero tanto ella como Fergus habían aprendido a ceder, e incluso, en ocasiones, a perder una batalla. Con cada conflicto que se resolvía, su confianza mutua se hacía más fuerte y más segura.

Y sus escasas discusiones tenían sus ventajas. Marina y su marido habían marcado el inicio de cada tregua con algunos encuentros espectaculares en el dormitorio de la torre del *laird*.

—Le he pedido al *signor* Lucchetti que me guarde una de las pinturas de las cascadas, y creo que Diarmid quiere comprar el cuadro de los Cuillins. —Hamish señaló hacia donde su primo, delgado y moreno, charlaba con el padre de Marina—. Espero que llegue a tiempo. Pronto los únicos cuadros que no se hayan vendido esta noche serán los que el duque de Portofino prestó para la exposición.

Como Fergus había predicho, el traslado de Marina a las tierras salvajes de Escocia no había perjudicado su floreciente carrera. Su Gracia el duque, había quedado encantado con los doce cuadros que ella le envió y le había encargado más. Desde el momento en que la primera serie de escenas de Achnasheen se expuso en el palacio ducal,

sus amigos aristócratas habían reclamado paisajes de Escocia para decorar sus propias residencias. Desde entonces, ella y Fergus habían viajado por las Tierras Altas, buscando lugares hermosos para que ella pintara, aunque en opinión de Marina, nada podía compararse con su glorioso hogar.

Los temores de ella por que Fergus pudiera resentirse por su dedicación al arte, resultaron infundados. Él estaba orgulloso de su talento. Y no solo eso, estaba encantado de que, gracias al trabajo de su esposa, el mundo aprendiera a admirar su hermosa patria.

La vida era grandiosa. Ahora que esperaban un hijo para finales de verano, prometía ser aún mejor. Marina se sentía bendecida más allá de lo que nadie podría merecer.

Diarmid y su padre se acercaron a ellos. Desde que se rompió la pierna, Ugolino había visitado Achnasheen tres veces. En su último viaje había traído a Giulia, la viuda regordeta y despreocupada con la que se había casado poco antes de Navidad.

Giulia estaba aquí esta noche, cautivando a los posibles compradores con su inglés entrecortado y sus brillantes ojos verdes. Gran parte del espectacular historial de papá como agente italiano de Marina se debía a las habilidades de su nueva madrastra para persuadir a caballeros ancianos para que compraran las obras de arte.

—*Dolcissima,* tienes un éxito salvaje —dijo papá, una vez que Marina y Diarmid se hubieron saludado—. El secretario del Príncipe Regente acaba de comprar dos cuadros, y el tipo dice que es probable que Su Alteza Real quiera más para Carlton House. Ahora estás bajo el patrocinio real, *figlia mia*.

—Papá, me sorprendes —le dijo Marina.

Fergus miró con el ceño fruncido a su suegro, más corpulento y alegre que nunca desde que se había casado con Giulia.

—Ese gordo pretendiente tiene suerte de tener un cuadro de mi soberbiamente dotada esposa.

—Calla, *caro* —dijo ella. Su marido no era devoto de la familia real hannoveriana, a la que despreciaba como meros usurpadores del trono que por derecho pertenecía a los Estuardo—. Una vez que Su Alteza haya pagado sus cuadros, podrás arengarme sobre la causa jacobita a gusto.

—*Brava ragazza*. —La mirada de su padre era de admiración—. Te he enseñado lo que vale un chelín.

—Y un florín, papá —dijo Marina riendo.

—Eso es lo que necesita un escocés, una esposa ahorrativa —dijo Diarmid.

La media sonrisa de Fergus había sido muy evidente esta noche. Ahora reapareció de nuevo.

—Me alegra oírte pensar en el matrimonio, muchacho. ¿Significa

eso que por fin tienes una chica en mente?

—Yo no, amigo mío. —La sombra que recorrió los rasgos oscuros e intensos de Diarmid despertó la curiosidad de Marina—. Las muchachas pueden dormir tranquilas. No las molestaré con un cortejo todavía.

Antes de que pudiera seguir indagando, el señor Lucchetti aplaudió y pidió silencio. Ella y Fergus lo habían nombrado maestro de ceremonias, no solo porque era el representante comercial de Marina, sino también porque a su naturaleza teatral le encantaba ser el centro de atención.

—*¡Atención, atención! ¡Prego! ¡Prego!*

Poco a poco se fue calmando la algarabía, lo que permitió a papá empezar un discurso efusivo sobre Marina y su trabajo. Cuando Fergus la cogió de la mano, ella entrelazó sus dedos con los de él. Era encantador ser agasajada y recibir tales elogios por su arte, pero su inquebrantable amor por su marido era la fuente de la que manaba toda su felicidad.

—Se está divirtiendo —le susurró Fergus al oído—. ¿Crees que saldremos de aquí antes del martes?

—Shh… —dijo Marina, conteniendo una risita. Su padre llevaba ya diez minutos hablando, y solo había empezado a contar el día en que Marina entró en la escuela de arte.

Por fin, Ugolino se dio cuenta de que su auditorio se inquietaba y se apartó para señalar un caballete cubierto que los camareros habían traído mientras él divagaba.

—Mi brillante hija tiene una sorpresa más para ustedes, un último cuadro que, según me ha dicho, es un regalo para su distinguidísimo esposo, el Mackinnon, *laird* de Achnasheen. El hombre al que tengo el honor de llamar yerno. Fergus Mackinnon.

El agarre de Fergus se tensó y se volvió hacia ella, desconcertado.

—¿Qué demonios...?

Marina le sonrió, mientras la incertidumbre le revolvía en el estómago. Era posible que él no apreciara su gesto, a pesar de que ella había trabajado más duro en este cuadro que en cualquier otro en toda su vida.

—Es una sorpresa.

—Sí, ya lo sé. ¿Es una representación del castillo?

—Espera y verás —dijo ella, soltándose y cruzando para colocarse junto al caballete.

Estallaron más aplausos y algún que otro vítor, que ella habría considerado por debajo de la dignidad de aquel público de alta alcurnia.

Las damas no daban discursos, según le habían informado, y aunque no tenía reparos en enfrentarse a Fergus en privado, no

deseaba avergonzarlo en público y que todos dijeran que se había casado con una marimacho. Así que hizo una reverencia, murmuró unas palabras de gratitud y esperó a que los aplausos se disiparan.

Fergus se acercó a su lado.

—¿Qué demonios has estado haciendo, *mo chridhe*?

—Mira y verás, *tesoro*. —Sin dudarlo más, cogió la tela de seda azul y la arrojó lejos del cuadro.

La sala enmudeció, luego estallaron nuevos aplausos, aún más fervientes que la última vez. Medio temerosa de lo que pudiera encontrar en el rostro de Fergus, Marina levantó la barbilla y se encontró con sus ojos.

—¿Qué te parece, Mackinnon?

—Marina... —Cuando él pronunció su nombre, sonó como una plegaria. Sus facciones estaban marcadas por el asombro, y ese pequeño músculo de su mejilla empezó a sacudirse y a bailar, siempre señal de un sentimiento fuerte—. Me has hecho parecer un héroe.

Miró el retrato de cuerpo entero de Fergus con el *kilt* rojo y negro de los Mackinnon, frente a la vista del mar de Skye. Él se erguía orgulloso en el lugar donde ella había empezado a enamorarse de la cañada y de su *laird*. La brisa agitaba su cabello rojizo y sus ojos grises ardían con un poder firme e invencible.

Marina había trabajado como un demonio en este cuadro, aunque mantener su proyecto en secreto con un marido atento había presentado sus problemas. Había optado por pintar a Fergus al óleo, con la esperanza de que los ricos colores le hicieran justicia. Hubo algunos intentos fallidos antes de dominar este medio, desconocido para ella.

—Pues claro que sí, *amore mio*. —Ella se volvió hacia su amado *laird*, que era mucho más vívido y potente de lo que cualquier pintura podría ser jamás—. Porque eres un héroe. Eres mi héroe.

Al ver su sonrisa lenta y radiante iluminar sus facciones, todos los nervios de Marina desaparecieron. No podía dudar de que a él le había gustado su regalo.

—Te amo, *lassie*, y te doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Es una obra maestra. —Él se abalanzó sobre ella y la besó, sin pensar en el público que los observaba—. Fui un hombre afortunado el día que te rescaté de un frío chapuzón en el río.

Marina no pudo resistirse a devolverle el beso a Fergus, aunque después se sonrojó cuando se soltó.

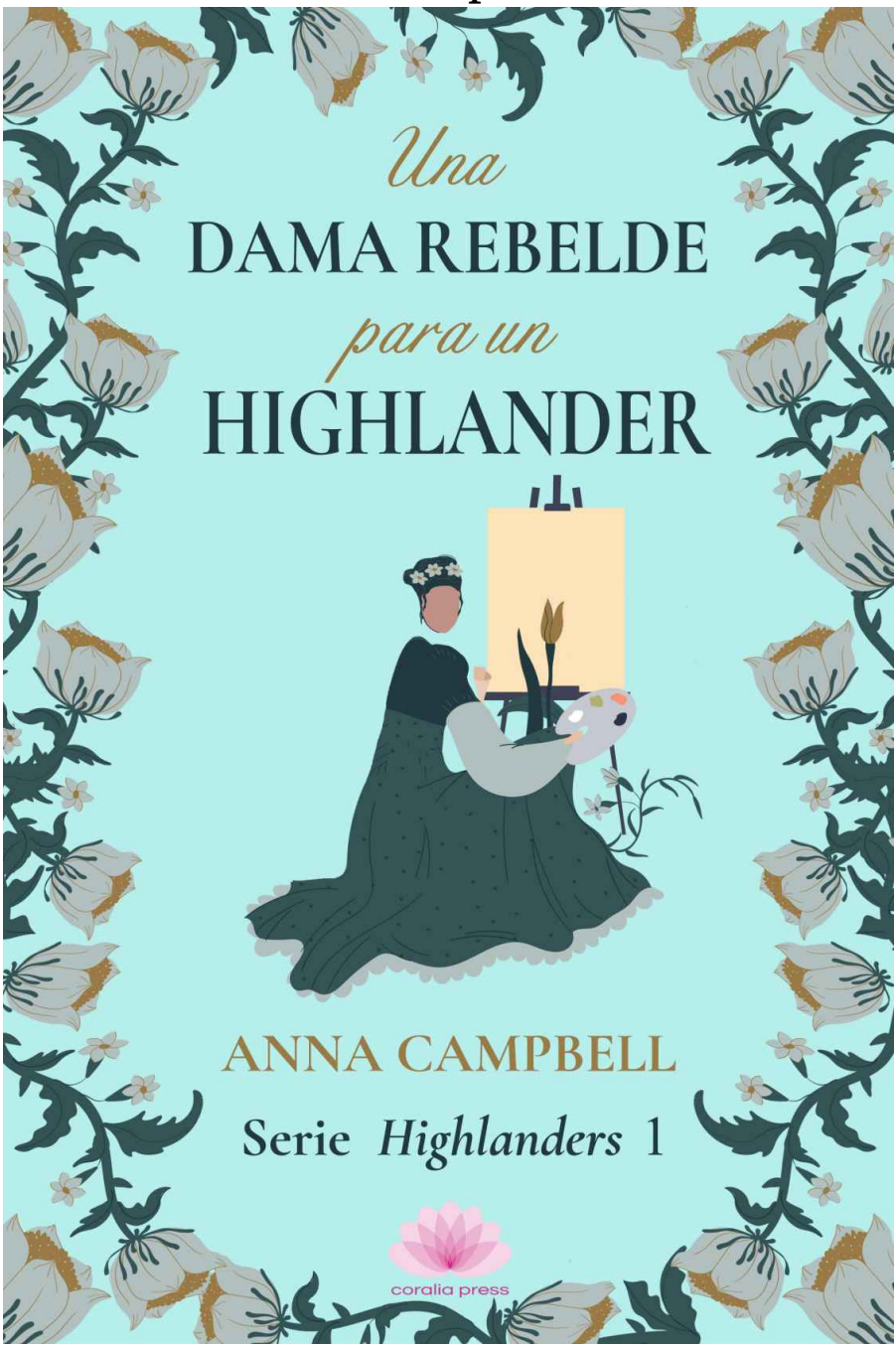
—Una vez me dijiste que si salvas la vida de alguien, estableces un vínculo personal con esa persona para siempre. —La voz de ella estaba cargada de emoción.

La sonrisa de su amado esposo le dijo que apenas daba crédito a su buena fortuna.

—No me gustaría que fuera de otra manera, mi hermosa *lassie*.

FIN

Sinopsis



Primera entrega de la serie *Highlanders*.

Un hombre indomable e inamovible como una montaña de las Highlands.

A Fergus Mackinnon, el autoritario *laird* de Achnasheen, le gusta mandar. Cuando era poco más que un muchacho, se convirtió en el señor de su finca escocesa, y ha aprendido a confiar en su infalible juicio, igual que hacen todos los demás en su rincón del mundo. No ve ningún motivo para que su futura esposa, cuando la encuentre, sea diferente...

Una mujer testaruda del cálido y apasionado sur.

Marina Lucchetti lo sabe todo sobre cómo abrirse paso a través de un muro de arrogancia masculina. En su Florencia natal, se ha convertido en una artista de éxito, nada fácil de conseguir para una mujer. Ahora, un encargo para pintar una serie de paisajes de las Tierras Altas promete extender su fama por todas partes. Cuando un accidente de carruaje la deja varada en Achnasheen durante unas semanas, es una bendición, en parte… El magnífico entorno ofrece todo lo que su alma artística podría desear. Si tan solo pudiera resistir el impulso de romper su caballete contra la dura mollera del *laird* Mackinnon...

Cuando dos almas ardientes se encuentran, estalla la guerra…

Marina es la peor pesadilla de Fergus: una mujer que desafía las directrices de un hombre. Fergus contradice todo lo que Marina cree sobre el derecho de una mujer a elegir su camino. No hay dos personas que se lleven peor. Pero cuando la irresistible pasión entra en escenario, el sentido común salta de cabeza al lago que baña aquellas tierras.

¿Se encenderá el deseo entre Fergus y Marina y luego se reducirá a cenizas? ¿O descubrirán el imperioso *laird* y su rebelde *lass* que sus diferencias no son insuperables después de todo, sino la especia que dará sabor a toda una vida de felicidad?

Sobre la autora

Anna Campbell ha escrito once romances históricos multipremiados para Avon Harper Collins y Grand Central Publishing. Como autora de publicaciones independientes, ha publicado más de treinta novelas superventas. Sus libros han sido traducidos a más de veinte idiomas. Cuando no está viajando por el mundo en busca de inspiración para sus historias, vive cerca del mar en la hermosa costa este de Australia.

A Anna le encanta recibir noticias de sus lectores. Puedes contactar con ella en:

www.annacampbell.com

www.facebook.com/AnnaCampbellFans

twitter.com/AnnaCampbelloz

Créditos

Edición digital: abril de 2023

© 2023, Anna Campbell
© 2023, Coralia Press
© de la traducción, Rosa María Calvo Luque, 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del *copyright*.

https://coraliapress.com/

Índice

Una dama rebelde para un Highlander

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Epílogo

Sinopsis

Sobre la autora

Créditos

Índice

[1] Inglés: *Scots Who Have*; gaélico escocés: *Brosnachadh Bhruis*. Es una canción patriótica de Escocia que sirvió durante siglos como himno nacional no oficial del país.

[2] Prenda típica de Escocia e Irlanda. Consiste en una falda que forma parte de la ropa tradicional masculina.

[3] Término gaélico que significa "inglés" o simplemente "no escocés".

[4] Interjección en gaélico: Oh.

[5] La tercera estrella más brillante del cielo nocturno, en la constelación del Boyero.

[6] Plato escocés a base de asaduras de cordero u oveja mezcladas con cebolla, harina de avena, hierbas y especias, embutidas en una bolsa hecha con el estómago del animal y cocido durante varias horas.

[7] Término británico que significa «sí».

[8] Maldición.

[9] Viaje.

[10] Muchacha, en gaélico escocés.

[11] Señor.

[12] Muchacha cruel.

[13] Por piedad.

[14] Por favor.

[15] Cierto.

[16] Hija mía.

[17] Coraje.

[18] Maldita sea.

[19] En gaélico, «whisky».

[20] Dios.

[21] Ligadura de seda, piel o cordón, cerrada en lazo a través del cual pasa el botón, propia de los uniformes militares y que formó parte del guardarropa femenino a partir del siglo XIX.

[22] «A la moda», en francés.

[23] El *laird* es llamado por el nombre del clan precedido por el artículo.

[24] Señorita, en italiano.

[25] Persona que acompaña a una pareja o a una joven para vigilar su comportamiento.

[26] Un brindis gaélico. «Buena salud».

[27] Salud.

[28] Bellísimos.

[29] Costumbre del siglo XVII y comienzos del siglo XIX que consistía en un viaje a través de Europa, con Italia como destino clave, emprendido por jóvenes europeos de clase alta, (acompañados por un tutor o un familiar), al alcanzar la mayoría de edad (alrededor de los 21 años).

[30] Señor, en italiano.

[31] Por el amor de Dios.

[32] Buenas noches.

[33] Gracias

[34] Florencia.

[35] Hija.

[36] Muchacha.

[37] Querida.

[38] Juego de palabras entre «Fergus» y el inglés «Fair goose», hermoso ganso.

[39] Tontina.

[40] Querida.

[41] Buenos días, amigos.

[42] Bonita, en inglés.

[43] Diablillo, traviesilla. Término típico escocés.

[44] Club londinense presidido por un comité de las más influyentes y exclusivas damas de la alta sociedad.

[45] Interjección: Maldición.

[46] Travieso.

[47] Señora (en alusión a la Virgen María).

[48] «Mi corazón», en gaélico escocés.

[49] «Preciosa muchacha», en gaélico.

[50] Sí, querido. Con placer.

[51] Que Dios la ayudara.

[52] Gracias, hija mía.

[53] Alma en pena.

[54] «Guapos pequeños», en gaélico escocés.